

Ignacio del Valle

LOS DEMONIOS DE BERLÍN



«El abismo de la historia es lo bastante profundo para acogernos a todos.»

Lectulandia

Arturo Andrade, soldado de la División Azul a quien ya conociéramos en *El tiempo de los emperadores extraños*, vuelve a protagonizar uno de los episodios más siniestros de la historia contemporánea: el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Berlín, 1945. Los soviéticos avanzan, imparables, por las calles llenas de escombros, la lucha es durísima en la ciudad y la derrota alemana, inminente. Arturo Andrade está en medio de ese caos. Su misión: hallar al asesino de un científico del programa atómico cuyo cuerpo encuentra en la cancillería del Reich con un misterioso diagrama en los bolsillos.

Así comienza este thriller escrito con un ritmo que no da respiro al lector, muestra a un personaje que deberá enfrentarse a múltiples demonios para salvar lo único que parece escapar a ese entorno atroz: el amor de una mujer.

Lectulandia

Ignacio del Valle

Los demonios de Berlín

Arturo Andrade 3

ePub r1.0

Mangeloso 17.12.13

Título original: *Los demonios de Berlín*

Ignacio del Valle, 2009

Diseño/Retoque de portada: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Otti, que me dio el equilibrio.

Ur, Nínive, Babilonia... no eran más que nombres vagos y hermosos, y la ruina total de esos mundos tiene para nosotros tan poco significado como su existencia. Pero Francia, Inglaterra, Rusia... éstos también serían nombres hermosos... Y ahora sabemos que el abismo de la historia es lo bastante profundo para acogernos a todos.

PAUL VALÉRY.

1. El primer demonio

—¿Lo notas? Su alma todavía tiene que estar en la habitación.

Arturo pronunció esa frase consciente de que dos de sus tres acompañantes no se iban a enterar de la misa la media, y volvió a repetirla, esta vez en alemán. Los dos SS expresaron perplejidad en su idioma de rígidos acentos, y junto al camarada español que estaba a su lado, se emplearon en contemplar la muerte horrible, pálida y objetiva que se alzaba ante ellos. A vista de pájaro, la colosal y blanquísima maqueta de Germania, la metrópolis que Hitler proyectaba construir sobre Berlín para ser la capital del futuro Reich, se extendía sobre una plataforma que ocupaba toda la sala. Avenidas de siete kilómetros para desfiles, arcos de triunfo de más de cien metros de altura, estaciones de ferrocarril con fachadas de cuatrocientos metros de longitud..., ministerios, óperas, plazas, museos, prisiones..., todo diseñado a la medida de la gigantomanía del Führer, y, al fondo, la Volkshalle, la Sala del Pueblo, con una capacidad para ciento ochenta mil personas, con su cúpula dieciséis veces más grande que la de San Pedro coronada por una gran águila. Allí, frente a su entrada principal, ligeramente escorado a la derecha, como un macabro Gulliver, yacía el cadáver de un hombre. Estaba de espaldas, con su brazo izquierdo estirado y crispado sobre uno de los muebles de escayola, y su sangre salpicaba la blancura de los edificios circundantes en una composición abstracta. Antes de ver su rostro, Arturo sabía ya de quién se trataba: la persona que llevaban buscando desde hacía una hora por toda la Cancillería. Se miró la punta de las botas, como si no hubiera nada mejor que ver, y volvió a contemplar durante unos segundos la maqueta iluminada por focos que, mediante un mecanismo automático, simulaban el sol en su arco diario. A continuación posó el fusil ametrallador, se quitó las botas y, ante la mirada atónita de sus acompañantes, se subió a la plataforma y entró en la maqueta. Unos raros escrúpulos le habían asaltado inmediatamente antes de subirse y le impidieron ensuciar la blancura de los edificios. Ni siquiera notaba ya el olor de unos calcetines que llevaba puestos desde hacía tres semanas, así que con cuidado de no aplastar nada, avanzó por el eje principal sorteando el arco de triunfo e incluso las pequeñas miniaturas de automóviles que circulaban quietos por la avenida, hasta llegar al cadáver. Se agachó a la altura de su pecho y le dio la vuelta. No hacía mucho que le habían liquidado, el olor a cobre de la sangre caliente era muy particular. Se fijó con atención; el hombre tenía uno de esos semblantes crispados que se veían en ciertos martirologios. La cuchillada limpia que le habían asestado en el corazón era suficiente motivo para tal aspecto. Arturo rebuscó entre sus ropas de civil la documentación o algo que acreditase su identidad. En el bolsillo del pantalón encontró una cartera, y en su interior su *Ausweis*; comparó el gesto desencajado con los rasgos finos y bien cincelados de la foto, y comprobó que el nombre era el mismo

que les había proporcionado el oficial al mando: Ewald von Kleist, nacido en Munich, 1897. Fallecido en Berlín, 1945, completó Arturo mentalmente. Corroborando su epitafio, en algún lugar sobre su cabeza los terremotos de baja intensidad provocados por los bombardeos afirmaban que, efectivamente, se hallaban en Berlín, un Berlín que estaba siendo tragado por una guerra atroz y borradora. Hacía ademán de seguir registrando el cuerpo, cuando a sus espaldas oyó un crujido que le hizo darse la vuelta. Descubrió a su paisano avanzando hacia él; ya se había llevado por delante una ópera, dos Volkswagen, un Wanderer, e iba directo a por el arco de triunfo. Arturo le fulminó con una mirada que hizo que se le congelase el paso y se le descolgara la mandíbula.

—Coño, Manolete, ¿para qué me quito las botas? —gruñó Arturo al comprobar el rastro de huracán que había dejado.

—Lo siento, mi teniente, creí que me iba a necesitar...

—Sí —le cortó con rudeza—, te voy a necesitar para pelar guardias hasta que las ranas bailen...

Arturo contempló al soldado Francisco Ramírez, alias Manolete; daba un poco de pena ver sus brazos flotando en un uniforme demasiado ancho, y decir que era feo era hablar en su favor, pero, a juzgar por los meses escasos que llevaban juntos en aquel fregado, era innegable que el guripa Ramírez, al igual que el torero Manolete, se ponía donde había que ponerse. Meneó la cabeza resignado.

—Eres más burro que un arado. Venga, tira para acá, y ojito con pisar más uvas.

Manolete avanzó como si estuviese debajo del agua, se arrodilló junto a Arturo y echó un vistazo.

—A éste le han dado bien el pasaporte —comentó—. Le han metido el pincho por debajo de las costillas y hacia arriba.

—Por lo que parece.

—¿Y es el cacho carne que buscamos?

Arturo le miró con cansancio; era una definición cruda pero exacta. Le mostró la documentación. Manolete leyó con dificultad, silabeando las letras.

—Es el *doiches* —confirmó—. ¿Y quién puede haber hecho el estropicio?

—A saber, en esta ciudad cualquiera puede hacer cualquier cosa. Lo único seguro es que no se encuentra un muerto aquí por nada.

—Más razón que un santo, mi teniente. Y entonces, ¿qué hacemos?

—De momento, seguir fisgando.

Siendo realistas, su labor debía haber finalizado con el hallazgo, pero una curiosidad poliédrica le urgió a explorar el cuerpo de manera metódica y minuciosa. Mientras lo hacía, recordó el requerimiento del puesto de mando apenas una hora antes de todos los hombres que custodiaban la nueva Cancillería del Reich, tanto de la Dienststelle y el Begleitkommando como de la Kripo, a fin de peinar el edificio en

la búsqueda del tal Ewald von Kleist, de poco más o menos uno noventa de estatura, cuarenta y ocho años, corpulento, moreno, sin pormenorizar más. El oficial que les había mandado, en su calidad de correa de transmisión de las órdenes, se había empeñado en no dejar traslucir sus emociones, pero a juzgar por la lividez de su rostro aquélla era una de esas misiones cuyo fracaso implicaría un despojamiento de galones, cuando no un consejo de guerra. A pesar del secreto con que habían tratado la identidad del interfecto, Arturo pudo conjeturar su calidad por la llegada que había protagonizado la noche anterior junto con cuatro individuos más en un enorme Opel Admiral, todo pintado de negro —incluso los faros, que sólo tenían una franja maquillada que proyectaba una astilla de luz de un amarillo turbio— y sin ningún distintivo, escoltado por un destacamento de las Waffen-SS. Al hilo de esas reflexiones, Arturo fue sacando de sus bolsillos marcos del Reich y *pfennigs*, inútiles ya, un cortaúñas, una pequeña navaja, una fina pitillera de plata acanalada, una cartulina repleta por las dos caras de notas y tachaduras... Arturo se tomó su tiempo y repasó la cartulina; era el programa de una boda en cuyos intersticios habían escrito ideas, ecuaciones, esquemas, esbozos, abreviaturas... sin una idea de organización, un punto central. Se tropezó un par de veces con lo que podía ser un eje sintético, una extraña palabra encerrada en un círculo: WuWa. No tenía anotaciones explicativas ni adicionales, pero estaba dibujada con una letra perfilada que podía indicar su trascendencia en medio de la velocidad caótica del resto del galimatías. Arturo andaba sopesando toda la información cuando un oficial entró en la sala como una exhalación; se había olvidado de los otros dos SS que le acompañaban, pero ellos no se habían olvidado de la cadena de mando. Un acto reflejo le hizo guardar la cartulina con rapidez. Al instante, el Untersturmführer Franz Schadle, jefe de la guardia de la Cancillería, se plantó en el borde de la maqueta superando la sorpresa al descubrir las botas, una de pie y otra volcada. Arturo se volvió hacia él. La tensión de los tendones laterales de su garganta indicaba un barril de pólvora en su interior.

—¿Qué hace, soldado? —ladró.

Arturo se irguió e hizo el saludo alemán con precaución de no encender ninguna mecha.

—Comprobaba la identidad del muerto, mein Untersturmführer.

—¿Es nuestro hombre?

—Sí, mein Untersturmführer.

—Muy bien, aquí termina su labor. Retírense.

Manolete y Arturo se apresuraron en dar cumplimiento a las órdenes y bajaron de la plataforma. Arturo se puso las botas con rapidez y a continuación hizo un breve informe de la batida por el edificio, tras el cual abordó los aspectos más accesorios, estado del cadáver, inspección de ropa, enseres... obviando, sin una causa concreta, la cartulina. Cuando terminó, el oficial ordenó a los miembros de las SS que retirasen

el cadáver; lo hicieron sin ningún atisbo de método, aplastando edificios sin miramientos, como si fuese más importante ocultar la víctima que descubrir al victimario. Seguidamente conminó a Manolete y a Arturo a levantar el campo y regresar a sus rondas maquinales, previa orden de que hicieran uso de la principal facultad de la memoria: olvidar. Tras ejecutar la salva nazi, abandonaron la planta baja de la Cancillería y se internaron en las vastas estancias cubiertas de mármol y separadas por puertas que llegaban hasta el techo. Aquel monumento al poder, levantado para intimidar e impresionar a los visitantes, ofrecía ahora un aspecto fantasmal; se habían retirado todos los cuadros, tapices, muebles..., los techos tenían grietas enormes, las ventanas estaban tapadas con maderas... Sus botas resonaban por los amplios corredores.

—Aquí hay tela que cortar, ¿eh, mi teniente? —sugirió Manolete.

—No es asunto nuestro.

—Pero no me diga que no es raro.

—Te repito que no es responsabilidad nuestra.

—Claro, la responsabilidad era verde y se la comió un burro. En fin... —suspiró Manolete—, pero sí podemos hacer algo.

—Acabar la ronda.

—Eso aparte. Me refiero a que podríamos ir a fumarnos un pitillito a los jardines.

—¿Estás loco? Allí se nos van a congelar las pelotas.

—Total, para lo que las utilizamos... Ande, mi teniente, que a mí esta casa me da mal fario.

Arturo no acabó de responder, parecía ensimismado; en menoscabo de su anterior indiferencia, no podía quitarse de la cabeza el cuerpo que habían dejado abajo. Se le ocurrió que, necesariamente, los oficiales tendrían que informar de los hechos en el Führerbunker de la Cancillería, y que una de las entradas más cercanas se hallaba en los jardines. No era sólo curiosidad: todo lo que aconteciera en aquel lugar era de su incumbencia, sobre todo si esa incumbencia se dedicaba a acuchillar. Se encogió de hombros.

—No nos vendrá mal un poco de aire fresco.

Manolete sonrió como un niño ante una tarta de cumpleaños y se dirigieron a los jardines. En cuanto salieron, los dientes del frío se hincaron en su carne y se subieron los cuellos de sus capotes grises; el vapor hizo visible su respiración. Las fuentes, el pabellón de té, las estatuas, el invernadero..., todo se había volatilizado entre trozos de hormigón, árboles arrancados de cuajo y enormes cráteres. A lo lejos, der Amis, los aviones estadounidenses, seguían empeñados en demoler Berlín —por la noche les tocaba a der Tommys, los británicos—, y en los jardines rompía, como en una playa siniestra, el fragor de sus bombardeos. Un leve olor a chamuscado hablaba de toda aquella histeria y desintegración. Saludaron a los guardias apostados ante la

casamata de la salida de emergencia del Führerbunker; Manolete sacó un pitillo y Arturo le pidió uno.

—Pero, mi teniente, si usted no fuma.

—Pues hoy sí fumo.

Arturo apartó el fusil ametrallador, cogió el pitillo y dejó que se lo encendiera. En aquel mundo necesario, le había apetecido hacer algo sin finalidad práctica, un residuo de la vida normal. A la tercera calada empezó a toser.

—Estaba visto, lo suyo no es el fumeque.

—Tienes razón —corroboró Arturo apagando el cigarrillo y devolviéndoselo—. ¿Qué día es hoy?

—¿Hoy? —Manolete soltó el humo de manera desordenada—. 14 de abril.

—¿Y qué se sabe de éstos? —Arturo apuntó con su barbilla al cielo.

—Los americanos andan por el Elba, y dicen que los *ruskis* ya están dando leña en Seelow.

—O sea, que unos cerca y otros más cerca.

—En nada nos pican a la puerta.

Arturo miró el cubo de hormigón de la salida del bunker; allí, a doce metros de profundidad, se escondía ahora el antiguo amo de Europa, Adolf Hitler.

—Y de ése ni pío, ¿no?

—Desde hace un par de meses, mi teniente, pero yo ya creo que ni da ni toma... Y en nada nos van a crecer los enanos, se lo digo yo.

—En fin, a mal tiempo buena cara, Manolete.

—Lo crea o no, ésta es mi mejor cara, mi teniente.

Arturo contempló la mueca de irónica resignación que se dibujó en su rostro de Picio y sonrió con cierta tristeza. Luego estudió el bunker. Sabía que cuando Manolete miraba aquel cubo no le impresionaba, incluso sentía algo de desprecio, porque no era capaz, al contrario que él, de valorar su importancia histórica. La enorme diana en que el mundo había convertido a Berlín tenía su centro allí. La entronización del mal, la derogación del humanismo, la extinción de la humanidad, el vértigo de los dos últimos años de la derrota alemana, todo confluía allí, en su masa fortificada. Y en su insondable y humeante abismo, der Führer, en la última estación de su huida de la realidad, seguía soñando con su Germania, la ciudad babilónica que sería la capital de un imperio germano que duraría mil años, construida para que en un futuro el tamaño de sus ruinas fuesen el testamento de su grandeza, mientras sobre su cabeza el futuro ya le había alcanzado, un futuro de incendios y escombros y miles de toneladas de bombas. Arturo escupió de lado y observó a Manolete.

—¿Qué cojones hacemos aquí? —le preguntó fatigado, descreído.

Era una pregunta retórica, pero no contaba con la sencillez de Manolete, su profunda lógica.

—No tenemos ningún sitio adonde ir, mi teniente.

En ese instante, de la puerta del bunker comenzó a brotar un remolino de uniformes negros, pretorianos de las SS que custodiaban a cuatro civiles de sombreros oscuros y gabardinas grises. Arturo les identificó como a los individuos que habían llegado la noche anterior con el muerto; el rostro de uno de ellos era difícil de olvidar, rasgos fofos, muy pálidos, y sin cejas. Sus ojos se quedaron enganchados una fracción de segundo en los de Arturo; eran unos ojos negros, achinados por el frío, y en cuyo interior se vislumbraba un abismo. El grupo desapareció con rapidez en el interior de la Cancillería.

—Aquí va a haber verbena, mi teniente —murmuró Manolete con pesimismo.

Arturo no pronunció palabra, se hallaba pendiente de un sexto sentido a flor de piel que hacía brillar con fuerza en su memoria aquella palabra, WuWa. Se quitó el casco y se lo volvió a poner, se ajustó la correa del fusil ametrallador, miró al cielo.

—Sí —terminó por responder vagamente, distraído—, y me temo que no va a acabar bien...

Una brisa perfumada, como si hubiera soplado por encima de kilómetros de campos llenos de lilas, cubrió por unos momentos el olor a chamuscado de Berlín. Terminó la frase.

—Pero ¿tú sabes de algo que termine bien, Manolete?...

2. Tres millones de almas

El enorme gorila, enflaquecido por la escasa alimentación, observaba a los cinco soldados desde el interior de su jaula, sentado, con la más concentrada de las expresiones. Éstos, hombro con hombro en posturas desaliñadas, le devolvían la mirada con idéntica curiosidad. A poca distancia, sobrevolando la mañana ligeramente nublada, se hallaba la enorme torre antiaérea del bunker del Zoo. Y al fondo, en un ángulo del Tiergarten, se distinguía la ruina más espectacular de Berlín: el gigantesco Reichstag, la sede del Parlamento.

—¿Y es muy fiero? —le preguntó Arturo al encargado de cuidar a los monos, un anciano que más que viejo era antiguo.

—No, no mucho, sólo ruge fuerte alguna vez. Seguro que Iván es más fiero.

Iván era el mote de los soldados rusos.

—¿Qué dice? —se interesó Manolete.

—Que no te acerques mucho porque el bicho este ya se ha merendado a algún berlinés —le tomó el pelo Arturo.

—Ya será menos —respondió chulesco.

En ese instante el gorila pareció bostezar y a continuación soltó un bramido que les hizo saltar a todos y agotar la lista de santos e improperios. Luego volvió a observarles con gesto fruncido.

—Coño, tenía razón —afirmó Manolete.

—Venga, no se diga, que no somos ursulinas —se defendió el cabo Hermógenes Guardiola, alias Saladino, por su tez oscura debido a los años que había servido en Marruecos.

—Pero, Saladino, si tú eres un saltapatrás —se choteó el soldado Gonzalo Cremada, alias el Ninfo, por lo guapo que era.

—Pues tú no te has visto la cara de susto, Ninfito —le refregó Manolete.

—Menuda banda —salmodió Arturo con fingida resignación—, vosotros sí que estáis para que os echen cacahuetes...

Se volvieron a enzarzar pero siempre dentro del buen clima que compartían, una mezcla de camaradería, subordinación y cierta democracia, como correspondía a los pocos españoles que permanecían en el atolladero de Berlín. Era 15 de abril, un domingo frío y luminoso, y aunque Arturo sabía que aquella era una definición civil, que no tenía sentido en aquellos tiempos porque la guerra no tenía domingos, se sorprendía de que el zoo del Tiergarten —un inmenso y frondoso parque ahora convertido en un solar arruinado— mantuviese aquella apariencia de normalidad, con berlineses aquí y allá visitando las jaulas de los babuinos, de las aves tropicales, de los canguros, de los osos... Berlín, como todas las ciudades asediadas, se esforzaba en mantener la distribución de sus periódicos, el correo, la recogida de basuras, sus

cines y teatros, la circulación del transporte público, en presentarse en punto en sus oficinas. Ellos mismos, en cuanto tenían ocasión, procuraban escaquearse de sus deberes y quedar para sellar los vínculos de su amistad a base de coñac, naipes, café, rancho o putas. Arturo llevaba ya casi un mes en la ciudad, merced a un error administrativo que le había destinado a la defensa de la capital, y que a la vista de los acontecimientos de momento le había salvado la vida. Manolete había sido usufructuario de la misma lotería. Y a Ramiro, Ninfo y Saladino los había conocido en un acto en la Embajada española, ya que servían en diversas delegaciones oficiales. Era una de esas connivencias que se forjan en situaciones al rojo vivo y por tanto mucho más perdurables, y que Arturo agradecía porque llevaba tiempo sin sentir aquella soledad habitual, la sensación de estar en la barquilla de un globo y flotar a cientos de metros sobre la humanidad. Consciente de la introspección que lo había aislado durante toda su vida, y que en el peor de los casos le volvía irascible, se sorprendía de que por primera vez los demonios no habitasen en su interior, unos demonios que ahora estaban ocupados con la ciudad de Berlín, concediéndole una tregua en su hoguera personal. Incluso tenía una amante, Silke, una cálida y dulce berlinesa —cuyo marido, un conductor de Panzers, había sido dado por desaparecido en Kursk— con la que compartía un amor tibio, con aduanas, que sólo dejaba pasar la comprensión, cierta confianza y una compañía estable. ¿Se sentía feliz? Pensándolo con calma, más bien culpable de ser feliz.

—A propósito, Arturo, ¿tú tienes algo pendiente en la Embajada? —se interesó Ramiro, flaco como hilo de zurcir, muy discreto.

—No, ¿por qué?

—Porque hoy estabas en la agenda del secretario. Y no me preguntes cómo lo sé porque no tendría que saberlo.

Arturo respingó como si se hubiera quemado.

—Pues no, no creo. ¿Y tú no sabes nada?

—Sólo que estabas en lista.

—Ya.

Manolete también lo había escuchado y abrió la boca como un pez fuera del agua: había sido asaltado por el mismo pensamiento. Se acercó a Arturo de refilón.

—A ver si ahora algún chupatintas ha encontrado el borrón y se acabaron las vacaciones —susurró.

—No, esto lo llevan los *doiches*, y si no estamos ya jugándonos las pestañas es que no se han enterado.

Respiró hondo. Incluso él quería creerse sus palabras.

—Del amo y del mulo, cuanto más lejos más seguro, mi teniente —insistió Manolete.

Arturo impostó una sonrisa. Se dirigió al grupo.

—Y qué, ¿al final os vais a llevar a Chita de vinos?

—No lo acabo de ver yo jugando al mus —apuntó el Ninfo.

—Mejor que tú seguro que juega —se choteó Saladino.

—Puede, pero yo por lo menos respeto las reglas, moro mierda, no como otros...

—¿Reglas?... —se admiró Saladino, como si el juego limpio fuera una afrenta a todos sus antepasados—. Pero ¿tú qué te crees, que esto es *Günbledörf*?

La franqueza e ingenuidad con la que había respondido provocó la hilaridad del grupo. Todos tenían claro que la tragedia marchaba a su lado, por lo que siempre agradecían una sonrisa.

—¿Y hay sitio donde comer? —preguntó Ramiro circunspecto.

—Sólo hay que seguir a éste —Manolete apuntó a Saladino—, que ve un potaje en una noche negra y sin bengalas.

—A ver... —se defendió Saladino—, con el rancho científico, o sea, rácano, que nos dan... Tengo localizado un garito en la *noséquéstrasse* que no pone sólo salchichas.

—Vale, entonces yo invito y tú pagas —concluyó el Ninfo—. ¿Cómo nos organizamos?

Por rutina, todos miraron a Arturo, que era quien ostentaba virtualmente la mayor graduación. Pero éste no contestó, tenía la mirada sonámbula de quien sólo se está escuchando a sí mismo.

—¿Mi teniente...? —le apremió el Ninfo con suavidad.

—Sí, disculpad... —esbozó una levísima sonrisa de cortesía; buscó rápidamente en su reserva de mentiras—. Me temo que hoy no os podré acompañar, me acabo de acordar de que tengo asuntos en la Embajada que no admiten dilación. Tendrá que ser otro día.

Romper la disciplina de grupo le supuso una pitada colectiva que bordeaba la insubordinación, pero Arturo no tenía en cuenta aquellas oscilaciones en el tratamiento entre oficiales y tropa, por otra parte tan comunes cuando se comparten fatigas. Cortó por lo sano.

—Vale, como sigáis os empaqueto.

Fue mano de santo. Ramiro, el único que había guardado la distancia jerárquica, se le acercó solapadamente para recordarle con sutileza que ni quitaba ni ponía rey, pero que él servía a su señor. Arturo le tranquilizó asegurándole que sería una tumba; también tuvo que limar la tensión de Manolete, a quien su firmeza anterior se le antojaba de cartón piedra.

—Voy a ver por si acaso —le resumió sin argumentos lógicos.

—Pues venga, detrás de mí al trote cochinerito —dispuso Saladino.

—Pero antes habrá que despedirse de Chita, ¿no? —les detuvo el Ninfo.

Manolete buscó al cuidador; su rostro arrugado como una verruga parecía no

haber conocido nunca la juventud.

—Pregúntele cómo se llama el bicho —le pidió a Arturo.

Arturo lo hizo.

—¿Qué dice? —le interrogó Manolete.

—Dice que no tiene nombre.

—Ah, pues qué raro, ¿no?

Todos guardaron un extraño silencio mientras contemplaban al descomunal primate. Su cuerpo y su mirada hablaban de la reluciente vegetación de una selva violenta, pródiga, asfixiante, donde no había miramientos, ni piedad, ni justicia, y donde un asesinato fascinante y colectivo era el pan de cada día. Aquel animal vaciaba de sentido la expresión madre naturaleza, negaba a los hombres, a su civilización.

—No, no es raro... —concluyó Arturo—, qué va a ser raro...

Arturo se dirigió a buen paso hacia la Embajada española, en el barrio diplomático del Tiergarten. En ausencia de un embajador ya evacuado por enfermedad, el conde de Bailen, primer secretario, había clausurado oficialmente el edificio dos semanas atrás, partiendo también él hacia Suiza con todos sus funcionarios, claves y documentación, pero aún permanecía en él un retén semiclandestino, cinco personas que se ocupaban de los últimos asuntos con la diplomacia alemana y de la repatriación de la colonia española. La Lichtensteinallee no se hallaba lejos, pero sí lo suficiente como para que Arturo pudiese comprobar hasta la extenuación lo mucho que se le había torcido la guerra a Alemania. Edificios tronchados, destripados; anchas calles y avenidas llenas de baches y escombros; manzanas enteras volatilizadas... El fragor sordo y continuo procedente del este era de tal intensidad que, en los distritos orientales de la capital, a pesar de hallarse a sesenta kilómetros del frente, las casas temblaban y los cuadros se caían de las paredes. No obstante, la defensa no era la principal preocupación de unos berlineses demacrados por la falta de víveres y la tensión, como podía confirmar Arturo en cada esquina, sino la de llenar las despensas antes de que la ciudad fuese sitiada, soportando las largas colas del racionamiento frente a las panaderías y las tiendas de alimentación. Ya en la Lichtensteinallee, Arturo salvó un embudo en medio de la calle y se plantó frente a la enorme y familiar uve del edificio, con el escudo del águila de San Juan y el yugo con las flechas presidiendo una fachada hundida parcialmente por una bomba. Llamó a la puerta y no tardó en abrir Matías, un mecanógrafo rubio y espigado al que Arturo le expuso una necesidad ficticia de consultar unas dudas sobre los haberes del ejército alemán en su época de divisionario. Matías le hizo pasar hasta la escalera de honor y después le guió por un edificio vacío hasta el despacho del secretario de la Embajada. Le conminó a esperar

unos instantes en la entrada mientras era anunciado. Al poco volvió a salir y le informó —hablaba muy bajo y Arturo tuvo que esforzarse para oírle— de que el secretario le esperaba, rogándole que le permitiese guardarle el casco y las armas. Arturo no opuso ninguna objeción e incluso le entregó la Tokarev que se había traído como souvenir de Rusia. Entró en el despacho; era una habitación pequeña, fría y desnuda que producía cierta incomodidad al tiempo que un respeto debido. Sentado tras una mesa bajo un retrato del Caudillo le aguardaba Francisco Maciá, en aquel momento el máximo representante de la diplomacia española en el Reich. Vestía un traje de corte impecable y despertaba la misma impresión sobria y aséptica que su despacho. Arturo se acercó a la mesa y le saludó militarmente; Maciá se irguió alisándose el traje, salió de detrás de ella y le tendió la mano, dándole la bienvenida con una levísima sonrisa de ensayada cortesía. Arturo juzgó que el secretario era no mucho de todo, alto pero no mucho, fuerte sin llegar a robusto, bien parecido aunque no exactamente guapo. Éste le acercó una silla, le invitó a sentarse y volvió tras la mesa.

—Es una afortunada casualidad que se haya acercado usted a la Embajada precisamente hoy —comenzó con estudiada lentitud—. Ya me han comunicado que tiene un problema con las soldadas, pero yo le iba a hacer llamar para otro asunto.

Arturo se reacomodó en la silla, se desabrochó parcialmente el capote de lana y rayón, y mantuvo una máscara de mansedumbre.

—Usted dirá.

—¿Puedo ofrecerle primero un café? Es café café, no se preocupe.

—Hace tiempo que ni lo huelo. Se lo agradecería.

Maciá efectuó una rápida llamada por una línea interior y retomó su discurso.

—Bien, antes de empezar querría aclarar algunas cosas —carraspeó—. Usted se ha ganado una merecida reputación en el seno de la extinta División Azul a raíz de los desafortunados incidentes acaecidos en el sitio de Leningrado. No obstante, ¿cuál no fue mi sorpresa cuando desde España me encomendaron este pequeño asunto con órdenes expresas de que fuese el teniente Arturo Andrade Malvido quien se encargase de él? Es evidente que en el palacio de Santa Cruz saben quién es usted, lo que no me resultó tan evidente fue que yo pudiese localizarle, y más teniendo en cuenta la repatriación de la División. Puedo asegurarle que mi sorpresa se convirtió en desconcierto cuando me informaron de que usted se hallaba en Berlín y, si seguía vivo, debería ponerme en contacto de inmediato —hizo una pausa—. Por lo tanto, mi primera pregunta es: ¿qué hace usted aquí todavía?

Era una buena pregunta. Arturo recapituló mentalmente los últimos dos años de su vida. Tras resolver los tenebrosos crímenes que se sucedieron en la División, gracias a los cuales había sido rehabilitado en el grado de teniente, había sobrevivido milagrosamente a la masacre sufrida a manos de los soviéticos en Krasny Bor —más

de dos mil españoles habían caído en las primeras veinticuatro horas; y todavía tenía pesadillas con la salvaje lucha cuchillo en mano que había librado con uno de ellos—, y más adelante a la hemorragia de la batalla por la orilla occidental del río Ishora. A esas alturas de la guerra, finales de 1943, cualquier tipo de ideología que hubiera albergado el régimen en España había sido condenada a una búsqueda insaciable de poder, su conquista y su conservación, por lo que todo el altar ricamente decorado de la lucha contra el comunismo y la hermandad germano-española estaba siendo desmontado por la amenaza de la aplastante superioridad militar soviética, la presión británica y norteamericana y la alarmante debilidad del Eje. El vuelo ya constante de las Furias sobre Alemania provocaba que las ratas empezaran a abandonar el barco, y durante el repliegue de la Wehrmacht, desde el extremo más lejano de su avance oriental y occidental hasta el mismo corazón del Reich, España había pasado de la no beligerancia a la neutralidad y de ahí a un si te he visto no me acuerdo. La primera víctima fue la División Azul, que había sido repatriada dejando dos pequeños contingentes voluntarios para salvar la ropa, la Legión Azul y la Escuadrilla Azul, más adelante también demasiado peligrosos para la salud patria, y finiquitados en apenas unos meses permitiendo quedarse únicamente a los guripas que quisieran alistarse por su cuenta en la Wehrmacht o las SS, acerca de los cuales el Estado español se lavaba las manos. Llegado a este punto, ni siquiera Arturo sabía exactamente por qué continuaba al borde de aquel abismo. No tenía motivos ideológicos ni presiones jerárquicas, podía haber cogido aquel tren en Nikolajevska y regresar a Madrid para reintegrarse tranquilamente a un plácido quietismo militar. Sin embargo, había preferido enrolarse en la Legión y, más tarde, en la brigada belga de las SS de Léon Degrelle, la Wallonie, como simple granadero, luchando con gran quebranto en Pomerania contra las vanguardias soviéticas. Trasladado a Potsdam, allí se había encontrado con la Unidad Izquierda, un grupo de combate que los alemanes le habían encargado formar al capitán Miguel Izquierda, y que encuadrado en las Waffen-SS sería destinado a la defensa de Berlín, tras el cual, mediante algún sortilegio burocrático, había terminado sirviendo en la Cancillería. ¿Por qué?, se preguntaba, ¿por qué continuaba dando vueltas como una mula atada a una muela? No tenía certidumbres; quizás la guerra se había convertido ya en un estado de conciencia, un estado primitivo e hipnótico que le mantenía atado a una sensación de misterio, peligro y belleza. Quizás.

—Debemos impedir que las hordas de mongoles invadan Europa, luchar hasta el último segundo contra el bolchevismo —mintió finalmente.

Maciá le miró como si estuviera intentando reconocerse en los añicos de un espejo. Si sacó alguna conclusión, se la guardó para él.

—En estos tiempos tan críticos y difíciles es muy loable que haya hombres como usted —respondió—. La patria está al tanto de su elevado espíritu y se siente

orgullosa, teniente. Esta batalla puede que esté perdida, pero seguiremos luchando en esta Cruzada donde, cuando y siempre que sea necesario contra los enemigos de España. Y ahí es donde entra usted de nuevo.

—¿En qué puedo ser útil?

Maciá no perdió tiempo; arrió la bandera neutral e izó otra negra con dos tibias y una calavera.

—Iré al grano —dijo poniendo las manos sobre una carpeta de cuero—. Alemania tiene perdida esta guerra, y la situación de España en el momento presente es, cuando menos, delicada. Por un lado, el país depende del petróleo que le suministra Estados Unidos, y por otro hay entre los Aliados desafectos que han interpretado mal nuestro empeño en luchar contra el comunismo, *incluso* al lado de los alemanes, y que están empeñados en tomar represalias. A esto debemos añadir que dentro de España existen ciertos elementos... —Arturo supo que había obviado su continuación: falangistas—, ciertos logreros y oportunistas que continúan intrigando en contra del Caudillo. Así las cosas, la patria ha de tener cuidado porque todo compromete; incluso su presencia aquí, luchando por el Reich, la compromete. De hecho, usted no existe.

Maciá le miró con gravedad, aguardando el efecto de sus palabras.

—Soy consciente —convino Arturo.

—Créame, eso añade más quilates a su oro. Sin embargo, los buenos nadadores siempre se ahogan, y con esto quiero decir que hay que ser previsores. Usted habrá oído los rumores...

—¿Qué rumores?

—WuWa —respondió Maciá con un tono grave.

Arturo sostuvo su mirada una fracción de segundo más de lo conveniente. Colocó el puño en su boca y carraspeó.

—¿A qué se refiere?

Justo cuando Maciá se disponía a contestar picaron a la puerta. El secretario dio su permiso y Matías entró con una bandeja y dos tazas de café, que dejó humeando sobre la mesa. A su lado colocó un azucarero y dos cucharillas. Junto con el sabroso olor del café, Arturo olfateó otro aceitoso, proveniente de las manos de Matías, que seguramente habría estado trasteando en su Underwood. Pidió permiso para retirarse y cerró la puerta con cuidado.

—WuWa —repitió Maciá acercándose su taza—, las *Wunderwaffen*, las armas maravillosas.

Arturo congeló el gesto de echarse azúcar en el café. Se reprochó no haber relacionado la palabra escrita en la cartulina que guardaba en el bolsillo con aquel desesperado mito nazi.

—Pero eso es un cuento chino —continuó con el repertorio de ademanes para endulzar su café.

—Eso parece. Goebbels lleva advirtiéndolo desde hace meses de la existencia de nuevas e increíbles armas que cambiarán el curso de la guerra. Asegura que la Wehrmacht está esperando a tener a los rusos más cerca para hacerles caer en una trampa, pero aparte de los cohetes V1 y V2 y de los cazas a reacción Me-262 no se ha visto nada maravilloso y, por supuesto, las antedichas no están cambiando nada.

—No es más que una invención del señor Goebbels para dar moral a la población.

—Lo más probable. Incluso cuando Mussolini visitó en abril del año pasado al Führer en el castillo de Klessheim, y tuvimos constancia por el mismo Ciano de lo que allí le aseguró Hitler... —abrió uno de los cajones de su mesa y sacó un folio que centró sobre la carpeta de cuero—, cito literalmente: «Tenemos aeroplanos a reacción, tenemos submarinos no interceptables, artillería y carros colosales, sistemas de visión nocturna, cohetes de una potencia excepcional y una bomba cuyo efecto asombrará al mundo... —aquí titubeó—. Todo esto se acumula en nuestros talleres subterráneos con rapidez sorprendente. El enemigo lo sabe, nos golpea, nos destruye, pero a su destrucción responderemos con el huracán y sin necesidad de recurrir a la guerra bacteriológica, para la cual nos encontramos igualmente a punto. No hay una sola de mis palabras que no tenga el sufragio de la verdad...». Repito, incluso cuando supimos de esta entrevista, no se le dio demasiado crédito.

El silencio ulterior a las palabras de Maciá se elevó como durante la consagración de una hostia. Arturo no dejó de remover el café en el sentido de las agujas del reloj. Dio un corto sorbo.

—Un café excelente —ponderó—. ¿Y bien?

—Como digo, todo esto no tendría vuelta de hoja si no fuera porque nuestro servicio de información en Italia nos remitió hace poco cierto informe acerca de un tal Luigi Romersa.

—¿Debo conocerle?

—No necesariamente. Es un periodista, fue enviado por el Duce en octubre con una misión especial: viajar a Alemania e informarle de cuánto había de verdad en las palabras de Hitler.

—¿Y cuánta verdad había?

Maciá se rascó la barbilla en un gesto de especulación.

—Bien, he aquí el problema: que sobran opiniones y faltan criterios. Los datos son imprecisos, genéricos... Nuestros agentes afirman que el tal Luigi regresó impresionado hablando de fábricas subterráneas tan grandes como ciudades llenas de artefactos prodigiosos y de cómo fue testigo de la prueba de una misteriosa bomba, denominada bomba disgregadora, capaz de destruirlo todo en kilómetros a la redonda.

—Ya —asintió Arturo con escepticismo, dando un sorbo—. Otro cuento de hadas, supongo.

Maciá guardó el folio en el cajón y movió la cabeza como si llevase mucho tiempo sin hacerlo.

—Bien, nosotros debemos ser consecuentes con los hechos, y éstos son que en Normandía el SHAEF informó de la destrucción de veinticinco carros de combate británicos por un solo Tiger, un extraño modelo. Los Me-262 volaron el puente de Remagen sobre el Rin a base de bombas que parecían buscar el blanco. La infantería norteamericana descubrió a un francotirador que disparaba de noche y les causaba bajas reales, es decir, que podía ver en la oscuridad. Son casos aislados, excepcionales, pero están comprobados, son hechos —repasó la línea de sus cejas y continuó—: A la luz de estos datos también cobraría sentido la extraña seguridad con la que Mussolini afirmó en su alocución de diciembre en Milán, su último discurso público, que los alemanes atacarían de forma inminente las ciudades de los Aliados con bombas capaces de arrasirlas enteras. Y en febrero de este año, también en su último discurso radiado, Hitler pide a Dios que le perdone por hacer uso de un arma demolidora y definitiva.

—¿Y por qué no la ha utilizado ya? —preguntó Arturo categórico.

Maciá evaluó su interrogación con calma. Respondió con otra pregunta.

—¿Se ha preguntado por qué el pueblo alemán resiste de esta manera tan irracional, tan feroz?

—Supongo que por un lado disciplina y por otro miedo a los rusos.

—Puede ser. ¿Y por qué los Aliados han multiplicado sus misiones de bombardeos tan cerca ya del final y han ordenado a sus generales que se den prisa en tomar Berlín?

—Ganas de acabar la guerra.

—También puede ser que la Wehrmacht necesite tiempo para ultimar lo que tenga que ultimar. O que ya lo tengan listo y aguarden a que los rusos estén más a tiro, y que todo esto ya se lo hayan oído los Aliados, y por ello estén nerviosos y actúen en consecuencia...

Guardó un silencio que remitía a una de esas ausencias que lo condicionan todo: la bomba disgregadora. Arturo terminó su recio café, el mismo que estaba enfriándose en la taza intacta de Maciá.

—¿Para qué me ha llamado, señor secretario?

—Es muy sencillo, teniente: para tener un criterio en vez de una opinión. Nuestro deber es salvaguardar la integridad de España, y si hay alguna posibilidad por pequeña que sea de que el nuevo orden en el que deberá moverse la patria no sea el que está previsto, nosotros debemos considerarla. Dios siempre está del lado del ejército más fuerte, y España siempre está del lado de Dios, ¿estamos de acuerdo?

Arturo lo juzgó una muestra sofisticadísima de cinismo.

—Totalmente —contestó tendencioso.

—Usted se halla ahora destinado en la Cancillería y es de los que saben mirar, pero también de los que no tienen miedo a ver. Durante el tiempo que la delegación permanezca aún en Berlín será nuestros ojos y nuestros oídos, y nos mantendrá al tanto de cualquier cosa que tenga relación con el asunto que nos atañe. Por descontado, si usted regresa a España todo esto se le tendrá en cuenta en su debido momento.

—Comprendido. Estoy a sus órdenes.

Maciá abandonó entonces el arquetipo de diplomático; era evidente que tenía una inteligencia llena de matices, o al menos creaba la ilusión de ello, y Arturo adivinó que no le iba a costar nada pasar a un tono más cálido sin patéticos gestos de intimidad ni intentos de falsa amistad.

—Muy bien, teniente, ¿necesita usted algo?

—¿Presumo que si lo necesito puedo recurrir a usted?

Maciá reflexionó sobre su pregunta con el mismo cuidado con que se manejaría una pluma que perdiese tinta.

—Dentro de nuestras limitaciones, y de una manera no oficial, sí puede —concluyó; luego abrió otro de los cajones y extrajo un grueso sobre color manila que colocó justo en el centro de la carpeta de cuero—. Son dólares, seguro que le podrán ayudar en una situación apurada. Matías también le hará entrega de una radio para ponerse en contacto con nosotros cuando todo se ponga imposible; le sugiero que la guarde en lugar seguro. Y a propósito, teniente, no me quedaría a gusto si no le comentase una cosa más.

—Le escucho.

Las siguientes palabras de Maciá le sorprendieron por su franqueza.

—Mire, esta ciudad se va a convertir en un infierno. Aquí hay tres millones de almas condenadas. Y a no ser que ocurra un milagro, los rusos van a vengarse por lo que los nazis les hicieron durante la ocupación; de hecho, ya han demostrado las abominaciones de que son capaces en Prusia, en Silesia, en Pomerania... Usted estuvo en Pomerania, ¿no es verdad?

Arturo recordó las inmensas caravanas, la riada homérica de mujeres y niños, famélicos, aterrorizados, que huían de los *frontoviki* soviéticos; el clima inmisericorde; las atrocidades, los saqueos, las llamas, la sangre a borbotones de una lucha febril y sin cuartel, siempre en retirada a través de bosques cubiertos de nieve.

Asintió sin replicar y Maciá lo interpretó como un gesto para que siguiera.

—Además, en la ciudad hay trescientos mil extranjeros trabajando, esclavos, caballos de Troya, y entre ellos muchos rojos españoles esperando para resarcirse de la guerra que perdieron. Créame, aunque Hitler esté en las últimas, lo único que les contiene es el hábito de saltar cuando restalla el látigo, y en cuanto acumulen el suficiente valor para darse cuenta de que ya no hay nadie para manejarlo van a

saquear, robar, asesinar, violar... Lo harán, y lo harán a conciencia, no le quepa duda. La delegación no se va a quedar mucho tiempo, cinco o seis días más a lo sumo. Tenemos un avión en Tempelhof preparado para evacuarnos a Dinamarca en cuanto las cosas se pongan feas. Con esto quiero decirle que si al final considera la lealtad a los alemanes como una cuestión de fechas, y atendiendo a su calidad especial, siempre habrá un hueco en ese avión para usted.

Arturo esbozó una sonrisa esfumada. Definitivamente, se replanteó, lo de Maciá no era un refinado cinismo, sino únicamente una manera de adelantarse a los hechos.

—Muchas gracias, señor secretario. Lo tendré en cuenta. Aunque de momento, creo que Berlín es un lugar tan bueno como cualquier otro para esparcir mis cenizas.

—Es su decisión. En fin, creo que sólo nos queda lo suyo...

La desorientación de Arturo fue el tercer invitado de aquella reunión.

—Sí —encadenó Maciá—, sus haberes...

—Ah, es cierto...

—Si todavía desea informarse sobre ellos —Arturo no adivinó si su «todavía» iba con segundas—, hable con Matías. Bien, ¿necesita algo más? ¿He olvidado algo?

Arturo tenía claro que la franqueza sólo es una virtud cuando se manifiesta hacia los superiores jerárquicos.

—Comida —dijo sin vacilar—. Si pudiesen proporcionarme algo de comida se podría aguantar mecha.

—Por supuesto.

Maciá acompañó su respuesta con el gesto de a quien no le importa que le pongan ciertos puntos sobre las íes, y se levantó con desenvoltura, dejando clara su calidad sin remarcarla. Se planchó el traje con una mano y extendió la otra. Arturo se cuadró primero militarmente y luego le dio la mano.

—Pues vista, suerte y al toro, teniente.

Que Maciá citase el lema de García Morato, el famoso as de la aviación nacional durante la guerra civil, no confortó demasiado a Arturo, visto el calamitoso final que había tenido. Guardó el sobre y con él, bien lo supo en ese momento, cualquier esperanza de ser salvado.

Sin necesidad de comentárselo y junto con su impedimenta, el esbelto Matías le hizo entrega de una pesada radio, que Arturo se colgó como una mochila, así como —tras confirmar la orden de Maciá— de un paquete con comida. Para salvar las apariencias, se consideró obligado a hacer una consulta acerca de las soldadas que todavía podía deberle el ejército alemán, y a continuación se dejó conducir hasta la puerta. En el exterior se encontró con un frío que le ensartó como una pica y con aquel malestar casi físico en el aire. Se colgó la Schmeisser del cuello, comprobó el estado de su Tokarev, y dejó que su imaginación contemplase a las Furias que, con sus alas de diosas negras, permanecían posadas en las cornisas de Berlín. Los

antiguos tenían tanto miedo a aquellas feroces deidades que no se atrevían a nombrarlas, y las llamaban con ironía las Euménides, las bondadosas. Pero Arturo no temía llamarlas por su nombre, una por una, mientras le vigilaban con sus enormes ojos como canicas negras y brillantes, Tisífone, Alecto, Megera...

Lo primero que debía hacer era encontrar un lugar seguro para guardar la radio. Aparte del riesgo que suponía para el aparato pasear con él por una ciudad que estaba siendo bombardeada con la intención de que sus restos pudieran colarse por una raqueta de tenis, la neurosis de Goebbels por la quinta columna y los derrotistas había llenado la capital de patrullas de SS que ejecutaban juicios sumarísimos sin pestañear, y para los que, en un día cruzado, un españolito con un transmisor de radio, y por muy milite que fuese, podía ser culpable de estar haciéndole un informe a Iván sobre las defensas de Berlín. En esas reflexiones estaba cuando al entrar en la Potsdamer Platz observó cómo un Kübelwagen descubierto, el robusto jeep alemán, se detenía de una manera casual que no tenía nada de casual pocos metros más adelante, montándose sobre la acera. A su lado, pintada sobre una pared, había una advertencia tan tranquilizadora como un cuervo negro: TOD UND STRAFE FÜR PFLICHTVERGESSENHEIT, «Muerte y castigo a todo el que no cumpla con su deber», y en sus asientos, dos SS vestidos con abrigos negros para que todo el mundo recordase de quiénes se trataba y cuáles eran sus intenciones. Arturo vio perfectamente el cepo, pero dudó si meter el pie. Aquellos dos venían sin duda a por él, la duda era por qué. Lo único que se le ocurría era la cartulina que tenía en el bolsillo de la guerrera, y de confirmarse significaría que no iba a tardar en verle los pies al Cristo Crucificado. A pesar de estar pelado de frío, sintió el sudor arrollándole por la espalda; no obstante, ni se planteó escapar, y con su mejor cara de quien no tiene nada mejor que hacer mantuvo sus piernas funcionando como pistones en su dirección. Cuando llegó a su altura uno de los SS, un Scharführer con unos rasgos tan bastos que la evolución parecía haberle pasado por alto, se puso de pie apoyándose en el parabrisas y le dio el alto. Arturo se detuvo e hizo el saludo nazi.

—Identifíquese —ladró el SS.

Arturo se dio cuenta de que era un requerimiento impostado, pero le siguió el juego y se identificó. También tuvo que responder a un par de preguntas, una de rigor y otra impertinente acerca de su origen y destino así como de su lealtad al Führer. Cumplimentada la batería de interrogaciones, el compañero —que una vez apeado del vehículo, y a pesar de ser muy alto, parecía bajo de tan fuerte— abrió la puerta trasera y hablándole como si le importase convencerle le informó de que llevaban toda la mañana buscándole con su foto pegada al parabrisas, y que tenían órdenes de que les acompañase: alguien quería hablar con él. Aquel singular aprensivo, sombrío, dejaba entrever una cita tan fría como la superficie de una mesa de mármol.

—¿Adonde hay que ir? —inquirió Arturo.

—Prinz-Albrecht-Strasse.

La simple mención de aquellas tres palabras provocó que Arturo temiese que, junto con el rancio sudor de su capote, los SS pudiesen oler el miedo que le atenazó de repente. Asintió y pensó con cierto cinismo que aquel día parecía ser el tipo más popular de Berlín. Sin mediar palabra se montó en el Kübel, que tras un portazo arrancó dando tripazos entre los socavones de las calles berlinesas. Durante el corto trayecto por el distrito gubernamental, Arturo, con el rostro cortado por el frío y la mano en el casco de acero, consideró que el miedo estaba diseñado para ayudar a sobrevivir, era algo natural, uno tenía que manejarlo, sobre todo si le llevaban al número ocho de la Prinz-Albrecht-Strasse, sede de la Reichssicherheitshauptamt o RSHA, la Oficina Central de Seguridad del Reich. En el antiguo palacio se combinaban las oficinas del Sicherheitsdienst o SD, el servicio de seguridad de las SS, y la Sicherheitspolizei o Sipo, la policía de seguridad, que comprendía a la Kripo, la policía criminal, y a la temible Gestapo, la policía política. Y era desde allí desde donde, de una manera eficaz, metodológica, se había organizado un terror que había quemado hombres y abrasado fronteras durante seis largos años. Tras dejar atrás hileras de fachadas decimonónicas el Kübel se detuvo frente a su puerta principal, asimétrica al igual que el resto del edificio debido a los bombardeos. Al bajarse del vehículo Arturo fue encajonado por los dos Schutzstaffel y conducido al interior. Tras un control de seguridad ascendieron por una inmensa escalera hasta un vestíbulo que hacía de sala de espera, con un techo abovedado y tres inmensas ventanas en forma de arco. En los espacios entre ellas descansaban los bustos de Hitler y Göring. Era la primera vez que pisaba el interior de la RSHA, la Casa de los Horrores, como la habían bautizado los berlineses, y frente a la energía oscura, el inmenso latido de sombra que su imaginación había esperado encontrar, se sorprendió puerilmente de la eficacia industrial que se respiraba en sus pasillos, una minuciosidad de archivos por triplicado que, mezclada con una crueldad primitiva, había tenido unos efectos devastadores sobre Europa. Únicamente un algo febril, apresurado en sus movimientos, indicaba la tragedia que se cernía sobre ellos; era evidente su conciencia de que en el libro en que los rusos tenían anotada la gente con la que había que saldar cuentas, las SS tenían reservado un capítulo entero, por lo que una de las causas primordiales de todo aquel babel era la destrucción exhaustiva de documentos. Algunas puertas abiertas y cerradas de improviso delataban las escenas que en ese momento se estaban repitiendo en todas las oficinas y departamentos de la Allgemeine-SS a lo largo del Reich, la eliminación sistemática de miles de tarjetas color marrón rojizo de los registros personales, dossieres, autorizaciones firmadas, órdenes..., rastros de una responsabilidad que aumentaba a medida que se alejaba de los hombres que sostenían las armas. Pero, sobre todo, se deshacían de las pilas de

Dienstaltersliste, un volumen secreto que se elaboraba varias veces al año con las listas jerárquicas de los oficiales de las SS, con nombres, destinos, cargos, condecoraciones... Definitivamente, una pera en dulce para las guadañas del SMERSH soviético. No obstante, la bestia, aunque herida y acorralada, aún respiraba, y durante un tiempo indeterminado Arturo iba a tener la cabeza entre sus fauces. Sus escoltas se detuvieron en un despacho, y cuando quiso darse cuenta se encontraba ya de camino hacia los sótanos del complejo.

—Es aquí —le informó el SS que parecía el poli bueno de la pareja.

Picaron en una puerta metálica cubierta de ronchas de óxido y les abrió otro miembro de aquella orden negra, un tipo con ninguno de sus rasgos especialmente marcado, que llevaba la guerrera desabrochada en parte y salpicada de lamparones oscuros. El olor del pánico asaltó a Arturo de inmediato: el aire saturado de mierda, sangre, orina y sudor, con el añadido característico del aroma dulzón de las salas de interrogatorio que se intentan lavar continuamente de todo lo anterior. Sus acompañantes consideraron cumplida su misión y dieron media vuelta sin despedirse; Arturo entró entonces en una de esas habitaciones sin ventanas que se encuentran en las pesadillas y de las que se logra salir entre gritos de madrugada y empapado en sudor. En el centro de la estancia, apenas iluminado por una luz con tonos whisky, mortecina, había un hombre desnudo sentado en una silla negruzca anclada en el suelo. Tenía correajes y anillos que mantenían atrapados sus tobillos, muñecas, pecho y cabeza. Un manojo de cables salía de detrás hacia una especie de mostrador donde otro SS con cara de bulldog y los brazos muy largos controlaba el voltaje. De pie, a su lado, un Hauptsturmführer con las piernas arqueadas, como si hubiera servido en caballería, y un rostro errabundo que no se decidía por el aburrimiento o la pereza. Parecía ser el director de aquella inquisición. Y en una esquina, una presencia en penumbra que Arturo no acababa de distinguir: en su vida, Arturo había aprendido a temer sobre todo a esas presencias. Se puso firme con un duro sonido de botas entrechocadas y el brazo en alto.

—¿Ve lo que les ocurre a los enemigos del Reich? —le preguntó el capitán con una mirada extraviada, sin devolver el saludo.

Arturo se limitó a adoptar el gesto que la gravedad de la situación requería.

—Deje la mochila y su arma y póngase cómodo. El espectáculo lo merece.

Arturo cumplió la orden y dejó el macuto, el casco y el fusil ametrallador contra la pared. Contempló a aquel desgraciado. Resultaba difícil mirarle, parecía un cadáver listo para una sesión de anatomía si no fuese porque todavía seguía respirando. Era un individuo fuerte, con mucho vello, y su rostro tumefacto por los golpes hacía difícil su identificación. Su cuerpo estaba cubierto de verdugones violetas salpicados por gotitas de sangre. El capitán movió la cabeza y el hombre fue lanzado hacia delante con los ojos en blanco por una fuerza demoledora que le

machacó cada nervio de la cabeza a los pies. La electricidad hurgaba con miles de alfileres en los poros de su piel y convertía sus ojos en bolas de fuego. Luego volvió a aplastarse contra el asiento, como una marioneta con los cables relajados momentáneamente. A pesar de todo no había gritado, sino que había intentado mantener su orgullo a base de gruñidos; eso y que no pedía compasión indicaba horas o días ya de continuo calvario, desmayos, vómitos, palizas... Un acto de barbarie obscena y reconcentrada que alcanzaba su punto álgido en un detalle del que Arturo acababa de percatarse. Frente al martirizado habían colocado un espejo de cuerpo entero para que pudiese contemplar su miseria, verificar segundo a segundo el despojo en que se iba convirtiendo.

—Yo soy el Hauptsturmführer Friedrich Möbius —le informó el capitán—, y nuestro invitado es el sargento de Rangers Philip Stratton, un comando norteamericano que cayó en las afueras de Berlín, cerca de una granja. Fue apresado por los dueños en el establo. Tuvo suerte, no le mataron allí mismo —Arturo observó el cuerpo desollado del americano: en efecto, había tenido suerte, una mala, malísima suerte—. En un principio se hizo cargo la Gestapo, pero al incautarle un mapa de Berlín con diversos puntos señalados, entre ellos la Cancillería, y después del crimen cometido ayer, pensaron que a lo mejor nos interesaría más a nosotros.

—Comprendo, mein Hauptsturmführer —le interrumpió Arturo con aplomo, disimulando el rabo entre sus piernas—, lo que no entiendo es para qué me ha mandado llamar.

—No sea impaciente, permítame que le explique —Arturo asintió—. Herr Stratton lleva unas horas disfrutando de nuestra hospitalidad, y aún le quedan unas cuantas más, me temo. Si no fuese tan obstinado, nos habría ahorrado ya mucho tiempo, ¿no es cierto, Herr Stratton?

Tras la pregunta, hizo una seña imperceptible con el mentón que fue convertida por su subordinado en un estallido de electricidad. El comando volvió a combarse de una forma inverosímil y al instante un olor fétido anegó la habitación. Los músculos de Stratton habían cedido sin poder retener sus excrementos. El SS que les había abierto la puerta bromeó tapándose la nariz y buscó un vaporizador de perfume con el que roció el aire.

—Eso ha sido una grosería, Herr Stratton —le reprochó el capitán sin la menor ironía—. Bien —prosiguió—, hemos podido averiguar que su visita tiene que ver con el entorpecimiento del esfuerzo de guerra alemán. Ya vimos lo que hicieron los británicos en las fábricas de agua pesada de Noruega y en las de cohetes en Peenemünde. Claro que aquí no hay agua pesada ni cohetes. ¿Qué venía usted a buscar, Herr Stratton? Dígaselo al señor Andrade.

El comando movió la cabeza infinitesimalmente, pero no respondió.

—Vamos, ya nos lo ha dicho una vez, no sea tímido. No querrá que le demos más

luz.

—Haus... —dijo con una voz débil, el fantasma de su voz.

—¿Cómo ha dicho?

—Virus Haus... —completó con un esfuerzo inaudito de su lengua.

Arturo no acabó de entender por qué un comando se jugaba el pellejo para husmear en la Virus Haus, el popular sobrenombre del Instituto de Física Kaiser Wilhelm.

—Muchas gracias, Herr Stratton —se dirigió a Arturo—. Ahora está un poco espeso, pero ahí donde le ve, nuestro invitado forma parte de una maniobra a gran escala orquestada por la OSS para espiar y en su caso neutralizar nuestro programa armamentístico. Esta parte de la operación se denomina Alsos, comenzó en el desembarco de Normandía y su objetivo es capturar a nuestros principales científicos. Avanzan inmediatamente detrás de su ejército, les buscan y les detienen; en Heidelberg tenemos noticias de que han arrestado a Hans Bethe y Walter Genter. Como le digo, ya teníamos noticias de ellos, pero no pensábamos que tuviéramos que empezar a fumigar tan pronto la casa. A propósito, ha de ser consciente de que a partir de ahora estamos hablando de información clasificada, cualquier comentario fuera de aquí lo pagaría con su vida y con la de su familia.

—Me doy cuenta, mein Hauptsturmführer, pero no sé por qué me lo cuenta a mí ni para qué estoy aquí, ni por qué...

—Porque viene recomendado.

Las palabras fueron acogidas con un impresionante silencio. La voz ronca, metálica, había surgido de la penumbra. Se oyó entonces el sonido de una silla corriéndose. Alguien poniéndose en pie. Dos taconazos como ajustando las botas. Gradualmente, el propietario de la voz salió de la oscuridad. Cuando Arturo pudo verle con claridad, pensó que en Alemania la combinación de poder y gracia era tan rara que no había una palabra concreta para designarla. Era un Sturmbannführer realmente conformado como en la antigüedad clásica; su uniforme parecía puesto sobre una estatua, y su rostro era geométrico, inexpresivo; uno de los cachorros del III Reich, mezcla de entusiasmo juvenil y adoctrinamiento ideológico que les convertían en soldados políticos, los asesinos perfectos de Hitler. Arturo se volvió a cuadrar con un duro sonido de botas.

—*Heil Hitler* —respondió el mayor elevando ligeramente su palma derecha—. En efecto, viene usted recomendado por el Hauptsturmführer Wolfram Kehren, ¿le recuerda?

Nunca sabemos en qué recodo de nuestro futuro nos está aguardando el pasado. Arturo recordaba al capitán Wolfram Kehren, por supuesto que lo hacía: cómo olvidarse del mismísimo Belcebú.

—Claro, le conocí en Leningrado. Hace ya un par de años. ¿Qué ha sido de él?

—Le hirieron en Prusia y tuvieron que evacuarle. Está en un balneario, recuperándose de sus heridas. En breve se hallará dispuesto para cumplir con su trabajo, necesitamos hombres como él.

Arturo reflexionó sobre la capacidad de las palabras para encubrir la labor de sangre y brutalidad que había desempeñado aquel oficial en Rusia. Inevitablemente, enredado en su recuerdo venía el de Hilde, su rostro, uno por el que mil barcos se hubieran echado a la mar.

—El capitán tenía una ayudante, mein Sturmbannführer —comentó incómodo pero decidido—. Se llamaba Hilde. No sé si la conocerá.

Los ojos del mayor se contrajeron como si estuviera mirando a través de una mirilla, y Arturo se sintió por unos instantes tan culpable como si le hubiera pillado encendiendo siete velas en el interior de una sinagoga.

—Sí, la Sturmscharführer Hilde Wünster, ¿eran muy amigos?

—Digamos que en poco tiempo compartimos muchas cosas.

—Desgraciadamente la brigada fue alcanzada por un francotirador.

Arturo dejó que su estupefacción fuese visible, pero no su tristeza.

—Una verdadera pena —asumió.

—Sí, claro. Bien —ajustó sus guantes de piel—, soy el mayor Eckhart Bauer, y estoy encargado de fumigar la casa, como bien ha dicho el capitán Möbius. Respecto al capitán Kehren, a pesar de su convalecencia continúa trabajando para el SD, como puede suponer; por diversas circunstancias disponemos de escasos efectivos para atacar con solvencia nuestro problema, y en el transcurso de una conversación telefónica con él surgieron varios nombres, entre ellos, y como una remota posibilidad, el suyo. El capitán quedó notablemente impresionado por la eficacia con que desempeñó la investigación de aquellos asesinatos en su división.

—Es un honor.

—Si he de serle sincero, no había tomado en consideración su propuesta hasta que leyendo el informe sobre el asesinato acaecido en la Cancillería me topé con su nombre, e incluso con que había sido usted quien había encontrado el cadáver. Como sabrá, el muerto era Ewald von Kleist, pero de lo que no está informado es de que era un importante científico del programa armamentístico del Reich. Si tenemos en cuenta que Herr Stratton nos ha revelado que con él han saltado tres comandos más sobre Alemania, con la misión de entorpecer y si es posible detener el esfuerzo de guerra mediante la captura o la ejecución de los principales investigadores, puede ir sacando sus conclusiones.

—La historia no deja de ser un cúmulo de casualidades —dijo Arturo en español, resignado.

—¿Cómo dice?

—Hoy está resultando un día extraño para mí, mein Sturmbannführer —aclaró en

un alemán de piedra sobre piedra, pensando tanto en la hoja de Von Kleist como en Maciá.

—Son tiempos extraños para todos —coincidió sin dramatismo pero con unos ojos sombríos, trepanadores—, donde las palabras valen tanto como los hechos, tiempos en los que nuestro deber es resistir, ganar tiempo para que el Führer pueda concedernos la *Endsieg*, la victoria final. Como hombres no somos nada, pero entregados a una gran causa somos invencibles, y usted forma parte de ella.

Arturo se estremeció porque había calado bien al tipo con quien se iba a jugar los cuartos, y que, definitivamente, era lo peor que se podía ser en aquellas circunstancias: un idealista. No sólo un hombre que creía en una idea o no aceptaba sobornos, sino alguien que vivía para su idea, que sacrificaría todo en aras de esa idea, todo y a todos. Y él iba a estar bajo su mando, con una ausencia total de albedrío. Tiempos extraños, sí. ¿Y qué sagrada majestad cabría atribuirle a la casualidad por engarzar en apenas una hora todos los hilos dispersos en un solo destino? WuWa. Maciá. Alsos. ¿Virus Haus? Arturo imaginó que, con los vientos necrológicos que barrían la ciudad, se estaban mezclando otros vientos paganos que la habían llenado de un conglomerado de dioses y demonios de todos los ritos y tiempos, atraídos morbosamente por el apocalipsis ciclotímico de Berlín, provocando una distorsión de la realidad. Todas aquellas reflexiones desaparecieron cuando el mayor se colocó la gorra de plato con un elegante giro de su mano derecha que completó ajustándola por detrás con la izquierda, acariciando luego la visera. La grisácea *Totenkopf*, la cabeza de la muerte sonriente que la adornaba, atrapó la mediocre luz del cuarto dando una preponderancia infinita a su inquietante motivo.

—A partir de ahora —terminó de aclarar—, usted forma parte de un grupo cuya misión es neutralizar a esos comandos cueste lo que cueste, por lo que queda relevado de cualquier otra función y bajo mi mando directo. Le quiero mañana a las siete en el puesto de mando de la Cancillería, allí le daré más instrucciones.

Arturo dio su conformidad y seguidamente Bauer distribuyó unas cuantas órdenes rápidas y escuetas. Luego se abotonó el pesado abrigo de cuero negro y salió de la celda entre *Sieg Heils* y sonoros taconazos. Arturo tampoco encontró motivo para permanecer allí por más tiempo y pidió permiso para retirarse. Recogió su mochila, el arma, se tocó con el casco y respiró hondo: aquel olor, aquel condenado olor... Al mismo tiempo, el capitán recondujo el interrogatorio de una manera impersonal, como si Stratton no existiera: era su manera de reducirlo a la nada. Justo al darse la vuelta, Arturo se topó con su imagen en el espejo. Hacía muchos días que no se había mirado en uno. Un rostro azulado por la barba, ojeras, y una expresión exhausta. ¿Qué esperas, Arturo?, se dijo con ironía. Realmente, ¿qué esperas? Si a un espejo se asoma un mono, no puedes esperar que salga reflejado un apóstol.

3. Utopía

—¿Café, cariño?

No eran necesarios paraísos ideales ni revoluciones inaplazables para alcanzar el más perfecto estado de felicidad, sólo bastaba una frase, simple, cotidiana, incluso vulgar. Todo un oasis de calma en un mundo anómalo. Arturo respondió desde la cama: sí, gracias. El día anterior, después de abandonar aquel cuarto de calderas del horror, había optado por olvidarse de todo e ir a casa de Silke, en Schöneberg. Por diversas causas, hacía tres semanas que no se veían, pero ambos habían firmado un silencioso trato, un relativo grado de infelicidad a cambio de la paz y cierta estabilidad. Ella le había acogido sin preguntas, dado un beso y luego le había preparado un baño. Él le había entregado el paquete de comida y dólares para poder acopiar lo suficiente en el mercado negro con lo que sobrevivir a la incertidumbre de las próximas semanas, y le había pedido que le guardase el radiotransmisor. Durante la siguiente media hora todo fue jabón y agua caliente, lavándose a conciencia, hasta el pecado original. Después se había metido en la cama y se había abrazado a Silke, que le había colocado en los pies un ladrillo calentado con la diminuta llama de gas. No tenía fuerzas para hacer el amor, sólo quería permanecer abrazado, apretado contra su cuerpo como si quisiera huir del suyo, hasta quedarse dormido. Se había despertado horas después, solo, siendo recibido por el sabroso olor del café recién hecho. Se desperezó y se levantó de la cama; sentía el tabique de la nariz helado. Era alrededor de la medianoche y, aunque todavía había corriente eléctrica en la ciudad, la humilde buhardilla estaba iluminada por algunas velas debido a las prohibiciones por los bombardeos. Había dormido con un viejo jersey de lana hecho para la caja torácica de un gigante y unos pantalones dos tallas más grandes. Era ropa que había pertenecido a Ernst, el desaparecido marido de Silke. Éste le observaba sonriente desde una fotografía en un marco de alpaca sobre la mesita, asomado a la torreta de su Panzer con el uniforme negro de las SS, en algún lugar de Ucrania. Silke no había querido nunca retirar aquella foto; era la fidelidad al profundo eros del recuerdo, algo tierno y ligeramente ridículo, como una rosa prensada entre las páginas de un libro. Pero también algo morboso, creía Arturo, ya que entre esa imagen y él nunca dejaría de haber un silencio inhóspito, porque ambos sabían lo que el otro estaba pensando. Silke le esperaba en la pequeña salita también envuelta en un grueso jersey; le había preparado algo de comer del generoso paquete que le habían entregado en la Embajada, latas de carne danesa, tocino, pan con mantequilla, guisantes... y estaba acabando de poner la mesa esquivando con gráciles movimientos un par de goteras que caían con precisión de metrónomo sobre dos cacharros. En el cuarto —frío como una nevera y con algunas ventanas rotas cubiertas con cartones y pedazos de alfombra—, alrededor, se apilaban todas las cosas que ella había ido acumulando en

el transcurso de sus viajes como traductora del Auswärtiges Amt, tapices, estrellas de mar, extraños instrumentos musicales, esferas armilares, botellas de licores imprecisos..., todo agrupado siguiendo extraños impulsos, sin orden ni método.

—Te has levantado —le recibió con una sonrisa.

—Sí, estaba agotado. Huele muy bien. ¿Te ayudo?

—No, siéntate.

Acompañó la invitación con un tierno beso y le puso entre las manos una taza de humeante café con la efigie de Federico el Grande. Se quemó las palmas. Le gustó quemarse las palmas. El café corrió benéfico y ardiente por su garganta mientras observaba los movimientos de Silke. Tenía veinticinco años, natural de Hamburgo, delgada, de cabellos rubios y un tono de piel de leche con nata, con ciertos reflejos azulados en las zonas donde ésta corría más pegada al hueso. No era del todo hermosa, quizás unos labios demasiado gruesos o su nariz demasiado fina no permitían concretar una belleza preadolescente que aún serpenteaba entre sus rasgos, pero a cambio poseía algo que le tranquilizaba: un sentimiento de profunda calma cuando le pasaba un plato o le llenaba la taza, y que mantenía a sus demonios agazapados en la oscuridad y hacía que el futuro no fuese una ventana tapiada. Terminaron su tardía cena; hablaban sin un propósito claro, sólo por el hecho de escuchar y ser escuchados. Fuera, la noche era clara y fría. El hálito de las velas tembló por alguna corriente invisible.

—Hoy cerraron nuestras oficinas, no iré más a trabajar —Arturo descubrió una inflexión de desamparo—. Me dieron mi último sueldo.

—No te preocupes —la consoló—, tenemos dinero.

—La gente corre a los bancos a retirar sus ahorros, Arturo —parecía obsesionada—, no se dan cuenta de que si todos hacemos lo mismo los marcos perderán su valor, ¿y con qué compraremos entonces? Debemos mantener la calma.

—Tienes dólares, Silke, no te pasará nada. Y yo estoy contigo.

—Ayer... ayer en el refugio una chica de Kónisberg nos contó lo que les hacían los rusos a las mujeres —se levantó y cogió un trozo de periódico con forma de país inexistente, una edición del *Volkischer Beobachter*—. Y mira: deshonrada una anciana de setenta años —leyó—, una monja violada veinticuatro veces.

Arturo cogió el pedazo y le echó un vistazo. Impostó un gesto de exagerado pasmo.

—¿Y quién cuenta las veces?

Silke comprendió la broma, su intención. No pudo evitar reír. El sonido de su risa, el mayor espectáculo del mundo. Arturo también la imitó. Le cogió una mano. Le quitó una pestañita de los ojos.

—Estoy aquí para protegerte. Nunca dejaré que te hagan daño. Y todo esto es temporal, Silke, en el mundo hay un apagón, sólo tenemos que esperar a que vuelva

la luz.

Silke volvió a reír.

—Además, te contaré un secreto —añadió—. Hay una forma de escapar de los rusos. Me lo contaron en Pomerania. Cuando lleguen, llena la bañera de agua y aprovisionate, luego atranca la puerta y no te muevas de aquí para nada. Los rusos odian subir escaleras, tienen miedo, porque la mayoría son campesinos y viven en casas de una planta, pegados a la tierra, y se sienten inseguros lejos del suelo.

A continuación se aplicó en seguir desgranando palabras lenitivas. Le habló de unas próximas vacaciones en las que visitarían juntos España; un país imaginario mezcla del Madrid de portales de mármol y ascensores con mandos de brillante latón, madera de palo santo y pequeños amorcillos soplando chorros en sus cristales, automóviles italianos, escopetas inglesas, partidos de tenis y aviones que tomaban tierra suavemente en Barajas, junto a rincones protegidos de su memoria, una Extremadura de apariencia agreste y colores tostados, punteada por los dados blancos de las casas, encinas, alcornoques, roquedos graníticos, y habitada por toros oxidados y niños medio desnudos. A medida que hablaba su ánimo se agrandaba, todo le parecía un poco más claro. Silke asentía o volvía a reír o se acariciaba las mejillas o se llevaba un mechón de pelo a los labios y lo chupaba. La tensión que experimentaba Arturo desde hacía meses iba diluyéndose, y a medida que hablaba se le ocurrieron ideas absurdas, ideas como desear una razonable dosis de felicidad, algo legítimo, universal. Y lo que dijo a continuación lo dijo suavemente, como si fuese una revelación asombrosa, tanto que él fue el primer sorprendido.

—Silke —comenzó—, el heroísmo es para la gente que no tiene futuro. Quiero decir... Me refiero a que yo enterré mis sueños hace mucho, en algún lugar, tanto que no recordaba dónde y casi había renunciado a recuperarlos. Por eso quería ser un héroe, pero ahora... ahora puedo tener un futuro... podemos —completó con timidez—. Desde que te conozco todo ha empezado en mi vida, inesperadamente; tú ahora estás sola, yo tampoco tengo a nadie, si tú... si tú quisieras podríamos seguir juntos, la guerra terminará en pocos días, sólo habría que tener cuidado, mantenernos vivos hasta que todo acabe y entonces yo podría regresar a España... Y tú conmigo. No serían sólo unas vacaciones... quiero decir...

Silke apretó su mano y le colocó el índice en los labios. Se acercó tanto como para sujetar entre sus frentes una manzana.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —le preguntó muy seria.

Las velas proyectaban sus perfiles sobre las paredes, los alargaban. El viento silbó por alguna grieta en la pared, crujieron las vigas.

—Sí —respondió Arturo muy suave, seguro de sí mismo.

Silke. Silke. Cuando ella respondió que sí, que quería casarse con él y tener muchos hijos, tantos como estrellas en el cielo y granos de arena en las playas, se

sintieron tan unidos como un nombre al objeto que designa. La sensación adormecida de los dedos entre sus cabellos dio paso a besos que fueron volviéndose cada vez más ávidos, una mezcla de ternura y violencia, que desembocó en la cama. Arturo cerraba así los pestillos de su memoria, renunciaba a seguir vagando por un laberinto sin paredes, transparente, y quiso creer que se puede recuperar la inocencia, y vivir en los reinos de leche y miel. Si el amor fuese un lago, él aguantaría la respiración y empezaría a hundirse con una piedra entre las manos. En los siguientes minutos el sexo no fue sólo sexo, sino algo más, una necesidad imperiosa de salir de uno mismo y de una vida que ni se entendía ni se quería. Sus orgasmos coincidieron con el comienzo del sonido estridente de las alarmas, la luz de decenas de reflectores entrecruzándose y los primeros disparos del Flak. Las Furias, perchadas hasta entonces en los capiteles de la Cancillería, comenzaron a chillar y a batir sus alas de cuero, alimentándose de la hirviente ira de la guerra. Berlín empezó a aplanarse y a arder, pero ni Silke ni Arturo pensaron en bajar a los refugios; se quedaron en la cama, mirando por las pequeñas ventanas de su buhardilla, hechizados por la belleza del mundo, la insoportable belleza que otorga la inminencia de la desintegración.

La interminable galería de mármol de la nueva Cancillería resonaba siniestra bajo las botas de Arturo y el Rottenführer que le acompañaba. Sus pulidos suelos aún conservaban en parte la función para la que habían sido creados: que los diplomáticos extranjeros resbalasen en ellos a fin de subrayar la fragilidad de su posición. De vez en cuando, una enorme rata los cruzaba de lado a lado. Se dirigían a la reunión que iba a tener lugar a las siete de la mañana en uno de los despachos de la sección administrativa, tras un cambio de última hora. Dos horas antes, a una orden del mariscal Zhukov, había comenzado la última ofensiva contra Berlín con el aterrador fuego de miles y miles de cañones, morteros y Katyushas a lo largo del río Oder, en el mayor alarde artillero de la historia. Y la última esperanza de los berlineses, el Noveno Ejército de Estados Unidos, había recibido la orden de interrumpir su marcha hacia la capital y tomar posiciones en la línea del Elba. Sin embargo, aunque Arturo hubiera estado al tanto de las malas noticias, sólo habría podido pensar que estaban en primavera, y su amor por Silke casi le hacía concebir esperanzas sobre el mundo y la humanidad. Ahora lo más importante era permanecer vivo, como fuera, porque felicidad ya no era sólo una palabra cruel, sino una perspectiva, una posibilidad, aunque fuese pesada, amenazadora, como un aire que trajese tormenta. Llegaron hasta una puerta y el cabo picó en ella; a la orden de pase penetraron en un despacho espartano, se destocaron y se cuadraron con lujo de taconazos y salvas. Alrededor de una mesa llena de teléfonos de carcasa negra, con mapas doblados e introducidos en fundas transparentes y otro mapa desplegado de Berlín, estaban el mayor Bauer y dos individuos más, un civil de gabardina y Friedrich Möbius, el capitán a cargo del

interrogatorio en los sótanos de Prinz-Albrecht-Strasse, que seguía manteniendo aquel aire de mortal desidia. Bauer separó unos instantes los ojos del mapa sobre el que estaba apoyado, y al ver a Arturo no se inmutó más que si le hubieran pedido una cerilla; se dio la vuelta, cogió una tiza y dibujó tres círculos paralelos sobre la superficie verdosa de una pizarra colocada sobre dos sillas, numerando cada interior con un uno, un dos y un tres. En la última cifra la tiza chirrió tanto que les escalofrió a todos. A continuación la posó, aplaudió para limpiarse el áspero polvillo y miró a Arturo como si estuviera calculando lo que medía.

—Usted es el número tres, Herr Andrade. El número uno es el Hauptsturmführer Friedrich Möbius —el capitán giró su cabeza, un peñasco rasurado, y elevó la barbilla a modo de saludo—. Y el número dos es el Kommissar Hans Krappe, de la Kriminalpolizei —Arturo saludó a aquel individuo gordo de gran bigote, con el cabello escarchado de canas y dividido por una raya trazada a tiralíneas, espejeante de brillantina, que le saludó con seca pero extrema corrección—. En caso de conflicto, ésa será la cadena de mando, y en última instancia los tres responden sólo ante mí. ¿Ha comprendido, Herr Andrade?

—Perfectamente.

—Bien —Bauer apretó la mandíbula—, quiero que esos tres círculos se llenen de soluciones, pero antes debemos aclarar algunas cosas. Acérquese.

Arturo se colocó a la vera de la mesa, con las manos a la espalda y una arruga de expectación en su frente.

—Capitán, ¿qué tiene para nosotros?

Möbius hizo un movimiento lento y vago con la mano, como trazando una zeta en el aire.

—Como ya sabemos, con nuestro invitado americano han saltado tres comandos más sobre Alemania. El sargento Philip Stratton tenía una dirección en un inmueble del bulevar Kurfurstendamm a la que acudir, que ya hemos registrado y en la que hemos encontrado uniformes, documentación, armas..., todo lo necesario para que su excursión sea rentable. También nos ha revelado que tienen un topo, alguien que les ha señalado los distintos puntos estratégicos que atañen a nuestro programa de guerra, entre ellos, y a él en particular, la Virus Haus.

—Creemos que este espía, además de dirigirles —le interrumpió Bauer con una ansiedad que deformó su voz—, les suministra los medios. Y lo hace todo de una manera eficaz, si damos por bueno que el asesinato de Ewald von Kleist no puede ser obra de otra persona que no sea uno de los comandos. Su nombre en clave parece ser Pippermint, así que su labor será dar con él y neutralizar de paso a esos tres lobos que tenemos rondando por el bosque. Supongo que tendrá algo que añadir, Herr Kommissar.

Hans Krappe sonrió brevemente, mostrando unos dientes color arena que no

hablaban muy bien de su higiene dental. Se tomó su tiempo; en el intervalo, Arturo sintió ese vínculo débil y suave que une a ciertos desconocidos sin causa aparente. Al poco, su rostro se iluminó con la majestad que da un pensamiento poderoso.

—Sí, es nuestra labor, por supuesto, un solo traidor vale más que cien valientes, es evidente, evidente... —torció el gesto mientras divagaba—. Y para eso está nuestro oficio, el segundo más viejo del mundo, Herr Andrade, ¿sabe usted cuál es?

Arturo simuló desolación por ignorar la respuesta.

—Adivinar el futuro, Herr Andrade, adivinar el futuro. ¿Y usted cómo lo ve?

Arturo aguantó su escrutinio y decidió atacar por el flanco: quedaba claro que le estaba ofreciendo una oportunidad de ganarse su respeto. En su cabeza se organizó con rapidez una cadena de montaje calculada, racional.

—Para ver el futuro primero hay que estudiar el pasado —respondió con aplomo—. ¿Quién era exactamente el muerto?

—Un miembro del programa científico militar.

—¿Cuál era su trabajo exactamente?

En la cara del Kommissar Krappe apareció la mueca de y ahora qué le cuento y consultó silenciosamente a Bauer.

—No es necesario que sepa usted todos los detalles, teniente —solventó Bauer.

—¿Al menos puede decirme el grado de importancia que tenía dentro del programa?

—Muy importante.

—¿Y qué hacía en la Cancillería?

—Había ido a informar al Führer de sus progresos.

—¿Él y cuántos más?

—Le acompañaban el profesor Manfred von Ardenne, Otto Hahn y Gerlag von Weizsäcker.

Arturo recordó el rostro macilento y lampiño que había entrevistado a la salida del bunker.

—¿Quién de ellos no tiene cejas?

Bauer vaciló, pero a continuación imprimió a sus palabras una excesiva fuerza que no enmascaraba, sino que subrayaba su anterior indecisión.

—Todos tienen cejas.

—No, yo les vi llegar, eran cinco, uno de ellos sin cejas, de piel muy pálida.

Möbius se acercó en ese momento al perfil de Bauer y le susurró algo al oído. Después respondió suave pero conminatorio.

—Ese hombre se encarga de su seguridad.

No se pueden expulsar demonios con la ayuda de Satán, concluyó para sí Arturo. Estaba claro que, como los ajedrecistas mentales, tendría que empezar a deducir la posición de las piezas no por su posición física, sino por sus relaciones de ataque y

defensa.

—Cada uno de ellos es un objetivo potencial, tengo que hacerme una idea de su perfil. ¿Puede proporcionarme fotos y sus biografías?

—El capitán Möbius se ocupará.

—¿Y dónde se encuentran ahora?

—En lugar seguro.

—¿En Berlín?

—Están bajo llave.

El acento definitivo de su última respuesta no daba lugar a más reclamaciones. Arturo siguió analizando los datos con frialdad.

—¿Stratton sabía algo de la operación en la Cancillería? —se dirigió al SS.

—Herr Stratton sólo estaba al tanto del número de comandos porque saltaron del mismo avión —respondió apático—. No sabía nada de la Cancillería, por lo tanto se infiere que cada uno de ellos opera de una manera independiente, y que habrá tres casas más ocupadas en la ciudad.

—Antes hablaron de la Virus Haus, al parecer era el objetivo de Stratton, ¿qué buscaba allí?

Möbius hizo un breve suspiro de contrariedad o resignación. Luego observó a Bauer, que se puso rígido, como si le fueran a pasar revista.

—*Streng geheim*, es secreto, así que de momento puede obviar ese dato.

—Ya...

Arturo escudriñó el águila en el uniforme de Bauer, el viejo pájaro de batalla que los ejércitos llevaban enarbolando desde hacía siglos para ir a la guerra. También él lo alzó, tímido y desafiante a la vez.

—*Mein Sturmbannführer*, si queremos cazar a esos lobos debemos pensar como lobos. He de saber lo que están buscando para conocer sus proyectos, acercarme a ellos, parecerme a ellos, comprenderles, ser uno de ellos —obvió la continuación lógica de su razonamiento: convertirse en lobo—. Y para ello la única forma es conocer la verdad, toda la verdad.

—La verdad... —masculló el Kommissar Krappe con cierta ironía—, es usted muy, muy ambicioso, Herr Andrade.

Sus palabras quedaron flotando en el aire, en medio del silencio del mayor Bauer.

—Está bien —concluyó Bauer—, más adelante se le pondrá en antecedentes. Digamos que la Virus Haus es esencial para el esfuerzo de guerra alemán.

—Se lo agradezco, mein Sturmbannführer, lo hará todo mucho más fácil —dijo pensando en Maciá.

—Interesante —intervino de nuevo Krappe—, así que, según usted, si queremos encontrar culpables, no tenemos más que mirarnos al espejo.

—Es una manera de interpretarlo, Kommissar.

—Bien, ¿y qué ve usted en el espejo, Herr Andrade?

Arturo entendió que su examen aún no había acabado. Todos le observaban.

—¿Puedo? —preguntó a Bauer apuntando a la pizarra.

—Adelante.

Arturo se acercó al encerado y pellizcó un pedazo de tiza.

—A mi modo de ver, deberíamos seguir tres líneas de investigación. La primera, intentar cazar a los lobos en la madriguera, es decir, intentar localizar los tres pisos que quedan. Por lógica, esta operación deben de haberla preparado hace ya algún tiempo, por lo que los pisos, y podríamos empezar por los alquilados en el último año y medio, por ejemplo, habrían de estar situados en una zona que no fuera muy bombardeada, pero que estuviese al mismo tiempo bien comunicada. Eso reduciría nuestra búsqueda. Hagan una batida fuera del distrito gubernamental, por la periferia, comprueben las zonas que no hayan sido demasiado castigadas. Puede que incluso la operación se haya coordinado con su aviación y haya zonas respetadas a propósito. Por fuerza los vecinos tendrán que haber notado la presencia de algún extraño en el inmueble.

—Las SS y la Gestapo ya han empezado a rastrear Berlín —le confirmó Friedrich Möbius—. Pero su idea de reducir el área es buena.

—Eso creo —trazó una cuidadosa línea recta desde el círculo número uno hacia otro círculo, en el cual encerró la palabra «casas»—. La segunda línea se basaría —prosiguió— en fijar los objetivos que persiguen y razonar cómo podrían alcanzarlos; me refiero a que son hombres, podemos descifrar sus intenciones, al fin y al cabo todo es una cuestión de simetría, sólo debemos encontrar la mitad del círculo para poder completarlo —trazó otra línea partiendo del círculo número dos hacia otro en el que escribió «lobos».

—Optimista, además de ambicioso —musitó de nuevo Krappe—. ¿Y la tercera línea?

—La tercera —completó— sería encontrar a Pippermint. Es evidente que existe una fuga de información, filtraciones, pero no sabemos dónde, así que hay que localizarla. ¿Cuántos hombres pueden estar al tanto de los desplazamientos de los científicos o de lo que se cuece en lugares como la Virus Haus?

—Pocos —respondió Bauer—, y ahora mismo todos están siendo interrogados.

—Bien, pues mientras se registran los inmuebles, deberían aflojar la presión sobre esos hombres, porque si uno de ellos fuera Pippermint o trabajase para él y ha simulado hasta ahora, no creo que unos cuantos gritos le amedrenten. Lo que debemos hacer es que trabajen para nosotros mientras creen trabajar para el enemigo. Que les suelten y que sigan ejerciendo el mando, más adelante se les proporcionará información sobre algún objetivo que tarde o temprano llegará a Pippermint. Y Pippermint enviará a sus lobos. Y nosotros estaremos allí para arrancarles la piel.

Krappe permaneció circunspecto, considerando su idea como una materia blanda que habría que moldear con paciencia.

—¿Cree que ese Pippermint es idiota? —objetó—. Hace mucho que él ya está haciendo lo que usted planea: pensar como nosotros. Pippermint no juega contra nosotros, sino contra sí mismo. Ahora mismo está en mi cabeza, en la suya, en la de todos, y cuando gana se derrota a sí mismo...

El rostro fofo de Hans Krappe se volvió vaga e inesperadamente amenazador, el rostro de quien ha visto cosas, muchas cosas.

—Por eso le vamos a proporcionar una verdad, Herr Kommissar —contraatacó Arturo con firmeza—, para que luego se trague una mentira.

Las pupilas de Krappe se dilataron por la expectación. Arturo experimentó por primera vez la sensación grata y voluptuosa de sentirse admirado.

—Sí —prosiguió—, le daremos información cierta con un objetivo asumible. Pippermint actuará o no actuará, pero en todo caso comprobará que sus fuentes continúan siendo de confianza. Y entonces podremos largarle el cebo, y lo morderá, y cuando lo haga lo hará con fuerza.

Arturo cerró el puño para enfatizar su plan, y completó su esquema con un último círculo y una última palabra, lo que provocó una sonrisa casi risueña del Kommissar, que elevó los hombros y reflexionó acerca de lo fascinante que resultaba aquella mezcla de arrogancia e ingenuidad. Todos miraron a Bauer. Éste se dio la vuelta y, cogiendo otra tiza, encerró los círculos en uno solo, donde escribió a golpes que hicieron temblar la pizarra otra palabra en letras mayúsculas: ALEMANIA.

—Muy bien, creo que usted y el Kommissar Krappe podrán encargarse de buscar a Pippermint y a los comandos por su cuenta, tienen vehículos y combustible a su disposición en el garaje de la Cancillería. El capitán Möbius se ocupará de peinar Berlín de punta a punta y de ir probando a los sospechosos. Y, capitán, organice una visita para el Kommissar y Herr Andrade esta tarde a la Virus Haus, también le doy permiso para proporcionarles un dossier sobre los miembros del programa científico. Quiero un informe sobre esta mesa cada día, y no admitiré un fracaso, porque la patria —subrayó la palabra pronunciándola lentamente— no admite un fracaso.

Abrió una gaveta del escritorio y les entregó a cada uno una orden ya firmada y matasellada para poder desplazarse por todo el Reich.

—Eso es todo —concluyó abruptamente.

Arturo carraspeó incómodo, sintiéndose como un puñado de paja junto al fuego. Eckhart Bauer se dio cuenta de su embarazo.

—¿Alguna cosa más, teniente?

—Ehhh... sí, mein Sturmbannführer. Verá, yo no sé conducir.

Bauer esbozó una fina sonrisa, suficiente para transformar a cualquier individuo en congénere de un gusano.

—Pues que le lleve el Kommissar —respondió cerrando con un seco golpe la gaveta.

Los tres jugadores comprendieron que ya se habían repartido todas las cartas y que ahora les tocaba jugar. Casi a la vez escenificaron el teatro del patriotismo entre andanadas de taconazos y *Heil Hitlers*. Arturo echó un último vistazo a la apostura *Übermensch* de Eckhart Bauer, la indolente prepotencia con que elevó la barbilla para despedirles, y con la elegancia de los maestros de armas que recalcan su superioridad sin humillar, le devolvió la estocada mentalmente: quien está con el agua al cuello no puede bajar la cabeza.

Salieron del despacho dejando a Eckhart Bauer en medio de un súbito concierto de teléfonos. El capitán Möbius les acompañó cruzando toda la planta marmórea de la nueva Cancillería hasta la entrada del ciclópeo despacho de Hitler, justo en el que se hallaba el enorme globo terráqueo de metal, el mismo que había caricaturizado Chaplin años antes en aquella célebre escena. Se plantó frente a su inmensa hoja entreabierta y giró su cráneo cortado a cepillo, pelado en los temporales, contemplándola con la misma expresión de sopor y pereza de siempre, aunque con una insistencia que bien podía reflejar una nostalgia tanto del tiempo pasado como del tiempo futuro, lo que había sido y lo que podría haber sido, ambos apuntando ya a lo que era. A renglón seguido se volvió hacia ellos y se humedeció los labios antes de hablarles. Arturo no pudo evitar fijarse en que, a esas alturas, ni los oficiales podían librarse de cierta corteza de mugre y grasa en los uniformes.

—A las cuatro de la tarde preséntense en la Virus Haus. Para cualquier urgencia pregunten por mí en la Prinz-Albrecht-Strasse...

Iba a añadir algo más cuando la monumental puerta chirrió abriéndose unos centímetros y, de repente, pareció como si la realidad se organizase por unas leyes distintas, extrañísimas. Risas alegres, inmaculadas, precedieron a la aparición de dos jóvenes ataviadas con vestidos caros que parecían perseguirse en un juego que desafiaba toda gravedad lógica. Ignorando su presencia, sus voces y taconeos se fueron perdiendo en la distancia de los pasillos.

—¿Quiénes son? —preguntó Arturo con la mandíbula todavía algo descolgada. Möbius tardó en responder y Arturo acabó por mirarle.

—Es Eva Braun.

—¿Y quién es Eva Braun?

—La amante del Führer —sonrió ante el estupor de Arturo—. La otra es una de sus secretarias.

El Kommissar Krappe también sonrió con un sonido parecido a la tos. A él no le había cogido desprevenido y, ante el mutismo posterior de Möbius, se dignó a explicarle que aquél había sido un secreto de Estado hasta el punto de que incluso el

Alto Mando del Ejército ignoraba su existencia. Era de recibo que el caudillo del pueblo alemán deseaba crear el mito del hombre místico y célibe al servicio exclusivo de la *Heimat*, la patria, además de alentar en los corazones de millones de alemanas la esperanza de que cualquiera de ellas podría ocupar un lugar a su lado.

—Y dicho esto... —finalizó—, creo que tendremos que empezar a solucionar las cosas por nuestros propios medios. Capitán Möbius, Herr Andrade y yo iremos a dar un paseo, le veremos más tarde.

—De acuerdo.

El capitán Friedrich Möbius se despidió con un flojo manotazo y giró sobre su propio eje con un sonido arenoso, dirigiéndose hacia el patio de honor. El vaho de su respiración quedó suspendido en el aire helado, en finas madejas que se iban deshilachando poco a poco. Hans Krappe y Arturo se quedaron a solas; el voluminoso Kommissar se dedicó a estudiar sus uñas, limpias y bien cortadas, por otra parte tan cuidadas como su cabello, su bigote o sus mismos zapatos, que brillaban inverosímilmente en contraste con el polvoriento suelo.

—Mi madre siempre me decía que un caballero debe llevar siempre los zapatos limpios —subrayó al percatarse de los ojos de Arturo, incrustados en la piel resplandeciente.

—La mía estaba contenta con que llevase zapatos —respondió Arturo, recordando la penuria de Extremadura.

Krappe le observó con un interés no disimulado, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

—Creo que fue usted quien encontró el cadáver, Herr Andrade. Si me enseña el lugar del crimen yo puedo compartir algunos detalles con usted, ¿qué le parece? Así podremos comprobar esas teorías tuyas acerca de la simetría y la búsqueda de la verdad.

—Me parece bien, aunque no le veo muy convencido.

—¿Acerca de qué, de la simetría o de la verdad?

—Acerca de las dos.

—Llevo lo suficiente en este oficio como para saber que no existen las soluciones elegantes, porque el comportamiento humano no lo es; las personas son absurdas, ¿me entiende?, y las soluciones son sucias, muy sucias. Y lo cierto es que el que la verdad valga más que la apariencia no es más que un mero prejuicio moral, lo único importante son las consecuencias.

—Lo que está diciendo podría llegar a ser monstruoso, Herr Kommissar.

—Lo está siendo, Herr Andrade, lo está siendo, pero no tenemos tiempo para este tipo de discusiones, quizás otro día... ¿Vamos?

Arturo tuvo que abrirse paso, perplejo, entre todo aquel pesimismo de la razón y el optimismo de la voluntad para seguir al Kommissar Hans Krappe. Se hallaba

sorprendido porque en su apariencia de funcionario prusiano, obvio, ordenado, con perfectos giros idiomáticos, fruto de una fermentación de generaciones pequeñoburguesas, pudo intuir la contaminación de una de esas bibliotecas soberanas compradas para adornar los salones pero que, de vez en cuando, alguno de ellos abría. Recorrieron los pasillos de la Cancillería; todo el edificio parecía ahora embrujado, cada perspectiva, cada contorno poseía una calidad brumosa y difuminada, y en las esquinas más alejadas se acumulaban sombras que nutrían de un material riquísimo e inagotable cualquier fantasía. Con cierto malestar terminaron por embocar las escaleras que descendían a la planta baja, y que les llevaron directamente a la sala de las maquetas, con su luz artificial simulando la mañana. Alemania permanecía allí en toda su gloria. La acumulación de las inconcebibles dimensiones de edificios y avenidas sólo tuvieron en Arturo el efecto de recordarle el tremendo error en que habían caído los alemanes al confundir lo desmesurado con lo grande, porque lo verdaderamente importante significa proporción, no tamaño.

—El cuerpo lo encontraron allí —apuntó Arturo, señalando la mancha oscura ante la enorme cúpula de la Volkshalle, en medio del terremoto que habían provocado las botas de los SS.

—Ya veo —confirmó Krappe.

El Kommissar echó un vistazo general a la sala y luego sacó una libretita y un lápiz. Después rodeó la enorme maqueta en el sentido de las agujas del reloj, comprobó algunas distancias a grandes zancadas, tomó notas erráticas y regresó al punto de partida.

—Así que le encontró donde está la sangre —se interesó.

—Tumbado, sobre el pecho, y con una mano estirada aferrada a aquel edificio. Fue una cuchillada profesional, por debajo de las costillas y hacia arriba, cuando llegué no hacía mucho que estaba muerto. Antes de que acudiera el cuerpo de guardia pude registrarle los bolsillos, no había nada en particular... —Arturo obvió la cartulina que guardaba—. Retiraron el cuerpo antes de que pudiera hacer nada más. Aunque lo extraño...

—¿Qué le parece extraño?

—Pues la manera como retiraron el cadáver, lo lógico sería que hubieran esperado a los médicos o a quien fuese.

Krappe frunció los labios, elevando su gran mostacho guillermino.

—Hágame caso, no busque razones para lo que no las tiene, Herr Andrade, fue una chapuza y nada más. Las SS siempre quieren ocuparse de sus propios asuntos, y acostumbran a hacerlo.

Arturo no supo qué decir, así que no dijo nada. No obstante, aisló aunque sólo fuera el punto de aquella interrogante. Krappe apuntó algo y continuó hablando.

—Por lo visto lo mataron aquí —se adelantó unos metros hasta colocarse al lado

de un borrón más denso de sangre en el suelo—, y luego fue retrocediendo, aturdido por el shock, o escapando de su agresor o lo que fuera que pase por la cabeza de un hombre que está a punto de morir. Todo este polvo que cae del techo por los bombardeos nos hubiera facilitado la labor con las huellas de las botas si no fuera por la irrupción de los guardias.

—¿No es extraño que se subiera a la maqueta y recorriese todo ese trecho con esa herida?

—Creo que fue un movimiento defensivo, se subió como pudo a la maqueta y acabó derrumbándose frente a la Volkshalle.

—Podría ser...

—Bien —gruñó Krappe con satisfacción—, entonces ya tenemos un principio...

Arturo compuso una expresión juiciosa y aprobadora.

—Herr Kommissar, me sería útil saber más sobre Ewald von Kleist...

—Sí, disculpe —buscó algunas notas en su libretita—. Ewald von Kleist, un aristócrata soltero con castillo y viñedos, emparentado con la casa real de Baviera. Tenía inquietudes científicas y estudió Física en Munich y Gotinga, junto a Arnold Sommerfeld y Max Born. Se graduó cum laude y empezó a trabajar en la Universidad de Wurzburg. Llegó a estar incluso en las listas del Nobel por unos trabajos sobre magnetismo. Más tarde acabó trabajando en el Instituto Imperial Físico Técnico, donde fue captado por Speer para trabajar en el programa de armamento. Como dato significativo fue sospechoso durante las purgas que siguieron a la conjura de Stauffenberg, e incluso estuvo encarcelado, pero no hubo pruebas concluyentes contra él y le soltaron. En cambio su familia fue perseguida, y lo que queda, si es que queda algo, hace tiempo que cogió un avión para Estocolmo, aunque me temo que su hermano fue uno de los que capturaron y fue declarado culpable. Está encarcelado en algún sitio, si no lo han colgado ya.

—Tuvimos noticias en Rusia del atentado, pero no demasiados detalles.

—Le resumo: el coronel conde Claus Schenk von Stauffenberg, un héroe de guerra con Rommel, organizó un atentado en el cuartel general del Führer en Prusia Oriental, el 20 de julio del año pasado. Era parte de una conspiración denominada Valkiria para derrocar al régimen, pero ya sabe que todo salió mal. La bomba no acabó con Hitler, el plan para hacerse con el poder en los distintos cuarteles generales fracasó y las represalias fueron terribles. Durante los meses siguientes las SS trabajaron a destajo aplicando el principio del *Sippenhaft*, es decir, encarcelando, torturando y ejecutando no sólo a los sospechosos, sino también a sus familiares y amigos. Miles de personas desaparecieron o fueron objeto de escarnio en los tribunales populares, una pantomima legal. Fue terrible, se lo aseguro —su tono fue de rotunda congoja—. Y Hitler aprovechó las circunstancias para iniciar una caza de brujas en el Ejército y neutralizar el único contrapoder que podía oponérsele ya. A

partir de julio los únicos amos han sido las SS.

Arturo consideró la burocracia de los crímenes, los pasos habituales de registrar los vestigios del asesinato, los indicios indirectos, la investigación de las personas próximas, los aspectos accesorios, la búsqueda de testigos..., pero en aquel caso particular se sintió ligeramente desorientado a la hora de cerrar el abanico de opciones. Buscó inspiración en la sangre que salpicaba los edificios, las avenidas, las estatuas paganas de Arno Breker...

—¿Han interrogado a sus compañeros del programa, hay algún testigo?... — preguntó.

—Ya sabe que tanto la Gestapo como la Kripo han comenzado las averiguaciones, pero los científicos están en paradero desconocido, y de momento las SS no nos permiten acceder a ellos. No obstante, uno de los guardias nos comentó que Von Kleist había sufrido un ligero ataque de claustrofobia en el bunker, y había pedido permiso para salir a fumar un cigarrillo.

—¿Y le dejaron ir solo?

—Aseguró que se quedaría en el jardín, allí también había guardias, pero al parecer optó por fumarse el cigarrillo dentro de la Cancillería.

—Y unos por otros, la casa sin barrer —Arturo miró alrededor como si acabase de aterrizar en un paisaje extraño—. Yo aquí no veo colillas.

—A lo mejor se lo fumó por el camino.

—¿Y qué vino a hacer a la sala de maquetas?

—Curiosidad... extravía...

—Entonces..., a ver si lo entiendo —recopiló Arturo—. Se supone que Von Kleist sale a fumar, se pierde por la Cancillería, uno de los comandos lo caza en esta sala, le liquida y desaparece.

—Es una opción.

—Hay controles en los accesos.

—En el piso de Herr Stratton encontramos la suficiente cantidad de documentación y uniformes para hacer un buen papel en cualquier carnaval, y con el desbarajuste de los bombardeos...

La desinencia final de Krappe obligaba a Arturo a buscar otro ángulo de argumentación. Volvió al ataque.

—¿Cómo es posible que el lobo supiera dónde y cuándo iba a encontrarle?

El rostro de Krappe fue atravesado por un rictus serio.

—No lo sabía. Ellos apuestan. Pippermint pudo tener una idea de cuándo iba a tener lugar la entrevista en el bunker, colocar un informador alrededor de la Cancillería y esperar. Luego, cuando tiene la confirmación de su llegada, suelta al lobo.

—Arriesgado.

—Les entrenan para correr riesgos.

Arturo continuó buscando el punto de gravedad de su adversario dialéctico.

—¿Y por qué matarles? ¿Y por qué ahora? La guerra está a punto de...

Se interrumpió al darse cuenta de que había estado al borde de hacer un comentario comprometido, y se sintió incómodo por el nerviosismo de su silencio. Krappe había captado el desliz; sus siguientes palabras o bien arrancarían de raíz cualquier atisbo de confianza o bien empujarían su relación a un nuevo nivel de intimidad. Su corazón sonó como el latido submarino de las hélices de una inmensa nave.

—Seguramente por si acaso Berlín quedara en manos de los rusos —dijo con cierta sorna no exenta de prevención, guardando el cuaderno en el bolsillo derecho de su abrigo—, y si los americanos no pueden hacerse con ellos, tampoco les conviene que lo haga Iván. Por si no se ha dado cuenta, ya ha empezado la tercera guerra mundial, y Alemania sólo está en medio, estorbando.

Arturo se sorprendió ante la nueva demostración del Kommissar de una visión peligrosamente amplia de la vida, en especial en aquellos tiempos, tanto como para alcanzar un saludable grado de incertidumbre, el único terreno en el cual, desde su punto de vista, podía crecer la moralidad. Se aguantaron la mirada, Arturo fue el primero en retirar los ojos.

—Bien, ahora sólo falta que la práctica encaje en la teoría... —dijo Arturo—. Aunque, Herr Kommissar, usted que me reprocha mis teorías simétricas, ahora no veo que busque figuras menos platónicas.

Lo reprobó con una sonrisa, buscando prolongar la complicidad. El silencio reflexivo de Krappe indicaba que no lo iba a hacer. Pareció empuñar las palabras.

—No busco al principio, sólo al principio...

Arturo reuló de nuevo hasta una línea de seguridad propicia, apoyó todo su peso en el pie derecho, y cerró bien el último botón del capote, quizás para protegerse del viento de eternidad que soplaba desde la maqueta. La inesperada respuesta de Hans Krappe confirmó ciertas afinidades de esfuerzos y perspectivas que hasta ese momento habían permanecido ausentes, y algo cambió en su actitud. Arturo se planteó entonces compartir la cartulina que guardaba en el bolsillo no tanto para hacer una lectura lo menos equivocada posible de los hechos, como para conjurar mínimamente lo más precioso que había destruido la guerra: la confianza entre los seres humanos.

—¿Si le cuento un secreto promete guardármelo?

Krappe no le miró, se dedicó únicamente a volver a aparcar en fila, con gestos metódicos, cuidadosos, unos DKW que habían sido desplazados por alguna trepidación.

—Adelante —respondió.

Arturo sacó la cartulina y la desdobló con la minuciosidad de un maestro de origami. Se la entregó a Krappe, que la estudió por su anverso y por su reverso.

—¿Qué es esto?

—Lo encontré en uno de los bolsillos de Von Kleist.

La expresión que adoptó Krappe dejó abierta la puerta a todo tipo de especulaciones sobre sus pensamientos, pero no confirmó ninguno. Se limitó a volver a leer los números secos y burocráticos de las fórmulas mezclados con dibujos y palabras sueltas entre el programa oficial de una boda, un mosaico en el que su cara estaba dominada por la palabra WuWa, rodeada por el resto de garabatos. En la cruz había un dibujo de otra clase, una especie de península con un enrejado encima, con una serie de círculos concéntricos que partían de su centro adornado con diversas cifras.

—¿Tiene idea de qué es esto? —preguntó Krappe.

—No.

Krappe frunció los labios y le volvió a dar la vuelta a la cartulina. Frotaba el índice y el pulgar de la mano izquierda mientras la repasaba. En un momento dado, la mirada se le iluminó y a continuación se le oscureció, para adoptar seguidamente una expresión de abatimiento.

—Pues sea lo que sea más nos vale que nadie sepa que está en nuestro poder —concluyó.

—¿Por qué lo dice?

—Es un pálpito. ¿Ve usted esto?

Su dedo índice señaló el dibujo de una runa parecida a la habitual esvástica, pero con sus brazos vencidos, como si quisiera formar un círculo o girase a toda velocidad.

—Una *Hakenkreuz* —aseveró Arturo.

—No exactamente. Es otro tipo de runa, una *Sonnenrad*, una rueda solar, es una antigua representación nórdica del sol. En realidad, es el emblema de la Thule Bund, la Sociedad Thule.

—¿Y qué carajo es la Sociedad Thule?

Krappe pareció no escuchar su pregunta.

—Por ahora no diga nada a nadie, y cuando digo a nadie es a nadie. Tengo que hacer algunas preguntas por ahí. Y creo que será mejor que nos enteremos de lo que pueden significar esos dibujos por otros medios, no comente nada en la Virus Haus. ¿Me puedo quedar con el programa?

Arturo recordó a Maciá. Alargó la mano.

—Le hago una copia.

La rigidez que atenazó al Kommissar Krappe no denotó enfado, sino incompreensión; por un instante Arturo temió que hiciese uso de sus prerrogativas de mando y se lo arrebatase, pero quizás su educación pudo más que la jerarquía. No

obstante, sus siguientes palabras sonaron demasiado indiferentes, como forzadas para encubrir un cierto rencor.

—Está bien. Tome.

Le devolvió la cartulina y Arturo la dobló con esmero y la guardó en un bolsillo de la guerrera. Observó la maqueta de Welthauptstadt Germania, toda aquella ansia de eternidad atrapada en un pedazo de ámbar. El estadio Maerzfeld, con una capacidad para cuatrocientas mil personas, el Museo Nacional, que hubiera sido el doble que el Louvre, la avenida central de siete kilómetros, la estación de ferrocarril del sur, mayor que la Grand Central Station de Nueva York... Más de veinte años atrás Hitler ya había dejado escrito en su *Mein Kampf* que no quería una ciudad, sino el símbolo de una época. Todo aquel deseo de pureza, de perfección, no era más que un defecto de comprensión de la realidad, y como tal creaba una quietud estática, engañosa, al igual que la vida en el centro de un *maelstrom*.

—Vayamos a comer algo, todavía no he desayunado —le sobresaltó Krappe, sacándole de sus pensamientos—. Y, mientras, le contaré a qué nos enfrentamos...

—¿Se refiere a esa Sociedad Thule?

—Me refiero a que vaya olvidándose de la simetría.

4. Círculos viciosos

Los escasos árboles que permanecían en pie en la avenida Unter den Linden vibraban con los cientos de tiras metálicas de estaño que los bombarderos aliados arrojaban para interferir en los radares de la defensa antiaérea, dándoles una apariencia de adornos navideños. Los bancos, las elegantes tiendas, las librerías que la bordeaban estaban ahora cubiertas de hollín y adornadas con un brocado de agujeros y redes de hierro sometido a la acción del fuego. Hans Krappe y Arturo se desplazaban hacia el suroeste por un Berlín febril y leproso en un BMW atigrado por el camuflaje, de capó maltratado, y cuyo suelo estaba forrado de pequeños sacos de arena para prevenir las minas o los atentados con bombas. El Kommissar conducía en una labor de filigrana a través de un paisaje ciclotímico y violento, con el estruendo de los bombarderos de fondo y siempre con aquel olor intenso que saturaba el aire, no a pólvora, sino a lo que realmente olía la guerra: a mierda. La comunicación enloquecida entre el cuartel general para la defensa de Berlín, en Hohenzollerndamm, el cuartel general subterráneo de Zossen, el bunker de la Cancillería y los puestos de mando de la línea defensiva del Oder no hacía más que confirmar que la ciudad pendía de una larga soga, y que sólo esperaba a que alguien le retirase la silla. No obstante, lo que seguía llamando la atención de Arturo era la importancia social de las cosas incluso en medio del infierno; aquella pertinacia en las mecánicas huecas de cada día, hacer la cola del racionamiento, ir a trabajar, llenar cubos de agua..., las rutinas que generan seguridad y vocación de permanencia frente a lo imprevisto y el terror.

Definitivamente, no era la muerte lo que le sorprendía, sino la terquedad de la vida. Pero nada de todo aquello resultaba tan turbador como lo que le había referido Krappe durante su desayuno —una ración de hierro del ejército, carne, chocolate y galletas concentradas que le habían servido para seguir manteniendo atrapado en su interior al hombre delgado que albergaba—, para ponerle en antecedentes sobre la misteriosa Sociedad Thule. En 1912, varios nacionalistas de Munich, exaltados por las obras de Wagner y los escritos de Nietzsche que anunciaban el advenimiento de un gran líder que levantaría un nuevo orden de amos y esclavos, *Herrenvolk*, fundaron en Berlín la Thule Bund, la Sociedad Thule —por la legendaria Última Thule, la Tierra del Fin del Mundo, lugar ideal donde había nacido la raza aria—. En principio tenía como objetivo estudiar la historia y las tradiciones alemanas, para a partir de 1918 volverse fanáticamente antibolchevique y antisemita, proponiendo la unificación de Europa bajo un gran Reich germano. Himmler, Rudolf Hess, Rohm, Alfred Rosenberg, Hans Frank, Dietrich Eckart, Wilhelm Frick... habían sido algunos de sus más ilustres miembros, junto con lo más granado de la judicatura, industria, nobleza, Ejército... La Thule mantuvo su propio periódico, estableció un servicio de información, financió *Freikorps* con los que enfrentarse a los gobiernos comunistas

de Baviera durante la República de Weimar, y fundó un partido que fue el germen del futuro NSDAP de Hitler. Hasta ahí la parte visible del iceberg, a partir de ahí la sociedad se diluía en las SS y comenzaba una segunda vida secreta y oscura, orlada de rumores y susurros que aleaban el pangermanismo, el antimaterialismo, el pensamiento medieval y alquímico, el ocultismo..., todo con su particular Camelot en el bastión que las SS tenían en el castillo de Wewelsburg, en Westfalia. Con esos antecedentes no era difícil adivinar la ascendencia que había tenido la sociedad en la Orden Negra de Himmler cuando éste fundó más tarde la Ahnenerbe Forschungsund Lehrgemeinschaft, la Sociedad para la Investigación y Enseñanza de la Herencia Ancestral, compuesta por más de cincuenta departamentos, que abarcarían desde cuestiones tan peregrinas como la astronomía, el control meteorológico, la búsqueda de petróleo o la creación de una raza de caballos adaptados para el frío ruso, hasta una sección especial encargada de lo sobrenatural, con misiones tan desquiciadas como buscar el Martillo de Thor, la Lanza de Longinos o el Santo Grial. La inmediata pregunta que había formulado Arturo en su exégesis de los hechos era qué podía relacionar la natural prolongación de la Thule, la Ahnenerbe, con el sector de investigación científica militar, o lo que era lo mismo, con WuWa, con las armas secretas. Krappe se había chupado los dedos después de tragarse el último trozo de chocolate, arqueando las cejas en un intento de demostrar tanto lo abrumado que se sentía por desconocer la respuesta como la bienaventuranza que acompañaba a esa ignorancia.

—Eso habrá que preguntárselo a Möbius —contestó—. Déjemelo a mí.

Arturo asintió, aunque inevitablemente perplejo por el grado de información que manejaba un simple miembro de la Kripo, por muy Kommissar que fuese. Hans Krappe pareció leerle el pensamiento.

—¿Tiene usted noticia del *Putsch* de Munich?

Arturo evocó el intento de Hitler y sus acólitos en 1923 de hacerse con el poder en Baviera mediante un golpe militar, y el estrepitoso fracaso con que se había saldado aquella aventura debido a la fulminante respuesta de la policía.

—Más o menos.

—Yo fui uno de los encargados de reprimir el golpe —respondió con ironía, melancolía y una pizca de orgullo.

Arturo asimiló la revelación con la expresión controlada de quien sabe que no será invitado a ir más allá.

Con un último culebreo del volante el Kommissar aparcó el BMW frente a la entrada del Instituto de Física Kaiser Wilhelm, la Virus Haus, en el distrito de Dahlem. Los omnipresentes estruendos y temblores que dejaban tras de sí los aviones aliados eran el telón de fondo para un edificio cuyo rasgo más llamativo era la torre levantada a su costado, como una excrecencia sin comunidad aparente con el resto

del conjunto: la Blitzsturm, la torre del rayo, que albergaba un gigantesco ciclotrón capaz de generar un millón y medio de voltios. Frente a su puerta les aguardaba el capitán Möbius, con una mano en el bolsillo de su abrigo y la otra sosteniendo un cigarrillo entre el anular y el meñique, tan apático como siempre. La presencia a sus espaldas de dos guardias de las SS del tamaño de armarios hacía sospechar de la inocencia del edificio. Tras los saludos de rigor el capitán les facilitó la entrada conduciéndoles, control tras control, hasta unas pesadas puertas de acero y un ascensor subterráneo que les hizo descender unos cinco pisos por debajo de la calle. Tanto a Krappe como a Arturo les llamó la atención que todas las paredes de las estancias que iban atravesando estaban forradas de algún tipo de metal, plomo, les aclaró Möbius, por las radiaciones. Finalmente les invitó a entrar en una sala de reuniones, de lo que dedujeron que no tenía intención de mostrarles las instalaciones. Dentro les informó de que aún tendrían que aguardar unos minutos hasta que la persona encargada de resolver sus dudas pudiera presentarse. No tardó en abrirse la puerta de la sala y entrar un individuo ataviado con una bata blanca.

—Al fin —murmuró Möbius, frotándose las manos como si acabase de firmar algo importante—. Les presento al profesor Karl Wiehl, él se encargará de responder sus preguntas.

Karl Wiehl aparentaba unos cuarenta, pero no se sabía a qué altura. Era de una delgadez que no transmitía delicadeza, sino mezquindad, neurosis continua, y en su rostro había un no sé qué monstruoso, no por feo, sino por detalles hermosos en lugares equivocados. Debido a ello, el profesor, consciente de la poca confianza que inspiraba su persona, se esforzaba por equilibrarla mediante unos modales agradabilísimos.

—¿Les puedo invitar a un café, quieren algo de beber? —les preguntó.

—No, muchas gracias —se le adelantó el Kommissar Krappe, quitándose el sombrero y poniéndolo sobre una mesa—. Tenemos poco tiempo. Veamos, veamos, veamos... —Arturo pensó que para no disponer de tiempo, Krappe se tomaba todo el tiempo del mundo—. Tenemos ciertas dudas, sí, ciertas digamos dudas... Ya le habrán explicado por qué estamos aquí, así que lo primero que queríamos saber es: qué está buscando el enemigo en la Virus Haus.

Karl Wiehl buscó la aquiescencia de Möbius, que le alentó con una mirada significativa, al tiempo que Arturo pensaba en Maciá y aguantaba la respiración: de sus siguientes palabras dependía que se abrieran o cerraran puertas, pero aún no sabía cuáles.

—Hemos desarrollado un arma nueva —comenzó—, un arma que no sólo cambiará el rumbo de esta guerra, sino del mundo.

Hubo un silencio más grande que el ruido de un motor.

—Es una bomba basada en la fisión del átomo —prosiguió—, utilizamos isótopos

radioactivos que cuando estallan liberan la energía que hay en su interior con unos efectos destructores inimaginables.

—Yo tengo mucha imaginación —apostilló Krappe escéptico, invitándole a que la estimulase.

—Se hizo una prueba con un prototipo mixto de explosivos convencionales y una pequeña cantidad de uranio, muy inferior al que ahora tenemos, durante la batalla del saliente de Kursk. Un regimiento entero de Ivenes fue barrido en segundos.

Arturo recordó la expresión olímpica con la que Ernst, el desaparecido marido de Silke, le observaba desde la torreta de su tanque en aquella fotografía de su habitación. El había sido dado por desaparecido en Kursk. ¿Habría sido testigo de aquella bíblica tormenta de fuego? ¿Qué gesto habría acudido entonces a su cara? ¿Aprensión? ¿Orgullo? ¿Incredulidad? Arturo se decidió por la última.

—¿Y qué más debemos saber? —siguió preguntando Krappe mientras se columpiaba sobre las puntas de sus pies, con las manos agarradas a la espalda—, eh... ¿cuál es el mecanismo de esa... bomba... los componentes... ehh... cómo funciona...?

—Con uranio —solventó el profesor Wiehl—, fisionamos uranio. El problema reside en que el uranio que se encuentra en la naturaleza está compuesto por un 99% de uranio 238, no fisionable, y sólo un 1% de uranio 235, éste sí fisionable. Parte de nuestro trabajo es separarlo, es un proceso muy complejo y francamente laborioso.

—Es decir, que sin uranio no hay bomba.

—Efectivamente.

—Ya. ¿Podríamos ver una?

—No, no pueden —se interpuso Möbius sin dignarse a argüir una justificación.

—En ese caso, nos interesaría saber qué científicos o técnicos están implicados en este programa.

—El programa atómico al completo está bajo la dirección del Gruppenführer Hans Kammler —aclaró Möbius—, sólo él podría contestarle con exactitud a esa pregunta. Y lamento comunicarle que ahora no se encuentra en Berlín.

—Pero ¿el programa no está controlado de la Wehrmacht?

Su pronunciación había sido meticulosa, pero sólo Arturo había comprendido el verdadero sentido de la pregunta.

—Hasta el año pasado el Ejército estaba implicado, pero a partir del atentado contra el Führer las SS se hicieron cargo de todo.

Krappe se acarició casi voluptuosamente su bigote de morsa y miró a Arturo. En sus mentes había comenzado a sonar la Ahnenerbe, o lo que venía a ser lo mismo: la Sociedad Thule.

—No obstante —arguyó Krappe sacando un papelito que rebuscó con torpeza en sus bolsillos—, tenemos una lista de algunos científicos que estaban en el punto de

mira, usted podría confirmarnos quiénes se encuentran aquí...

Krappe no esperó su réplica y recitó la lista con una mirada severa, tasadora.

—Otto Hahn, Manfred von Ardenne y Gerlag von Weizsäcker.

—Ninguno de ellos se encuentra aquí —se volvió a adelantar Möbius.

—¿Y dónde están?

—De momento no les incumbe.

—Entiendo.

Krappe disfrazó de cortesía lo que no era más que impaciencia y un punto de exasperación. Arturo casi pudo ver sus pensamientos desplazándose rayita a rayita, al igual que la manecilla de oro de su reloj de pulsera. A cada tic del reloj, era cada vez más consciente de que en aquella aventura tendrían que definirse las cosas más por lo que no eran que por lo que eran. El Kommissar abrió la boca para formular otra pregunta cuando entró con urgencia en la habitación un Untersturmführer que, tras localizar a Möbius, chocó dos veces los talones de sus botas claveteadas y saludó con vehemencia. Seguidamente utilizó un hueco lenguaje oficial para expresar la premura de una conversación privada con Möbius, que éste concedió pidiéndoles permiso con unas palabras indolentes. Salieron al pasillo dejando la puerta abierta, de tal forma que Krappe y Arturo pudieron ser testigos de cómo se desarrollaba una entrevista grave, tensa, en cuyo transcurso fueron testigos por primera vez de la rigidez que atenazó la espalda del capitán Friedrich Möbius. Entretanto, el profesor Karl Wiehl les hizo un par de preguntas con tal amabilidad que cualquiera se hubiera sentido tentado de creer que le interesaban de verdad sus respuestas. Apenas habían tenido tiempo de responder a la primera cuando Möbius solicitó su presencia con una cortesía que tuvo la cualidad de sonar como una orden. Krappe se llevó dos dedos a un sombrero imaginario, y esperó hasta que el profesor se les unió para atusar de nuevo su bigotazo gris amarillento.

—¿Usted se cree todo esto? —le preguntó a Arturo.

—Últimamente estoy creyendo cosas más extrañas, Herr Kommissar.

—¿Sabe lo que pienso yo?

—Dígame.

—Bueno... ya sabe...

—No... no sé...

—Pues que estamos en un círculo vicioso, y lo gracioso es que ni siquiera creo que nos estén mintiendo del todo. Más bien me parece que la información está fragmentada, dividida. Siempre ha sido uno de los vicios del régimen, la Wehrmacht, la Luftwaffe, la Kriegsmarine, las SS, la Gestapo, la Kripo, el Orpo..., todos han estado enfrentados entre sí desde el comienzo de la guerra. No dudo que la competencia haya sido fértil, pero también ha sido un derroche.

—La información es poder.

—Es evidente, y me temo que sólo el Führer tenga un conocimiento exacto de todos los compartimentos estancos. El Führer y, en lo referente a lo que nos interesa, quizás ese general Kammler.

Arturo observó que durante toda su conversación Krappe no había dejado de atender con una mirada crítica y penetrante al cenáculo alrededor de Möbius. Permanecieron en silencio el tiempo que se tardaba en fumar un cigarrillo.

—Ojalá pudiéramos escuchar lo que están diciendo —Arturo expresó su anhelo sin ningún tipo de expectativa inmediata.

—Ahora mismo está diciendo que está harto de hacer de niñera de una bola de sebo. Lo de bola de sebo es por mí —respondió Krappe impertérrito—. ¿Quiere saber cómo le llama a usted?

Arturo se rió como si aquello fuera una broma agradable, avisado del excéntrico humor de Krappe. El Kommissar se giró para observarle, la mirada de un jefe a un empleado insignificante que ha hecho algo estúpido. Sus siguientes palabras sonaron despreocupadas.

—Tengo un hermano sordomudo —desveló—. Puedo leer los labios.

Arturo compuso un rictus infranqueable para no transparentar su bochorno.

—¿Quiere saber cómo le llaman? —reiteró Krappe, esta vez con mala leche.

Sintió una mezcla de curiosidad y pudor. Tras un confuso combate en su interior, venció la primera.

—¿Cómo?

—El gitano español.

Arturo se mordió una respuesta, rechinó los dientes y concentró su atención en Möbius y su camarilla, mientras en una habitación secreta de su cerebro sucedían escenas que pondrían los pelos de punta a cualquiera. Al mismo tiempo, como si Möbius fuese el propietario de un sentido parecido a esas heridas mal cicatrizadas que pronostican el tiempo, les escrutó con unos ojos impasibles. Krappe le respondió con una pequeña reverencia mientras Arturo esbozaba una débil sonrisa. El capitán no titubeó al ordenar al profesor que fuese a cerrarles la puerta, dejándoles a ambos con sus respectivos ademanes apuntando a la nada.

—¿Ha podido averiguar algo más? —le espetó Arturo a Krappe.

—Sólo cuando había ángulo. Ha sido entrecortado, se movían demasiado. Lo que es seguro es que han tenido problemas en algún lugar llamado Jonastal.

—Jonastal —repitió Arturo.

—Sí, y algo referido a una masa crítica. Iban a comentar algo más cuando al capitán le ha dado el aire. Pero ha debido de ser serio desde el momento en que ha perdido la calma.

—A lo mejor tiene que ver con todo este tinglado.

—Quizás. De todas formas espero que su agenda de los próximos días no esté

muy llena, porque tendremos que averiguarlo nosotros mismos.

Arturo sintió chirriar su columna.

—Pues entonces, Herr Kommissar —resumió—, usted podría ocuparse de ir haciendo algunas preguntas sobre la Thule y Von Kleist. Entretanto yo le haré una copia de la cartulina y efectuaré mis pesquisas personales. Puede que le eche también un vistazo al piso de Stratton.

—Me parece bien. Por mi parte realizaré también las gestiones necesarias para hablar con el general Kammler. Aunque a lo mejor hay suerte y no hay que tomar el camino largo, depende de las SS o la Gestapo.

La puerta volvió a abrirse y asomó un cabo de las SS que les espetó a bocajarro una serie de vaguedades para justificar tanto la apresurada marcha de Möbius como el fin de la entrevista, así como para entregarles unas carpetas con los informes prometidos acerca de los científicos del proyecto. Hans Krappe, haciendo uso de una reserva ya mermada de diplomacia, a medio camino entre la resignación y la altivez, accedió por los dos a abandonar las instalaciones. Justo antes de salir del Instituto, el Kommissar se detuvo y tardó una vuelta de reloj en hablar.

—Por cierto, ¿se ha dado cuenta?

Elevó brevemente la vista hacia el techo, alisando los pliegues de grasa blanca como porcelana de su papada.

—¿De qué? —inquirió Arturo.

—De que ya estamos dentro de un círculo virtuoso.

Un cartero repartía el correo en un portal. Maciá ultimaba unos informes. Un perro ladraba compulsivamente en una esquina de la Belle-Alliance-Platz. Eckhart Bauer miraba por una ventana de la Cancillería. Las colas del racionamiento llevaban un par de horas aguardando sus productos. El enorme gorila del zoo masticaba minuciosamente una raíz. Ninfo y Saladino permanecían de guardia en sus respectivos ministerios... En ese momento, las sirenas comenzaron a sonar con un bucle de intensidades aullantes, sinuosas, que podría desquiciar cualquier conciencia. A partir de ahí todo el mundo tenía diez minutos para buscar un lugar seguro. El Flak, la defensa antiaérea alemana, comenzó a buscar los B-24 que empezaban a separarse de la línea del horizonte e iban poco a poco siendo cercados por violentas flores de pólvora. Las tripulaciones —todos con una edad media de veintidós años— sudaban a pesar de las bajas temperaturas a las que volaban porque sabían que sus aviones eran un imán para el fuego germano. Por eso nunca pensaban demasiado cuando iniciaban una secuencia de movimientos sincronizados, ensayadísima, al tiempo que Berlín comenzaba a vislumbrarse por la mira. Concretaron sus cálculos; cruzarían la vertical de la ciudad en poco tiempo disponiendo de un estrecho margen para arrojar sus bombas, que habrían de ser soltadas mucho antes, porque caerían en parábola, y

llegarían a su blanco mucho después, cuando ellos ya estuvieran a kilómetros de Berlín. Metódicamente, la primera oleada arrojó bombas explosivas con un sonido de cascada, que arrancaban puertas y ventanas. La segunda soltó sus bombas incendiarias ligeras, que prendían los tejados, y a continuación bombas mina que atravesaban las diversas plantas y hacían explosión en los niveles más bajos. Fue una de estas últimas la que cayó con la fuerza desproporcionada con que un tronco cae sobre una uva y se estrelló contra la azotea de un edificio en Charlottenburg, y fue cruzando piso tras piso como si atravesase lámina tras lámina de hojalde hasta que hubo una fracción minutísima de tiempo en que no sucedió nada, sólo un golpe seco, escandaloso, para oírse luego una explosión horrisona que levantó muros, alzó tejados, lanzó por los aires ladrillos, rejas, puertas... hasta dejar reducido a escombros el edificio, cuyos huecos no dejaron de vomitar bocanadas de humo durante un largo rato.

Los ojos azulísimos de Arturo relucieron entre la máscara ocre del polvo que recorría las calles, y se levantó con dificultad, con los oídos pitando con fuerza, una brecha en la frente y todavía aturdido por la fuerza de la onda expansiva. La escena era indescriptible. En las cercanías la metralla había despedazado a los hombres, transformándolos en un rompecabezas grotesco. Habrían bastado unos pasos más para que Arturo hubiera sido segado por la misma guadaña, lo que confirmó su convicción de que se sobrevivía por mera suerte, y quien sostuviese lo contrario no tenía ni puñetera idea. El sonido de las campanas de los coches de bomberos se mezclaba con los alaridos de las víctimas y los gritos de las Furias, agudos y destructores, que sobrevolaban la escena atrapadas en su campo de fuerza. Arturo se acercó cojeando levemente hasta las primeras piedras; no sentía compasión, de alguna manera Rusia le había contagiado una implacable, estoica y obstinada aceptación de la dureza, más excepcional si cabe si tenía en cuenta que bajo aquellas ruinas debía de yacer el cadáver de Manolete. Su compañero estaba destinado a la guardia de un centro de radiodifusión en Charlottenburg y lo primero que había hecho Arturo tras separarse del Kommissar fue buscarle para que le echase un cabo en la investigación, pero la muerte sin memoria se le había adelantado. Se quedó allí, junto al corro de berlineses que contemplaban cómo los bomberos apuntaban las parábolas líquidas de sus mangueras hacia el montón negro y humeante de escombros, mientras los equipos de rescate afinaban sus aparatos de escucha para detectar golpes o rascaduras a la par que comenzaban a bombear aire en su interior para mantener con vida a la gente que hubiese quedado enterrada en los sótanos. Milagrosamente, de entre las ruinas surgieron dos extraños zombis con los pelos de punta y los rostros convertidos en una máscara gris y carmín, ausentes, temblantes, que fueron inmediatamente protegidos por los bomberos. Antiguos habitantes del inmueble que

llegaban en ese momento, aún abatidos por el desastre, comenzaban a escribir con tiza en los muros ennegrecidos de las casas adyacentes mensajes para sus amigos o seres queridos, *Liebste Frau B., wo sind sie?, Mein Engelein, wo bleibst du? Ich bin in grosser Sorge. Dein Fritz...* Más adelante únicamente los afortunados tendrían respuesta debajo. Pero lo más dramático era una chica de unos dieciséis años, de pie sobre un montón de cascotes, recogiendo los ladrillos uno por uno, quitándoles el polvo y volviéndolos a tirar. Toda su familia había quedado sepultada y ella se acababa de volver loca.

—Si no tuviera mala suerte, mi teniente, diría que ni tengo suerte...

Arturo se sobresaltó tanto por la frase en español, distorsionada por la emoción, como por la súbita aparición a su lado del guripa Francisco Ramírez, alias Manolete, que a esas horas debería yacer aplastado bajo alguna viga.

—Pero después de esto... —concluyó.

—Hostia, Manolete —reaccionó Arturo, sin tener muy claro si no era una aparición—, ¿qué haces aquí?

—Me utilizaron de enlace con los de Propaganda y tuve que llevarles un sobre. Aproveché el viaje para irme a ver a una *froilan* que está muy buena...

Sacó un cigarrillo nervioso y lo dejó sin encender, como si no supiera qué hacer con él.

—Pues el polvete te acaba de salvar la vida.

—Amén, mi teniente, amén...

Un humazo lleno de partículas de ceniza y chispas encendidas les envolvió, agujijoneándoles la cara como agujas calientes. Arturo sugirió que se alejaran de allí y embocaron una de las calles adyacentes, deteniéndose en un portal. Manolete sacó un encendedor con funda de carey y le prendió fuego al pitillo, dejando los ojos perdidos, absortos en la nada del humo.

—Manolete, lo cierto es que no me has encontrado por casualidad, venía a pedirte una cosa.

Su amigo aún tardó en reaccionar, repartiendo su atención entre el pitillo y sus pensamientos. Arturo supo lo que estaba sucediendo tras su rostro tosco y rupestre: el miedo era una emoción, y como tal estaba sometida a sus leyes, no a las de la razón. Manolete había avanzado junto a él a través de Rusia sin un titubeo, y ahora temblaba de miedo ante un edificio desplomado.

—Perdone, mi teniente —se reanimó—, es que hay cosas que arrugan al más pintado. Lo que usted mande.

—No te preocupes. Verás, ¿te acuerdas del muerto aquel de la Cancillería?

—Cómo no me voy a acordar.

—Pues me han encargado una tarea...

—Ya sabía yo que aquello iba a traer cola.

—Mira, el asunto es que...

Arturo le hizo una explicación detallada pero no esencial del caso, obviando las implicaciones atómicas y ahorrándole sus recelos de que en aquella realidad nada era lo que parecía, para implementar en su lugar la guerra sin batallas ni líneas defensivas que mantenían con los comandos aliados. Había decidido ocultarle información no por menosprecio, sino porque sabía que Manolete sería más efectivo si se guiaba por respuestas tranquilizadoras, sencillas.

—... total —finalizó Arturo—, que necesito a alguien que se deje los dientes. No sé lo que me voy a encontrar, y cuando lo encuentre, no quiero tener a nadie a mi espalda con sangre de pez.

Manolete se desabrochó el capote como muestra de valor.

—Coño, mi teniente, que la comida gratis sólo la dan en la cárcel. Para eso me pagan.

—Por eso vine a verte.

Se guardó también que pensaba continuamente en Silke, y que haría todo lo que estuviera en su mano para ser testigo del final de la guerra.

—Pues ya me ha visto —sentenció mientras disfrutaba de la última y fragante calada de su pitillo.

Justo entonces el suelo retembló bajo sus pies y hubo un sonido continuo, abrasivo, como si algo se derrumbase, lo que provocó que sus armas se tensasen, desafiantes. El aire a su alrededor quedó velado por una ráfaga de humo y un olor a caucho fundido y carne quemada al que Arturo no dejó tiempo para que abriese puertas al miedo en sus mentes.

—Mañana me voy a dar una vuelta por la ciudad y tú te vienes conmigo. Quedamos en la Puerta de Brandeburgo hacia las ocho.

—Estaré allí como un clavo.

A continuación Manolete se colgó el fusil en bandolera, metió la mano en un bolsillo y sacó un trozo de cordel en el que hizo un laborioso nudo que apretó con saña.

—¿Qué haces? —le preguntó Arturo perplejo.

—Pedir ayuda a un santo.

—¿Y qué santo es?

—Pues San Cucufato. Nunca falla.

—¿Y el nudo?

—Para que no se olvide de que le pedimos auxilio.

—No entiendo.

Manolete miró ceñudo al cordel, que cogió por sus dos cabos. Comenzó a orar.

—San Cucufato, los cojones te ato, hasta que no encontremos a esos tíos, no te

los desato.

La carcajada de Arturo fue estruendosa: estuvo seguro de que al santo le había faltado tiempo para ponerse a la labor.

5. Aquello que no es

Maciá escuchaba atentamente las explicaciones telefónicas de Arturo con la seguridad y el aplomo de quien está del lado bueno del teléfono: el lado desde el que se dan las órdenes. Arturo no le aseguró nada acerca del armamento convencional, pero sí confirmó que existían indicios de la existencia de un arma fabulosa, más que nada porque si alguien te ofrecía las migajas que le habían proporcionado, es que tenía una barra de pan escondida en algún lado. A medida que iba desgranando acontecimientos, conclusiones, pensamientos, accidentes, entre pausas y sorbos de un sucedáneo de café, Arturo no hacía más que destilar la noche que había pasado en el bunker de la guardia de la Cancillería. La soledad que había sentido, y más sin el refugio contra sí mismo que representaba Silke, había sido abrumadora, pero a cambio le había conferido una poderosa conciencia de su individualidad, condición y fuente de todo conocimiento. Aquel retiro le había resultado imprescindible para intentar buscar esa simetría que el Kommissar Krappe desdeñaba, y que también él sabía que era una meta más que una realidad, pero sin cuya ilusión era imposible no ya dar un paso, sino sencillamente mantenerse cuerdo. Esa noche había comenzado ordenando sobre una mesa el dossier que le había entregado Möbius, la cartulina de Von Kleist, un par de latas de sardinas en conserva noruegas, unas salchichas de Friedland, un tubo de caramelos vitaminados ensartados como aspirinas, un frasco de perfume francés *Je Reviens* —como regalo para Silke: era su preferido— y una botella de coñac Napoleón, todo comprado con dólares en el mercado negro. Prácticamente devoró las sardinas, las salchichas y los caramelos con el extraño pensamiento de que una vida en la que se otorgaba el mismo valor a la comida que al sexo resultaba sospechosa. Después, con una taza de hierro esmaltado mediada de licor, fue tentándola mediante tragos que parecían solidificarse en su estómago, mientras practicaba una lectura atenta humedeciendo los dedos para pasar las hojas mecanografiadas unidas con clips, de las que surgía la inevitable corporeidad de los datos, fechas, lugares que daban forma a unas vidas obligatoriamente confusas y desordenadas. En ellas, la palabra clave no era *Wunderwaffen*, sino *Urainverain*. Círculo de Uranio, así se denominaba el proyecto que los nazis habían desarrollado para traer al mundo algo que desbordaba la imaginación, una fuerza tan grande como ambigua. Todo había comenzado tres años antes, en 1942, con una reunión entre el ministro de Armamento, Speer, y Werner Heisenberg; en ella se había tratado la posibilidad técnica de una bomba atómica, y se le había asignado al grupo de Heisenberg, que también incluía a Otro Hahn —descubridor de la fisión nuclear y futuro premio Nobel—, un presupuesto para iniciar las investigaciones. También se mencionaban al menos dos proyectos paralelos que habían surgido al mismo tiempo que el de Speer, uno de la Wehrmacht, tutelado por el ministro de

Telecomunicaciones, Ohnesorge, y dirigido por el barón Von Ardenne, y otro secretísimo de las SS, en el que ya aparecía el nombre del general Hans Kammler. A partir de ahí el dossier perdía el perfil poderoso de los hechos y, línea a línea, se iba disolviendo en los penosos espectros de la posibilidad, confirmando la afirmación de Krappe acerca de la compartimentación estanca del poder en el III Reich. No obstante, entre sorbo y sorbo, Arturo pudo rellenar los vacíos creados por las acciones y reacciones de las distintas fuerzas, una tenue simetría que se imponía temporalmente a la incertidumbre y que relacionaba todo con todo, sin darle una respuesta pero sí un sentido: Otto Hahn, Manfred von Ardenne, Gerlag von Weizsäcker... eran nombres que habían partido de programas distintos pero que ahora visitaban juntos el bunker del Führer protegidos —o más bien vigilados— por las SS. Como le había referido el Kommissar, tras la fallida conjura de Stauffenberg y la posterior caza de brujas, la Wehrmacht quedó decapitada, por lo que muy bien las SS, dentro del poder hegemónico que adquirieron entonces, pudieron absorber el resto de programas y hacerse con el control total del proyecto atómico bajo el mando de Kammler. Y por lo visto seguían con su intención de mantenerlo en una caja de caudales, considerando los obstáculos a los que constantemente tenían que hacer frente. Las preguntas que giraban en el enorme bombo de su cabeza comenzaban a salir: ¿qué grado de información acerca de la operatividad del proyecto atómico podría proporcionarles el general Kammler? ¿Estaría dispuesto siquiera a hablar con ellos? Y ¿qué papel tenía el inquietante hombre sin cejas en toda aquella historia, cuya sola mención había puesto a la defensiva tanto a Bauer como al capitán Möbius? Arturo dio un trago que le hizo temblar de pies a cabeza y volvió a llenarse la taza. Estudió la cartulina de Von Kleist y la runa que simbolizaba a la Sociedad Thule en medio de toda la violenta caligrafía de letras y números. Poseía un ascendiente tan poderoso como incognoscible. ¿Qué pintaba la Thule, es decir, la Ahnenerbe en todo aquel embrollo? ¿A qué se debía que Von Kleist la hubiese incluido en aquella especie de testamento involuntario? ¿Era él un miembro? Arturo sólo tenía la certeza de que no existían las coincidencias, sólo la ilusión de las coincidencias, y siguiendo esa lógica, ¿era razonable que Von Kleist se hubiera encontrado con un comando en la Cancillería o podría haber tenido otro tipo de encuentro en la sala de Germania? ¿Por qué se había retirado el cadáver con tanta rapidez? Y ¿tenía algún sentido que hubiera cruzado toda la maqueta herido ya de muerte? Empezaba a sentir la grata vaciedad que provocaban los efluvios del alcohol cuando le dio la vuelta a la hoja: aquella especie de istmo cuadrículado, con cifras y círculos concéntricos, como si alguien hubiese lanzado una piedra al centro de un remanso. ¿Qué demonios era aquello? Tras unos segundos estudiándolo, dio otro trago al coñac y consideró el resto del abanico: Jonastal, la subrepticia palabra que le había robado Krappe al capitán Möbius, y los problemas con aquella masa crítica; Pippermint; los lobos de ahusados

hocicos rondando aún por la ciudad...

—Necesitamos inmediatamente una copia de ese programa de bodas —la voz de Maciá sonó al otro lado del teléfono con cierta ansiedad.

Arturo guardó un silencio prolongado, como si no esperara esa frase o, esperándola, no tuviera respuesta.

—¿Arturo?

—Sí, disculpe, señor secretario, por supuesto que le haré una copia.

—Muchas gracias —el tono de Maciá había regresado a una firmeza sin autoritarismo, una elegancia sin solemnidad—. Es de suma importancia que podamos disponer de esos datos para que en el palacio de Santa Cruz puedan sacar conclusiones.

—A sus órdenes, señor secretario.

—¿Y cuáles son sus planes a partir de ahora?

Arturo sonrió de medio lado; no podía decirle que no tenía ninguno, que estaba tocando de oído.

—Las SS y la Gestapo están peinando Berlín, y supongo que poniendo los cebos para Pippermint. Por otro lado, el Kommissar Hans Krappe está haciendo sus propias averiguaciones sobre Von Kleist y la Thule, también habrá que tener paciencia. Y respecto a ese Kammler..., bien, señor secretario, nos las arreglaremos para tener una entrevista con ese general.

—No esperaba oír otra cosa.

—Hoy mismo voy también a echarle un vistazo al piso del comando.

—Pero ya lo habían registrado, ¿no es cierto?

—Nunca se sabe, señor secretario, a lo mejor el delincuente no ha estado a la altura de su delito.

Arturo dejó que el silencio se estirase para que cupiera en él toda posible interpretación.

—Me parece bien —decidió Maciá—. A propósito, ¿qué se sabe del Führer?

—Por lo que yo sé continúa en el bunker.

—Se dice que prepara su evacuación al Berghof para organizar la Resistencia en Baviera.

—No he oído nada.

—Los rumores apuntan a una especie de fortaleza alpina que los nazis llevan tiempo preparando desde la que librar el último combate.

—No tengo noticias, y tampoco he notado ningún revuelo en la Cancillería.

—Se acerca el 20 de abril, señor Andrade... —dijo Maciá con un susurro de arena.

Arturo no supo si la frase era capciosa, recordativa o casual.

—Sí, señor secretario —afirmó encubriendo su desorientación.

—Ya sabe que es el cumpleaños del Führer.

—Claro, señor secretario.

—El día perfecto para lanzar un contraataque masivo con sus armas maravillosas.

—¿Usted cree que están esperando al cumpleaños?

—Yo no soy jugador, señor Andrade, para eso está usted, y si Dios nos ha dado dos orejas y una lengua, por algo será.

Arturo sintió un palpito en la frente, allí donde tenía la herida.

—Estaré atento, descuide. ¿Qué se sabe de los rusos?

—Las últimas noticias son contradictorias. Parece ser que los alemanes aguantan todavía en las cumbres de Seelow, pero los rusos tienen otro frente en el sur, avanzando.

—No he oído nada de eso.

—Nosotros nos hemos enterado esta mañana.

—¿Ha dicho algo la BBC?

—Les hemos preguntado directamente a los rusos.

El silencio perplejo de Arturo exigía una respuesta más precisa. Maciá se la proporcionó.

—Cada cierto tiempo llamamos por teléfono a las ciudades que circundan Berlín, si lo coge un alemán es que todavía se halla en nuestro poder. En Cottbus lo cogió un Iván.

—¿Cottbus? —se alarmó Arturo—. ¡Pero eso está sólo a ciento y pico kilómetros!

—Eso me temo.

Arturo comprendió perfectamente la relación que se acababa de establecer entre él y el estado actual de las cosas: daba igual lo rápido que se moviera, si ellas lo hacían a más velocidad, aunque avanzase estaría retrocediendo. Si aquella paradoja le hubiese afectado únicamente a él, su viejo pulimento de soldado ni se habría rayado, pero ahora había algo más: Silke.

—Señor secretario —decidió—, ¿cuánto más calcula que podrán quedarse?

—A este paso, tres, cuatro días a lo sumo. Depende de cuándo se planten aquí los rusos.

—Y ese avión...

—Sigue esperándole en el aeropuerto, señor Andrade —se le adelantó Maciá.

—No... verá... querría pedirle un favor...

—Usted dirá.

Arturo midió las palabras, buscando el tono más devoto posible.

—Señor secretario, estoy trabajando duro para conseguir el engrandecimiento de la patria, y por ella daré mi sangre sin excepciones, condiciones u objeciones. Aquí estamos para morir, y nada más, pero no tenemos por qué pedirle el mismo sacrificio

a todo el mundo, y si en Santa Cruz quisieran recompensar mi entrega, yo no pido ni medallas ni dinero ni reconocimientos, sólo... sólo querría un asiento en ese avión...

—Ya lo tiene, señor Andrade —reafirmó Maciá con cierta impaciencia.

—Sí, pero no para mí.

—Por favor, no se ande por las ramas.

—Es para una persona que representa mucho..., una amiga.

—Ah, ya...

—Si las cosas se pusieran feas, y usted ya me ha confirmado que en breve nos vamos a poner en danza, desearía que ella tuviera alguna oportunidad.

Arturo se tironeó un botón de la guerrera, nervioso, intentando percibir a través del auricular algún cambio de frecuencia en la respiración de Maciá o cualquier otro síntoma de aquiescencia o rechazo.

—Señor Andrade —comenzó lacónico—, ¿usted sabe lo que pasaría si cada conocido con amigos, familia o amantes en Berlín me pidiera un asiento en el avión?

—Lo comprendo, señor secretario, siento habérselo mencionado.

—Por otra parte... —se enderezó entrecortado—, no hay nada que prohíba que ocurra algo bueno de vez en cuando... y, sopesando la importancia y lo excepcional de sus servicios, quizás se pudiera hacer algo.

Arturo tensó sus mandíbulas.

—Mi agradecimiento sería infinito, señor secretario.

—¿Y usted, señor Andrade? ¿Qué va a ser de usted?

—Yo ya me he hecho a esto, no se preocupe.

Un nuevo silencio se llenó de toda clase de sobreentendidos.

—En la vida se puede ser todo menos predecible —argumentó Maciá—, y yo le aseguro que usted puede estar orgulloso. Consígame esa información y más adelante hablaremos.

—¿Me da su palabra, señor secretario?

Maciá carraspeó.

—Suframos juntos, señor Andrade, pero no seamos estúpidos juntos. Sabe perfectamente que mi palabra no vale nada, todo depende de las circunstancias.

—Entiendo. Discúlpeme. En todo caso le agradezco su intención.

—Muy bien. Acuérdesse de esa copia, enviaré a alguien a buscarla. Y procure darse prisa con nuestro asunto. Pero, sobre todo, manténgase en guardia contra las pequeñas claudicaciones de la voluntad. Arriba España.

Arturo devolvió el saludo y depositó el auricular del teléfono en la clavija. Cerrando los ojos, se trasladó a un instante cálido y abstracto de la noche anterior en que sus demonios le habían hecho señas para que se adentrara en la oscuridad, donde todo era ciego y no había amor, y él se había refugiado en la cómoda y tranquila bahía del recuerdo de Silke. Para eludir el moho secreto de la comodidad y el lujo,

esa peligrosa pereza que genera desesperanza o muerte, había que elegir una empresa, una cruzada, un propósito que nos hiciera formar parte de algo más grande y por tanto nos tornase invulnerables. Arturo lo había encontrado y no estaba dispuesto a recriminarse haber construido otra esperanza fallida; no obstante, nada era gratis, ni siquiera saber lo que quería. Sacó su Tokarev, la desmontó y comenzó a engrasarla con minuciosidad, la misma con la que luego empezó a ejecutar sus siguientes pasos. Ventiló con rapidez un informe destinado al mayor Eckhart Bauer, y después, con papel de calco y paciencia, hizo dos copias de la cartulina de Ewald von Kleist, una para el Kommissar Krappe y otra para Maciá. A continuación su primera visita sería a la casa franca de Stratton. A partir de ahí procuraría no ampliar demasiado un círculo para el que no había ni ganas ni medios ni tiempo. Finalmente, extrajo e introdujo el cargador de la pistola, la empuñó a la altura de sus ojos para comprobar la firmeza de su pulso y volvió a enfundarla; también comprobó escrupulosamente su fusil ametrallador. Dudó un segundo antes de levantarse, pero no se inquietó: era consciente de que los viajes sin retorno hacen dudar siempre un segundo antes de comprar el billete.

Arturo olió la lluvia antes de que comenzara a caer. Era una lluvia fina y helada que mojaba sin prisa y producía burbujas en un charco cercano, como si éste hirviese. Se hallaba junto a Manolete frente a un venerable edificio de la época guillermina, en el bulevar Kurfürstendamm, cerca de las ruinas de la iglesia conmemorativa del Kaiser Guillermo y lejos del triángulo de la muerte que conformaban los edificios oficiales alrededor de la Cancillería. Arturo con los brazos cruzados y Manolete dando chupadas a un cigarrillo como si su salud dependiese de ello estudiaban tanto su fachada color de armadura vieja como los inmuebles circundantes, pero ninguno veía su plasticidad, sino que analizaba su estructura, volúmenes, materiales, resolviendo cuáles de ellos se desplomarían y cuáles se limitarían a derrumbarse. Entretanto, pasó por delante una variopinta formación del Volkssturm, viejos con cascos grisáceos y uniformes del ejército francés, restos del botín de guerra de las grandes victorias de 1940 y 1941, junto a miembros de las Juventudes Hitlerianas, unos críos con los rostros pálidos y tensos tocados con cascos que les caían por debajo de las orejas. Aquello no hablaba más que de la desesperación de un régimen que sacrificaba viejos y niños en pos de una causa perdida.

—No va a haber una horca lo bastante grande para el responsable de esto — comentó Manolete con frialdad.

—¿Qué esperas? —se asombró Arturo—, esto es una guerra.

—Mi teniente, esto ya no tiene que ver con la guerra.

—Todo tiene que ver con la guerra.

Manolete no respondió. La lluvia redobló un poco más sobre sus uniformes, hasta

que el guripa soltó el último de sus anillos azulados y tiró el cigarrillo, aplastándolo con dos giros de bota.

—Bueno, pues a lo que hay que ir, que es a lo que venimos —sentenció.

Arturo dio su conformidad, descruzó los brazos y entraron en el portal. Subieron las escaleras rozando con sus dedos la pulida suavidad del pasamanos, hasta plantarse en el tercer piso. Delante de la puerta del apartamento había un SS que se parecía a Harold Lloyd, una semejanza algo imprecisa y tenue pero por ello más contundente. Cuando le informaron de su misión y le mostraron la orden del mayor Bauer, éste empujó sus gafas sobre el puente de la nariz y leyó en silencio. Certificó firma y matasellado, y arrancando el adhesivo oficial con la esvástica que precintaba la puerta, sacó una llave para abrirles. Arturo estuvo muy atento a sus movimientos en la cerradura, y cuando terminó le pidió que le dejase examinar la llave. Estudió su forma con la concentración de un coleccionista de sellos exóticos y luego hizo lo mismo con la cerradura. Seguidamente se la devolvió al SS.

—¿Ha entrado usted en la casa? —le interrogó.

—No desde el día en que la registramos.

—Así que vino usted con el grupo que lo hizo.

—Sí. Luego me ordenaron que me quedase de retén.

—¿Usted solo?

—Nos alternamos cada doce horas.

—¿Y ha estado siempre aquí?

El soldado se puso tenso.

—Sin moverme, se lo aseguro.

Arturo consideró que por el mero hecho de que lo recalcase ya había que dudar. Aceleró el ritmo de sus preguntas: siempre era más difícil preparar las respuestas, mentir.

—Ya —murmuró—, ¿y quién dirigió el registro?

—El capitán Möbius.

—¿Han hecho alguna copia de la llave?

—Que yo sepa es la única.

—¿Y ésta de dónde la han sacado?

El soldado elevó la llave a la altura de sus labios.

—No se lo creerá, pero la habían dejado bajo el felpudo.

—Yo me lo creo todo... ¿Encontraron algo en el piso?

—Lo que va a ver usted, no se han llevado nada.

—¿Y los vecinos?

—Les hemos interrogado, pero no recuerdan que el piso estuviese ocupado en ningún momento.

—¿Nunca? Creo que ahí dentro hay un pequeño arsenal, uniformes... Alguien

tuvo que dejarlo ahí.

—Quien lo haya hecho fue muy cuidadoso. De todas formas no estoy autorizado a hablar con usted, deberá pedir esa información al capitán Möbius.

—Lo haré. ¿Y ningún vecino vio ni oyó nada? —abundó incrédulo.

—No, aunque...

Arturo sintió una punzada como una puñalada en la base de la espalda, y su gesto agrio fue interpretado por el soldado no como irritación por el dolor, sino como desagrado ante su titubeo, lo que le hizo ponerse más a la defensiva.

—¿Aunque? —le alentó Arturo.

—Últimamente ha habido quejas por robos, comida, ropa... Pero en estas comunidades y en esta situación es normal. No creemos que tenga relación con los comandos.

—¿A qué se refiere entonces si es lo normal?

—Ha aumentado su frecuencia.

—Mmm...

Arturo manejó aquel dato como si fuera un pan de oro, con la misma delicadeza que se utiliza con sus láminas sutiles, impalpables.

—En fin... —ultimó Arturo—. ¿Y seguro que sólo han hecho un registro? ¿No ha entrado más gente que ustedes?

Lo preguntó con escepticismo, dando a entender que daría por buena cualquier respuesta. El soldado no dejó resquicio a interpretaciones:

—Seguro.

—Muy bien, entonces adentro.

Entraron en el piso, un espacio con ciertas pretensiones *art déco* de líneas suaves y habitaciones de estampados con flores. Arturo había querido registrar el piso de Stratton por pura inercia; habitualmente se podía deducir mucho de una persona por el lugar donde vivía, pero en aquel caso no era más que un automatismo sin objetivo definido. No buscaba lo que era, sino más bien aquello que no era. Mientras, el SS se había quedado en el umbral, y Manolete se limitaba a seguir erráticamente sus pasos o a tocar aquí y allá algún objeto. Armarios con uniformes de distintas unidades y ropa de civil, armas, medicamentos, documentación, incluso venenos..., todo aquel falso orden que seguía esperando un dueño no era más que símbolo de sí mismo, y sus indagaciones fueron tan inútiles como un laberinto con la salida marcada. Al cabo, Arturo se sentó en una silla, se quitó el casco y lo colocó sobre una mesa; también se descolgó el fusil ametrallador y el macuto y los apoyó contra una pata. En aquel ángulo muerto de acontecimientos, la única ayuda de que disponían era la de un santo con los cojones atados, y si bien no era para tirar cohetes, tampoco podía decirse que estuvieran solos.

—¿Cómo lo ves? —le preguntó a Manolete, usando el español para que el SS

quedase al margen.

—Pues que aquí hay lámparas, mi teniente, pero ninguna con genio dentro.

Arturo esbozó una leve sonrisa.

—Pues yo creo que aquí han hecho un segundo registro sin que éstos se den cuenta —señaló disimuladamente con el mentón al SS.

—¿Y por qué lo cree?

—Porque antes descubrí restos de estearina en la cerradura, o sea, que alguien ha hecho una copia.

—Pero si este tipo no ha dejado de vigilar...

—Eso es lo que dice él...

—¿Y quién podría haber sido?

Arturo iba a responder cuando tuvo un sobresalto frío y repentino. La vibración la había notado primero en su tabique nasal, y a continuación, como un animal que venteara peligro, se levantó y volvió a armarse. Manolete y el SS, contagiados por la misma inquietud, respondieron al unísono como un mecanismo perfectamente engrasado. El guripa resumió con laconismo la situación: ya están dando por el culo. No tardó en oírse el aullante sonido de la sirena que avisaba de que los bombarderos aliados comenzaban a techar la ciudad, unido al ronroneo pesado de sus motores. Las puertas de las distintas plantas cobraron vida y sus inquilinos protagonizaron una escena que se repetía en toda la ciudad, el ritual de descender escaleras, encaminarse a los bunkeres, hacerse un sitio, charlar, dormitar, fumar, asimilar aquel peligro sistemático. El SS se disponía a seguir la corriente de vecinos cuando Arturo le detuvo cogiéndole de un brazo.

—¿Adonde va? ¿No decía que nunca abandonaba su puesto?

El soldado le miró como miraría a un animal de dos cabezas.

—¿Está loco? No pensará quedarse bajo un bombardeo...

Arturo lo consideró de una lógica irrefutable. Miró a Manolete como instalándose con solidez en un escaño de certeza y luego soltó al SS.

—¿Cuántas incursiones ha habido en esta zona? —le preguntó.

—Unas cuantas —respondió con prisa.

Antes de su siguiente interrogación, Berlín actuó como la caja de resonancia de cientos de explosiones, cuyo ruido bajó por la columna vertebral de Arturo e hizo que tanto las paredes como las ventanas vibrasen como un diapasón. El SS no atendió a más preguntas, y su lenguaje corporal dio a entender que cualquier intento de retenerlo podría ser interpretado como una agresión. Arturo bajó la cabeza en un impasible y contenido saludo militar que le daba permiso para marcharse; tras ese gesto seco algo se armó en su cabeza, un sutil conjuro que poco a poco convertía lo abstracto en concreto: el inesperado vínculo entre la hipótesis del segundo registro y el aumento en la frecuencia de los robos. Cuando Manolete iba a salir tras la

apresurada carrera escalera abajo del alemán, Arturo colocó su brazo a la altura de su pecho.

—¿Adonde vas?

—Lo más lejos que pueda, mi teniente.

—Otro día me mandas una postal, pero hoy te quedas.

—Hostia, mi teniente, nos van a hacer un culo nuevo como no salgamos pitando.

—Que te olvides te he dicho.

Arturo volvió a sentarse en la silla con pesadez y se concentró en quitarse lentamente la bota izquierda como muestra de su voluntad de permanecer allí.

—Tengo una ampolla —comentó.

En la respiración de Manolete había ya ese revelador temblor que indicaba un peligroso acercamiento al derrumbe.

—Pero ¿qué vamos a hacer aquí? No queda nadie en el edificio... —insistió.

Arturo se sacó el calcetín con morosidad. Las explosiones iban cercándoles poco a poco.

—¿Nunca te has preguntado qué sucede por la noche en los museos cuando todo se cierra? —le preguntó misteriosamente.

—Yo no sé nada de museos, mi teniente, lo único que sé es que estoy acojonado.

—Pero no te has movido: eres un valiente, Manolete —le calmó.

—Pero si estoy muerto de miedo, ¿cómo voy a ser valiente?

—La valentía sólo se demuestra cuando estás muerto de miedo.

El guripa no acertó a objetar nada y se quedó en silencio para no evidenciar la ausencia de cualquier convicción en su voz. Su rostro como una hoja en blanco, empapado de sudor, contrastaba con la isla de elegante indiferencia que escenificaba Arturo mientras acababa de arrancar una costra despellejada de su talón. Este sabía que lo que estaba haciendo era despiadado, pero necesario; aún tardó un tiempo en ponerse de nuevo el calcetín y la bota, y luego se dedicó a tabalear con sus dedos sobre la mesa. Esperó hasta que las explosiones fueron cada vez más violentas, y poniéndose una máscara de decisión para esconder su miedo, se encaminó hacia la puerta; Manolete tardó unos segundos en darse cuenta de que se había levantado y se apresuró a seguirle. Bajaron unos metros por las escaleras hasta que Arturo se sentó en los escalones; parecía esperar algo, con la culata de su arma apoyada en el peldaño y su frente apoyada a su vez sobre su ánima, con los ojos cerrados y los oídos muy atentos. Al cabo de un tiempo indeterminado, abrió lentamente los ojos y frunció los labios con satisfacción.

—Ya están aquí —susurró con una sonrisa.

Manolete no alcanzó a darles sentido a sus palabras hasta que empezó a oír tenues pasos que descendían por las escaleras. Sin embargo, mientras él apercibía su arma,

Arturo se puso en pie, terció la suya al hombro y se sacó de un bolsillo de la guerrera algunos billetes de dólar ante el continuo estupor del guripa. Los pasos, titubeantes, precavidos, fueron acercándose hasta que, de repente, dos figuras aparecieron en el descansillo inmediatamente superior. Tenían el aspecto herido e indigente de los protagonistas de Dickens; una vieja encorvada a la que por carencias nutricionales se le había caído el pelo y quedado distribuido de una manera extraña por su cabeza y, a su lado, una niña sin apenas grasa pero bonita, de pelo negro, labios muy rojos y una blancura de tez casi azulada, que le contemplaba conteniendo el aliento. Ambas les vigilaban con una expresión de pánico contenido, tensas, angustiadas; no tenían el aire fisonómico de los judíos, pero si habían estado escondidas todo el tiempo que Arturo creía, debían de serlo o poseer algún tipo de ascendencia. Se puso en su lugar, intentó comprender los meses que habían estado encerradas, la demolición física y espiritual del día a día; sin embargo, lo que despertó su cólera no fue su miseria, ni la mala suerte que reptaba entre ellas, ni el hambre que las había obligado a arriesgados y continuos hurtos, ni el tiempo que se habían enterrado en vida para evitar que se las llevaran a algún lugar peor que la muerte, sino la ausencia en aquella cría de esa autoestima infinita que poseían los niños, esa primitiva creencia de que el mundo era suyo y con él todo el amor que contenía: esa fe en que tenían derecho a ser queridos sin dar nada a cambio. Porque aquél era el mayor crimen que se había cometido en aquella guerra llena de crímenes: la extirpación de la inocencia, y lo que era peor, el conocimiento directo de la muerte fuera de los sueños y las intuiciones. Sintió su furia, y la estudió un segundo, como si fuera algo que no le pertenecía, algo sórdido y vergonzoso. A continuación, con mucho cuidado, para que el miedo de la vieja no se convirtiese en pánico, extendió su brazo con el manojo de billetes y eligió una de las muchas frases obvias que podía decir.

—Son para usted. No tenga miedo, no le haremos nada.

Manolete se hizo con la situación rápidamente y apoyó su frase con una expresión cordial y obtusa, animándolas con muecas a coger el dinero.

—No diremos nada, nosotros no las hemos visto, señora —prosiguió Arturo, ofreciendo los billetes con pequeños vaivenes—. Sólo queremos hacerle unas preguntas.

La vieja se amoldó a la nueva situación, ni más ni menos peligrosa que la que llevaban afrontando desde no se sabía cuándo. Extendió su mano, cogió el dinero y se lo guardó en algún recoveco de sus harapientas ropas.

—Diga —respondió abrigando a la niña, que seguía vigilándole con los ojos infinitos y tristes de una bestia recién nacida.

—Sólo queremos saber si ha visto a alguien en el tercero aparte del soldado que lo vigila.

La vieja no dudó.

—No.

—¿Está segura?

—Le daremos comida —se arrimó Manolete.

—No he visto a nadie.

—¿Está segura? —insistió Arturo, sospechando que la vieja se limitaría a hacer eco.

—No he visto a nadie —confirmó la mujer, arrugando aún más su rostro de iguana.

—Abuela, el demonio —dijo repentinamente la niña.

La vocecita había brotado tan inesperadamente que incluso la vieja se sorprendió. A los tirones con que la cría escenificaba su frase, la abuela respondía con una mirada helada, que la pequeña no interpretó, o si lo hizo, consideró más importante referirles aquella marca de fuego en su tierna memoria que el castigo que tendría que afrontar. Arturo se interpuso con rapidez entre los deseos irracionales de su abuela de proteger, de salvar.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Loremarie.

—Bonito nombre, viene de Eleanore, ¿verdad?

—Eleanore Marie.

—Muy hermoso. Y dime, ¿has visto un demonio?

La niña cabeceó afirmativamente. Arturo adivinó que iba a ser una testigo fiable, inteligente, meticulosa.

—¿Y dónde has visto al demonio?

—Salía del tercero, hace unos días.

—¿Dónde estabas tú?

—Por aquí, veníamos de nuestro escondrijo arriba del todo —miró hacia el techo —, buscábamos comida, tuvimos que escondernos.

—¿Os vieron?

—No, nos escondimos.

—¿Y cómo era?

Loremarie miró primero a su abuela apretando sus pequeños labios, que insinuaron unos hoyuelos en sus mejillas en un último sí es no es de vacilación; en el rostro de la vieja encontró serenidad y quietud, algo que para la niña equivalía a la seguridad, al amparo, y, girando su torso al tiempo que buscaba algo en su bolsillo izquierdo, terminó por sacar unas hojas dobladas de entre las que eligió una en concreto, que le entregó con una expresión de absoluto recelo. Arturo recogió el papel, doblado en tres partes, y lo abrió. Fue suficiente una rápida ojeada para que un gesto sombrío cruzase su rostro. Manolete, curioso, se le acercó y miró por encima de su hombro; eran los trazos esquemáticos de un dibujo infantil, un gigante con unas

manos como guantes de boxeo y coloreado por entero de negro hasta el cuello, de donde surgía una cabeza sin cuello, pálida y blanda, con todos los atributos de una cara salvo las cejas.

—A éste ya lo hemos visto antes —dijo Manolete.

—Me temo que sí.

—¿Y qué piensa, mi teniente?

—Pues lo peor, qué voy a pensar.

Arturo guardó silencio y, reajustando su arma al hombro, observó a la trágica pareja: la vieja y la niña le demostraron una vez más que llevaba demasiado tiempo luchando contra la ternura. Dobló en tres partes la hoja con el dibujo y pidió permiso para llevársela, una conformidad que le fue dada.

—Buena suerte —les deseó con una sonrisa que expresaba un apremiante deseo de caer simpático—. Y no se preocupen, nadie sabrá que están aquí.

Arturo no dio tiempo a respuestas y se volvió con firmeza, seguido sin dilación por Manolete, que sólo tuvo tiempo para una vertiginosa sonrisa de despedida y un adiós con la mano. En la calle, la fina lluvia seguía golpeando rítmicamente las cosas, refrescando un poco el aire incinerado por unas bombas que habían pasado de largo.

—A veces llueve tanto que los cerdos quedan limpios y los hombres se embarran —comentó Manolete cruzando los brazos con la solemnidad de un jefe indio.

La frase mejoró el humor de Arturo.

—¿De dónde sacas esas frases, Manolete?

—No sé, siempre han sido.

—Ya...

Arturo abrochó el capote con firmeza.

—¿Y ahora qué hacemos, mi teniente? —preguntó Manolete—. Porque esto es un disloque, si no ya me dirá, a ver quién entiende que unos pasen la escoba y que después vengan otros y vuelvan a pasarla sin que se entere nadie.

—Pues no tengo ni idea de lo que vamos a hacer, así que habrá que esperar —respondió con cierta ironía—. Aunque no sería la primera vez, ¿no es cierto?

—Está claro.

—Pues entonces hazme un favor, apriétale un poco más los cojones a San Cucufato, porque va a tener más trabajo. Y eso incluye que no les pase nada ni a la vieja ni a la cría.

—Me da que San Cucufato va a protestar.

Arturo se volvió; su mirada fue inflexible.

—¿Quién ha oído hablar de santos que se quejen?

El cadáver de la ciudad se extendía alrededor de la Cancillería. Las superficies libres de edificios volados iban poco a poco ganando terreno, desdibujando las

geografías conocidas para los habitantes de Berlín. Manolete y Arturo avanzaban por la Wilhelmstrasse, pisando los innumerables fragmentos de vidrio de los millares de ventanas rotas que sobresalían entre los cascotes. Pasaron por delante del palacio de los antiguos presidentes de la República de Weimar, ahora mellado por la metralla, hasta llegar a la ele que formaba la nueva Cancillería del Reich, con su sucia fachada marrón amarillenta, llena de agujeros y abolladuras, y sus águilas de un dorado chillón, aferrando entre sus garras esvásticas rodeadas de guirnaldas. Seis años después de su inauguración, apenas quedaba nada intacto del edificio original. Justo cuando llegaron a la entrada principal la lluvia comenzaba a escampar, dejándolo todo veteado y con el aire intensamente nitrogenado; un amanecer violeta y gris que auguraba un día radiante comenzaba a abrirse de miles de minúsculas maneras. En las escaleras, a medio trecho, se encontraron con Ramiro, el fino y discreto funcionario de la Embajada que, según apreció Arturo, representaba una anomalía en aquel escenario, porque con su apostura de aristócrata que contempla estoico cómo se desmorona un viejo imperio, no generaba ningún tipo de agresividad.

—Buenos días, Ramiro, ¿cómo lo ves? ¿Crees que esto es el fin del mundo? —preguntó Arturo con un ligero regusto a humo en la boca.

Ramiro ni siquiera esbozó una sonrisa de convención.

—Todo tuvo un principio —respondió con cuajo—, alguna vez tiene que llegar el fin.

Arturo contuvo una sonrisa.

—¿Y qué haces aquí?

—Vengo de la Embajada. Creo que tienes algo para el señor Maciá.

Arturo le miró; su rostro era de esos que uno puede imaginarse en cualquier parte, haciendo cualquier cosa. Mantenía su mirada ausente: hoy interpretaba su personaje oficial. Luego observó a Manolete, que acababa de encender un cigarrillo con mano firme y empezaba a fumar con el rostro contraído. Buscó en el bolsillo de su guerrera la copia de la cartulina de Von Kleist. Se la entregó.

—¿Esto es todo? —se interesó Ramiro.

—De momento, sí.

—Perfecto. El señor secretario te renueva su confianza y te anima: España ha tenido huesos más duros de roer, fue su frase literal.

—Dile que se lo agradezco. A propósito, y entre nosotros, ¿cuánto os queda en la Embajada?

Ramiro se relajó sin perder su aire de inagotable eficacia.

—Lo que quieran los rusos.

—¿Cuánto?

—Un suspiro.

—Comprendo.

—¿Y cómo están los caloyos? —intervino Manolete, refiriéndose a Ninfo y Saladino.

—¿Cómo van a estar ese par de dos? —dijo burlón pero amistoso—: Poniendo negro a todo el mundo.

El otro día echaron un pulso con el brazo izquierdo y el moro casi se lo rompe a Ninfo.

Manolete meneó la cabeza con resignación.

—Toda la vida cascándose pajas con esa mano y todavía no es capaz de ganarle un pulso.

—No olvidemos que los regulares son gente bruta.

—Sí, lo mismo joden a las cabras que a las putas...

Rieron. Ramiro lo hacía de una manera peculiar, con las comisuras hacia abajo, un gesto que se le petrificó transformándose en otro: el de un gato con un enorme ratón en la boca.

—Hay algo importante que quiero comentaros —dijo con aire furtivo—. Y no tendría que salir de aquí.

Arturo y Manolete colocaron su torso en ángulo, como si se dispusieran a oír una confesión.

—Hace poco he mantenido una entrevista con un miembro del servicio secreto de Falange...

—¿Todavía quedan camisas azules en Berlín? —preguntó Arturo con cierta extrañeza.

—Al menos parte de su servicio de información continúa activo.

—¿Y qué quieren?

—Ciertos elementos están preparando una operación y necesitan gente bien dispuesta y con ganas de jugarse el tipo.

—¿Qué tipo de operación?

—Ilegal.

Arturo estudió la cara de Ramiro tratando de leer una respuesta más concreta.

—¿Cuánto de ilegal?

—Repito que esto no debe salir de aquí.

—Estás entre amigos.

—Tan ilegal que ni en la Embajada ni en España están al tanto.

—Eso es muy ilegal.

Arturo se rascó la nuca con el conocimiento de que le correspondía a él poner los límites de aquella conversación, pero se le adelantó Manolete.

—¿Y cuánto hay para repartir?

Ramiro iba a tomar la palabra cuando apareció un motorista de enlace con su largo impermeable de caucho verde. Los tres se mantuvieron en silencio hasta que

desapareció tragado por la Cancillería.

—De momento es preferible que sepáis lo justo —respondió entonces Ramiro—. Lo ha organizado todo Alfredo Fanjul, que es el que manda. Y tú deberías conocerle —se dirigió a Arturo—, aunque sólo sea porque puedes necesitarle para tu encargo. Sabe muchas cosas.

—Me parece bien, ahora mismo toda ayuda es poca. ¿Puedes concertarme una entrevista?

—Cuando reúna a Saladino y al Ninfo iremos juntos y os lo aclararé todo.

—Por mí bien.

—Por mí también —le coreó Manolete.

—Muy bien, entonces todo en orden. He de volver a la Embajada.

—Pues si aquí el teniente no me necesita para nada más, también yo tengo que hacer —se excusó con rapidez Manolete, atento a poder acompañar a Ramiro para informarse más.

Arturo le bendijo en broma con dos dedos juntos.

—Por mí puedes ir en paz. Ya te buscaré.

Manolete se cuadró con marcialidad y se dispuso a seguir al secretario, que hizo un leve ademán de despedida; alrededor de Arturo quedó un olor áspero a tabaco frío. A medida que se alejaban, sus botas hicieron crujir miles de fragmentos de cristal, que una lanza de sol encendió en ese momento, iluminando la calle. En medio de aquella hoguera de luz, Arturo volvió a sentir un oscuro picotazo en su columna vertebral, y subió las escaleras de la Cancillería un poco más encorvado.

Arturo atravesó el patio de honor del edificio, pasando entre las estatuas que empuñaban una antorcha y una espada, el Partido y el Ejército, flanqueando su gran portal. A continuación ascendió por las escaleras que daban a un vestíbulo revestido de mosaico, y de ahí a un salón circular previo a la galería de mármol, ciento cuarenta y cinco metros de arquitectura efectista donde la luz de diamante que ardía fuera no cesaba de buscarle. El tráfico de soldados y oficiales en el interior era constante, y ante la imposibilidad de dar con el capitán Möbius, Arturo se remitió el uniforme, meditó unos momentos y optó por refugiarse en algún lugar tranquilo que amortiguase los bordes cortantes de la vida. Se encaminó hacia las escaleras que llevaban a la planta baja, donde se hallaba la sala de la maqueta. Al entrar en ella se llevó una sorpresa; por lo visto, alguien había tenido su misma idea: el mayor Eckhart Bauer. Estaba de espaldas, muy recto frente a una Germania intensamente iluminada por los focos, con las piernas algo separadas y la gorra bajo el brazo izquierdo. Arturo se tomó la libertad de espiarle unos segundos: podía adivinar en él su espíritu romántico, ambicioso, inadaptado a la realidad, cuya elevación no acababa de encontrar objeto ni lo encontraría nunca, el mismo espíritu que había llevado a Werther al suicidio, y que los alemanes exorcizaban destruyendo el mundo. Procuró

hacer ruido para que el mayor se apercibiese de su presencia. Bauer se giró en un perfecto ángulo recto.

—Ah, es usted... —volvió a contemplar la maqueta.

Arturo se quitó el casco y se cuadró con marcialidad. No obstante, no pronunció palabra, intuyendo que Bauer todavía requería una pausa. También él contempló la maqueta a medias devastada y ensangrentada. De nuevo, las imponentes escalas de los edificios le hicieron quedarse pensativo y recordar un párrafo de la *Política* de Aristóteles, en el que el ateniense afirmaba que las mayores injusticias partían de quienes persiguen la desmesura.

—Acérquese —la demanda fue hecha con voz apagada.

Arturo se situó a su lado, tan cerca que pudo descubrir con cierta sorpresa que algunas canas prematuras veteaban su cabello rubio.

—¿Se da cuenta? —inquirió el alemán.

Arturo intentó adivinar la ruta mental que seguía el mayor, sin lograrlo. Negó con la cabeza.

—El silencio... —le aclaró Bauer.

Era cierto. Por primera vez en muchas semanas, Arturo escuchaba un silencio duro, casi cristalizado, y que en aquel contexto resultaba tan atronador como un bombardeo. La siguiente frase de Bauer acabó de descolocarlo.

—Hábleme de Rusia.

Se sostuvieron la mirada; el rostro del alemán le pareció menos un rostro que la expresión de un conflicto. Arturo no acababa de ver qué tipo de ilación entre el silencio y la contemplación de la maqueta le había despertado aquel deseo, pero le habló de ella. No sabiendo por dónde empezar, abrió todo un abanico. Evocó un imperio de once husos horarios donde la expresión madre naturaleza no tenía sentido, porque allí ella era implacable, obligaba a rehuirla; las ventiscas que acuchillaban el rostro e impedían mantener los ojos abiertos; el hielo que te quemaba; el aullido de los lobos, alargando sus hocicos; las distancias infinitas; las cifras desesperadas de hombres y material enemigo ante los cuales los alemanes sólo podían resistir y retroceder, resistir y retroceder... Sin embargo, Arturo también recordó trenes varados en medio de campos florecidos; la amabilidad de las campesinas de pañolón y los niños desharrapados y sonrientes, a pesar de su resignada pobreza; los pájaros rusos, grises, verdes, amarillos; el bucle interminable de sus bosques; los cielos tan llenos de estrellas que apenas dejaban espacio para el negro...

—Es suficiente.

Bauer había acompañado su interrupción con un trazo de desdén. Quizás algo le había chirriado en sus palabras, una visión del infierno demasiado directa o demasiado edulcorada que chocaba con la grandeza de su visión homérica de la guerra.

—¿No ha estado en Rusia? —preguntó Arturo.

—No.

Su respuesta había sido tan cortante como la arena en los ojos. A pesar de ello, le hizo intuir a Arturo la grieta, una fisura: su solidez no reflejaba una rectitud física, sino que disimulaba un caos interior. El de alguien demasiado joven y con demasiadas ganas de convertirse en héroe, que no había tenido aún su oportunidad. Locos, pensó, eran locos abrasados por luces proféticas, ansiosos por crucificar y ser crucificados. Aquello no dejaba de provocar cierta admiración en Arturo, a quien le gustaban los ideales y los hombres que estaban a la altura de sus ideales, pero al mismo tiempo se preguntaba cómo el mayor Eckhart Bauer, un individuo que se había criado a la sombra del nazismo, aislado de todos los valores tradicionales y culturales, y que en cierto modo era mucho más peligroso que la élite gobernante, porque en aquel momento tenía el peor aliado posible, el exceso de fe, que le incitaba a creer las cosas al pie de la letra, exagerándolo todo *ad absurdum*, cómo, se repitió, reaccionaría cuando antes o después descubriese las contradicciones de todo aquello en lo que creía. ¿Acabaría como un hereje? ¿Como un traidor? Arturo concluyó que lo mejor para él sería que le pegasen antes un tiro.

—¿Tiene novedades?

Ante la pregunta del mayor por toda respuesta Arturo sacó el informe que había elaborado, donde se intentaba tejer una red causal en la que se destacaban algunos hechos determinantes, como los pasos seguidos por Möbius y el Kommissar Krappe, incluyendo la visita de Arturo al piso de Stratton. Evidentemente, mantenía ocultos puntos críticos de su razonamiento, como todo lo referente a la Sociedad Thule y el doble registro en el que estaba implicado aquel demonio sin cejas que le había referido la niña. Bauer lo leyó por encima y se lo guardó en un bolsillo del abrigo.

—Respecto a su idea de poner cebos para cazar a Pippermint —comenzó—, ya hemos tomado algunas medidas en esa dirección. Los oficiales que estaban o podían estar al tanto de la visita de los científicos, no muchos, sólo cinco, están ya libres bajo vigilancia especial. También hemos... —ejecutó un movimiento cortante con sus manos, escenificando sus dudas—, ¿cómo le dijo usted a Möbius...? Ah, sí, les hemos proporcionado una verdad para que luego se traguen la mentira. Se han elaborado informes que ya están en sus manos sobre actividades secundarias del programa atómico y los movimientos de los colaboradores. Nada que pueda poner en peligro nuestras actividades, pero lo suficientemente explícito como para que no despierte sospechas y se pueda corroborar sin riesgos. Después le organizaremos a cada uno de ellos una función de teatro distinta, y depende de en cuál de ellas aparezcan los lobos de Pippermint, ya tendremos a nuestro Judas.

—Perfecto, mein Sturmbannführer. ¿Y qué hay de los tres comandos que quedan?

—Las SS y la Gestapo siguen haciendo su trabajo. De momento, hemos

averiguado que el piso de Stratton fue alquilado hace un año y que había permanecido vacío hasta ahora. Los inquilinos no dieron cuenta de nada fuera de lo común. Todos los pagos se hacían en una cuenta bancada con una identidad falsa, y cualquier gestión se realizaba a través de un abogado. Ya le hemos investigado y no es más que un hombre de paja. Sólo llevaba ese piso, así que suponemos que habrán utilizado el mismo sistema para el resto. Comprobar todos los casos similares es una tarea imposible en estos momentos, aunque nuestros hombres hacen lo que pueden. De todas formas, hace poco hemos recibido un chivatazo y estoy esperando que me confirmen la posible presencia de otro comando en una zona.

—¿Y qué hay de los inquilinos del inmueble de Stratton?

—Nada raro, se les ha hecho una ficha. Un panadero y su mujer, una viuda, una refugiada de Silesia, un estudiante, un matrimonio de librerías, un mayorista de cortinas, un funcionario de Correos...

Arturo notó cierta elipsis a medida que iba enumerando.

—¿Alguna cosa más? —le incitó al terminar.

—Algo sin importancia, un simple dato. En la buhardilla había una familia judía, se habían librado porque el marido había sido un héroe de la Gran Guerra, pero la Gestapo acabó por llevarse a la pareja y a dos hijos. Pero...

—¿Pero?

—Había una niña más y también la abuela. Cuando se llevaron la primera remesa, creyeron que ellas dos no estaban en casa. Volvieron más veces, pero habían desaparecido como por arte de magia. Simplemente... desaparecieron.

—Habrán abandonado la ciudad —disimuló Arturo con una expresión acorazada.

—Es posible. O también podrían estar todavía escondidas en el inmueble —especuló Bauer—. No sería raro, esas ratas son muy huidizas. Deberíamos mandar a alguien para que haga un registro a fondo...

—En estos momentos, eso sólo serviría para distraer efectivos de nuestra misión.

—Se equivoca. Nuestra misión fundamental, incluso más que encontrar a esos comandos o luchar contra los rusos, es dejar la patria *Judenrein*, limpia de judíos. No debe quedar ni uno solo de esos oscuros elementos en la luz de la comunidad aria.

Arturo recordó a Abadón, el ángel perfecto que caminaba entre los hebreos con su espada flamígera dejando tras de sí trozos de carne sanguinolenta. Y con él, los alucinantes y tenebrosos rumores que recorrían Europa acerca del destino de los judíos y del verdadero significado de aquel *Judenrein*. Arturo no acababa de creerse aquellas pavorosas historias de trenes que circulaban en la noche, insomnes, deteniéndose únicamente en apeaderos donde los relojes se hallaban parados, en dirección hacia la nada en ninguna parte...

—¿Y qué hacen con ellos?

Arturo se arrepintió al instante de pensar en voz alta, pero Bauer no pareció

tomárselo como una indiscreción, sino como una legítima curiosidad de camarada.

—Los judíos nunca han tenido un infierno. Nosotros les hemos proporcionado uno.

Su respuesta había sonado profética, más que todo lo que Arturo había oído nunca. Y sin embargo abandonó cualquier intento de conseguir más información, como si aquella fuese una posición militar insostenible.

—¿Stratton ha dicho algo nuevo?

—El señor Stratton ha fallecido esta mañana —respondió frío, notarial.

A Arturo se le desorbitaron los ojos.

—¿Cómo ha sido?

—Tuvo una crisis cardiaca. Era un hombre sano y fuerte, y los encargados de interrogarle eran competentes... Ha sido mala suerte.

Cierto sentimiento difuso de solidaridad crepitó en la sangre de Arturo al evocar el cuerpo cosido a golpes, llagado y electrocutado del comando estadounidense: no era muerte para un soldado.

—Sin embargo, antes de abandonarnos todavía nos dijo algo interesante.

—¿Qué les dijo?

Bauer no respondió de inmediato, como si no hubiera prestado atención o consultase la memoria.

—Habló de que Pippermint tenía información sobre un miembro del programa científico que quería contactar con los Aliados. Quería pasarse.

—¿Podría ser Von Kleist?

—No tenemos la certeza.

—Si fuese él no sería fácil explicar que ha sido víctima de un comando. No tendría sentido que le matasen. ¿Stratton no alcanzó a concretar más?

La mirada de Bauer habría prendido fuego a un bloque de hielo. La posibilidad de más traidores le ponía enfermo y, quizás por primera vez, la visión de un caballo de Troya con una verdadera indigestión de enemigos ponía en evidencia el impostergable hundimiento de un mundo, el único que había conocido: el III Reich. A base de voluntad, Bauer logró reducir de nuevo el mundo a un tamaño manejable, y adoptó la expresión de quien sabe que van a rodar cabezas y tiene la certidumbre de que la suya no será una de ellas.

—No, no podía concretar porque cada uno de los comandos tenía instrucciones individuales y desconocía tanto las órdenes de los demás como las direcciones que ocuparían. Una precaución para prevenir que se dieran situaciones como la del señor Stratton. Y respecto a que Von Kleist y Pippermint tuvieran algo en común, ya veremos... —torció la boca en una mueca forzada.

—Antes dijo que habían recibido cierta información sobre un posible comando... —recordó Arturo.

—Sí, estamos esperando confirmación.

—Capturarlo nos podría arreglar muchas cosas.

—Ya veremos —volvió a repetir con cautela.

Arturo se hurgó unos instantes la nariz y luego se acercó a la maqueta por el ángulo que había utilizado la primera vez, deteniéndose justo donde se había desatado las botas. La representación de Germania resultaba opresiva. Preguntas, suposiciones, temores, sospechas, sobrevolaron a Arturo. A la luz de las nuevas informaciones, ¿Von Kleist salió a fumar un pitillo por un ataque de claustrofobia o estaba intentando algo más? ¿Por qué entró en Germania, para qué ese imposible esfuerzo? ¿Cuál era la causa de que la guardia retirase el cadáver de Von Kleist de una manera tan precipitada?... Como no se le ocurrió qué hacer, decidió hacer un brindis al sol.

—¿Le suena Jonastal, mein Sturmbannführer?

El mayor se tensó y sus palabras sonaron intimidantes.

—¿Qué sabe de Jonastal? —escupió.

—Lo que usted quiera contarme, mein Sturmbannführer, pero tenga en cuenta que si yo me he enterado lo más probable es que los Aliados también tengan noticia y, sea lo que sea lo que guarden ahí, está en peligro. Y me temo que Jonastal no es un simple almacén de víveres...

Bauer observó sus brillantes botas. Al cabo levantó su soberbio rostro.

—No tengo ni idea de cómo se ha enterado, pero eso aumenta mi confianza en su eficiencia —certificó—. Usted lo que quiere es hablar con el general Kammler. El problema es que yo no sé si el general Kammler querrá hablar con usted.

Arturo no acertó a imaginar qué tenía que ver Jonastal con Kammler, pero le siguió la corriente.

—Dígale entonces al general de mi parte que tienes que ver siempre a tus enemigos, si te aíslas tu diálogo es contigo mismo, y ése es un diálogo mentiroso, no te deja ver el campo de batalla.

—Descuide, se lo diré.

Arturo volvió a concentrarse en Germania sin apercebirse de la mezcla de empatía, antagonismo y rencor con que le observaba el mayor Eckhart Bauer. Como siempre, buscaba lo que no era. El mecanismo automático que simulaba las distintas horas del día continuaba funcionando mágica y sorprendentemente, dándole a la ciudad cierta apariencia de vida. Algunas zonas en sombra no permitían a Arturo afinar su juicio y le obligaron a estirarse sobre el modelo apoyando sus manos en el borde.

—Sepárelas —propuso Bauer.

—¿Qué?

—Fraccione la maqueta.

—No le entiendo.

—¿No se ha dado cuenta de que va montada sobre mesas con ruedas?

Arturo no se había percatado de ello, debido posiblemente a que la unión entre las partes era tan perfecta que apenas dejaba entrever las sutiles líneas de encaje. Se deshizo de la impedimenta, se remangó el uniforme y tiró con esfuerzo de un bloque para comenzar a abrirse paso entre la expresión cruel y precisa de una tiranía. Avanzó como un gigante entre los edificios, apartando fragmentos enteros de ciudad hasta situarse ligeramente escorado a la derecha de la gran cúpula, justo donde había caído desplomado el cuerpo de Ewald von Kleist. En la operación de mover el último tablero, el águila alzando el vuelo con un globo terráqueo entre sus garras que coronaba la Sala del Pueblo se inclinó hacia un lado y terminó desprendiéndose, para estrellarse frente a las estatuas de los atlantes que flanqueaban la entrada principal, a pocos centímetros de Arturo. Éste prefirió obviar la carga de oscuros significados que conllevaba aquella caída e imitó las largas horas que Hitler había pasado estudiando aquella maqueta, colocándose al igual que él casi de rodillas, con los ojos algunos milímetros sobre el nivel de las calles, a fin de comprobar el efecto de las diferentes perspectivas. En su mirada había rigor, preocupación por el detalle; afortunadamente, los edificios representativos, al igual que los monumentos, se habían proyectado de modo que todos sus lados fuesen visibles, permitiéndole una visión de conjunto. Se imaginó la escena, el enorme cuerpo de Von Kleist herido de muerte, trastabillando sobre la maqueta y dejando un rastro de sangre y destrucción hasta derrumbarse, primero una rodilla y luego otra, justo frente a Arturo. En su imaginación, el moribundo acercó su mano e intentó tocarle; era tan vivido que en cierto modo eso le asustó, como si pudiera ser una invitación a irse con él, y Arturo reculó instintivamente. Entonces Von Kleist alejó su mano y se aferró con fuerza a uno de los edificios, dedicándole una mirada suplicante. Su cerebro percibía el fin de la vida, y liberaba adrenalina de un modo violento e intenso, dotándole de una cruel lucidez. Intentó un murmullo monosilábico. ¿Qué pretendía decirle? Su cuerpo acabó por tensarse y su mirada quedó fija en el vacío; la sangre brotaba bajo él e iba dividiéndose en hilillos que se bifurcaban por las calles. Arturo intentaba descifrar aquella mirada cuando entró en la sala un soldado. Caminaba con urgencia. Se cuadró frente al perfil de Bauer y esperó a que éste le diese permiso para hablar.

—¿Qué ocurre?

—Le tenemos, mein Sturmbannführer.

—¿Dónde ha sido?

—En el bunker de un edificio del distrito de Lichtenberg, parece que le tienen acorralado en su interior.

—¿Cuántas personas hay dentro?

—Unas cien.

—¿Y qué ha decidido el capitán Möbius?

—Le espera a usted.

—Me espera...

Hay ciertas líneas que la mente cruza muy lentamente, y Eckhart Bauer se lo tomó con calma, colocándose la gorra con un ademán cadencioso.

—Teniente, ¿desea acompañarme?

—Por supuesto, mein Sturmbannführer —respondió Arturo.

—Excelente. Le gustará ver cómo trabaja el capitán Möbius. Es muy, muy eficiente. Además, ¿sabe lo bueno de haber encontrado una cucaracha?

—No, mein Sturmbannführer.

—Pues que si encuentras una, puedes estar seguro de que hay muchas, muchas más...

6. La oscuridad que nos une

Rutger Kleinfeld llevaba prácticamente una hora inmóvil, pegado a su fusil telescópico, vigilando desde una ventana la entrada de un bunker en la Prenzlauer Allee, en el distrito de Lichtenberg. Sus órdenes habían sido imprecisas; las SS habían bloqueado todas las calles y se disponían a realizar un registro, por lo que debía mantener cubierta su área en previsión de cualquier contingencia, sin especificar cuál. Como él, habían sido distribuidos unos cuantos artesanos más por diversas terrazas y azoteas, llamados así porque matar con un solo disparo tenía siempre algo de artesanal, incluso de artístico. A través de su mira la calle se había ido llenando del pesado ruido de botas claveteadas, silbatos y órdenes, incluido el motor de un Kübel que se unió de repente a la algarabía; tras doblar con violencia una esquina, se detuvo con tal precisión que dejó la cabeza de uno de sus ocupantes, tocada con un casco de acero, en el centro de su cruz telescópica. Rutger vigiló el giro de la cabeza hasta enfilar un rostro flaco y anguloso, sombreado por una barba áspera, y cuya mirada era incisiva y profunda, aunque partiese de un peculiar vacío. A Rutger le resultaba conocida esa mirada, la había visto en muchos veteranos. El hombre parecía esperar la reacción del oficial que estaba sentado a su lado; cuando se produjo, éste disparó tres monosílabos y no esperó a que el conductor le abriese la puerta. La cruz telescópica siguió entonces al oficial mientras se bajaba del vehículo con una decisión que fue seguida por el hombre, dirigiéndose ambos hacia el capitán Möbius. Este se cuadró con firmeza.

—*Heil Hitler*... ¿Cómo va todo, capitán? —preguntó el mayor Bauer.

Möbius miró alternativamente a Bauer y a Arturo.

—Hay posibilidades de que nuestro hombre se encuentre refugiado en los sótanos de este edificio. Un sastre, Gottfried Hassel, nos avisó después de que algunas patrullas rastreasen la zona advirtiéndole de la presencia del enemigo. Es muy observador, y se apercibió de un extraño en el inmueble, nada del otro mundo teniendo en cuenta la cantidad de refugiados, si no fuese por un detalle...

—¿Cuál?

—Oía demasiado bien.

Bauer, con expresión soberana, ni siquiera se molestó en preguntar, pero Möbius se explicó rápidamente.

—En una charla de portal le había contado que había sido artillero en el este y que ahora estaba recuperándose de una herida, incluso se la enseñó bajo un vendaje. Pero en medio de la conversación, antes de que sonara la sirena, comentó que habría que buscar refugio porque oía motores lejanos...

—Y los artilleros casi siempre son algo sordos —completó Bauer—. ¿Y todo este despliegue por el presentimiento de un sastre?

—Hay más. El piso llevaba vacío desde hace tiempo, y este individuo apareció justo el día que capturamos a Stratton. También tenía la llave, y tampoco parecía demasiado castigado para haber estado en el frente del este. Además, está el asunto del abrigo. El sastre aseguró que, por el corte, era efectivamente de una tienda de Berlín, incluso pudo comprobarlo mirando la etiqueta, pues le pidió que se lo prestara un momento ya que le parecía de una calidad apreciable, de la que ya no se veía en estos tiempos, pero estaba demasiado nuevo...

Bauer, que hasta ese momento se había mantenido distante, se movió como si hubiese un fuego que apagar. Aquello parecía haberlo convencido.

—Bien, ¿dónde está ese sastre?

Möbius levantó una mano y de entre un grupo de soldados se destacaron un par que escoltaron a un individuo hasta el capitán. Era bajo, y tenía un ojo perezoso que se iba a un lado y a otro, vacilante. «Rumpelstilzchen», murmuró Bauer con ironía evocando a un enano de los cuentos de Grimm, para a continuación preguntarle con detalle. En un principio el sastre no respondió; demudado, tembloroso, apenas respiraba. Era un llano terror a las SS, que Bauer percibió con fastidio por verse obligado a instaurar un clima artificial de cierta confianza para que el sastre pudiera superar su parálisis. El sastre acabó por secarse el sudor de la frente, y al cabo su terror y su falta de imaginación se compensaron con una contundente fiabilidad: facilitó una descripción de un hombre rubio de grandes articulaciones, cierto andar torpe, y un meticuloso cuadro de su vestimenta.

—Muy bien, ¿a qué esperamos entonces? —concluyó Bauer.

—Hay una cosa más —le contuvo Möbius.

—¿Cuál?

—El bunker no es un bunker como tal, sino un gran almacén bajo el edificio que ha sido acondicionado como refugio. El problema es que comunica con una red de sótanos, en esta zona había antiguamente algunas bodegas cerveceras y el subsuelo está plagado de almacenes y cuevas abovedadas. Ante el peligro de los bombardeos y el fuego se empezó a interconectarlos en el 43 mediante pasadizos. Todos estos edificios están comunicados bajo tierra —subrayó ejecutando un movimiento en abanico con su mano.

—¿De qué manera?

Möbius cedió la palabra al sastre.

—Se abrieron pasadizos subterráneos, señor, que encadenaron los edificios de alrededor, pero se hizo sin trazar planos y nadie sabe exactamente su dibujo, ni nosotros ni nadie que yo conozca. Y hay más.

—Continúe.

—La desconfianza a que los ladrones utilizaran los pasadizos ha hecho que algunas entradas estén tapiadas ligeramente, aunque con unos pocos martillazos se

pueden derribar. Ésas están pintadas de rojo. Otras tienen puertas metálicas colgantes, unas con pasador y otras sin él, algunas se han tapiado de verdad, y el resto simplemente terminan al final del bloque, no hay más que cimientos. En realidad, es un laberinto. Yo me aventuré el año pasado con una linterna y estuve un par de horas perdido. Al final conseguí emerger cerca del parque de Friedrichshain, pero le aseguro que lo pasé mal, además de que el aire se enrarece mucho, no me imagino si tuviese que utilizarlos mucha gente a la vez. Sería el infierno.

Bauer frunció los labios, elevó la barbilla y empezó a repartir juego.

—Capitán Möbius, supongo que ha colocado a sus hombres de forma que tapen todas las salidas de esta ratonera.

—Hemos hecho todo lo posible, mayor, pero por lo que ha dicho este hombre no puedo asegurar que las hayamos cubierto todas.

—Está bien. Quiero a ese hombre vivo, así que usted en persona entrará en ese almacén y se encargará de su arresto.

—A sus órdenes, mayor.

—Y usted, teniente Andrade, acompáñele. Le vendrá bien ver cómo trabaja el capitán Möbius.

Möbius no reaccionó ante el reconocimiento y se limitó a sacar su Walther de la funda y a comprobarla con movimientos distraídos y expertos. Seguidamente repartió órdenes como latigazos que convirtieron a sus hombres en una fila erizada de armas, les revistó, hizo algunas observaciones personales y se dirigió a grandes zancadas hacia el portal de la casa. Arturo se acordó de sus muertos al evocar su «gitano español», pero apercibió el fusil ametrallador con el deslizamiento seco del cerrojo mientras experimentaba calambres en el estómago. No era miedo, sino un agarrotamiento, una sensación de parálisis inicial que siempre le atenazaba. «Sería el infierno», recordó las últimas palabras del sastre, que dibujaban en su cabeza el laberinto, tortuoso como la mente de un loco, que les aguardaba allí abajo. Inspiró con fuerza el aire calcinado por las bombas y elevó la vista; su frente quedó justo en medio de la cruz telescópica de Rutger Kleinfeld, el Ataúd. Arturo sostuvo el cruce de miradas, pero no estaba concentrado en el francotirador, sino en la figura oscura, pesada y formidable que se elevaba detrás. De entre la dispersa muchedumbre de dioses, confusa y arbitraria, que había llegado de otras épocas, otros mundos, otras necesidades, se erguía una Kali con una boca de colmillos ensangrentados que agitaba lentamente sus miles de brazos en una furiosa danza de creación y destrucción que hubiese dejado paralizado de terror al francotirador. Ella también le estaba mirando a los ojos. Y le sonreía.

Los soldados bajaron las escaleras hacia los sótanos sin apelotonarse, y se fueron colocando en filas paralelas entre las cuales descendió Möbius hasta situarse frente a

la puerta. El plan consistía en entrar con la excusa de un registro rutinario en busca de judíos y desertores, para que el comando, si estaba allí, no sospechase de inmediato. Golpearon la puerta avisando de la presencia de las SS hasta que les abrió el encargado del refugio, posiblemente el presidente de la comunidad. Era un cincuentón grande que tenía unas enormes patillas en forma de hacha, y por las condecoraciones que colgaban de su solapa, una cruz de hierro de segunda clase, la medalla al valor de Hesse y la distinción del herido, había luchado en la Gran Guerra. Su pierna amputada y sustituida por otra de madera no hacía más que confirmarlo. Cuando les franqueó el paso, los soldados penetraron ordenadamente en el sótano, donde las charlas y los murmullos se habían interrumpido al instante. Aquella especie de cripta era amplia y tenía iluminación eléctrica, y la gente, unas cien personas, habitantes de ese mismo edificio y de los circundantes, se había instalado en largos bancos de madera, en el suelo, en cualquier sitio en que hubiera hueco con pequeños equipajes de mano, hatillos, cascos, máscaras de gas... Cuerpos magros, rostros pálidos, ojos hundidos, ropas desgastadas, todos comidos por la prisa insana de un enorme miedo existencial. Comenzaron a pedir documentaciones y a registrar a algunos, mientras Möbius, al tiempo que escudriñaba cada rostro con su pistola tensa, buscaba con urgencia la trampilla del pasadizo para que su presa no tuviera ocasión de escurrirse. Gottfried les había indicado que se hallaba en la pared norte del sótano, junto a una bomba de aire de funcionamiento manual, y el capitán avanzaba hacia ella como entre el oleaje y con Arturo pegado a su estela. Cuando Möbius se detuvo, Arturo oyó que profería un suave juramento, que quedó justificado cuando pudo comprobar que el delgado murete de ladrillos pintado de rojo había sido perforado apenas unos minutos antes, según el testimonio de un adolescente que les explicó cómo un individuo grande y rubio lo había derribado violentamente con una pesada palanca abandonada junto a los cascajos de ladrillo. Möbius pidió una linterna y la unió al cañón de su Walther. Poniéndose en cuclillas, escudriñó el interior de la galería; había tomado la precaución de hacerse con un mapa del área y una brújula para intentar balizar su avance. Acabó introduciéndose en el oscuro hueco de mampostería. Era estrecho y agobiante, apenas suficiente para que un hombre de tamaño medio pudiera caminar semiagachado. Möbius avanzaba cauto pero a buen paso, seguido de cerca por Arturo y tres hombres más. No había transcurrido mucho cuando se detuvieron: su linterna iluminaba un nudo que se resolvía en dos direcciones. El capitán asignó rápidamente la segunda galería a dos soldados y reemprendió la persecución secundado por Arturo y el soldado restante. Al poco, delante de ellos sonaron fuertes golpes metálicos y, sin solución de continuidad, un disparo que crispó al grupo. El capitán apretó el paso y llegaron hasta una puerta colgante cuyo seguro había sido reventado de un balazo y que todavía se balanceaba. Möbius no dudó en cruzarla con ímpetu; antes de que a Arturo y al soldado les diese

tiempo a imitarle se oyeron cuatro descargas, seguidas de un griterío confuso e imprecaciones. Cuando Arturo logró cruzar, la escena estaba detenida como un fotograma. Los ocupantes de aquel sucedáneo de bunker, un sótano de mucho menor tamaño que el anterior, se habían apiñado contra las paredes o buscaban protección tirados en el suelo; en medio de ellos, una mujer tendida cuyo jersey empezaba a teñirse de sangre, y en un ángulo, Möbius en posición de disparo aún con su Walther humeante. Arturo no hizo preguntas; en una guerra la piedad debilita, te hace perder, y estaba seguro de que fuera quien fuese el culpable, tanto el comando como Möbius tenían la voluntad necesaria para hacer lo que nadie se hubiera atrevido a hacer para ganarla.

—Se ha escapado por allí —dijo Möbius señalando con la pistola otra puerta colgante—. Vamos, deprisa.

Retomaron su persecución dejando atrás a los vecinos petrificados, en silencio. Los pasillos se volvieron a entrecruzar demencialmente, centelleando por las linternas; en algunos se detenían para escuchar, con la respiración cortada, sabiendo que allí delante, en el corazón negro de la oscuridad, había alguien que no dudaría en utilizar sus cráneos como cenicero. En medio de la caza, Arturo no entendió la acostumbrada correspondencia entre tinieblas y silencio; todo invocaba el sonido, cualquier roce, susurro o aliento. Llegaron a un punto muerto, extraviados, agobiados por la opresiva oscuridad y el aire estancado, cuando inesperadamente el laberinto vibró por los impactos que se empezaron a suceder en el exterior. Möbius, siempre más desconcertado que furioso, empezó una frase que dejó sin completar, dejando abierto un insondable cúmulo de sobreentendidos, aunque todos supieran lo que aquello significaba: que los cazadores acababan de convertirse en piezas a las que abatir. Al día siguiente los periódicos hablarían de infierno desencadenado, espantoso destino de Berlín, inmensa conflagración, pero en ese momento el grupo se apresuró en buscar la manera de salir de aquella trampa antes que de capturar al lobo. Cuando finalmente derribaron otro murete y entraron en un almacén también lleno de civiles e iluminado por lámparas de petróleo, lo que habían temido se confirmó: tanto que el comando les había esquivado en la bifurcación pasada como que el exterior se había convertido en un infierno. Arturo comprobó a través de los tragaluces que en pocos minutos la calle había sido devorada por las llamas; un enorme pulmón luminoso que respiraba y soplaba, se encogía y se dilataba en un hipnótico resplandor. Imposible escapar por allí. Sin embargo, lo que le inquietó de veras fue que a pesar de que en aquella cámara subterránea el frescor proporcionaba una sensación de seguridad, el capitán Möbius tenía un agujero en la mirada.

—Podemos quedarnos aquí hasta que pase, mein Hauptsturmführer.

Möbius negó con la cabeza.

—¿Ve aquello?... —susurró.

Señaló con la pistola una esquina cubierta de carbón hasta unos dos metros de altura que podría inflamarse con sólo mirarlo.

—Y ahora toque la pared —continuó.

Arturo puso la mano en uno de los ladrillos y tuvo que retirarla bruscamente: quemaba.

—¿Sabe lo que está ocurriendo en estos momentos? —desveló Möbius con la nitidez brutal de quien descorre una sábana sobre un cadáver—. En estos momentos todas las piedras de todos los sótanos están absorbiendo el calor mientras sus ocupantes creen estar a salvo. Ahora mismo les quedan unos cuarenta minutos hasta que se conviertan en hornos, y mientras tanto el fuego irá calentando el aire y algunos comenzarán a romper los tabiques y a abrir las puertas para marcharse, provocando corrientes que extenderán ese calor por todo el laberinto..., el calor, el humo y los gases tóxicos, hasta que las llamas también reclamen lo suyo... Los que no mueran en los sótanos quemados o por el dióxido comenzarán a ser presa del pánico y a vagar por todo este submundo, a abrirse paso a golpes, a arrollarse, a aplastarse... Y los que tengan la suerte de encontrar una salida, fuera tendrán que enfrentarse con la tormenta...

«Sería el infierno», Arturo recordó de nuevo las palabras del sastre, imaginándose las escenas de pesadilla que se producirían. Esperó a que el capitán explicase esa tormenta, pero Möbius se limitó a susurrar: «Estuve en Dresde». A continuación se desabotonó el abrigo de cuero, se lo quitó con un movimiento seco y se desabrochó la guerrera. Después localizó aproximadamente su situación con una pregunta, el mapa y la brújula, y luego sacó un pañuelo y lo humedeció con una cantimplora que estaba a la vista. Miró a la gente, miró los tragaluces iluminados por el fuego, miró a Arturo y después al otro soldado, que se había quedado pálido, casi amarillo. Increíblemente, a Möbius ahora se le veía relajado. Arturo sabía que era un hijo de puta, un asesino; a pesar de ello, y aunque era consciente de que no duraría mucho, casi le admiró. Y también rogó porque tuviera la suerte que en aquella guerra estaban teniendo los hijos de puta y los asesinos. Su rostro esculpido a golpes de cincel explicó a los ocupantes de aquella mohosa catacumba que sus vidas allí no tenían ya ningún valor y les conminó a seguirle. Era estremecedor comprobar cómo la mayoría gastaban sus fuerzas en fortalecer el autoengaño de que estaban a salvo; la voz dominante de Möbius no insistió ni una vez y, tapándose boca y nariz con el pañuelo, desapareció por la puerta metálica. Arturo se encomendó de nuevo a San Cucufato y a todos los santos locos del calendario y, buscando un trozo de tela, la humedeció y fue tras él arrastrando al soldado y a unos pocos lúcidos, la mayoría gente que no tenía allí ni a sus parientes ni a sus amigos. Los conos de luz de las linternas alumbraron muros que parecían respirar, incandescentes por el calor. La temperatura les hacía sudar copiosamente y el humo que comenzaba a filtrarse por los intersticios de la

mampostería en finísimos hilos les hacía lagrimear los ojos, confundiéndoles. No tardaron en llegar al sótano donde habían dejado el cadáver de la mujer, pero allí la situación era aún peor: en la calle, el fuego se cerraba a su alrededor. Möbius se destapó la boca y preguntó en qué número se hallaban a fin de volver a situarse con la brújula y el mapa, para después advertir a la gente con voz clara y potente del peligro inminente al que estaban expuestos. El magma que ardía sobre ellos, las explosiones, todo su instinto les indicaban que debían quedarse, pero lo verdaderamente trágico era el miedo, que ya se había introducido en sus mentes y empezaba a abrir puertas, una detrás de otra, multiplicándose y paralizándoles. Möbius humedeció de nuevo el pañuelo en un pequeño grifo y se cubrió la nariz, regresando sobre sus pasos. La columna volvió a engrosarse ligeramente; luego reazar. Su huida se convirtió entonces en una retirada desesperada: los ladrillos se desprendían con los temblores de las explosiones, amenazando con un derrumbe general; el calor les estaba cociendo; el humo se había vuelto tan omnipresente como el oxígeno, agarrándose a los pulmones e irritando los ojos, cegándolos, mientras los gases tóxicos ya empezaban a cobrarse algunas víctimas, que se iban derrumbando en las estrechas galerías y había que abandonar allí donde caían. Cuando giraron en el nudo tosiendo, medio ahogados, a punto de desmayarse, se toparon con otro murete rojo, éste reventado; Möbius detuvo al grupo y se dirigió a Arturo con los ojos relucientes.

—Cúbrame, pasaré yo primero. Si no sabe de mí en un minuto, entren ahí y acaben con todo.

Se guardó el pañuelo, comprobó el cargador de su Walther y entró con agilidad a través del agujero. El silencio posterior provocó que Arturo abriese y cerrase sus manos espasmódicamente sobre la empuñadura de su ametralladora. La tensión hacía que sintiese los músculos duros, doloridos; a sus espaldas se escuchaban los gemidos de los agonizantes, ligeros empujones, preguntas sin contestar. Arturo se giró ligeramente y les apuntó con su arma. La cólera le hizo vocalizar con cuidado.

—Al próximo que me toque los cojones, le pego un tiro.

Nadie dudó que cumpliría su promesa. Arturo consultó su reloj de números fosforescentes. Ya había pasado el minuto. Se sintió pesado. Se sintió entumecido. Era el miedo. La adrenalina vino entonces en su ayuda. Saltó con la energía de un condenado que no tuviese nada que perder y entró en el sótano. El cañón de su fusil ametrallador, que apuntó en todas direcciones, se detuvo en seco ante la grotesca y espantosa escena de que fue testigo. Se había temido lo peor, pero se quedó corto. En ese instante Möbius comprobaba los restos de vida que pudieran albergar los cuerpos de los dos SS que se habían separado en la bifurcación. Yacían en el suelo como muñecos desarticulados y con sendas puñaladas asestadas a la altura del corazón, que no podían menos que recordar el método usado con Ewald von Kleist. No obstante, cuando se sintió físicamente enfermo fue al estar frente a frente con el nihilismo, la

muerte como única verdad radical de la vida, la nada como condición límite del sentir. Cuerpos desplomados, sin vida, mujeres, niños, ancianos, algunos sentados en sillas, o en escalones, otros cubiertos con pañuelos o máscaras antigás. Todos atrapados en aquella trampa inodora, una cámara de gas alimentada por las emanaciones de monóxido de carbono que penetraban a presión por entre las piedras, y que mantenían a Möbius de rodillas, a ras de suelo, donde flotaban los últimos restos de oxígeno. Arturo se arrodilló sin pérdida de tiempo y mantuvo su rostro casi pegado al suelo; no tardaría en sentir los efectos del gas, la dificultad para respirar, la ligera confusión espacial, un plúmbeo cansancio que abotargaría su cuerpo.

—Hay que salir de aquí —dijo Möbius.

—Es imposible, mein Hauptsturmführer, ni podemos retroceder ni podemos salir fuera. Y no veo que aquí hayan excavado ningún pasadizo.

Echó un vistazo a las columnas de fuego que rugían fuera a través de los pequeños ventanucos abiertos en el techo: era el ruido fósil del universo.

—Pues el comando no está, por algún sitio tiene que haber escapado.

—A lo mejor no ha escapado.

—He registrado los cuerpos y aquí no parece estar. Y de haber retrocedido, nos lo habríamos encontrado en algún pasadizo. Hay que pensar algo. Y rápido.

Arturo barrió su frente sudorosa con el dorso de la mano, e intentó pensar. Lo hacía con fuerza, pero no con claridad. La situación era desesperada, pero sus ánimos provenían de que todo, todo salvo la muerte tenía su porqué. A medida que entraban algunos soldados más, el capitán les indicaba que se agachasen sin pérdida de tiempo. El oxígeno cada vez escaseaba más; eso, junto con el calor, anulaba la comprensión. El ritmo cardíaco empezaba a dispararse, sus latidos resonaban en cada esquina del cuerpo. Arturo, de rodillas y apoyado con las manos en el suelo, intentó aislar la razón de su decadencia orgánica y ordenar el flujo de información que le rodeaba. Sillas, secreteres desvencijados, muros, camas, mantas, cadáveres... Por último, contempló su reflejo en la luna de un armario; apenas se reconoció. Un rostro estragado, empapado de sudor, borroso, de ideas inconclusas. Estaba empezando a perder la conciencia, y sólo un acceso de furia mezclada con amargura, autocompasión, impotencia y desesperación pudo hacerle seguir despierto. El comando había logrado hallar una salida, debía partir de esa idea, ¿dónde?, ¿dónde estaba? A lo mejor perseguían de una manera equivocada, estaban observando lo que querían que viesen, no como realmente eran las cosas. Su rostro se contorsionaba, se desvaía en el espejo. La cordura. La cordura que se iba, y en un instante el pasado y el presente, los fracasos y la gloria, el esplendor y la desolación. Arturo miró alrededor; Möbius y el resto de soldados también se hallaban a punto de sucumbir. Las primeras alucinaciones hicieron acto de presencia. Silke en el espejo. Una visión que le proporcionaba una absurda, enloquecida seguridad en medio de aquel infierno.

Silke. Silke en el espejo. Silke a través del espejo. Como Alicia. A través del espejo y lo que Alicia encontró allí. ¿Qué encontró Alicia?, casi deliró Arturo, ¿qué encontró? La realidad en dirección contraria, el infierno al revés. Quizás los espejos ofreciesen una salida a todo aquello: su razón se detuvo allí y a partir de ahí comenzó su fe. Con un último fustazo de sus músculos levantó el fusil ametrallador y destrozó a rafagazos la luna del armario, mientras los casquillos de cobre salían despedidos por un lateral, tintineando al chocar entre sí. Cuando cayó el último fragmento, que todavía colgó de un vértice unos segundos, la oscura boca abierta en el ropero sopló una deliciosa corriente de aire caliente pero fresco e inexplicablemente húmedo, que provenía del pasadizo que habían disimulado tras el mueble. Arturo no perdió tiempo en preguntarse si había sido un ingenio del comando o había encontrado así tal disposición, si había eliminado a los soldados antes de la muerte colectiva de aquellos desgraciados o después; se colgó el fusil ametrallador del cuello y empezó a gritar a los que aún no habían perdido el conocimiento. Aturdido por las explosiones que comenzaron a sucederse fuera, pasó el brazo de Möbius por encima de su cuello y haciendo palanca lo arrastró cruzando literalmente al otro lado del espejo. El aire pesado aunque renovado detuvo el tiovivo de alucinaciones y permitió que su cabeza se desenredase de aquel espacio vacío a toda comprensión intelectual. Sus botas chapoteaban en un agua fangosa proveniente de las tuberías reventadas, provocando un oleaje oscuro, uterino. Arturo sabía que aquella oscuridad le unía en algún lugar al comando; por alguna descabellada abstracción lo sentía, mientras avanzaba con la mortecina luz de la linterna alumbrando las cámaras subterráneas, seguido por dos o tres muertos vivientes. Möbius iba recuperándose paso a paso, hasta dejar de arrastrar los pies y masticar entre dientes algo que permitía entrever que no dejaría títere con cabeza, pero todavía se hallaba lo suficientemente desorientado como para no soltarse de Arturo. A éste la espalda le dolía como si alguien le hubiera arrancado la columna vertebral, un sufrimiento que se duplicó cuando volvieron a encontrarse en una bifurcación. Aún tuvo fuerza para unas maldiciones, que el capitán cortó fulminantemente con un apretón en su brazo: con ese acto dejaba en sus manos toda la iniciativa y toda la responsabilidad. Arturo debía elegir en su interior de bolas blancas y rojas sin tener la certeza de que alguna de ellas les sacaría de aquel negro y chamuscado infierno. Escogió seguir arrastrándose como un cangrejo por el mismo pasadizo y confiar en que el único dios al que podía recurrir, el azar, y la única religión que podía abrazar, la casualidad, estuviesen de su parte. No supo cuánto tardaron en penetrar en otro sótano, recóndito y maloliente, lleno de provisiones, estanterías y tabiques; entraron aturdidos, con espasmos de agujas y electricidad dentro de los huesos, algunos vomitando ácido y otros sobreponiéndose a un sueño que había sido el dulce arrullo que precede a la muerte. Sin embargo, sabían que no estaban a salvo; Arturo apoyó a Möbius en el suelo, montó su arma y subió la

escalera que comunicaba el sótano con el portal del edificio. Afortunadamente éste todavía no había sido asaltado por las llamas, pero la puerta reventada permitía contemplar la geografía de fuego que ocupaba las calles. Una bocanada de calor sopló sobre su rostro proveniente de todos los matices del rojo que se tragaban el barrio. Entre unos destellos de cadmio pudo distinguir el número del inmueble de enfrente, que le indicaba que estaban justo en el borde de la vecindad, muy cerca del parque que les había referido el sastre. Un espacio abierto donde escapar de aquel crematorio y poder respirar aire fresco. Sólo había un obstáculo: el pasillo incandescente que les separaba de él. Una visión directa del infierno que no dolía tanto como el cielo que se entreveía a intervalos entre las llamas, pedazos de una plaza abierta, una frontera entre la verdad y la ficción, un delirio, una ilusión de vida. De repente, el rostro de Arturo fue el de alguien que oye una música lejana, una melodía acabada de reconocer; su oído había sido mucho más rápido que sus músculos, porque en ese instante una mano decidida le engarfió el cuello con fuerza y un cuchillo ejecutó una curva buscando directamente su corazón. ¿Cómo podía haberse olvidado del comando? Sin embargo, sus reflejos, desesperados, resultaron fulgurantes y elevó lo suficiente su fusil ametrallador ante el pecho como para que el acero rayase el arma con un sonido histérico. La sorpresa momentánea de su atacante le dio tiempo a Arturo para volverse a medias e hincar el codo en su estómago, provocando que soltase el cuchillo aunque reaccionando de inmediato con un par de enfurecidos golpes que hicieron estallar en sangre la cara de Arturo. Le volvieron a agarrar el cuello al tiempo que le retorcían el brazo derecho a la espalda en una llave que le dejó rígido, inmóvil. Podía oír la furiosa respiración del Ranger mientras sus músculos se resistían a los tirones; quería romperle el brazo mientras le ahogaba, una cadena de chispas recorriéndole el hombro, la angustia de la sangre que se asfixiaba. Arturo se intentó retorcer, apretó el puño en un intento de resistirse, pero unas agudas punzadas en el codo le anunciaron el próximo chasquido del hueso. Rendirse. Cerrar los ojos. Ya lo había experimentado antes: un segundo antes la muerte no asusta, acompaña, y los muertos, los viejos y los nuevos, estaban allí, en una insoportable proximidad.

—Suéltale.

La voz del capitán Möbius sonó a su espalda, provocando que la presión se aflojase, lo que le permitió desasirse con un movimiento brusco y alejarse de su agresor. La perspectiva le permitió contemplar a un individuo rubio, delgado y fuerte como una sogá, que temblaba un poco, pero no supo si de ira, miedo o sorpresa.

—Ponte de rodillas —le espetó un resucitado Möbius apuntándole con su Walther.

El comando permaneció quieto, estudiándoles con la disciplina del guerrero que busca los puntos fuertes y débiles de dos hombres a los que debe eliminar. No

obstante, para todos era evidente que no había opciones, y que el comando estaba al tanto de lo que le esperaba si era capturado. Arturo valoró su extremo silencio, su aceptación instintiva de todo lo que tenía que pasar. En ese momento, al fondo, como si la vida hubiese subido unas fichas más la apuesta, un potente chorro de agua atravesó las llamas abriendo una puerta angosta en la pared de fuego. Desde el otro lado unos bomberos pugnaban por abrir una brecha en un fascinante juego de amarillos limpios, rojos ardientes y naranjas radiantes, colores tan puros que Arturo pensó que si hubiera sido pintor se habría pasado el resto de su vida buscándolos. La rendija, a unos cien metros que hubiesen parecido aventurados incluso a una ignífuga salamandra, aparecía y desaparecía con una cadencia ondulante, cuando un enorme bufido que fue creciendo llenó sus oídos. Ni el comando ni Arturo se percataron de lo que iba a suceder, pero el rostro de Möbius no pudo ser más elocuente. Una fuerza elemental, primitiva, bestial acababa de entrar en barrena hacia ellos; el oxígeno sobre la catedral de llamas en que se había convertido la zona estaba siendo absorbido con una violencia inusitada, transformándolo en un huracán que retumbaba como un poderoso órgano con todos sus registros accionados a la vez. Su furia avanzaba por las calles arrancando frontones, tejados, árboles, fundiendo el vidrio, derritiendo los vehículos, convirtiendo a las personas en antorchas vivientes que giraban con extraños ritmos.

—Corre.

Fue lo único que dijo Möbius antes de salir a escape sin siquiera mirar al comando. «Tormenta», fue la palabra que resonó en el cerebro de Arturo una centésima antes de salir detrás del capitán y dejar al comando clavado a sus espaldas, atónito. Este tardó algo en reaccionar, un tiempo que ellos ocuparon en correr sorteando escombros y esquivando los dedos abrasadores del fuego. «No mires — gritó Möbius—, no mires», y Arturo no miraba, no sabía a qué mirar salvo la mínima grieta en el incendio, en cierta manera otro espejo a través del cual pasar al otro lado, que titilaba cerrándose y abriéndose cada vez con menos frecuencia. La desesperada carrera concluyó cuando, tras Möbius, Arturo pudo escurrirse por la angostura, cayendo al otro lado envuelto en una nube de chispas. Unos bomberos comenzaron a golpearlo con una manta, tenía la guerrera y la pernera derecha del pantalón ardiendo. Cuando lograron evitar que se convirtiese en una tea, Arturo, acostado en el suelo, medio ciego por la sangre y desprendiendo humo, todavía pudo mirar al otro lado de un espejo que los violentos chorros de las mangueras no eran ya capaces de mantener. El comando corría hacia ellos como a cámara lenta, iluminado por una luz cegadora, y ante la cual cometió un error: mirar. El hombre se giró con la rapidez de un derviche y contempló algo que paralizó su capacidad de pensar, de sentir, de salvarse. Un momento perfecto en que el alucinante fuego le mostró el vínculo secreto entre el fulgor y la tragedia, y le habló de la tortura de la carne, de dientes y mandíbulas

destrozados, de pulmones quemados, de cajas torácicas abiertas, de cráneos rotos, de bebés quemados, de miembros retorcidos y aplastados, de pelvis astilladas, de sepultados vivos... Un rugido.

El universo en transformación. La vida en suposición.

Y el último gesto del comando fue levantar la mano, como si con ella pudiese detener la avalancha que se le venía encima.

Luego, sólo el fuego.

Silke aguardaba con gesto aburrido en la enorme cola de una panadería, embutida en un raído abrigo oscuro, con una pañoleta verde y sosteniendo con las dos manos una bolsa de redecilla. Arturo la observaba a pocos metros enternecido por su empeño en mantener los hábitos que les daban la ilusión de vivir eternamente. Traía unos pequeños tacones y estaba seguro de que, a pesar de que ya no le quedasen reservas, se habría maquillado ligeramente y rociado con las últimas gotas de perfume. En la mano sostenía su cartilla recién sellada aunque tuviese dólares suficientes para comprar toda la hilera de panecillos que se alineaban en los anaqueles de la tienda, como si no quisiera levantar muros entre ella y el destino de los habitantes de la ciudad y deseara formar parte de la masa, pertenecer a su nación, padecer la historia. Arturo caminó hacia ella amándola, con ese amor que no es sólo pasión, sino piedad, deseo de curar, de proteger, de cuidar. A pocos pasos ella intuyó su presencia y se giró con un gesto entre la sorpresa y el placer. Su sonrisa se quebró al comprobar alarmada en qué estado venía. Dolía contemplarle, con parches carbonizados en el uniforme, el fusil ametrallador colgándole de una mano y el pelo tieso de sangre, con la mandíbula tensa, parpadeando para mantener un control que sin embargo perdía rápidamente. Durante un tiempo que no alcanzaba a calcular había vivido con una calma impostada, manteniendo un muro de autodominio que le había permitido seguir cuerdo, pero ahora todo empezaba a deshilacharse. ¿Qué le ocurría? Quizás su paso por el hospital improvisado en los sótanos de la Cancillería había sido la causa de su hundimiento. Recordaba el hacinamiento en camas, camastros o el mismo suelo, la falta de higiene, la deficiente alimentación, los cientos de ojos tristes y sufrientes..., pero, sobre todo, en uno de los cuartos más profundos —cerca de las habitaciones donde operaban los cirujanos—, iluminada menesterosamente por una lámpara Hindenburg, una viscosa pila de miembros amputados, azules y negros, brazos, piernas, manos... Aquello eran los restos grotescos, patéticos y terribles del orgulloso ejército que había asolado Europa, lo único que se interponía entre su Führer y el odio de los rusos. Silke no podía leer eso en su mente pero supo que se estaba desmoronando por dentro, pieza a pieza, tan deprisa que nada podía evitarlo. Desde que le conocía, esperaba aquel momento. Se acercó con una nueva sonrisa y detuvo con la yema de un dedo la lágrima que había

empezado a abrir un surco en el tizne de sus mejillas.

—Estás sucio. Estás hermoso —le dijo.

Con aquella delicadeza volvió a instalar a Arturo en el mundo de los vivos. Hizo que pusiera su vida en sus manos. Mitigó su dolor.

—No llores aún —susurró cogiéndole de la mano—. Vamos a casa.

7. Cumpleaños con el Führer

—¿Sabes qué día es hoy?

Arturo miró a Silke semiacostado en la cama, mientras metía el dedo en un tarro de miel y se lo llevaba a la boca. Lo chupó, esbozó una sonrisa que disimulaba su moral machacada y negó con la cabeza. Llevaba dos días durmiendo, como si aquél fuese el único antídoto contra la ceniza que cubría su alma.

—Hoy es 20 de abril: el cumpleaños del Führer.

Arturo no acabó de comprender la alegría con que Silke, al tiempo que recorría un visillo, señalaba la espléndida mañana que enmarcaba el quincuagésimo sexto cumpleaños de Adolf Hitler, obviando la extensión negra y gris, el holocausto provocado por todo el odio y el delirio utópico de aquel hombre. Ella, al igual que una mayoría de compatriotas, seguía bajo el hechizo de las palabras muertas de una propaganda que les había proporcionado un icono, una máscara gregaria bajo la cual hacer desaparecer las debilidades, las frustraciones, las represiones, los miedos... También barajó que otra de las causas podría ser que durante años se hubiera hecho coincidir tanto las apariciones de su líder como las celebraciones de sus victorias con condiciones atmosféricas benignas, el clima de Hitler, lo que todavía les hacía creer en conjunciones sobrenaturales —incluidas las armas milagrosas— que salvaran al Reich.

—Pues no creo que le lleguen hoy muchas felicitaciones —dijo Arturo con retintín—. Eso es lo único que queda del imperio de tu Führer.

Señaló con el tarro de miel eslovaca la mesa donde, en una especie de bodegón, había vino francés, aceitunas griegas, limones italianos, mermelada polaca y una lata oval de pescado noruego junto a un pan duro y pesado de dudosa procedencia: a aquellas alturas, lo único eficiente era el mercado negro. Se miraron; ella no parpadeó, no apartó la mirada ni bajó la cabeza, no parecía apurada ni incómoda. Al final sonrió y fue a echarse junto a Arturo, que le ofreció un dedo que chorreaba una miel lenta, solarizada. Ella se barnizó los labios, dejando que algunos hilos se escurrieran por su barbilla, que fueron inmediatamente lengüeteados por Arturo. Luego se enroscó sobre su pecho y pudo pasar la mano por sus cabellos, oler su pelo: un aroma a jabón, a limpio por debajo de las tonalidades del perfume que le había traído. Entretanto, en la pequeña y desordenada buhardilla, la luz había ido cambiando debido a los edificios que se habían desplomado a su alrededor; las velas ancladas en charcos de cera, las lamparillas de petróleo, la radio muda y el horno eléctrico frío remitían a una corriente cortada; la cocina de gas y la calefacción también eran inservibles; los grifos estaban secos... Todo hablaba de los contornos de un mundo que se derrumbaba. Sin embargo, cuanto más perdida estaba la ciudad de Berlín, más se encontraba Arturo. Porque de Silke irradiaba una inagotable fuente de

placer y seguridad; de la carnosidad de sus labios, de sus pequeños pechos, con cuyos pezones diminutos, casi invisibles, empezó a jugar bajo la blusa; de las líneas largas y pálidas de su cuerpo, que incitaban a pasar los dedos; de su melena rubia, densa, color de ron de caña... Con ella su sangre se hallaba sedada por esa corriente que anulaba sus instintos... De súbito, entre los ecos de las explosiones y el zumbido incesante de la artillería, estalló una granada con una dureza tan inusitada que despertó fulminantemente a Arturo. Aquello sólo podía significar una cosa: los rusos habían comenzado a disparar sobre Berlín. Para no alarmar a Silke se levantó con la excusa de tener que ir al baño; cuando regresó a la habitación, ya no volvió a acostarse.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Silke.

—Nada, tenía ganas de moverme —trasteó un poco con los mandos de una Volksempfänger 301, una radio del pueblo, enchufada a una pequeña batería, sintonizando únicamente ráfagas de ruidos parásitos—. ¿Desde cuándo no hay emisiones?

—Desde ayer.

—Si Goebbels ya no tiene ganas de dar la tabarra es que la cosa está peor de lo que suponía —reflexionó con humor para evitar más hierro—. ¿Y el periódico de hoy?

—Ya no hay periódicos. Sólo he conseguido eso —le indicó un par de hojas sobre el fregadero.

Arturo consultó aquella edición especial, apenas dos páginas impresas que hablaban de innumerables rupturas de frente y asedios, Müncheberg, Seelow, Buchholz... Todo estaba condenadamente cerca ya, en la Marca de Brandeburgo, pero estuvo seguro de que aquellas noticias eran viejas.

—¿Ocurre algo, amor? —Silke había advertido su ceño fruncido.

—No, no... Es sólo que...

... A menos de un kilómetro de tu sonrisa debe de estar ya Iván, pensó. Recordó el procedimiento que solía utilizar Maciá en la Embajada y cogió el teléfono, rogando que todavía estuviesen activos. Marcó un número al azar del extrarradio de Berlín y esperó; cada tono le estremecía, su extraña capacidad para transformarse en una caricia o en una bofetada. Cuando ya iba a colgar y probar con otro, descolgaron.

—Diga —era una voz débil, temblorosa, pero alemana.

—Gracias a Dios —se le escapó a un incrédulo Arturo—. ¿Todavía no han llegado los rusos?

Un intento de responder al otro lado de la línea quedó interrumpido por un fuerte golpe, como si el auricular hubiese caído al suelo; después se escucharon una serie de confusas interjecciones y topetazos, que terminaron tan de sopetón como habían comenzado. Arturo oyó cómo alguien volvía a coger el auricular.

—¿Está usted ahí? —inquirió tenso.

—Os mataremos a todos, perro —respondió una voz pesada en ruso.

—Antes me follaré a tu madre —gritó Arturo con extrema violencia.

Colgó aplastando la horquilla; sentía los latidos como detonaciones.

—¿Qué ocurre? —el tono de Silke era imperioso.

Arturo comenzó a pertrecharse con rapidez, al tiempo que en sus ojos empezaban a instalarse el cinismo, la eficacia, la brutalidad y el empecinamiento necesarios para acabar con cualquier ser humano.

—Están aquí, ¿verdad? —volvió a preguntar con valentía.

Arturo no contestó, pero al ver su mirada perdida, como si sobrevolase una superficie arrasada, Silke comenzó a vestirse en silencio. En ese momento él intentaba poner orden en sus vidas, atrapadas ya en una salvaje corriente de acontecimientos que no podrían controlar. Empezó a obsesionarse con el avión de la Embajada española; aquélla debía ser la vía de escape para Silke en caso de que la lava de la guerra terminara por cubrirles. Comprobó las armas, especialmente la Tokarev, poniéndola encima de una mesa; después sacó del macuto un pequeño revólver de repuesto, un Little Tom, que se introdujo en un bolsillo, y fue a buscar el transmisor de radio, colocándolo junto a la pistola. Sentía los pies congelados, pero las ideas claras.

—Escúchame —le dijo a Silke, deteniéndola antes de que se pusiese un jersey y sentándola en una silla; se puso en cuclillas, apoyando su mentón sobre las rodillas—. Me tengo que ir, y no sé cuándo podré volver..., pero volveré, de eso es de lo único que has de estar segura. Sé que puedes cuidarte sola, pero tienes que prometerme que me harás un par de favores.

Silke observó sus ojos enfebrecidos por una neurosis primitiva, y sintió cierta turbación. Arturo se dio cuenta de su gelidez y sonrió.

—¿De acuerdo?

—Haré lo que me digas —Silke le devolvió la sonrisa.

—Muy bien. Escúchame con atención. Hay una posibilidad de que puedas marcharte de Berlín. Depende de muchas cosas, pero es lo único que tenemos. En la Embajada española tienen un avión que no tardará en volar fuera del país, y quizás pueda conseguirte un sitio. Pero tendrás que estar dispuesta a seguirme cuando yo te avise, y no te llevarás nada, lo dejarás todo atrás, ¿me entiendes? Todo.

—¿Y tú?

—Yo me las arreglaré, no te preocupes. Ellos se ocuparán de ti y nos veremos en Madrid —se acercó a la radio y, comprobando el cristal del amperímetro, le explicó someramente algunas claves y su funcionamiento—. No contestes a nada que no pase por las claves que te he indicado, y, sobre todo, tenla encendida siempre. Si por algún motivo se cortasen los teléfonos o yo no pudiese venir, esto nos mantendrá unidos,

¿has comprendido? Yo encontraré otro aparato con el que avisarte. Y, sobre todo, ten cerca esa pistola.

Silke se levantó de la silla y le abrazó con fuerza. Arturo cerró los ojos mientras la estrechaba: ella era la lentitud de un sueño frente al vértigo que le rodeaba, algo que tenía sentido, a lo que se podía entregar el corazón y en lo que podía creer. Sin embargo, de improviso le entró la nostalgia de un futuro sin ella, que tendría que dejar inhabitado, porque ambos sabían tácitamente que así como la radio significaba un pasaporte hacia una nueva vida, alrededor de la Tokarev resplandecía una especie de radiación negra, la inquietante y ominosa posibilidad de que Silke tuviese que enfrentarse a los *frontoviki* soviéticos. Asimismo, la pistola indicaba también la posibilidad del suicidio, ya que los dos sabían que lo peor no era morir; en realidad, eso era lo mínimo que podía sucederte en determinadas circunstancias. Y ni siquiera el cuero curtido de la conciencia de Arturo era capaz de pedirle a Silke que se mantuviese con vida a toda costa. Ninguno lo mencionó, pero al separarse Silke lo hizo con una mirada evasiva, angustiada, que disimuló murmurando que iría a hacerle unos bocadillos mientras él terminaba de prepararse. En la espera, un par de granadas estallaron con la misma intensidad de antes, provocándole una profunda sensación de irrealidad, como si se estuviesen adentrando en lo imposible demasiado rápido como para poder imponer algún tipo de límite. A lo largo de los siguientes minutos, Arturo no estuvo allí, sino frente a la conflagración que se había tragado a aquel comando. Recordó su rostro descompuesto, iluminado por la luz del infierno mientras intentaba mantener ciertas formas del honor y la hombría antes de desintegrarse. Con aquel hombre había desaparecido una posibilidad de detener la naturaleza fluctuante de los hechos, la incertidumbre. Y únicamente quedaban dos comandos más para intentar esclarecer —tal como había confesado Stratton— quién de ellos estaba encargado de contactar con el miembro del programa científico y si aquél había sido Von Kleist. El fuego acabó por devorar al norteamericano, pasando una goma de borrar por sus rasgos, que fueron derritiéndose, consumiéndose, carbonizándose como lo habrían hecho los de Ernst, el marido de Silke, sorprendido en Kursk por la devastación ígnea. Con ese mismo gesto de confusión le halló Silke; una expresión ausente, los ojos fijos en la fotografía de su esposo, lo que la llevó a concluir erróneamente que la inseguridad y los celos habían extraviado a Arturo en algún punto entre su conciencia más reflexiva y el nihilismo sin escrúpulos del que le sabía *capaz*. Le metió los bocadillos en el macuto y cogió el marco de la fotografía para guardarlo en un cajón, cerrándolo con una llave y fingiendo que se iba a tragar el pedazo de metal. Arturo enarcó las cejas; iba a explicarle su error cuando Silke le enmudeció con una mano y le entregó la llave, para después desordenarle el pelo engrasado de tal manera que quedó elevado en una ola oscura, congelada.

—Si piensas demasiado en el pasado, no seremos libres —le susurró dedicándole

una sonrisa inolvidable—. No pensaba decírtelo porque no quería preocuparte, pero ahora... —titubeó, mirando sesgadamente la pistola—, ahora creo que es la única manera de que estés seguro de que, pase lo que pase, me encontrarás cuando vuelvas.

Arturo no comprendía el contraste entre la juventud de su rostro y la madurez en aquella manera de actuar.

—¿Por qué?

—Porque vamos a tener un hijo. Llevo ya un retraso de dos meses.

Aquello fue para Arturo un momento único, exacto, memorable. Sentir el extremo terror que le embargó, inseparable por completo del amor extremo que sentía. Ahora era responsable no de uno, sino de dos seres humanos, lo que provocó que dejase de conformar una colección de esperanzas, deseos inconexos, pequeñas preocupaciones y egoísmo para convertirse en algo nuevo, lleno de luz y certezas. Se abrazó a Silke y fue resbalando por su cintura hasta quedarse de rodillas frente a su vientre todavía plano. Le levantó la ropa y besó un lugar justo por encima del ombligo, para luego poner el oído y escuchar con atención.

—Le oigo —dijo.

—No seas tonto, no puedes oírle —respondió con una risa inocente.

—Sí, claro que le oigo...

Y comenzó a hablarle, bajito, en español; le contó una vieja historia de armonía y justicia, era una especie de ungimiento, porque sabía que después de ellos no habría más que hacer en su vida, no habría ninguna otra historia que contar. El sería lo único entre ellos y la muerte, como ellos serían lo único entre él y la muerte. Al terminar, respiró. Tembloroso. Breve. Fue la única vez que agradeció que su corazón todavía no se hubiese vuelto de piedra: sentir toda aquella belleza, que procedía del dolor que podría causar. Después se irguió y le susurró a Silke:

—Todo es una mentira. Todo menos vosotros.

Luego se sintió seguro para afrontar todo el catálogo de maravillas y atrocidades que aún le quedaban por ver en Berlín.

>A Arturo le faltaron un par de horas para coincidir con la llegada del Reichsmarschall Hermann Göring a la Cancillería. Aquella mañana le habían despertado en Carinhall, la casa de campo que poseía al norte de Berlín, tanto los bombarderos aliados —que no se olvidaban de felicitar al Führer— como el inicio de la ofensiva por parte del Tercer Ejército de Choque de Zhukov. Sin pestañear, se había vestido, echado un vistazo al convoy de camiones que le esperaban cargados con el botín de toda su rapiña europea y dirigido unas últimas palabras a los soldados; a continuación, acompañando al oficial de ingenieros que había dispuesto los explosivos para volar Carinhall hasta donde éste había colocado el émbolo, él mismo convirtió su mansión en nubes de polvo. Luego giró sobre sus tacones y se encaminó

hacia la enorme limusina que lo conduciría a Berlín, escoltado por un destacamento de motoristas. Desde todos los puntos de Alemania se estaba produciendo la misma diáspora de jefes del régimen, Ribbentrop, Dönitz, Himmler, Kaltenbrunner, Speer, Keitel, Jodl, Krebs..., para acudir a tiempo a su cita onomástica con Hitler. Era un último acto de servidumbre y respeto a una jerarquía que se había desmoronado al mismo ritmo que los frentes. En éstos, los británicos avanzaban hacia Hamburgo, los estadounidenses se dirigían a Baviera, los franceses habían llegado al Alto Danubio, los rusos estaban cercando Berlín y amenazaban Viena, y en Italia los Aliados subían hacia el norte a través del valle del Po. Aquel impulso centrípeto que estaba desintegrando al Reich tenía su rostro más terrible en el caos de las carreteras, bloqueadas por una riada gris de vehículos y refugiados famélicos, extenuados, aterrorizados por los gritos de *Derlwan kommt!*, y que a menudo sufrían el despiadado fuego rasante de los Sturmtruppen. Arturo cruzó la ciudad descubriendo sus leprosas vanguardias y que Berlín aún no se había dado cuenta de lo que realmente significaban; ni eso ni los martillazos de los obuses. Las banderas del Partido enarboladas en los edificios y las pancartas que proclamaban DIE KRIEGSSTADT BERLIN GRÜßT DEN FÜHRER! por toda una ciudad cuyo lamentable aspecto se hallaba más allá de toda descripción no dejaban de ser un chiste espeluznante. Tanto como los ahorcados que se habían multiplicado en los árboles y farolas, agitados como hojas por el viento, fruto de la frenética y delirante batida en pos de desertores por parte de las SS y la Feldgendarmerie. Por ese lado, la orden firmada y matasellada del mayor Bauer ejercía de talismán contra aquella crueldad, cuya medida la daba el miedo de quienes la practicaban. Sin embargo, lo que realmente turbaba a Arturo eran los seres oscuros, visibles sólo para él, incontables, con hocicos llenos de dientes podridos y rescoldos de fuego en las cuencas de sus ojos; divinidades de cultos boreales procedentes del Este que iban rodeando la ciudad con una viscosa tela cuyos extremos iban pegando en todas las puertas. Cuando llegó a la Cancillería buscó en el puesto de mando y en las dependencias de la guardia, pero ni Bauer ni Möbius dieron señales de vida. Si bien llegó justo a tiempo para ser testigo de una escena que, más tarde, tuvo la certeza de que también había sido contemplada por el ángel de la historia. En los arruinados jardines, una extraña comitiva: una unidad SS recientemente evacuada de Curlandia y un grupo de orgullosos miembros de las Juventudes Hitlerianas preparándose para recibir condecoraciones. Y frente a ellos, algo que provocó un estremecimiento de emoción e incredulidad en Arturo. Encarándose lentamente de soldado en soldado, un poco encorvado, el dios de una antigua religión en la que no se creía que un hombre debiera sacrificarse para salvar el mundo, sino que el mundo debía arder para salvar a un solo hombre: Adolf Hitler. Era la primera vez que Arturo veía al Führer, e intentó ser objetivo, ponerse en medio de la verdad y la leyenda. Lo que concluyó fue que el mismo individuo que había

intentado sofocar la historia ahora pugnaba por respirar en su interior. Aquel hombre aparentaba muchos más años de los que cumplía y se movía con dificultad —su brazo izquierdo temblaba de un modo tan obvio que debía sujetárselo a la espalda tras las recompensas— mientras entregaba con esfuerzo unas condecoraciones asesorado por Artur Axmann, el director de las Juventudes Hitlerianas. De cuando en cuando lograba detener las convulsiones y liberaba el brazo para dar unos cachetes en las mejillas de los núbiles soldados o pequeños tirones de orejas con una sonrisa imposible. A continuación, vigilado por el mismísimo Reichsführer Himmler, pasó revista a los soldados de las SS, dándoles la mano y profetizando con tono firme que el enemigo sería vencido antes de llegar a Berlín. A Arturo le recordó extrañamente a un trapezista: suspendido del trapecio bajo focos resplandecientes, había llameado como una estrella y consumido el mundo, pero ahora, sin un telón que descendiera y le ocultase, preservando así intacta la magia de su actuación, allí abajo, sin luces pero bien visible, no era más que algo grotesco, casi cómico. A quienquiera que fuese testigo de aquello como él lo estaba siendo ni siquiera se le ocurriría preguntar sobre armas secretas o resurrecciones nazis. Y, sobre todo, si en ese momento Krappe estuviese con él, pensó, le hablaría sobre esa verdad de la que tanto descreía, acerca de su esencia, porque ya tenía preparada una definición: la verdad era siempre la superación del mito.

—Al final nuestro amado Führer se queda en Berlín.

Arturo se sobresaltó y descubrió a su lado el enorme mostacho del Kommissar Hans Krappe que, como convocado mágicamente, contemplaba la escena con las manos a la espalda y una curiosidad solemne.

—Herr Kommissar... Tenía intención de buscarle.

—Me parece bien, Herr Andrade. Ya nos hemos encontrado.

—¿Y quién le ha confirmado que se queda? —preguntó con rapidez, en atención a los intereses de Maciá.

—Nadie, pero ¿alguna vez lo ha dudado?

—Es imposible saber lo que puede pensar el Führer. Y se habla mucho de un reducto, una fortaleza alpina desde la que organizar la última defensa.

—¿El Alpenfestung? Sí, me han llegado rumores, sobre todo de quien mejor los sabe fabricar: el doctor Goebbels. No haga mucho caso. En la academia de policía teníamos un dicho: si a una mosca le vas quitando las patas y le ordenas que venga, la mosca siempre viene. Hasta que se queda sin patas, le das la orden y entonces no viene. ¿Conclusión?

—¿Me está queriendo decir que si la Wehrmacht no ha sido capaz de parar a Iván cuando era una máquina engrasada, cómo va a hacerlo ahora, a punto del desguace? —dijo.

—Uff —simuló un temblor que agitó toda la grasa bajo su piel—, yo no repetiría

eso delante del mayor Bauer, Herr Andrade. Yo de lo anterior sólo deduzco que si a una mosca le arrancas todas las patas, se queda sorda.

Arturo apreció de nuevo aquella inexplicable mezcla de ironía sin pizca de cinismo o amargura.

—Y aunque existiese ese reducto —continuó—, nuestro Führer siempre ha necesitado su *Gotterdammerung* particular.

Arturo se pasó la manga por la nariz y le miró con un inequívoco gesto de despiste.

—¿No escucha usted a Wagner? —le preguntó el Kommissar.

—No, no mucho..., vamos, nada.

—No se pierde demasiado —una fina brecha en sus labios mostró sus dientes amarillentos—, pero si pretende conocer la psicología de nuestro Führer resulta imprescindible escuchar a Richard Wagner.

—¿Puede explicarme eso?

Hans Krappe vigiló a Hitler, que en ese momento se despedía de los querubines condenados. Algo había desaparecido para siempre en sus rostros, de una forma irremediable.

—Son hermosos, ¿no cree? —comentó inesperadamente el Kommissar, en una especie de trance, obviando una respuesta.

Arturo no supo qué responder.

—Dicen que siempre es así —continuó Krappe—, que cuando un mundo va a desaparecer los jóvenes son especialmente hermosos... —pareció abandonar los absortos territorios de su conciencia—. En fin, creo que todo lo anterior se lo explicará mejor Otto Dege.

—¿Quién?

—Las SS se resisten a concederme una entrevista con el general Kammler, pero he logrado que nos reciba un conocido de Munich, Otto Dege. Es abogado, miembro del Partido, y fue hombre de confianza del Gauleiter de Baviera. Pero lo más importante es que perteneció a la Sociedad Thule, y le aseguro que tiene cosas muy interesantes que contarnos acerca de Ewald von Kleist.

—Me parece de perlas. Por mi parte creo que la entrevista con el general la tengo medio pactada con el mayor Eckhart Bauer. Bien, entonces tendremos que ir a Munich, ¿no?

—Dirá lo que queda de Munich, porque los americanos la han quemado. Aunque no hará falta, le tenemos mucho más cerca. Se ha retirado a una casa en Wannsee, en las afueras de Berlín. En nada nos plantamos allí, ya tengo el coche fuera.

—Pues habrá que darse prisa. Quizás no podamos volver.

Krappe amagó un bostezo.

—Puede que ni siquiera nos dé tiempo a salir.

Arturo asintió, a lo que Krappe respondió con un ligero taconazo. Su rostro abotargado no prometía ni amistad ni apoyo, sólo seguridad. En aquellas circunstancias le parecía más que suficiente. En ese instante, el Führer regresaba al bunker, precisamente de lo que había huido el III Reich, la masa fortificada de una defensa, donde la única compañía que tendría ya era el mundo solipsista de criaturas y pesadillas y ejércitos fantasma que poblaban su imaginación.

Antes de salir de Berlín, Arturo le pidió al Kommissar que diese un rodeo con el BMW mimetizado y pasase por Lichtenberg. Hans Krappe no hizo ningún comentario y condujo de una manera fría, eficaz, por el trazado de las calles borradas por los cúmulos de ruinas. Las marchas crujían en la caja de cambios, y entre los montículos de escombros aparecía y desaparecía la indultada Columna de la Victoria, sesenta metros de bronce y granito rojo coronados por una dorada figura que llevaba en una mano una corona de laurel y en la otra un estandarte coronado con la cruz de hierro. En el trayecto, Arturo aprovechó para entregarle a Krappe la copia de la cartulina de Von Kleist, y le puso al corriente de todo lo averiguado y de las diligencias en marcha: las sospechas del doble registro por parte de las SS en el piso franco de Stratton, inventándose un testigo ficticio para no tener que mostrarle la caricatura de Loremarie; sus teorías para cazar a Pippermint ahora convertidas en redes Bauer mediante; la muerte de Stratton tras su confesión de que uno de los científicos había buscado un contacto con los Aliados; el fracaso en la caza de aquel primer lobo; cómo los rusos se insinuaban ya en las calles de Berlín... Hans Krappe separó exhaustivamente la mena de la ganga hasta concluir que tantas casualidades en una sola dirección no eran posibles, y que en el asesinato de Von Kleist iba adquiriendo una inefable presencia la Orden Negra. Para ambos resultaba evidente que la entrevista con Otto Dege les podría aclarar muchas cosas acerca de quién estaba intentando marcharse sin pagar la cuenta. El Kommissar detuvo el coche justo en el borde de una frontera en la que comenzaba la negra espalda de la guerra, su horror, su insuficiencia moral. Los leves chasquidos del coche al enfriarse acompañaron a la misma imagen que la mujer de Lot habría tenido de Gomorra: una superficie carbonizada, derretida, con objetos fundidos y deformados aquí y allá, huecograbados en el asfalto de cosas que habían sido arrancadas por las brigadas de castigo y los prisioneros de los campos que estaban despejando el terreno, y por todas partes cadáveres atterradoramente deformados, retorcidos en los charcos de su propia grasa, reducidos a un tercio de su tamaño natural, algunos incluso todavía con pequeñas llamas de fósforo que titilaban azuladas. Ni siquiera se bajaron del coche; Krappe fue el encargado de asumir de viva voz lo que posiblemente Arturo ya se había preguntado.

—¿Por qué hemos venido?

Arturo se removió en su asiento, sintiendo dolorosos pinchazos en la base de la columna.

—Todavía no lo sé.

Krappe frunció los labios y rascó con la punta de un dedo una pequeña telaraña que había provocado el rebote de una piedra contra el parabrisas. Luego se pasó la mano por su cuello de moco de pavo.

—¿Cuántos de mis compatriotas pueden haber muerto aquí, Herr Andrade? —murmuró—. ¿Quinientos? ¿Seiscientos? ¿Mil?... Quizás en otro tipo de estadística podría ser relevante, pero no en el cómputo de esta guerra. No alcanzo a saber por qué, pero por alguna razón oculta los alemanes no merecemos vivir. Y sin embargo... —giró el contacto y volvió a arrancar el coche—, si le soy sincero, Herr Andrade..., si le soy sincero y yo tuviese la bomba que dicen que tienen, después de esto, se la lanzaría a ellos, una ciudad tras otra, sin ningún tipo de prerrogativa moral. ¿Soy un monstruo por ello? Quizás..., quizás lo sea...

Ante el silencio de Arturo dio marcha atrás y se dirigió hacia el sur de Berlín, un recorrido que les tomó el doble de tiempo debido a los complicados rodeos que las calles obstruidas les obligaban a realizar. A punto de embocar la Reichstrasse 96, Krappe le sugirió que echase un vistazo en la guantera, donde había una botella de coñac Hennessy, y que no preguntase de dónde había salido. Arturo le agradeció el ofrecimiento y no dudó en desenroscar el tapón y echar un trago. En la vida son tan escasos los recursos que te permiten olvidar, pensó, que no hay que despreciar ninguno.

El BMW se había mezclado en la salida con un inusitado e insólito tráfico: enormes camiones pesados cargados de archivadores, cajas de documentos, material de oficina; otros llenos de cuadros, muebles, estatuas embaladas, bronces... e, intercalados entre ambos, grandes automóviles de todas las marcas, Horch, Wanderer, Mercedes..., todos con un medallón con la cruz gamada de plata que los identificaba como Faisanes Dorados, miembros de la élite del Partido, que huían de Berlín con sus esposas, hijos y posesiones.

—Las ratas abandonan el barco —murmuró el Kommissar. Prosiguieron el camino con el único incidente de dos cazas que les sobrevolaron muy bajo, sin disparar, hasta que Krappe y Arturo llegaron a Wannsee, al sur de la Königstrasse, ya en el distrito de Zehlendorf. Dos tercios del cielo se habían cubierto ya con una veta turquesa, lo que indicaba que la noche no tardaría en lacrar su negrura sobre la zona. Esta era de esas donde resultaba evidente que lo único importante era el saldo de uno, repleta de carísimas y elegantes clínicas, hospitales y chalets rodeados por agua y el bosque tutelar tan caro a los germanos. Una ligera bruma flotaba sobre pequeños lagos como planchas de brillante mercurio y se enredaba entre los opulentos y

frondosos árboles, ligeramente estremecidos por las disonancias del viento. En el aire se escuchaba un gramófono con la canción de moda ese invierno, *Esta primavera no tendrá fin*, que hablaba de la pérdida y de la nostalgia, de la provocación, de la seducción, de la sensualidad, de lo íntimo y subterráneo. Arturo abrió la ventanilla y percibió el aliento fresco que exhalaban los bosques, extrañamente cautivador, al igual que la calma inaudita que regía sobre toda el área, y que hacía a la realidad perder sus contornos hasta difuminarse en un espacio de fantasía, un hechizo hermoso y perverso que ocultaba que, en breve, todo aquello se transformaría con la violencia de una era glacial. El Kommissar Krappe tardó un tiempo en orientarse entre el dédalo de calles hasta detenerse en un pequeño estanque cerca del lago principal, frente a un embarcadero. Apagó los focos, le señaló a Arturo su Schmeisser, aconsejándole que la dejase, y salió del coche dirigiéndose hacia la pequeña motora que se balanceaba en el agua. Arturo siguió su indicación y abandonó su macuto y el arma junto con el casco en el asiento trasero, pero se guardó el Little Tom. Se embarcaron con precaución en la inestable motora, y con un par de tirones en el motor arrancaron a una velocidad constante que dejaba tras ellos una plácida estela. Su objetivo era la islita de Schwanenwerder, el lugar de retiro preferido por las élites del Partido, llena de mansiones y casas de campo. Aquél, le explicó Krappe, era un lugar simbólico, el emblema del éxito de los nazis, ya que previamente a su ascensión había sido el lugar de descanso de los millonarios judíos a los que habían forzado a vender sus propiedades, siendo el primer territorio alemán absolutamente *Judenrein*, limpio de judíos. Amarraron en otro embarcadero con un cobertizo para los botes de aspecto gótico, perteneciente a una casa. La construcción era de dos pisos en estuco marrón, con un mirador central en el segundo, y un cuidado jardín rodeándola. Las ventanas se hallaban encendidas en contravención de las normas de oscurecimiento, acentuando con su suave luz todo aquel mundo de dorada paz, calma y orden. Se quedaron unos segundos en la oscuridad, contemplando los rectángulos de luz. No tardaron en cruzar por delante sombras rotundamente armadas que, sin acercarse a ellos, demostraban que las espaldas de Otto Dege se hallaban bien guardadas.

—Antes de entrar ahí —le advirtió Krappe—, quiero que sepa que no estamos con un amigo, únicamente me debe un favor, ¿me ha comprendido?

—A la perfección. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Adelante.

—¿Qué hace Otto Dege tan cerca de Berlín?

—No le entiendo.

—Si es un miembro del Partido tendrá conocimiento de cómo está la situación aquí, y abandonar Baviera, la única zona segura ahora mismo, no tiene demasiado sentido.

Hans Krappe se removió grande y carnoso como una orquídea. Hubo una nota de

atención en su mirada, no sorpresa, porque hacía mucho que no se sorprendía, sólo atención.

—El nazismo siempre ha sido una extraña mezcla de fe y oportunismo —contestó con un bufido desdeñoso—. El único problema con Otto Dege es saber dónde acaba uno y dónde comienza el otro. Nuestro hombre ha dejado a la familia en lugar seguro y ha preferido empezar a organizar la realidad antes de que la realidad le organice a él. Probablemente los americanos ocupen la zona, aunque, siendo sinceros, si llegan antes los rusos tampoco importará. Seguro que se halla en ambas listas, sabe muchas cosas que les pueden interesar, y es un detalle por su parte ahorrarles la búsqueda.

Su respuesta había sido breve e impecable, al igual que su manera de dirigirse a los guardaespaldas. Arturo le siguió sin poder apartar la vista de la inmutable placidez del lago. La puerta de la villa se abrió antes de que llegasen al picaporte y en su umbral se recortó un hombre alto, de traje cruzado, mentón sólido y una nariz que dominaba ostentosamente su rostro. Les recibió con cierta afectación, pero tranquilo, distinguido; no obstante, a pesar de la mesurada cortesía, Arturo tuvo la sensación de dos contendientes en una tregua armada.

—Oí el ruido de un motor y como no espero a nadie supuse que eras tú, Hans —les recibió obviando las sombras armadas—. No os esperaba tan pronto, aunque sois bienvenidos. Pasad, por favor.

En el interior de la casa se escuchaba muy bajo la prohibidísima emisión de la BBC en alemán, que hablaba de la inminente derrota del Japón, y que Otto Dege escuchaba sin trabas, con la libertad de quien se sabe condenado. De hecho, ni siquiera se disculpó cuando se acercó al aparato de radio para silenciarlo. Se limitó a tomar asiento en un cómodo sillón escorado a la derecha en un salón amplio, tapizado por una gruesa alfombra marrón y amueblado sencillamente pero con gusto, y les invitó a ocupar alguno de los otros sillones mientras sacaba una boquilla de palisandro en la que incrustó un cigarrillo en vertical, como si fuese una pipa.

—¿Os apetece una cerveza?

—No estaría mal —dispuso Krappe sentándose pesadamente sobre un sillón.

Dege levantó un brazo, dejando ver un pesado Rolex de oro, y luego comentó que tenía una de esas Pilsner que deberían disfrutar porque a lo mejor en el futuro tendrían que vivir con su recuerdo. En el fondo del salón apareció un chico empujando un carrito de bebidas.

—Existen tres tipos de alemanes —preconizó Dege mientras les servían sus espumosas bebidas en unas inmensas jarras de porcelana con tapas de estaño y el escudo de Munich—. Los bebedores de *schnapps* de Prusia, los bebedores de vino de Renania y los bebedores de cerveza de Baviera. Sólo los bávaros son lo bastante sabios para gobernar a los otros.

Hizo el comentario con esa facilidad para los tópicos que seguramente le había

convertido en un estupendo orador. A continuación brindó a la salud de todos, dio un trago que le empapó de espuma el labio superior, se limpió, cruzó las piernas y prendió fuego a su cigarrillo con un mechero Dunhill colocando la boquilla en una comisura de la boca.

—¿Podemos hablar a solas? —inquirió Krappe, limpiándose también su segundo bigote de espuma y señalando al chico.

Aguardaron a que éste se retirase con las bebidas.

—Éste es Herr Arturo Andrade —rehiló—, de quien ya te he hablado. Creo que estás en antecedentes de por qué nos hallamos aquí y qué es lo que quiere, aunque tengo que contarte algunas cosas más... —le resumió lo que le había referido Arturo en el viaje—. ¿Y bien, Otto?

Dege observó a Arturo con ojos penetrantes. Llevaba escrito ostentosamente en la cara lo que estaba pensando: claro que podría ayudarte, si te rebajas un poco, lo suficiente, te echaría una mano, y tendrías que hacerlo si no estuviera aquí tu amiguito. Suspiró.

—Ewald von Kleist... —dejó que el humo del tabaco se durmiera a la altura de sus ojos—. Nos apoyó mucho en los primeros tiempos, pero no era como nosotros; de hecho, nunca lo fue. Él era un aristócrata con castillo, aunque el dichoso castillo lo demolieron los bombarderos hace un par de años, tuvo que ser duro para alguien como él, supongo. Le recuerdo de algunas de las primeras reuniones de la Thule, y también a su hermano, Albert von Kleist, que era abogado.

—De manera que Von Kleist fue miembro de la Sociedad Thule —subrayó Arturo intercambiando una mirada cómplice con Krappe.

—Por lo menos en los primeros tiempos. Era un tipo arrogante, consciente de su pedigrí, pero muy listo. Despuntaba mucho en su profesión, llegó incluso a tener rifirrafes con Stark, el defensor de la Deutsche Physik, aunque ésa es otra historia...

—Nos interesa sobre todo saber cómo le conoció.

—Lo cierto es que no recuerdo la reunión exacta, pero seguramente fue por 1920. Hacía poco que Hitler se había hecho con el Partido. No nos presentaron nunca, ni a él ni a su hermano, pero le recuerdo de alguna reunión, siempre callado, estudiando a la gente, al contrario que su hermano, que era bastante gritón. Tras la puñalada por la espalda que sufrimos en la guerra por parte de todos esos demócratas, bolcheviques y judíos, usted sabrá que Alemania estaba en bancarrota, y esos malditos soviets de Weimar querían liquidar del todo la patria. ¿Lo recuerdas, Hans? —miró a Krappe y soltó una calada en su dirección—, ¿recuerdas cuando con millones de marcos no podías comprar un sencillo billete de tranvía, cuando nuestros hijos se morían de hambre?

Arturo casi pudo ver en el gesto tenso del Kommissar cómo su memoria recordaba y recordaba como dando vueltas a un reloj de arena.

—Pero lo peor no era eso —prosiguió—, Renania quería ser una república, Sajonia tuvo un gobierno comunista por unas semanas, los franceses aprovecharon para invadir el Ruhr, las revueltas bolcheviques se sucedían en cada esquina... Esa chusma del Este estaba haciendo que nuestra patria se desintegrara. Los mendigos por doquier, los suicidios, las huelgas, el expolio, las devaluaciones, los robos, la amoralidad... Hans, tú lo sabes mejor que yo.

El Kommissar le miró esta vez como si mirase un paisaje a través de una ventana.

—Fueron tiempos difíciles —se limitó a decir distante, sin inflexiones.

—Éramos débiles, Hans... Alemania era débil. Los intelectuales habían agotado sus días, Herr Andrade —retomó Dege apuntándole con el humo exhalado—, y entonces apareció Hitler... y nos convenció de que antes que hombres debíamos ser alemanes, nos proporcionó un ego colectivo, un objetivo, un ideal al que entregarnos para trascender. La noche que cubría Alemania sólo podía acabar con grandes incendios, y encendimos el primero en el levantamiento de Munich... 1923... Aunque de eso hace ya una eternidad —su gesto se volvió nostálgico, recordando su yo de entonces—. Allí nos conocimos el Herr Kommissar y un servidor.

Arturo se volvió hacia Krappe.

—Como ya le dije —aclaró—, fui uno de los encargados de reprimir el *Putsch*.

Otto Dege descruzó las piernas y se rió; una risa extraña, a destiempo.

—Una manera extraña de reprimirnos, Hans. Un poco más y el Kommissar se hubiese puesto de nuestra parte, pero siempre ha tenido criterio, comprendió a tiempo que podía sernos de más ayuda al otro lado.

—No fue difícil, su democracia carecía de sentido.

La respuesta de Krappe no había sido inesperada por su predecible y ordenancista espíritu prusiano, pero era innegable que sorprendió a Arturo. Sin embargo, su curiosidad respecto al Kommissar le llevó a hacer una pregunta para desvelar qué brújula había utilizado en su deriva.

—¿Por qué, Kommissar Krappe?

—¿Por qué? —ahora era él quien se sorprendía—. Porque la observación y la reflexión me convencieron de que el noventa por ciento de las personas son estúpidas, y en consecuencia votarán a un estúpido, por eso pensaba que la democracia carecía de sentido.

—¿Y qué piensas ahora, Hans? —intervino Dege.

—Ahora pienso lo mismo —se sinceró Krappe con contundencia.

Hubo un silencio en que sólo se oyó el tictac de un reloj de repisa. Fuera, la oscuridad era ya la misma que se veía con los ojos cerrados.

—Ewald von Kleist —recordó Arturo.

—Él no creía en Adolf Hitler —remachó Dege permitiendo que el humo se escurriera por una comisura de la boca, con ojos inexpresivos—. Él fue como tantos

otros que pensaron que era un iluminado más, un tipo ridículo con ideas desquiciadas que gritaba y soltaba espumarajos por la boca y que les sería útil para imponer cierto orden tradicional y luego manejarle a su antojo. Los industriales, los banqueros, la aristocracia... sobre todo la aristocracia, *feine Gesellschaft*... le subestimaron, sus estrechas mentes no contaron con que sus obsesiones y su forma de ver el mundo eran reales, no se trataba sólo de un renacimiento nacional o de destruir a los enemigos, sino de conseguir lo imposible, de conseguirlo todo para Alemania. Y aunque estuviese equivocado, aunque eso no fuese suficiente, hay algo que no se le puede negar a Hitler: pasar de ser un oscuro aspirante a pintor a lograr que Alemania fuera la dueña de Europa es incontestable. Para mí, el éxito alcanzado era una razón suficiente para obedecerle.

—¿Entonces cree usted en la posibilidad de que Von Kleist intentase pasarse a los Aliados?

—No —contestó sin dudar.

—¿No? Acaba de decir que su fidelidad era impostada.

—En efecto, pero su patriotismo no. Mal que nos pese, Ewald von Kleist era un patriota, porque consideraba correcta la victoria para Alemania, y no entregaría ningún secreto a los Aliados, de eso estoy seguro. A Von Kleist, como a la mayoría de los alemanes, no le interesaba quién comenzó la guerra ni por qué, sino únicamente no perderla de nuevo, ¿comprende? Es inconcebible pensar que siquiera se plantease la cuestión de ayudar al enemigo.

—Tengo entendido que fue sospechoso de formar parte de la conjura de Stauffenberg...

—¿Sospechoso? Era más culpable que Barrabás, se lo aseguro. De hecho su hermano aún se halla encarcelado, eso si no le han ejecutado ya.

—¿Y eliminar al Führer no es quitarle el trabajo al enemigo?

—No si se considera que el Führer es un inepto para dirigir la guerra.

—Comprendo... Lo que no entiendo es, si había tal certidumbre de que estaba implicado, por qué no se le detuvo.

Otto Dege echó otra calada con la mirada ida, como si el humo del cigarrillo fuera lo único bueno que un hombre podía esperar ya de este mundo.

—Thule —resumió.

—¿Quiere decir que la Sociedad le libró? ¿Tanto poder tiene?

—Es mucho, mucho más complejo que eso, tanto que yo sólo puedo hacer conjeturas sobre lo que sucedió.

—Pues adelante —le instó Krappe dándole un complaciente trago a su jarra, y apoyándola luego en su inmensa barriga.

Dege se inclinó hacia delante, le imitó y volvió a recostarse en el sofá.

—Es importante que sepáis que Adolf Hitler nunca formó parte de la Sociedad

Thule, sólo se hizo con el control de lo que ésta había creado: un partido y un statu quo. Por ello, a partir de 1933, cuando los nazis se hicieron con el poder en Alemania, formar parte de la Sociedad no estaba bien visto dentro del NSDAP. Yo mismo había dejado de asistir a sus reuniones un par de años atrás. De hecho, su fundador, Rudolf von Sebottendorf...

—¿Quién es ese señor? —le interrumpió Arturo cazando el dato en el aire y llamando a capítulo a Krappe con la mirada por haberlo olvidado.

—Rudolf von Sebottendorf era un aventurero silesio que viajó por todo el mundo, un estudioso del misticismo, y que cuando regresó a Alemania se instaló en Baviera, afiliándose a la Orden Germánica, una de las asociaciones nacionalistas de la época, para luego fundar la Thule Bund. Sebottendorf defendía un pensamiento ariosofista, valedor de los arios como los primigenios creadores de la civilización y que apostaba por la creación de una élite pura que dirigiera un nuevo imperio germano, Halgatom, etcétera... Le iba a contar que el mismo Sebottendorf cayó en desgracia y ese mismo año fue encarcelado y más tarde desterrado del Reich. Como todo el mundo sabe, un rey siempre ejecuta a quienes le han visto llorar como príncipe.

—¿Y qué ha sido de él?

—No sé nada, ni creo que nadie lo sepa, de todas formas siempre estuvo un poco chiflado.

Arturo registró aquel dato diminuto.

—Pero a lo que iba —prosiguió Dege—, la mayoría de sus miembros comenzaron a distanciarse de la Sociedad y ésta terminó por disolverse, lo que no quiere decir que desapareciese. Es más, me temo que la Thule se convirtió en algo más poderoso, en algo que no se recuerda con precisión ni tiene una definición exacta, una verdad colectiva que comienza como un rumor, luego se transforma en leyenda y acaba en mito. Y ya sabemos lo que nos gustan a los alemanes los mitos, va con nuestro carácter, porque siempre hemos tenido dificultades para distinguir lo posible de lo imposible. Es la base de todos nuestros triunfos.

—Y de todas nuestras desdichas —puntuó Krappe.

—Y de todas nuestras desdichas, en efecto. La Thule adquirió más fuerza precisamente porque era invisible, y en los acontecimientos que se sucedieron a posteriori, en todos y cada uno, la quema de libros, los Cuchillos Largos, el incendio del Reichstag, la Noche de los Cristales, Renania, los Sudetes, la invasión de Polonia, el ataque a Inglaterra, la expansión hacia el este..., muchos creyeron ver la mano invisible de la Thule...

—¿Y usted qué cree? —inquirió Arturo.

—De modo que la Sociedad —encadenó haciendo caso omiso de Arturo— se volvió invisible, y aunque yo no acabe de dar crédito a todo lo que se cuenta, sí estoy seguro de que continúa viva y muy activa, una facción más pequeña, pero por eso

más dura, compacta y disciplinada que al principio, y que debía existir ya cuando yo formaba parte de ella. Hay indicios, comentarios, rumores que se escuchan aquí y allá.

—Von Kleist —volvió a centrarle Krappe.

—Von Kleist —repitió Dege—, seguro que Ewald von Kleist, al igual que su hermano Albert, formaba parte de este núcleo duro, de un modo u otro. Y por ello se hicieron sus propios seguros de vida; como muchos de los que formaron el círculo de hierro de Hitler, guardaron cierta información que les blindaría en un futuro. De hecho, las SS eran muy aficionadas a hacer grabaciones de todo tipo y en todo lugar, especialmente en el Berghof, y la Thule siempre ha estado revuelta con las SS.

—¿Qué es exactamente el Berghof? —se interesó Arturo con diligencia.

Otto Dege se pasó un dedo por la mejilla y le miró entrecerrando los ojos.

—Era la residencia donde se retiraba Hitler a descansar, en los Alpes bávaros. En ella se reunía con sus allegados e invitaba en rotación a las personas con las que tenía interés en tratar o discutir cualquier cosa. Era un honor estar en la lista de invitados. De hecho, ahora voy a enseñarles una cosa, algo que deben ver para que entiendan cuál es la causa que yo barajo para que Ewald von Kleist se salvase de la quema tras el *affaire* Stauffenberg y qué es lo que posiblemente quiso entregar a los Aliados, si efectivamente era él a quien se refería ese comando.

Tanto Hans Krappe como Arturo no pudieron reprimir cierta sensación de euforia; a veces planteabas una pregunta descomunal y tu interlocutor se limitaba a contestar que estaba de acuerdo contigo, otras hacías una pregunta mínima y salía una respuesta gigantesca. Dege se levantó e hizo un registro rápido de sus bolsillos, como si buscara algo. A continuación llamó a su ayudante, le dio unas instrucciones que le hicieron desaparecer por unas escaleras arriba, y luego sustituyó el cigarrillo de la boquilla por otro, encendiéndolo. Señaló la escalera que les llevaría hasta la segunda planta. Le siguieron y entraron en una habitación oscura en la que el abogado les procuró un duro asiento buscando las sillas instintivamente. Luego él mismo se sentó, apenas visible salvo por la chispa encendida de su cigarrillo. El silencio fue ocupado por un enérgico «adelante» que provocó que la oscuridad fuese hendida por un potente rayo de luz que perfiló sillas, gruesas cortinas, mesitas y una pantalla en la que mediante los oficios como operador del ayudante comenzaron a esbozarse patrones geométricos luminosos, irregulares, que acabaron por llenar la pantalla de una vida vicaria. Alguien había compuesto varias bobinas juntando distintos periodos del Reich, en los que en ocasiones la imagen y el sonido no terminaban de sincronizarse. Las caravanas de pesados Mercedes del recién elegido Führer entrando en Munich entre los bramidos de júbilo, los rostros radiantes y los brazos ansiosamente tendidos del mar de personas que orillaban la carretera; su avance por el Barrio Viejo de la ciudad, entre casas de gabletes puntiagudos y encorvados,

engalanados con cientos de esvásticas y rodeados por una multitud desesperada por tocar a su mesías. A continuación las imágenes mostraban fragmentos de la espectacular película de Leni Riefenstahl sobre el congreso del Partido en Núremberg: el avión de Hitler descendiendo hacia la tierra a través de montañas de nubes; la ceremonia de homenaje a los caídos, con miles de hombres formando y dispuestos a sacrificar su vida por el nuevo Reich; las catedrales de luz de Speer con los reflectores disparando sus pilares luminosos a quince kilómetros de altura... No tardaron en llegar los grandes desfiles de la Wehrmacht, el desembarco de Narvik, los desiertos de Libia, la Cirenaica, Sebastopol..., todos los rompientes de la historia donde el mito de la invencibilidad nazi iba transformando la emoción en identidad.

—Sin las palabras adecuadas —escucharon decir a un Dege pensativo a propósito de toda aquella propaganda—, Cristo sólo fue un carpintero al que clavaron en una cruz.

El humo de su cigarrillo se enroscaba en la luz del proyector en suaves y lentísimos círculos a medida que las escenas se fueron calmando, tornándose bucólicas: era el maravilloso paisaje del valle del Obersalzberg, recorrido por una carretera de audaz trazado que desembocaba en el ascensor abierto en la roca que llevaba directamente a la montaña privada del Führer. Escenas domésticas en el Berghof, en cierto modo sorprendentes, inesperadas, se fueron sucediendo a partir de ese momento: almuerzos de Hitler con su corte privada en un comedor rústico revestido de alerce con butacas tapizadas de tafete rojo; paseos por el sendero que conducía a la casa de té, acompañados por perros pastores; Hitler y Speer inclinados sobre planos o Hitler solo firmando documentos o estudiando mapas militares; sesiones cinematográficas nocturnas alrededor de una gigantesca chimenea...

—Evidentemente, hay cosas mucho más interesantes, pero esto servirá para darles una idea —indicó Dege.

Su frase sirvió como interruptor de la sesión, provocando que el proyector se detuviese en una escena baladí, en la que frente a una gran ventana y dispuestos alrededor de una mesa redonda se tomaba té y chocolate con diversas clases de tartas, pasteles y bollos. Una escena hogareña de Hitler con su círculo de allegados, hombres y mujeres charlando a la hora del té, todos salvo uno, que miraba directamente a la cámara, como si supiese que le estaba apuntando: un individuo de piel pálida, fisonomía blanda, y sin cejas; una versión diez años más joven.

—¿Quién es ése? —preguntó Arturo casi a voz en grito.

—¿Quién es quién? —respondió Dege.

—En la mesa, el hombre sin cejas.

—No le conozco, pasaba mucha gente por el Berghof.

Hizo la misma pregunta a Krappe, pero tampoco éste parecía saber quién era. El impenetrable hombre sin cejas sostuvo su mirada desde el pasado, como retándole a

descifrar el arcano de su identidad, hasta que la imagen desapareció y sólo quedó un hilo de luz horadando la oscuridad. Otto Dege se puso en pie y su rostro quedó bañado por un aura espectral que durante unos segundos transformó su media sonrisa en una horrible mueca de langosta, todo cráneo y dientes. Fue sólo un instante. El hilo luminoso fue tragado por el proyector y todo volvió a quedar a oscuras. Las cosas cayendo en el olvido, pensó Arturo, sus nombres, los colores, el idioma desprovisto de sus referentes y, por tanto, de su realidad.

—Klaus, enciende la luz, por favor —dijo Dege.

Volvió a instaurarse un orden en el mundo. Dege les observaba ensimismado, dando pequeñas chupadas a su boquilla.

—Esto no es más que la verdad —pontificó socarrón Krappe—, pero no es toda la verdad.

Dege sonrió de nuevo de una forma extraña, exagerada, como una de esas máscaras de barro que representan la comedia.

—Tengo más material que está buscando los ojos convenientes —sugirió—, aunque en realidad esto no ha sido más que un aperitivo para hablar de Ewald von Kleist. ¿Cómo pudo librarse de la carnicería que hubo tras la conjura Stauffenberg, cuando incluso su hermano está recluido en alguna cárcel o campo de concentración o muerto? Yo sospecho que es por lo mismo por lo que podría querer ponerse en contacto con el enemigo...

Dege sabía hablar, pero también cuándo hacerlo y sobre todo en qué momento callar.

—Nos tienes en vilo —le aduló Krappe.

—Había un rumor —encadenó Dege—, una especie de ruido de fondo que fue constante durante todo el régimen pero al que nunca terminé de dar demasiado crédito. Evidentemente, ahora quizás vea las cosas de otra manera. Se hablaba de una película, una muy especial que se había realizado también en el Berghof. Su contenido no está claro, pero se aseguraba que su exposición pública hubiera sido muy peligrosa para la supervivencia del Reich. Al igual que yo he podido hacerme con determinado material, puede que Ewald von Kleist hubiera logrado hacerse con esa bobina o con una copia, la misma que le hubiera vuelto intocable tras la conjura y la misma que a lo mejor quería entregar a los Aliados.

—Es una posibilidad —barajó Arturo, sin acertar si era de una lucidez abrumadora o de una locura aplastante—, pero ¿qué podrían haber filmado que a estas alturas de la guerra todavía fuese importante o que lo fuera más que la bomba?

—No acierto a imaginármelo, pero si quien sea ha ejecutado a Ewald von Kleist sin pestañear es que considera que todavía lo es. Y mucho.

El interrogante quedó en el aire creando una atmósfera fantástica, como si en aquella habitación las leyes de la gravedad hubieran dejado de actuar y el agua

pudiese gotear hacia arriba.

—Bien, Herr Arturo, vayamos terminando... —propuso Krappe, removiéndose incómodo en el asiento debido a sus michelines—. Pero antes podemos mostrarle a Herr Dege el programa de bodas.

Arturo asintió y rebuscó en los bolsillos de su guerrera para entregarle al abogado la cartulina de Von Kleist. Este la desdobló y la estudió detenidamente por ambas caras. Entre cronologías de enlaces, bailes y banquetes, las ideas, las ecuaciones, los esquemas, la referencia a las *Wunderwaffen*, la península parcelada en casillas con círculos y cifras, la runa que simbolizaba la Sociedad Thule...

—Estaba en los bolsillos de Ewald von Kleist. ¿Ves algo que nos pueda interesar, Otto?

Dege aún tardó un rato en responder, pero cuando lo hizo negativamente fue con una mirada que no encajaba con lo que estaba diciendo. No obstante, ni Krappe ni Arturo insistieron, y Dege se limitó a devolver el programa.

—Sólo un par de cosas más —abordó Arturo sin miramientos, mientras descendían a la planta baja—. ¿Dónde puede estar ahora Albert von Kleist?

—Sólo hay dos sitios: o en prisión, quizás Flossenbürg, o en una fosa. Aunque para el caso es lo mismo.

—Ya, ¿y le dice algo la palabra Jonastal?

—No, nada.

—¿Y algo relacionado con masas críticas?

—Tampoco.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Y qué piensa de una bomba atómica? ¿Cree usted que podrían tenerla?

—Ojalá... —dijo con ojos distantes, lunares.

A punto de abrirles la puerta principal y en medio de un educado intercambio de despedidas, Arturo aún tuvo una última pregunta.

—El Kommissar Krappe me comentó antes que estaba seguro de que Hitler se quedaría en Berlín, y me habló de algo llamado *Gotterdammerung*.

Dege, con una mano en el pestillo de la puerta y la otra sujetando la boquilla, observó la oscuridad exterior con una sonrisa de extravagantes inflexiones.

—Se quedará en Berlín porque esa famosa fortaleza alpina no existe, eso se lo puedo asegurar; si en Baviera tienen problemas incluso con la Resistencia... No, es un bulo, una mentira más en un río de mentiras. Pero, aunque existiese, Adolf Hitler nunca la ocuparía. Porque Adolf Hitler cree en Wagner, y Wagner creía en el *Ragnarök*, la profecía mitológica en la que en el final de los tiempos un fuego devastador consumirá el mundo tras la muerte de los dioses en una batalla apocalíptica. Y la escenificó en el *Gotterdammerung*, El crepúsculo de los dioses, la

ultima ópera de *El anillo del nibelungo*, un cruento y absurdo enfrentamiento final entre héroes y monstruos en una sala en llamas en la que no hay supervivientes y se produce el hundimiento de todo lo existente. Primero comenzó como una experiencia de violencia extrema para superar una etapa decadente de Alemania, y todo acabará también en una violencia extrema, porque Hitler, como los alemanes, sólo sabe perder a lo grande, y por tanto, por completo y heroicamente.

Arturo asintió. Mientras no pudieran transformar el agua en vino, eso era todo. Se despidió de Otto Dege y de los secretos que aún tenía escondidos en los oscuros palacios de su conciencia. A continuación se dirigió hacia el bote, con el Kommissar anadeando graciosamente tras él. Se montaron y el ruido monótono del motor les devolvió a la otra orilla. Con el chasquido de las puertas del coche al cerrarse, disfrutaron de ese instante en que estar despierto mientras la mayoría dormía les daba un plus de conciencia sobre la realidad, una percepción singular y distinta, pero también de ese momento, a solas, en que uno se da cuenta de su insignificancia, de su vulnerabilidad.

—Tenía usted razón —dijo Arturo.

—¿A qué se refiere?

—Respecto a que me fuese olvidando de la simetría en cuanto entrase la Thule en juego.

La sonrisa estiró un poco el voluminoso bigote de Hans Krappe. Fue entonces cuando Arturo intuyó que un envite de su curiosidad podría tener éxito, porque se notaba que en el fondo Krappe estaba solo, y que aguardaba una oportunidad para abrirse por un espacio mínimo de tiempo.

—¿Cuándo dejó de ser como ellos, Herr Kommissar? —no pudo reprimirse.

Krappe no esperaba la pregunta, pero tampoco se amilanó.

—A veces parece usted demasiado ingenuo para ser soldado, Herr Andrade.

—Probablemente eso me mantiene cuerdo.

Krappe sólo tardó unos segundos en decidirse.

—A los alemanes nos gusta tener límites, Herr Andrade, nos gusta tener alguien a quien obedecer, un Kaiser, un Führer, a quien sea. Y nos da miedo no tener órdenes. En cierto modo nos evita decisiones propias, alivia la conciencia y sirve como excusa. No hay nada como una orden firmada, se lo aseguro. Incluso a veces nos ha parecido más importante la obediencia a una ley que la defensa del derecho. Y yo soy policía, Herr Andrade, mi deber es que esa ley se cumpla. Cuando conocí a Otto Dege la ley no es que fuese mala, sino que era mucho peor, era inútil. Alemania no podía permitirse estar sin ley. Y si para volver a tenerla y evitar esas estúpidas democracias había que seguir a un individuo que se peinaba como un proxeneta y quería desenterrar el cráneo de Kant para comprobar su perímetro con compás y confirmar que era ario, se le seguiría.

Se detuvo un momento.

—El problema es que a la ley se la ha de amar tanto como temer, Herr Andrade, es su esencia, la herramienta con la que yo trabajo. A eso se le llama justicia, y aunque la vida y la justicia son piezas de diferentes rompecabezas, mi labor es que encajen, da igual que muchas veces se rompan. Los problemas se presentan cuando se teme más que se ama, cuando se rompe el equilibrio. Los nazis disolvieron el Reichstag y después lo quemaron, pero no contaron con que terminarían ardiendo en las mismas llamas. La Constitución, las libertades civiles..., bien, no es preciso que se pueda hablar siempre libremente... pero cuando no puedes callar libremente, entonces todo cambia... Empezaron a perseguir a su propio pueblo, Herr Andrade, tanto a los judíos como a los no judíos, y a los primeros..., en fin, nunca me han caído bien los judíos, es más, no los puedo ni ver, pero no se imagina lo que les han hecho... y mal que nos pese, ellos son tan alemanes como nosotros, muchos murieron por su patria en la Gran Guerra. El Ejército, la policía se llenó de gentuza, de asesinos, de todos aquellos a quienes debíamos haber reprimido, un terror que no tenía grandeza, Herr Andrade, al igual que en su revolución española o en la francesa o en la rusa. No sólo acabaron con la libertad..., acabaron con la dignidad..., sobre todo después de aquel programa de eutanasia...

—¿A qué programa se refiere, Herr Kommissar?

—Al programa de eutanasia que comenzó con la guerra. Ya habían hecho una ley de esterilización de anormales, sordomudos, deficientes, esquizofrénicos..., de todo aquel que considerasen racialmente inferior. Pero aquello no les pareció suficiente limpieza de la raza, había que eliminarlos físicamente y se sacaron de la manga el programa de eutanasia, que les sirvió para meter en el mismo saco no sólo a los disminuidos, sino también a prostitutas, opositores, gitanos, delincuentes, judíos... Y el pueblo no hizo nada, no hicimos nada, capitulamos en nombre de la *moralische Sanierung*, de una falsa decencia, disciplina, moralidad y orden. Hay una culpa colectiva, Herr Andrade, por ayudar o por taparse los oídos y desviar la mirada, porque no se equivoque, Hitler no se hubiera mantenido sólo con la Gestapo, las SS, la policía o las SA, hacía falta la connivencia del pueblo, y Hitler también empleó mucho tiempo en ganarse su apoyo, sobre todo a través de sus bolsillos. Pero... — esta vez titubeó—, ¿sabe qué es lo peor, Herr Andrade? ¿Lo que no le contó Otto Dege?...

Pareció enfocar con sus ojos un pasado distante y hermoso que nunca más volvería a repetirse.

—No, no sé.

—Hubo un momento, Herr Andrade, un momento que duró tres años, entre el 26 y el 29, en la época de Stresemann, en que el país se estabilizó, el dinero mantuvo su valor, los negocios funcionaban, los salarios fueron buenos, no había demanda de

salvadores ni de revolucionarios, sólo administrativos eficaces y una razonable porción de calma y orden, incluso de aburrimiento. Todo el mundo hubiera podido ser feliz, Herr Andrade. Pero sucedió algo extraño, las posibilidades de futuro fueron desestimadas y no se supo qué hacer con el regalo de disfrutar de una vida privada en relativa libertad, como si los alemanes no supieran cómo emplearla y necesitasen de emociones fuertes, de sensaciones intensas de amor y odio, de júbilo y tristeza, todo acompañado de pobreza, hambre, muerte, confusión, peligro... Y entonces se quedaron ahí, tristes, desamparados, como expoliados, y se volvieron huraños, y empezaron a esperar la vuelta de los desórdenes, casi con ansia, el primer revés, lo que fuera que les permitiese liquidar el periodo de paz y lanzarse a algún despropósito colectivo. Hasta que apareció lo que necesitaban, el crack económico y Hitler, y el resultado ha sido una nación unida y dispuesta a todo que se ha convertido en la pesadilla del resto del mundo. Como si los alemanes tuviéramos grabado en algún lugar de nuestra alma, como una marca del diablo, ese inevitable *Gotterdammerung*, como si estuviéramos predestinados siempre a la tragedia.

Krappe dio por terminado su monólogo con la suave tristeza de un gesto, algo casi conmovedor, mientras Arturo trataba de medir las consecuencias de aquella conversación. Seguidamente el Kommissar se estiró para desentumecerse y metió medio pulgar en su tripa con un gesto desencantado.

—El mayor error de Dios ha sido darnos estómago —afirmó—. ¿No tiene usted hambre, Herr Andrade?

—Un poco.

—En la guantera he traído algo, coja lo que quiera, por favor.

—Muchas gracias.

En el exterior, la oscuridad ya era firme como el hierro fundido. Las sombras empezaron a removerse inquietas alrededor del vehículo.

—Es hora de marcharnos —afirmó el Kommissar poniendo en marcha el BMW. Mientras maniobraba marcha atrás, Arturo abandonó sus elucubraciones y se centró en rebuscar en la guantera. Hans Krappe detuvo sus pesquisas con una frase—: No obstante, ¿sabe lo bueno de que nuestro mundo se vaya a terminar de un momento a otro? —dijo mientras cambiaba la marcha con un gruñido del coche.

—Dígame.

—Que siempre podemos empezar de cero.

8. Hagen

Una manada de caballos galopaba despavorida a lo largo de Kurfürstendamm. Sus crines y colas ardían dejando alargados rastros de humo y ceniza, mientras sus relinchos se mezclaban con los gritos de las personas, que también corrían aterrorizadas de portal en portal, esquivando la inesperada y furiosa lluvia de proyectiles. Minutos antes, la artillería pesada soviética había alcanzado unas cuadras cerca del Tiergarten, acribillando de igual manera la Puerta de Brandeburgo, el Reichstag, el barrio de los ministerios, la avenida Unter den Linden y los grandes almacenes Karstadt, en la Hermannplatz, matando y mutilando a un sinnúmero de hombres y mujeres.

Eran exactamente las 11.30 del sábado 21 de abril.

El cielo era de un azul cruel.

Y Berlín acababa de convertirse en la primera línea de frente.

Manolete y Arturo lograron sobreponerse a la onírica visión de los caballos y dejaron que sus afilados reflejos de soldados les buscasen refugio en una galería. Ya estaban acostumbrados a los silbidos agudos y terroríficos que impactaban en las calles o provocaban la caída de enormes pedazos de cornisa; calcularon que cada cinco segundos caía un obús a machamartillo. Manolete lo observó todo con aire taciturno y su expresión de pterodáctilo.

—Por lo menos ahora ya no nos tirarán los aviones —observó práctico.

—Para estar seguro de eso tendrías que apretarle más los cojones a San Cucufato. Manolete le miró con reconvención.

—Mi teniente, que el santo ya las está pasando canutas.

Una sombra de sonrisa, de esas que no tienen que ver con la alegría, cruzó el rostro de Arturo justo cuando algo cortante y puntiagudo pasó a toda velocidad junto a su cuello, haciéndole un corte superficial del que brotaron lágrimas de sangre.

—Joder, teniente, ¿se encuentra bien?

—Sigo con la cabeza puesta.

—Dios le ha salvado.

—¿Dios? —Arturo agrió el gesto—. Dios sólo ha tenido mala puntería.

Manolete no dudó en santiguarse ante tamaño sacrilegio, pero no le censuró y se limitó a aseverar lo obvio.

—Hay que largarse de aquí.

—Mira, movernos ahora es como querer cambiar de camarote en el *Titanic*. Esperamos a que escampe.

Para que Manolete le hubiese comprendido primero tendría que haberle explicado qué era el *Titanic*; no obstante, éste encogió los hombros, se apoyó en un cartel contra

el tabaquismo sin colores y descortezado, con una bota pisando un puro atravesado por una runa de la vida, relleno con picadura de tabaco un papel de fumar, lo enrolló, ensalivó, introdujo una boquilla y se lo colocó en los labios. Aguantaron los chuzos de punta mientras fumaba —al tiempo que Arturo, al igual que Krappe, deseaba que, por una vez, las *Wunderwaffen* fuesen reales y se las lanzasen a los rusos una detrás de otra—, y sólo en la última calada las explosiones parecieron detenerse, lo que fue suficiente para que Arturo le mirase y ambos salieran a escape. De esquina en esquina y de socavón en socavón, cruzaron en diagonal el Tiergarten en dirección al hotel Adlon, al final de Unter den Linden. Al poco, se les antojó que la artillería sólo había esperado a que salieran a cuerpo limpio para reiniciar su cañoneo. Las granadas volvieron a explotar a su alrededor entre furiosas trombas de humo y candentes enjambres de chispas. A través de aquel paisaje como recién mirado por la Medusa, con calles irreconocibles que serpenteaban entre inestables montañas de escombros, guiados por el sonido de su respiración, avanzaban hacia su cita con Ramiro. El funcionario de la Embajada se había puesto en contacto con Manolete y éste a su vez con Arturo para avisarle de que les esperaba delante del Adlon, toda vez que había logrado cerrar una cita con Alfredo Fanjul, el jefe del servicio secreto de Falange en Berlín. En su ánimo contaban tanto las veladas insinuaciones acerca de aquella operación ilegal —sobre las que Manolete no había logrado sonsacar nada— como el acceso a un canal nuevo de información, a pesar de que las horas febriles y angustiosas que se avecinaban parecían convertir en minucia cualquier averiguación, o peor, que simplemente daría igual. Mientras mantenían el trote Arturo recordó cómo el día anterior tanto el Kommissar como él habían coincidido en que seguían una línea errática, cada vez más alejada de la meta principal, y tras valorar las diversas opciones que les quedaban, y aunque Arturo había sopesado incluso la búsqueda de Sebottendorf, el fundador de la Sociedad Thule, al cabo decidieron que sin ser mucho lo único que sería algo era encontrar al hermano de Ewald von Kleist, Albert, y de ello se encargaría el mismo Krappe. No obstante, Arturo, sin una causa meridiana aparte de mantener a Loremarie y a su abuela en el anonimato, seguía ocultando la existencia del hombre sin cejas. Le obsesionaba aquella mirada que era como una derrota no sólo del ser humano, sino de la misma confianza en el ser humano.

—Ahí está.

En medio de una frontera renegociada continuamente entre la civilización y el caos, Manolete le señaló la figura de filigrana de Ramiro refugiada contra un tranvía volcado y relleno de ladrillos a modo de barricada. Corrieron en su dirección y se apoyaron de espaldas contra el vagón, perfilándolo hasta llegar a Ramiro.

—Nos han disparado ya doscientas cuarenta y tres veces —les recibió Ramiro. Arturo le miró sin acabar de creérselo.

—No me he parado a contarlas.

—Yo sí —despachó sin mayor interés—. Es ahí enfrente —señaló el muñón de un edificio jaspeado por infinitas marcas de metralla—. Saladino y Ninfo nos esperan dentro.

Sin más aclaración, embocaron el profundo portal, pero en vez de ascender por las escaleras, se internaron en las entrañas del edificio descendiendo hasta la inesperada entrada de un bunker; no un refugio improvisado, ni un sótano, sino un verdadero bunker de hormigón armado de varios metros de grosor con ventilación, esclusas de gas y una puerta de metal, inexplicable porque aquel edificio no era ni público ni importante. Ramiro les miró como diciendo que había cosas de hombres y cosas del cielo y que más valía no mezclarlas ni preguntar sobre ellas. Picó con fuerza en una cadencia previamente pactada y le abrió un alemán de paisano. Unas palabras susurradas bastaron para que les franqueasen la entrada, y en cuanto estuvieron dentro, tras pedirles que entregasen sus armas —aunque Arturo se las arregló para ocultar su mínimo Little Tom—, la cara de Arturo fue la misma que la de Robinson Crusoe cuando descubrió aquella huella de pie en la playa. Una gruesa calígene se mantenía suspendida sobre una realidad a la que parecían haberle cortado los hilos de la verosimilitud; una amplia sala cubierta con alfombras orientales y pesados tapices, espectralmente iluminada por grupos electrógenos de emergencia auxiliados, aquí y allá, por enormes candelabros sobre largas mesas, con champaña en cubiteras y todo el reverso de las cartillas de racionamiento que el estraperlo había secuestrado: queso empastillado, salchichas, mantequilla, vino, whisky, un pan candeal crujiente y dorado..., incluso ostras y un pavo que parecía exigir camareros de guantes blancos que lo sirvieran. Al fondo, un gramófono con un altavoz como un nenúfar gigante arañaba con chasquidos granulados una versión de *Todtentanz*, un macabro foxtrot muy de moda unos años antes; estufas de mayólica blanca adornadas con coronas nobiliarias mantenían el calor mientras, sentados en sillones y enormes sofás de piel, oficiales y civiles conjuraban con alcohol o drogas toda la desesperación, el terror, la frustración y la violencia de la derrota que les aguardaba. Con ellos, prostitutas en combinaciones, maquilladas como si quisieran ahondar sus profundas ojeras y moviéndose con una lasciva indiferencia, algún travestido y hombres con una apariencia viril, aunque sentados en las rodillas de otros hombres. Arturo cortó el excitado gesto de Manolete de frotarse las manos con la mirada del moralista que llevaba dentro, y a continuación se dirigió a Ramiro.

—¿Qué es esto?

—¿Esto? El limbo, Arturo, el limbo...

Localizaron a Saladino y Ninfo sentados en un sofá, junto a un enorme espejo veneciano y una araña dorada que debería estar colgando del techo pero que se hallaba volcada a su lado, dándole a toda aquella decoración híbrida el aire de un

almacén de atrezzo. El soldado Gonzalo Cremada, alias el Ninfo, le estaba pegando palmaditas en el culo a una de las chicas, mientras Hermógenes Guardiola, apodado Saladino, más que darle a la botella vivía ya en una. En el intervalo en que Ramiro gestionó lo que tuviese que gestionar con el civil que les había abierto, sus camaradas se apercibieron de su llegada y se levantaron a un tiempo, si bien Saladino tuvo ciertos problemas con la gravedad debido al tablón que llevaba. Se plantaron frente a él con los ojos vidriosos y una botella de licor de menta.

—Arturo —le recibió Ninfo—, ¿tú ves la cantidad de chuminos que hay aquí? Esto es el paraíso ese que tienen estos perros infieles —señaló a Saladino.

—Qué paraíso ni qué paraíso, burro —arguyó éste desmedrado—. Que el de los moros está lleno de vírgenes y aquí a saber por cuántas manos habrán pasado.

—Pero mira que eres cenizo, Saladino, por donde pasa un soldado pasa un ejército. Además, tenemos chubasqueros —le mostró algunos de los condones que distribuía la intendencia alemana—, mira, repartimos: cinco para mí y uno para ti.

—Bah, a mí déjame de mariconadas, que eso es un invento de los italianos, que siempre han tenido mucha pluma —ventiló de un trago lo que quedaba de la botella de menta.

—Allá tú... Luego, cuando agarres una purgación de ésas y te tengan que poner una inyección en el pito, ya te acordarás de los italianos.

Arturo cortó su charla con un ademán exasperado que ambos, aun ebrios, interpretaron perfectamente como un latigazo en una habitación vacía. Sin una causa concreta, o por muchas diferentes, en Arturo se había puesto en marcha una ira absolutamente desproporcionada con el tamaño y la magnitud del detonante, como correspondía a todos los seres frágiles.

—Os quiero a los dos tiesos como una vela —susurró lóbrego—, no sabéis dónde estáis, no sabéis si os tienen preparada una sogá o un abrazo, venís a hacer un negocio y os emborracháis u os bajáis los pantalones, vergüenza os tenía que dar, somos soldados, somos españoles, y estamos rodeados de alimañas...

Ramiro se apresuró a echar un capote como un subalterno ante toreros caídos y le comunicó a Arturo que Alfredo Fanjul les esperaba. Arturo no había hecho más que expresar el destello abrumador y terrorífico que se había producido en las profundidades de su mente, pobladas por las sombras de todos los amigos y camaradas muertos, en España y en Leningrado, acorralados por el frío, el hambre y una muerte que les rondaba con su saco de nervios y sangre, mientras en aquella retaguardia estaban bien dormidos, bien comidos y bien follados, lo que había hecho que algo se removiese en su interior, algo bestial, cruel y necesario. Juramentó de nuevo tras llenar de piedras de hielo la sangre de sus compañeros y siguieron a Ramiro hasta una puerta situada al fondo, que daba paso a un laberinto de pequeñas habitaciones donde se hallaban las fuentes de toda la rapiña que brillaba fuera: cajas y

cajas de la Cruz Roja sueca y sacos procedentes del racionamiento, e incluso un cuarto lleno de receptores de televisión... En el trayecto Ramiro les cartografió la red de locales y negocios que habían ido tejiendo los servicios secretos falangistas durante años y que les había proporcionado un firme soporte económico en Alemania, hasta dar con un despacho cuya entrada guardaba un cancerbero armado hasta los dientes y donde se reproducía la misma postal decadente y pornográfica de la entrada, con la diferencia de que la proporción se invertía y la mayoría de los celebrantes eran españoles, rodeados de las chicas más despampanantes, los travestís más sensuales y montones de botellas vacías, todo envuelto en una mortaja de humo lechoso, ligeramente azul, que giraba sobre sí mismo. Arturo reconoció a Alfredo Fanjul antes de que se lo presentasen no por guardar una posición preeminente en aquel Tártaro, sino por lo contrario: por mantenerse de segundón, esquinado en una silla. Era pequeño, con esa delgadez con barriga, tenía el pelo más largo de lo normal y un rostro cetrino, cruzado por gruesas grietas que daban buena muestra de su actual disipación. Era vanidoso, astuto, y le gustaba rodearse de emociones sin mezclarse en ellas, pero sobre todo era un borracho: intensivo, metódico, práctico. Arturo supo que no tendrían ni el mejor de los comienzos ni el más deseable de los finales.

—En tiempos fue un buen español —le aclaró Ramiro al oído antes de presentárselo.

—No tienes que justificarte ante mí.

—Me justifico ante mí.

Ramiro tosió y les presentó justo en medio de un zambombazo que hizo estremecer todo el bunker.

—Son malos como la tiña esos rojos —la voz de Fanjul era arrogante, aguardentosa—. Y están atizándonos bien.

—Parece que aquí estamos a salvo.

—Un poco como sardinas en lata, pero ni en el Horcher en su mejor época —echó un trago al alcohol que tenía en la mano e inhaló con fuerza para aumentar el efecto del líquido—. No acaba de gustarte el lugar de la cita, ¿eh? —adivinó, aguijoneándole.

Arturo se obligó a una sonrisa amable.

—Por lo menos aquí no nos harán la raya en medio.

—Llegarás a viejo, teniente Arturo Andrade... —especuló escudriñándole—, aunque ya me había dicho Ramiro que eras listo, demasiado quizás...

Otro martillazo de la artillería enterró la continuación de su monólogo, que quedó sin completar, y a continuación hubo un estallido de vidrios rotos en algún lado.

—Por favor, Alfredo, explícales para qué estamos aquí —medió Ramiro.

Alfredo chascó los nudillos y adoptó un gesto entre divertido y malicioso. Luego encendió dos Pall Mall a la vez, filmándolos a pares. Las puntas de sus dedos estaban

amarillentas, tabacosas, y la primera calada desató los perros de su bronquitis.

—Para qué ganar con sudor lo que podemos ganar con sangre, amigos... —comenzó con fanfarronería—. Berlín está listo para sentencia, a los rusos no hay Cristo que los pare y vienen a llevárselo todo. Por eso necesito hombres como vosotros, gente bregada, para tomar lo que nos corresponde...

La atención de Ninfo, Manolete, Saladino y Arturo se concentró como la luz en una lente. Alfredo echó una calada que quemó una gran cantidad de papel.

—¿Y qué es eso? —se adelantó Manolete.

—Eso es lo que hay en el Reichsbank.

Un intercambio de miradas entre todos sugirió algo que ninguno se atrevía a decir.

—No sabemos exactamente la cantidad de dinero y joyas que hay depositados todavía en el Reichsbank —prosiguió Alfredo—, pero suponemos que hay suficiente como para no tener problemas el resto de nuestra vida. Bastaría con un pellizco, y cuando los rusos entren en la ciudad, el desbarajuste será tal que nadie se dará cuenta de quién se lleva qué. No somos más que una gota de agua en un mar convulso, será nuestra oportunidad. Lo tenemos todo preparado, sólo necesitamos los brazos. ¿Qué me decís?

Arturo sintió un pinchazo en la base de la columna; aquello tenía una cualidad de resaca y mal augurio. En realidad, no estaba tan sorprendido como desconcertado; aunque entre los hombres todo venía a ser el mismo perro con distinto collar, nunca se hubiera imaginado a Ramiro implicándoles en lo que no era más que una rapiña con todas sus letras. Además, la recompensa que les daban había sido calculada psicológicamente con el ojo puesto en el valor del dinero y conociendo tanto los posibles escrúpulos como el orgullo: se les ofrecía no demasiado, lo suficiente como para no infringir el pecado de codicia, y se envolvía con la oportunidad, cuyo desaprovechamiento implicaría estupidez. Evidentemente, Ninfo y Saladino asintieron sin dudarle; no obstante, a Arturo era la reacción de Manolete la que le producía curiosidad, eso y un par de interrogantes más, azuzado por la fiera que se removía en su interior.

—Me pregunto desde cuándo la Falange se dedica a robar —inquirió.

A Alfredo Fanjul se le heló el gesto, lo que provocó un mínimo remolino en uno de los sillones más ocultos en la calina.

—Ramiro también me dijo que tenías cojones, tanto como para mear fuera del tiesto —le reprochó Alfredo con mirada torva.

—No, sólo me estaba acordando de Rusia. Allí se luchó por algo, ¿crees que los que se quedaron allá estarían de acuerdo con esto?

Todos se sorprendieron de que Fanjul no perdiera los nervios, tanto como del hostigamiento de Arturo.

—Tú te crees mejor que yo, Arturo Andrade —silabeó—, pero yo te conozco, he conocido a muchos como tú y sois los peores. Porque tenéis el corazón tierno pero manos de carnicero, y por eso podéis hacer cosas horribles, porque no os paráis a pensar, ya que si no sufriríais demasiado... Sois una tragedia...

—Gracias a estas manos vosotros podéis seguir aquí con vuestras guarras —señaló el ambiente decrepito, derrotado de la habitación—. A éstas y a todas las que se quedaron congeladas en Rusia.

Alfredo le miró con ojos vidriosos.

—Y qué más quieres...

Su respuesta había sido una acusación, le hacía ver que quien había sobrevivido a aquella carnicería ya no tenía derecho a acusaciones o juicios porque había sido él quien había ganado, mientras todos sus camaradas yacían entre la nieve de Rusia. Arturo se ofuscó porque reconocía aquella culpa —el temblor ancestral, algo tan antiguo como el hombre: ser más fuerte que el otro, sobrevivir—, que ya había experimentado ante Philip Stratton. Se disponía a contraatacar cuando fue detenido gestualmente por Ramiro, que le recordó que tenían una misión, e intuyendo ya la crispación en las zonas más fantasmagóricas de la sala. Alfredo Fanjul también echó un vistazo sonámbulo en aquella dirección, pero no comentó nada y optó por encender otro cigarrillo con las colillas de los anteriores.

—Además —añadió apuntándole al pecho—, quién te crees que os organizó la retaguardia, quién hizo posible que comierais, que recibierais el correo, que tuvierais ropa... Locales como éste por todo Berlín, controlados por nosotros, permitieron que os llegara todo lo que no os mandaba el Ejército y recolectar información vital: mis putas te salvaban el culo —carraspeó con fuerza y soltó un esputo—. Ésta ha sido un guerra económica —prosiguió—, y los *doiches* han intentado tragar algo demasiado grande, pero mientras creímos que la revolución roja y negra era posible, mientras pensamos que los alemanes engancharían de nuevo a la patria a un futuro, a una Europa unida a salvo del bolchevismo, seguimos trabajando para vosotros. Ahora cualquier sacrificio es estéril, la Falange se ha perdido en pactos, simulaciones y claudicaciones, ha desaparecido aquella moral elevada y firme de los viejos tiempos y los repatriados se mueren de hambre, son odiados, hombres que dieron su sangre por la patria. Ahora España volverá a ser lo que ha sido siempre, potencia sin dirección, infinita pero inconstante, y volverá a llegar tarde a todos lados —un fuerte ataque de tos le interrumpió—. Personalmente pienso que no vamos a robar, sino a obtener una compensación por los servicios prestados. Llenaremos nuestros bolsillos y brindaremos por lo que pudo ser...

Su explicación quedó cortada a tajo por otro súbito espasmo de asfixia catarrosa, al que siguió una espesa expectoración. Arturo pensó que todo aquello no era malo, sino lógico, y eso a veces podía parecer terrible. Reconsideró su situación teniendo

presente a Silke y a su futuro hijo; la tentación que representaba tener una cantidad de dinero, la suficiente para ofrecerles en bandeja aquel mundo espléndido y culpable. Sin embargo, recapacitó, y aunque estaba seguro de que Alfredo Fanjul no le estaba mintiendo, tampoco estaba diciéndole toda la verdad, y la prudencia no había dejado cojo a nadie.

—De momento prefiero mantenerme al margen.

Alfredo Fanjul mantuvo una expresión de neutralidad que ocultaba admirablemente las espadas y Ramiro, con unas ganas locas de salir de allí, ejerció la diplomacia con rapidez mirando de reojo a las zonas donde una violencia sorda amalgamada en el vicio empezaba a separarse de él.

—Bien —dijo—, de todas formas siempre estarás a tiempo de cambiar de opinión. ¿Y tú, Manolete? ¿Qué me dices?

Manolete dejó que sus ojos se nublaran un poco por el humo del tabaco y, a pesar de que se le notaban las ganas de tomar parte en aquel latrocinio, miró a Arturo con la cara de un niño que espera a ser reprendido por disponerse a pintar las paredes con sus ceras de colores. Este no acababa de entender al guripa, ya que la guerra, que había traído nuevas formas de degradación, también proporcionaba extrañas formas de paciencia.

—Manolete, esto es sólo asunto tuyo —le dijo.

El guripa dio entonces su aquiescencia a Ramiro, pero condicionando su participación a que Arturo no le necesitase con urgencia, a pesar de lo cual aún mantuvo un pueril aire de disculpa.

—Bien, creo que eso es todo entonces —zanjó Ramiro con sumisión untuosa.

—Pero me habías dicho que tu amigo necesitaba también otro tipo de información —dijo Alfredo distrayéndose de nuevo con algo entre las neblinas.

—Creo que ya hemos molestado demasiado.

—Estamos entre españoles. Tu amigo buscaba a esos americanos, ¿verdad? Yo aún soy alguien en esta ciudad.

—¿Crees que nos podrías ayudar? —inquirió Arturo.

—Nada es imposible, solamente más caro.

—Tengo dólares —le mostró el fajo que le había dado Maciá.

—No, no necesito tu dinero, pero podríamos llegar a algún tipo de acuerdo si aceptases lo del banco...

—Ya te he dicho que...

Arturo se dio cuenta de que pintaban bastos antes de que Saladino se acercase por detrás para bisbisarle; por cierta oquedad retórica en el tono de Alfredo Fanjul, como si estuviese haciendo tiempo, y porque las conversaciones y risas alrededor se habían ido disipando en cuchicheos y frases susurradas. Se maldijo por no haber prestado más atención a los signos.

—Hablar, hablar, hasta cagar sirve para más cosas...

La voz surgió a su izquierda, de la sombra que se fue perfilando a medida que salía de la bruma.

—Te crees muy listo tú, vienes aquí y nos dices que somos unos tibios, y que no tenemos cojones...

Era un soldado no muy alto, pero ancho y fuerte, con unos rasgos desdibujados por el humo, la voz modulada por el alcohol, y una pistola en su mano izquierda.

—... pero tú no te has mirado al espejo, maricón, y por eso no te vas a marchar de aquí sin pedir perdón...

Aunque Arturo no acababa de imaginárselo como un hombre, sino como una forma de vida más primitiva, animal.

—... a todos nosotros...

Y todos los animales saben incluso mejor que los hombres que no hay nada más difícil que restablecer una autoridad puesta en tela de juicio.

—... y luego a lo mejor te dejamos marchar, sólo a lo mejor... ¿No dices nada, maricón?...

Arturo supo que nadie intervendría, porque aquello formaba parte de un espectáculo muy antiguo, una espiritualización de la crueldad, el goce del romano en la arena del circo, los inquisidores presenciando las piras, los éxtasis ante los guillotiniamientos... Por eso ni siquiera entenebreció el gesto y dejó que todo corriese por su sangre, el dolor, el sufrimiento, la pérdida, la derrota, los muertos vistos y los muertos por venir...

—¿Sabes por qué las sardinas en lata encajan todas tan bien? —preguntó.

El soldado no pareció comprender del todo la interrogante. Al igual que tampoco asimiló el movimiento rapidísimo con el que Arturo sacó su Little Tom y le pegó un tiro, arrancándole la mitad de la cara e inundando de sangre todo el perímetro como si alguien hubiese volcado un cuenco de ella.

—Porque no tienen cabeza —se respondió a sí mismo Arturo, apuntando con la pistola a izquierda y derecha en cortos movimientos para mantener a raya a cualquiera que tuviese la sensata idea de acribillarle. Al momento Saladino y Ninfa se ocuparon de quitarles las armas a los secuaces de Alfredo para cubrir ángulos ciegos, mientras Manolete atrancaba la puerta del despacho en previsión de visitantes inesperados. Ramiro aguantó firme, bien plantado, al tiempo que observaba cómo el cuerpo del soldado permanecía aún con vida un par de minutos más, con las piernas temblando epilépticamente. Nadie hizo nada. Arturo buscó a través del ambiente de invernadero a Alfredo Fanjul, que se mantenía impertérrito, aunque con la mirada forzada de los adversarios que se ven obligados a no machacarse debido a las circunstancias. En ese instante comenzaron a golpear la puerta con violencia, entre llamadas a Alfredo e imprecaciones.

—¿Y bien? —se dirigió Arturo a Fanjul.

Éste rellenó el vaso y lo vació de un golpe.

—Que cada perro se lama su propio cipote —resolvió Alfredo—. Además, era un idiota, no se dio cuenta de lo peligroso que eres: no soportas hacer el ridículo. Por mí estamos empatados —levantó la voz—, ¿lo habéis oído? —se refería a sus hombres—. Y haz el favor de bajar eso —señaló su pistola—, puedes sacarle un ojo a alguien.

Alfredo Fanjul era un delincuente, no obstante Arturo adivinó que saldrían de allí vivos no porque fuese alguien que respetase su palabra, sino porque era práctico, y en aquel momento lo que no le convenía a la colmena no le convenía a la abeja. Además, ellos sabrían siempre dónde encontrarle y él dónde encontrarles a ellos. Las piernas del muerto detuvieron en ese instante su pavoroso temblor, pero Arturo no sintió ni rastro de culpa, sólo un efímero sentimiento de incomodidad. Alfredo Fanjul se puso en pie y con unas órdenes reinstauró la jerarquía en el interior del despacho y calmó el feroz cerco al otro lado de la puerta. Él mismo les acompañó hasta la entrada, permitiendo que recuperasen sus armas. Por el intenso cañoneo en el exterior, lo que les aguardaba fuera no era mucho mejor que lo que dejaban dentro. Antes de abandonar definitivamente el bunker, Alfredo retuvo a Arturo por el brazo, acercándose a su perfil. Olía a alcohol, olía a ajo, olía a muelas podridas.

—Yo me olvidaré de esto, Arturo, pero será mejor que tú lo recuerdes.

El chorro color acero de los vehículos militares fluyó por la Hermann-Göring-Strasse y entró con premura en los garajes subterráneos de la Cancillería, huyendo de los cañonazos que hacían estallar las costuras de Berlín. Bajo la pálida iluminación de los garajes, a pie firme ante las trepidaciones provocadas por los obuses, aguardaban el capitán Möbius, Arturo y una escolta de las SS. La manía secretista de los nazis de crear diversos grados de iniciación para estancar la información mantenía a Arturo en la ignorancia del destino que les aguardaba. Un par de horas antes, tras despedirse de sus camaradas, requeridos ya en sus respectivas unidades ante el inmediato cerco de la ciudad, Arturo había sido acompañado con urgencia por miembros de las SS ante Möbius, que ya le estaba aguardando en el garaje.

Tan recto como le permitían sus piernas arqueadas, y tan aseado que únicamente la sombra de la barba en su rostro y un cierto aire de autómatas revelaban el escaso sueño que tenía en su haber, daba las órdenes pertinentes para que llenasen los depósitos de los vehículos con las reservas de combustible de la Cancillería, las últimas que se podían encontrar ya en toda Alemania.

—Nos vamos a Jonastal —se limitó a decirle a Arturo con sequedad—. El general Kammler quiere verle.

—Muchas gracias —se limitó a responder.

Cuando concluyeron la operación, Möbius y Arturo se montaron en un Kübel, y

el resto de la escolta se acomodó en camiones y motocicletas con sidecar. Entre baches, velocidad y explosiones cruzaron el gigante sonado que era la ciudad de Berlín en dirección sur. Avanzaron a buen ritmo siempre con el miedo de que los rusos pudiesen aparecer en cualquier recodo de la carretera, ignorando que, al mismo tiempo, los tanques soviéticos seguían una milagrosa ruta paralela a su caravana, subiendo hacia la capital. Mientras se cruzaban, ya de atardecida, los primeros *frontoviki* soviéticos, con tanta cautela como estupor, penetraban en el gigantesco cuartel general de Zossen, abandonado escasas horas antes, donde se hallaba ubicado el Alto Mando del Ejército, el sanctasanctórum desde el que se habían dirigido las operaciones de todos los frentes desde el Volga a los Pirineos. Los rusos no daban crédito al comprobar que los edificios de poca altura, pintados de verde, marrón y negro, y camuflados con redes, eran la punta de cemento de las inmensas instalaciones subterráneas con la mayor central de comunicaciones por teléfono, teletipo y radio militar de Europa. En el momento en que Arturo se giraba para hacerle una pregunta a Möbius, un gigantesco checheno giraba hipnotizado en la sala principal ante las decenas de tableros de parpadeantes luces, cada uno con un letrero debajo: Praga, Viena, Copenhague, Oslo...

—¿Quiénes cree usted que llegarán antes a Berlín, los americanos o los rusos? —inquirió Arturo.

Un distraído Möbius despegó los ojos del paisaje y le miró; en ellos había una mezcla de vigilia y sueño. Se acercó una maleta de mano que había mantenido agarrada a su costado y eligió en su interior un dossier de cubiertas rojas que llevaba cosido un mapa desplegable; humedeciendo el pulgar, pasó sus páginas hacia delante y hacia atrás.

—Tome —se lo entregó—. Les fue incautado a los británicos en enero, en los últimos días de la ofensiva de las Ardenas. Esto debe ser la segunda cosa más secreta de Alemania en estos momentos, pero ya no importa.

Arturo hojeó los informes con creciente sorpresa. Era uno de los documentos más cruelmente reveladores de toda la guerra. En él, bajo el escalofriante título de Operación Eclipse, se detallaba con gruesas líneas de demarcación la división de Alemania entre los Aliados, al norte los británicos, al sur los estadounidenses, y al nordeste y este los soviéticos. Y aunque Berlín estaba dividido también en tres partes, se encontraba en el centro de la zona rusa.

—Si piensa establecerse en Berlín, le aconsejo que vaya aprendiendo ruso —apostilló Möbius—. Y en caso de que tenga otros planes y no le salgan, tómese esto.

Le entregó una píldora KCB de cianuro.

—Es una muerte segura —añadió.

—Toda muerte es segura, mein Hauptsturmführer —observó Arturo—, toda muerte...

Sin mayores contratiempos, el convoy terminó por internarse en la montañosa región de Turingia, entre Alemania y Austria. Los vehículos empezaron a culebrear ascendentemente entre curvas profundas y ciegas bajo bóvedas de bosques, iluminados por la luz verde azulada que filtraba la hojarasca. Los enormes árboles entrelazaban sus raíces como serpientes, se retorcían, formaban cepos, y en precipicios cortados a pico se desplomaban cascadas que caían en medio de mortajas de brumas. En un momento dado se levantó una niebla que borró todas las formas, ralentizando el avance hasta que comenzaron a aparecer numerosos controles, casetas y bunkeres. Inesperadamente, una inmensa puerta blindada, suficientemente grande para que trenes enteros pasasen a través de ella, a juzgar por la vía que desaparecía engullida, brotó de la nada.

—Y éste es el primer secreto de Alemania, Herr Andrade: Jonastal. Tiene usted suerte, hay pocas personas que hayan visto los dos y vivan para contarlos.

La colosal puerta, camuflada para que no pudiese ser divisada desde el aire, se fue abriendo al tiempo que una sirena luminosa giraba y emitía un sonido aullante advirtiéndole de la operación. Los vehículos entraron mientras la puerta volvía a cerrarse; a partir de ese momento el asombro de Arturo no hizo más que multiplicarse. En su mente volvieron a resonar las explicaciones de Maciá mezclándose con los informes de Luigi Romersa acerca de fábricas subterráneas tan grandes como ciudades, llenas de artefactos prodigiosos. Ahora sí sonaban inquietantes las palabras del Führer acerca de una bomba que asombraría al mundo. Jonastal III C, el verdadero nombre de aquellas instalaciones, era un gigantesco complejo subterráneo con más de veinticinco kilómetros de túneles, en el que trabajaban miles y miles de esclavos llegados de todos los rincones del Reich, al igual que las materias primas y los componentes, para dar forma a la pesadilla armamentística de Hitler. Sus vehículos avanzaron por una vía central iluminada por brillantes luces que se perdía en el infinito; en paralelo, legiones de trabajadores sobre vagonetas, vestidos con monos de diferentes colores, pasaban silenciosamente y se perdían a izquierda y derecha en diferentes túneles. Möbius fue describiéndole las diferentes áreas por las que iban pasando: inmensas salas donde se ensamblaban las piezas de los nuevos Messerschmitt a reacción, además de otras especializadas en motores, torpedos, bombas, armas, radares, equipos de tierra...; oficinas hasta una altura de dos pisos, con los cristales de las ventanas inclinados hacia delante para permitir a los técnicos de batas blancas que trabajaban en su interior tener una panorámica de las salas; y en un nivel más profundo, algo que Arturo sólo había visto en los documentales: un colosal cohete V2, de costado, con el dibujo característico de cuadros blancos y negros en su lomo, y a su alrededor, un hervidero de trabajadores y grúas.

—Así que todo era cierto —comentó un admirado Arturo.

—Los Aliados aún pueden tener problemas, ¿no cree? —murmuró Möbius.

Los vehículos no pudieron avanzar más y unos técnicos les indicaron que se bajasen. Aquella zona parecía diferente, de acceso más restringido. Arturo evocó entonces la alocución de Mussolini afirmando que los alemanes arrasaban ciudades enteras y el último discurso radiado del Führer, pidiendo a Dios que le perdonase por hacer uso de un arma definitiva, y tuvo la certeza de que el cerrojo del misterio estaba a punto de saltar. Entraron en una gran sala pintada de color verde oscuro, con líneas amarillas que indicaban las zonas de paso. El verde llegaba hasta dos metros en la vertical de la pared, para luego cambiar al gris habitual de toda la instalación. La limpieza que se apreciaba era absoluta. Lo primero que vio Arturo fue una habitación de cristal cilíndrica de unos cien metros cuadrados que dominaba la parte central de la sala. En su interior, media docena de individuos enfundados por completo en trajes de protección metalizados. Un zumbido de fondo inundaba toda la sala. Junto a la puerta de acceso de la pieza acristalada, trajes colgados y un cartel que terminó de confirmar a Arturo su impresión: ACHTUNG. ATOMKRAFT! Rodearon la habitación y comprobaron que se salía de ella a través de un tubo traslúcido que llevaba a unas duchas y de ahí a unos vestuarios.

—Los técnicos que trabajan dentro tienen que descontaminarse antes de salir —le aclaró Möbius.

Uno de los técnicos les guió hacia una puerta; accionó un conmutador y ésta se abrió mientras sobre ella una luz empezaba a girar. La siguiente sala en la que ingresaron era de un tamaño mucho menor, y dominando su parte central, sobre tres recios soportes de madera, había tres bombas atómicas en diferentes fases de acabado. A su alrededor trabajaba minuciosa y concienzudamente otro grupo de operarios.

—Puede acercarse si quiere —le animó Möbius.

Arturo frunció los labios y asintió. Finalmente WuWa, las armas secretas, la fuerza mitológica que reduciría todos los esfuerzos aliados a un montón humeante de cenizas y piedra. Arturo se acercó a la plataforma mirando primero a través de la imaginación: seres primigenios, anteriores a toda nomenclatura, se habían congregado bajo aquellas bóvedas y rodeaban las bombas, las acariciaban, mientras a su alrededor crecía el odio como una vegetación monstruosa. Su razón volvió a tamizar la realidad y estudió las bombas, de color gris verdoso y tamaño decreciente, con unas aletas que les daban el clásico aspecto de una bomba aérea de la Luftwaffe, con varios textos de aviso y flechas indicando por dónde asirlas. A pesar de su engañosa apariencia, Arturo sabía lo que significaban, el fin de cualquier tipo de heroísmo en campaña, de la moral de combate, de la capacidad de resistencia, de la inteligencia y la estrategia. Aquellos artefactos eran sencillamente la mayor expresión del sueño nihilista del nacionalsocialismo. La llave de su *Götterdämmerung*.

—Tienen tres... —dijo Arturo, asombrado.

—*Hagen, Wotan y Sigfrido* —nombró Möbius—. Muy pronto serán los nombres más conocidos del mundo.

Arturo no encontró la forma de contradecirle.

—El general Kammler me acaba de ordenar que le lleve ante él, Herr Andrade.

Arturo miró alrededor, buscando al general.

—¿El general...?

—Arriba, mire arriba.

Arturo elevó los ojos y descubrió unas oficinas empotradas en la roca, con los mismos cristales inclinados que en otras salas. Tras ellos, enfundado en un pesado abrigo de cuero negro, con los brazos a la espalda y tocado con una gorra, le vigilaba el general SS Hans Kammler, el amo absoluto del programa atómico del III Reich.

>—Bienvenido, espero que no hayan tenido un viaje demasiado accidentado —les recibió cuando entraron en las oficinas acristaladas.

—Muchas gracias, mi general —respondió Arturo tras cuadrarse—. Hemos tenido suerte.

El general, un individuo cercano a los dos metros, con un color de piel dispéptico y tan delgado como una calavera, dio síntomas de que aquella iba a ser la muestra de cortesía más sofisticada que iba a ofrecer.

—Bien, a instancias del mayor Bauer he querido que usted venga a Jonastal para que sepa por qué está luchando. Estamos orgullosos de haber conseguido por fin el arma que acabará con esta guerra, y ahora que la ha visto, deberá redoblar su entusiasmo e implicación en su trabajo si de verdad ama a Alemania.

—Yo no deseo otra cosa que la victoria del Reich, mi general.

—En ello confío. Ahí abajo no tenemos tres bombas, sino tres oportunidades de que Alemania se libre de sus enemigos de una vez por todas, cada una de mayor potencia que la anterior, *Hagen*, de 18 kilotones, *Wotan*, de 20, y *Sigfrido*, la mayor, esperamos que llegue a los 22 kilotones. La base de *Sigfrido* no es el uranio, sino el plutonio, y la diferencia será inmensa, se lo aseguro. No obstante, la primera que lanzaremos será *Hagen*, y según el efecto que produzca, usaremos o no el resto.

—¿Y cuándo será eso, mi general? ¿Y dónde?

—Los objetivos son secretos, pero ya es cuestión de muy poco tiempo, y su deber es conseguirnoslo, como nos lo están consiguiendo los soldados que mueren cada día en todos los frentes —hizo una pausa para considerar el resto de su explicación—. El mundo cree que las *Wunderwaffen* no existen porque no las hemos utilizado y hemos permitido que los Aliados entren en Alemania, pero todo se ha debido a un simple retraso. Como ya le habrán explicado, el proceso de separación del uranio que se realiza en lugares como la Virus Haus es esencial para que se produzca la reacción en

cadena, pero en su momento el Führer consideró que era más seguro separar las distintas fases de construcción de la bomba, así que aquí preparamos los artefactos y las espoletas, y hay distintas Virus Haus secretas dispersas en diferentes ciudades donde se trabaja en la separación. El problema radica en la lentitud del proceso, pero en uno de esos centros ya tienen casi la cantidad adecuada de uranio 235. Cuando recibamos la confirmación se trasladará a *Hagen* a dicho centro, donde se completará la operación. Hay un Heinkel modificado y preparado desde hace meses en un aeródromo secreto para lanzar la bomba —miró a Möbius de tal manera que Arturo intuyó que el capitán tenía más peso en todo aquel proyecto del que había conjeturado—, y después... después el mundo contendrá el aliento.

Aquella licencia poética no casaba con el general, pero Arturo consideró que las palabras describían perfectamente el efecto que produciría tal bomba. Sin embargo, recordó el escollo de la masa crítica, que no había salido en toda su exposición.

—Manfred von Ardenne, Otto Hahn y Gerlag von Weizsäcker... Los miembros del proyecto están todos aquí, ¿verdad, mi general?

—En efecto.

—¿Podría hablar con alguno?

—¿A fin de qué? —preguntó suspicaz.

—A fin de hablar sobre Von Kleist. Cualquier comentario suyo podría darnos pistas sobre lo que tenía en la cabeza.

—Mmm... Esos hombres que ha nombrado tienen demasiado trabajo, además de que no mantenían una relación demasiado estrecha con Von Kleist, se limitaban sólo a temas concernientes al proyecto. De todas formas, nunca se relacionó demasiado con el personal. La única persona con la que podría hablar es con uno de sus ayudantes. Puedo hacerle llamar si lo desea.

—Se lo agradecería, mi general.

Arturo recordó la mirada del hombre sin cejas troquelada en su memoria, y decidió probar con Kammler.

—Creo que había alguien encargado de la seguridad de los miembros del proyecto. También podría hablar con él.

Kammler y Möbius solventaron una conversación entera en la forma en que uno sostenía la mirada y otro la apartaba.

—Hay mucha gente encargada de la seguridad, no veo la necesidad...

—Creo que es un hombre sin cejas —se atrevió a interrumpirle Arturo.

—No recuerdo —mintió con descaro el general—. Bien —solventó—, mandaré llamar a ese ayudante y se entrevistarán. El capitán Möbius estará con ustedes. Le deseo suerte.

Arturo elevó el brazo, dio un taconazo y medio gritó un *Sieg Heil*. Kammler llamó en un aparte a Möbius, y en una escena que provocó un *deja vu* en Arturo, les

observó hablar. Echó de menos las habilidades de Hans Krappe para leer los labios, porque estuvo seguro de que lo que buscaba se hallaba allí mismo. De refilón se le ocurrió que a lo mejor ambos estaban implicados en la Thule, lo que sería un nuevo obstáculo para encauzar toda aquella agua estigia. Desvió su atención al otro lado del cristal, hacia las bombas. Su escepticismo natural se preguntó si todo era tan mortífero como aparentaba, y si la industriosisidad con que le habían descrito el futuro no indicaba más un deseo que una realidad. Allá abajo, los demonios no paraban de agitar la tersura superficial de las certezas.

—Herr Andrade, ha llegado Bruno Wassermann, uno de los ayudantes del profesor Von Kleist —le indicó Möbius al cabo de un rato.

Arturo se dio la vuelta y se encontró con un individuo de mediana estatura, con mejillas de hámster, una barbilla hundida que le daba cierto parecido a Himmler y unas cejas muy negras y angulosas. Vestía una bata blanca y en la mano izquierda llevaba una tablilla con hojas enganchadas por un diente metálico. Se saludaron con discreción; Arturo adivinó que sus trucos de ser amable, dar pena o sugerir rigidez no valdrían en presencia de alguien tan coriáceo como Möbius. Este había puesto al ayudante al día respecto a sus intenciones, pero Arturo sufrió un transitorio estado de desorientación, no era que estuviera perdido, sino la forma en que estaba perdido. Si por él fuese le metería el cañón de una pistola a aquel desgraciado hasta la campanilla y le obligaría a cantar hasta el número de pie de Ewald von Kleist, pero se limitó a tantearle, a hacer preguntas inofensivas.

—¿Cuánto llevaba trabajando con el profesor Von Kleist? —comenzó en busca de qué mezcla de odio, aprecio o lealtad regía sus relaciones.

—Aproximadamente dos años.

—¿Le estimaba usted?

—Tenía mi respeto. Mi absoluto respeto —añadió.

—¿En los últimos tiempos vio algo extraño en el comportamiento del profesor?

—El profesor era una persona muy reservada, de pocas palabras. A lo mejor estaba un poco más cansado de lo habitual, pero también el ritmo de trabajo había aumentado.

—Bien... ¿Recuerda que haya mostrado algún temor o inquietud especial?

—Le dolía la situación de su país, como a todo buen alemán.

—¿Algún comentario fuera de tono, alguna confesión privada?

—Nada de eso, Herr Andrade. Nuestra relación se limitaba a lo profesional...

De las siguientes respuestas y reacciones del ayudante, Arturo sacó en claro que Ewald von Kleist era un ser extremadamente reservado —un digno miembro de la Sociedad Thule—, que trabajaba encarnizadamente aparentando una normalidad en la que ya nadie creía, con un patriotismo a toda prueba, y que mantenía una relación con Wassermann que no pasaba de meramente superficial, ya que era uno más del *staff* de

ayudantes que tenía, y uno muy secundario. Después de aquello Arturo se quedó estúpidamente en blanco; Möbius se apercibió de su extravío y, con el tono discreto pero demolidor del profesional que lamenta tener que interrumpir pero que informa de que no hay tiempo que perder, le apremió a hacer sus últimas inquisiciones. Sobre aquella situación ya no tenía imperio y se sintió ajeno, fracasado en medio de todas aquellas jerarquías que hervían de engaños, envidias, rivalidades y tensiones. Se disponía a anunciar su abandono, acentuado por una aguda sensación de hambre, cuando un zumbido gigante y persistente acabó en una violenta explosión, haciendo trepidar las oficinas. La diferencia entre los soldados y los civiles quedó patente cuando tanto Möbius como Arturo evitaron la absurda reacción de agacharse, mientras que Wassermann se tiró en plancha debajo de una mesa. El capitán desenfundó con rapidez su pistola y se dirigió a las escaleras, no sin antes comprobar que el tremendo estampido no tenía nada que ver con unas bombas que seguían intactas en sus plataformas. Unas sirenas comenzaron a aullar con un sonido desquiciante, y grupos de SS armados hasta los dientes y vociferando órdenes comenzaron a correr por todas partes y a asegurar las salidas. Lo primero que pasó por la cabeza de Arturo era que los rusos habían dado con Jonastal. Lo segundo, que algún comando les había seguido hasta allí. Entremedias, se le ocurrió que la idea de meterle una pistola hasta la campanilla a aquel tipo no era tan mala. Sin desaprovechar un segundo, obligó a Wassermann a salir de debajo de la mesa, y forcejeó en su chaqueta y bolsillo hasta encontrar su cartera. La sorpresa en el ayudante fue tan mayúscula que no se resistió, y siguió sin comprender lo que Arturo pretendía cuando éste sacó una fotografía en la que aparecía junto a una mujer y dos niñas.

—¿Es su familia?

—No entiendo... —balbuceó.

—¿Es su familia? —gritó Arturo.

—Sí, sí...

—Bien...

Le tiró la cartera a la cara y sacó el Little Tom, colocándoselo en la oreja.

—¿Sabe cómo murió el profesor?

—No, no... —contestó tembloroso.

—Le rajaron como a un cerdo. Ahora me sé la calle y el número de su casa, Herr Wassermann, y vamos a hacer un trato —sacó la cartulina de Von Kleist y se la mostró por ambas caras sin darle opción a pensar—. Si quiere que estas dos preciosas niñas y su mujer no sigan el camino del profesor, va usted a decirme qué es esto y cuando regrese el capitán quedará entre nosotros. Estaba en los bolsillos de Von Kleist, ¿qué es? —le gritó.

Wassermann parecía no comprender, aturdido por el pánico.

—¿Reconoce algo? —insistió Arturo, esta vez con rabia sedimentada y apretando el cañón contra su oreja.

—La letra de Von Kleist —concedió estremecido.

—¿Y qué más?

—No puedo hablar sin que esté presente el capitán —objetó con desesperación.

—Sus niñas... —siguió jugándosela Arturo—. Además, ¿no quiere que encuentre al asesino del profesor?

—Por supuesto.

—Pues yo soy la única persona que puede hacerlo. Y no soy ni tan tonto ni tan valiente para saltarme las normas si no fuese estrictamente necesario.

Wassermann titubeó. De repente las sirenas dejaron de aullar, acortando su margen de tiempo.

—¿Sabe lo que me pueden hacer si se enteran de esto?

—¿Sabe lo que puedo hacerle a su familia? No me interesa nada el programa atómico, sólo quiero saber qué ve aquí.

El ayudante sudaba a mares.

—¿De dónde lo ha sacado?

—No tenemos tiempo, Bruno... —Arturo no sólo pensaba como un lobo: actuaba como tal—. A Von Kleist le cosieron a puñaladas y lo dejaron tirado en un charco de sangre, como a un animal. Piense en sus niñas...

Fue suficiente. El ayudante le quitó la cartulina de las manos y estudió aquel sismógrafo de la actividad creativa de Ewald von Kleist. No prestó demasiada atención a las fórmulas de una de las caras, ni al símbolo de la Thule, pero se quedó clavado cuando reconoció la península con el enrejado y la serie de círculos concéntricos que partían de su centro, rodeado de cifras.

—¿Sabe lo que es esto?

—Si lo supiera no estaríamos aquí, se lo aseguro —en las cejas de Arturo se dibujó una leve punzada inquisitiva; aflojó la pistola.

—Es un mapa de distribución calórica.

—¿Un qué?

—Un mapa que indica la densidad de distribución calórica que generaría un bombardeo, o si lo prefiere, el grado de destrucción. Mire —indicó nerviosamente cifras con el dedo—, el primer círculo comprende 1,35 kilómetros, la zona de máximo daño; el segundo abarca 4,35 kilómetros, la zona de daño secundario. ¿Ve esto? La densidad calórica en el primer círculo sería de 1,4 por 10E8 kilocalorías por km², y en el segundo de 7 por 10E6 kilocalorías por km².

El rostro de Arturo, que vigilaba cada poco la puerta, era un poema.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que en poco más de un kilómetro la explosión depositaría ciento

cuarenta mil millones de calorías.

—O sea...

—O sea que coincide con el efecto que produciría un artefacto de 18 kilotones.

Algo como *Hagen*...

—O sea...

—En el área la tasa de mortalidad sería del cien por cien —sentenció finalmente Wassermann.

Arturo le echó un rápido vistazo a la cortante silueta gris verdosa de la bomba. Una ojeada que estrechó y enfrió su corazón.

—¿Y acerca de esa área? —encadenó vertiginosamente—, ¿qué me puede decir del objetivo?

Bruno Wassermann escudriñó de nuevo el perfil peninsular que abarcaban las funestas circunferencias mientras gruesas gotas arrollaban por su frente.

—No tengo ni la más remota idea de dónde puede ser, se lo aseguro, pero aquí... aquí hay un número que no casa con las ecuaciones, no sé qué... —señaló una R y una B seguidas de un 153.

En ese instante Arturo iba a preguntar sobre la masa crítica cuando escuchó el sonido de unas botas fuera del despacho y guardó la cartulina y la pistola. Friedrich Möbius irrumpió con ímpetu en la habitación. El capitán les vigiló con desconfianza, sin un resto de la habitual indolencia que exhibía. Bruno Wassermann no movió ni un músculo, pero se puso rígido. La censura tácita del capitán Möbius flotó amenazadoramente sobre Arturo.

—¿De qué estaban hablando? —les disparó.

—Le estaba contando a Herr Wassermann que no se preocupase, que usted sabía hacer su trabajo —improvisó Arturo.

Su ofrenda no bastó para que Möbius envistiese el trapo rojo.

—¿Es verdad eso, Herr Wassermann?

La incertidumbre cruzó su rostro de roedor durante unos momentos, una cara empapada de sudor.

—Es verdad, capitán —respondió finalmente.

—Está usted muy sofocado.

—El susto...

Möbius tardó todavía unos segundos en decidir qué hacer. Fingió creerles.

—No ha habido nada irreparable, ha explotado un torpedo que tenía una espoleta defectuosa —se limitó a explicar—. Algunos muertos y poco más.

—Espero que ninguno de los nuestros —se preocupó un cainita Arturo.

—Ninguno. En cuanto a nuestra estancia aquí, le comunico que no se prolongará más de un par de horas. Siento decirle que no podrá visitar las instalaciones y que deberá permanecer incomunicado hasta que un retén le acompañe a los vehículos.

Son órdenes del general Kammler. No obstante, podrá comer y descansar si lo desea. En cuanto termine de despachar unos asuntos, volveremos lo más rápido que podamos a Berlín.

—A sus órdenes, mi capitán.

A continuación se despidió de Bruno Wassermann.

—Muchas gracias por su ayuda, señor, y... —señaló un punto en el suelo— recoja su cartera, se le ha caído. Compruebe que no falta nada, nunca se sabe...

Arturo aprovechó la siguiente hora y media para comer y lavarse. Después permaneció echado en el catre, estudiando la cartulina de Von Kleist y rumiando dónde colocar aquellas nuevas piezas en todo el conjunto, al tiempo que se reprochaba no haber tenido tiempo para desvelar lo que significaba aquella masa crítica. Cuando picaron a la puerta, un soldado le anunció que le estaban esperando en la entrada del complejo. Arturo se preparó y le siguió; en el borde de la colosal puerta blindada les aguardaba el convoy de las SS. Fuera, una tenebrosa tormenta acababa de abrir sus fauces delante de sus caras. Las montañas eran penetradas por telarañas de rayos, azotadas por latigazos de lluvia racheada. Arturo pensó que ante aquel precipicio de ferocidad o sentías terror o te convertías en filósofo. Todavía se estaba decidiendo por una de las dos opciones cuando se presentó el capitán.

—Cambio de planes, Herr Andrade —gritó para hacerse oír sobre el furioso rugir de un trueno.

—¿Qué sucede, mi capitán?

—Tendremos que volver en avión. Hay habilitada una pista de despegue cerca de aquí, pero habrá que esperar a que despeje un poco. Yo mismo pilotaré.

—¿Algún problema?

—¿Problema? —arqueó las comisuras de los labios en una sonrisa invertida—. Los rusos están a punto de cerrar el cerco sobre Berlín...

9. El lamento de Orfeo

Arturo mantenía la mirada perdida a través de las ventanillas del Fieseler Storch, oceladas por cientos de gotitas de agua. Superficies planas o abruptas, rojizas, castañas o verdes, cruzadas por las serpientes azuladas de los ríos, habían ido alternándose iluminadas por la luz rasante de un amanecer más calmo que les había permitido despegar. Aun así, vientos firmes habían zarandeado el avión durante la mayor parte del trayecto; una estructura helada que vibraba, trepidaba, y cuyo movimiento se transmitía de una manera desagradable al cuerpo. Berlín apareció tras cruzar unas nubes grandes y algodonosas con formas animales; desde aquella altura la batalla parecía inofensiva, sólo se divisaban breves fogonazos apenas más intensos que el destello de un fósforo. Llovía con fuerza, pero el mismo tiempo revuelto que les había protegido del riesgo de cazas enemigos ahora no les libraba de los cañones soviéticos, que a medida que el avión descendía orientaban sus bocas hacia ellos y les rodeaban con violentas flores de pólvora. Retemblando por las explosiones, el avión se inclinó unos grados buscando en el eje este-oeste, a la altura del Tiergarten, la pista de aterrizaje que acababan de habilitar entre la Puerta de Brandeburgo y la Columna de la Victoria. Esa misma pista que les permitiría volver a pisar la capital era la oscura obsesión de Arturo, porque significaba que si el aeródromo de Tempelhof no estaba ya ocupado por los rusos, lo estaría en breve, y eso implicaba que los miembros de la Embajada española se hallarían a punto de coger su avión para Dinamarca, por lo que las posibilidades de Silke de salir de Berlín se agotaban.

—Agárrese fuerte, vamos a aterrizar —le gritó Möbius por encima de los motores.

Arturo intercambió una mirada de connivencia con el capitán, conscientes de que viajaban en un avión de papel. El ligero aparato oscilaba por la violencia de las explosiones mientras perdía altura hasta que, al final de una media circunferencia, logró embocar la improvisada pista. Disminuyendo su velocidad, el tren de aterrizaje terminó por rozar un instante el accidentado suelo y saltar encabritado para volver a rodar con duros brincos, hasta detenerse cerca de los grandes arcos. Möbius protegió el aeroplano y saltó fuera de la carlinga seguido de Arturo, corriendo encogidos entre los cráteres llenos de agua y los bucles retorcidos de las vías del S-Bahn, en busca de la protección de un edificio medio escombrado. Arturo sabía que estaban esperando a un vehículo que vendría a recogerles, y se preguntaba qué hacer primero, si dirigirse a la Embajada o ir en busca de Silke. Möbius resolvió la duda de oficio.

—Herr Andrade, acompañeme a la Cancillería, tenemos que recibir instrucciones del mayor Bauer.

Arturo se puso a la orden. Mientras aguardaban, la lluvia caía con tanta fuerza y premura que chorreaba por los ángulos cortantes de su casco, oscurecía su capote y su

uniforme, se colaba por el cuello y las botas. Al tiempo, su cerebro cocinaba ideas absurdas, desesperadas, agobiado por el ingobernable reino del caos, las ilimitadas formas del desastre que empezaban a girar y girar alrededor de Silke y él. Aguantó hombro con hombro junto a Möbius hasta que apareció un camión de mediano tonelaje que, desafiando la lluvia paralela de obuses, les recogió y salió pitando, siempre vigilado por las oscuras canicas de los ojos de una de las Furias, perchada en la sección al aire de un edificio.

En cuanto entraron en la Cancillería —con los oídos taponados por la última explosión—, el capitán se dirigió directamente a una de las entradas del Führerbunker. Saludaron al retén y, para sorpresa de Arturo, pasaron de largo por el antebúnker y, salvando los controles, bajaron por unas escaleras de caracol hasta el nivel más profundo; era la primera vez que Arturo penetraba en el último santuario del Reich. El sistema de ventilación funcionaba bien, pero el machaqueo de la artillería había resquebrajado las paredes, dejando que se filtrase un polvillo que flotaba en el aire. El tráfico de hombres uniformados de todas las armas y rangos recibiendo y emitiendo partes de guerra, instrucciones militares, órdenes políticas y administrativas, mensajes urgentísimos, se mezclaba con un ambiente de desintegración en el que las doradísimas reservas de alcohol de la Cancillería no dejaban de tener su papel, disipando progresivamente la disciplina y transformándola en ebriedad y abatimiento. Todo delataba que la profecía de tenebrosa belleza, el fin de los tiempos wagneriano que tanto anhelaban los nazis, no tardaría en ser satisfecho. Möbius buscaba al mayor Bauer, pero éste se hallaba en una reunión urgentísima del estado mayor y les hicieron aguardar en la sala de espera. Hacia media tarde se presentó el mayor. El cambio que se había producido desde los escasos días transcurridos era notable. Su rostro magnífico había sido excavado por las ojeras, su mirada se había reseca, y su inquietud indicaba una tenaz lucha por mantener su gigantesco autoengaño.

—El Führer se queda en Berlín —anunció todavía perplejo—. Su decisión es irrevocable. Defenderá la capital hasta la victoria final o sucumbirá con ella.

—¿Qué hay del noveno? ¿Y el general Heinrici? —preguntó Möbius.

Bauer le taladró con los ojos.

—Hay que olvidarse de todos esos traidores. En el este corren como conejos y en el oeste reciben al enemigo con banderas blancas. El pueblo alemán ha fracasado y ha elegido su destino. Ahora sólo nosotros podemos salvar del oprobio y la derrota al Führer —se autoimpuso calma—. ¿Cómo ha ido su encuentro con el general Kammler? ¿Lo tienen todo dispuesto?

Möbius efectuó un rápido movimiento ocular hacia Arturo, que a éste no le pasó desapercibido.

—Hablaremos luego —rectificó—. Herr Andrade, creo que su cepo de

proporcionar una verdad para que luego se traguen la mentira puede haber funcionado. En un par de horas estaré en condiciones de confirmarle si hemos dado con el traidor que pasaba información a Pippermint. Pásese en cuanto pueda por el hotel Adlon, habitación 105.

—¿Han vuelto a actuar los comandos?

—Los lobos... Los lobos acaban de hacer mucho, mucho daño, Herr Andrade —desveló tenebroso, enigmático—. Aunque no de la forma en que ellos creen, lo que no les eximirá de ser cazados, destripados y colgados de los balcones de la Cancillería, junto con todos los traidores, al igual que hicimos con los seguidores de Stauffenberg.

Su inteligencia fría y utópica había logrado de nuevo hacer manejable el mundo, hallar en aquellos pequeños actos medievales, casi religiosos, la manera de dibujar la realidad según su voluntad, la voluntad del Führer. Arturo chocó con fuerza los tacones y disparó su mano con un fiero *Heil Hitler*, contagiado por un instante de aquel magnético ego colectivo. Su mente jerarquizó automáticamente hechos e hipótesis, incrustando entre ellas una nueva variable: la inesperada preponderancia que iba adquiriendo el capitán Friedrich Möbius en el programa atómico de Alemania. Ahora bien, lo primero en aquellos momentos era ponerse en contacto con Silke. Tras pedir permiso para retirarse, pasó a la antesala y zigzagueó entre los uniformes en busca de la central telefónica y telegráfica. Ésta se hallaba cruzando el despacho vacío del secretario del Führer, Bormann, y allí, ante uno de los operadores, un tal Misch, hizo valer la autorización sellada de Bauer, pero los repetidos intentos de comunicación no dieron resultado.

Como una prolongación física de los oscuros presagios que le embargaron, Arturo sintió un fuerte alfilerazo en la base de la espalda. Sin perder tiempo, obligó al operador a dejarle solo, se colocó los auriculares y usó las claves adecuadas para ponerse en contacto con la Embajada española. En esta ocasión no tuvo que esperar para que Ramiro le respondiese; Arturo fue informado de que la Embajada estaba siendo desalojada mientras hablaban, a lo que respondió conminándole a ponerle directamente con Francisco Maciá. La voz del secretario no tardó en dejarse oír.

—Señor Andrade, me alegra saber que sigue vivo.

—No disponemos de mucho tiempo, señor secretario —contestó Arturo—, tengo noticias para usted...

Le hizo un resumen de los últimos acontecimientos: el registro de las SS del piso franco; la pira humana del comando y la crisis cardiaca de Stratton tras revelar que uno de los científicos había buscado a los Aliados; las extrañas teorías de Otto Dege y sus películas fantasma; la posibilidad de desenmascarar a Pippermint, haciendo un hincapié particular en que Hitler se iba a quedar en Berlín y, sobre todo, en el prodigio de Jonastal y su aterrador contenido: *Hagen*. Maciá, preocupado, hizo caso

omiso de las películas y se centró en lo más positivo.

—Vaya, parece que no podremos irnos tranquilos de Berlín. No nos interesan los asuntos domésticos de las SS ni las conspiraciones fantásticas, pero ese artefacto, *Hagen*, es de máxima prioridad. ¿Usted qué opina? ¿Es una amenaza real?

—Sinceramente, no sabría qué decirle, señor secretario. Ese general Kammler sabe lo que hace, eso es seguro, pero también podría ser un farol —recordó el arcano de la masa crítica—. A lo mejor el roscón no tiene sorpresa.

—No podemos correr riesgos. Si esa bomba estallase con los efectos que me ha descrito, y si dispusiesen de unas cuantas más, la guerra podría dar un vuelco. Bastaría con un golpe de ese calibre para que la Wehrmacht volviese a luchar —un silencio indicó que consideraba diversas alternativas—. Señor Andrade, todavía tendrá que demostrar un poco más su fe en Dios y en el Caudillo...

—Estoy a sus órdenes, señor secretario.

—Lo sé, como también sé que necesitará ayuda. No sólo usted se ha de sacrificar por España, también lo harán Ramiro y Matías. He decidido que se quedarán en Berlín, en el bunker de la Embajada, como apoyo logístico. Aunque Ramiro ya lo había solicitado, tiene usted buenos amigos.

Arturo consideró con cinismo que seguramente el Reichsbank pesaría más en su solidaridad. Lo que no le cuadraba era Matías.

—¿Y por qué Matías? —preguntó.

—Matías es más que un mecanógrafo, señor Andrade, también se ocupaba de la seguridad de la Embajada. Podrá recurrir a ellos en cualquier momento, mientras ellos mantendrán informado al palacio de Santa Cruz.

—Me parece bien... eh..., señor secretario...

—Dígame, señor Andrade.

—Respecto a lo que habíamos hablado de su avión, no pretendo ser impertinente, pero me preguntaba...

—Lo recuerdo, señor Andrade... —le interrumpió Maciá; su silencio posterior acentuó la incertidumbre—. Si logra que esa mujer esté en menos de una hora en el aeródromo de Tempelhof, le doy mi palabra de que habrá un asiento para ella.

—Muchas gracias, señor secretario... —respiró Arturo—, muchas, muchísimas gracias.

—No me las dé, señor Andrade, se lo ha ganado en buena lid. Mejor dicho, se lo ganará —concluyó misterioso.

La comunicación quedó interrumpida por una crepitación constante. Arturo iba a abandonar con premura la centralita cuando entrevió en uno de los cajones medio abiertos un ejemplar de la *Dienstaltersliste*, los volúmenes que se elaboraban cada año con las listas de oficiales de las SS y sus historiales, y que estaban siendo destruidos por todo el Reich. Sin pensárselo dos veces, dio gracias a su suerte y se lo

metió dentro de la guerrera. ¿Quién sabía qué tratos podría facilitarle con los rusos en caso de que lo capturasen? Sin cargo de conciencia alguno, salió de la habitación con una idea fija en la cabeza: encontrar a Silke. Abriéndose paso entre la apretada humanidad que abarrotaba el bunker, su intención era dirigirse hacia los garajes y utilizar el salvoconducto de Bauer para apropiarse de algún vehículo y un chófer. Pero su decidida marcha fue interrumpida en el nivel superior por un inesperado desfile: Magda Goebbels, la mujer del ministro de Propaganda, aureolada de una elegancia incongruente con el lugar, pasó delante de él seguida por su prole, seis niños de semblantes pálidos y abrigos oscuros. Arturo se estremeció; aquellos críos no debían estar allí, no tenían que estar allí. Coincidiendo con su llegada apareció Eva Braun, la misma presencia vaporosa que le había asombrado en la Cancillería, quien recibió a Magda y su familia en medio de una alegría sincera. Le indicó las escaleras que descendían hacia sus habitaciones particulares y, girándose un momento, sus ojos buscaron algo o a alguien. Unos ojos que acabaron por cruzarse con los suyos, una mirada ciega, que los traspasó, para luego darse la vuelta con una sonrisa y desaparecer escaleras abajo, cerrando la comitiva.

Silke. Silke. Alrededor de Arturo Berlín se había desintegrado, sólo había Silke. La motocicleta del enlace cruzaba la ciudad con decisión hacia Schöneberg; él iba en el sidecar, agarrado fuertemente debido a los bandazos de la moto, salpicado su rostro por el barro y el agua que caía. No iba en pos de una mujer, sino de un ideal, un aspecto amable del mundo, una concepción de la vida. En medio de un universo que se derrumbaba, sólo aquella certeza le salvaba. Sin embargo, algo negro e inhóspito amenazaba con engullir sus certidumbres. Un presagio. La moto derrapó en un último molinete que le dejó frente al portal de la casa. Arturo se desmontó con urgencia y subió las escaleras de dos en dos. Todo el ímpetu que había empleado para llegar hasta allí se esfumó súbitamente. Encaró la puerta como quien encara un patíbulo; aprestó su fusil ametrallador, la abrió con sigilo. Entró en la pequeña salita. Ella le estaba esperando. Silke. Y a su lado, su marido, Ernst. La boca de Arturo se abrió de asombro, aflojó el arma. Se dio cuenta de que la radio estaba apagada. De que la boca de Silke temblaba nerviosa, de que esbozaba una sonrisa triste que encubría la culpa. De que una lágrima comenzaba a caerle. Y luego, la angustia, la rabia, la impotencia.

—Creí que estaba muerto. De verdad lo creí, Arturo —se intentó justificar.

—¿Por qué apagaste la radio? —logró articular Arturo.

—Vergüenza. Me daba vergüenza hablar contigo.

Arturo observó a Ernst. Estaba sentado en una silla debido a una herida en la pierna. Se le notaba inquieto pero firme. Sostuvo su mirada. Era como si la foto con la que tanto tiempo había rivalizado hubiese cobrado vida. Seguía siendo bien parecido, aunque el cautiverio y la enfermedad habían enflaquecido sus hechuras de

martinete. Sintió celos. Unos celos inclementes.

—Silke me lo ha contado todo —dijo Ernst con cierto nerviosismo.

—Cállate...

—Tienes que entenderlo, Arturo —le defendió Silke—. Sigue siendo mi marido, los rusos lo tuvieron preso desde Kursk. Logró escapar hace un mes. Apareció ayer, imagina mi sorpresa...

—Y esto qué cambia... no cambia nada... él estaba muerto y puede seguir estándolo... Tú me querías...

—Todo ha cambiado, Arturo, debes entenderlo.

—¿Y España? Íbamos a ir juntos, lo habíamos hablado, ¿recuerdas?

—Tienes que entenderlo...

—¿Y nuestro hijo?

—Ernst se ocupará de mí y del niño. Se lo he contado todo.

—No se preocupe, señor Andrade —confirmó Ernst—, yo me...

—¡Cállate!..., ¡cállate!..., ¡cállate!...

Arturo gritó y gritó, apretando la empuñadura de su arma. Luego contempló su rostro en un espejo apoyado en la pared; un rostro que transmitía irracionalidad, falta de lógica. Se dio miedo.

—Tenemos que marcharnos —resolvió terco, violento—. Hay un avión esperándote, amor mío.

—Ya no puedo ir a ninguna parte, Arturo. Tengo que cuidar de mi marido.

—Hay un avión esperándote —insistió—. Tienes que salir de Berlín inmediatamente.

—Silke no se irá, Herr Andrade —se interpuso Ernst, esta vez con entereza.

Arturo le miró. Sintió ira pura, aguda como una espada. Atravesándole. Y una noche sin estrellas en su cabeza. Lentamente, levantó su fusil ametrallador y apuntó al pecho de Ernst.

—Silke —vocalizó con precisión—, cogerás ese avión o acabo lo que tenían que haber hecho los rusos.

Silke se puso en la línea de tiro, protegiendo a su marido. Su gesto, unos segundos antes tembloroso, se había transformado en algo frío, duro.

—Es mi marido.

—Le mataré. Si no coges ese avión sabes que le mataré.

El pulso fue crudo, inexorable. Pero Silke conocía el lenguaje del cuerpo, mucho más antiguo que las palabras. Y conocía a Arturo cuando no era Arturo, o a lo mejor, cuando era Arturo de verdad. No dudó que cumpliría su palabra. Silke se dirigió a su marido.

—Quédate aquí. Resolveré esto.

—Silke...

—Te matará, Ernst. Déjame a mí.

Luego le acarició con la mirada, le serenó. Aquella mirada fue lo que de verdad derrotó a Arturo, porque era una mirada de amor, algo que resultaba imposible de comprar, que se autodestruía si alguien intentaba compartirla. Silke cogió un abrigo y salió delante de Arturo, que no dejó ni un momento de apuntar al pecho del alemán. En el portal no atendió a sus instrucciones, y ocupó el sidecar sin dedicarle una mirada. Arturo se montó a horcajadas detrás del soldado y le ordenó que calzara espuelas hacia Tempelhof. Durante el viaje intentó hacerse oír por encima del petardeo del motor y de los cañonazos, pero ella permanecía lejana, como una Eurídice muerta e inmune a su música. Golpe tras golpe, incendio tras incendio, cruzando un Berlín agonizante, mar adentro en el desastre.

Entraron en Tempelhof al tiempo que la comitiva de la Embajada española descendía de sus vehículos. Llegaron empapados y atenazados por el frío; el aire saturado de pólvora pesaba en los pulmones como el plomo. En los alrededores del aeródromo, los tiroteos de pequeño calibre de las escaramuzas se mezclaban con el martilleo de la artillería y los lanzacohetes Katyusha, que no dejaban de disparar contra los enormes edificios administrativos. Allí, en medio de un mar de cazas destrozados, despegaban los últimos aviones.

—¡Señor secretario!... —gritó Arturo a la carrera—. ¡Estoy aquí!

Francisco Maciá le vio acercarse con cierta incredulidad, como si no acabase de creerse su obstinación.

—Es una pena que tengamos que despedirnos en estas circunstancias, señor Andrade —le recibió—, pero me alegro de que haya llegado a tiempo.

—Nunca dudé de que cumpliría su palabra, señor secretario —le agradeció Arturo; luego señaló a Silke—. Es ella, señor.

Maciá asintió y no perdió ni un segundo; ordenó a sus acompañantes que se dirigieran hacia el Junker que les aguardaba con las hélices revolucionadas.

—Creo que ya está todo hablado, señor Andrade. En la Embajada se quedan Ramiro y Matías. Diríjase a ellos en cuanto pueda. Y tenga siempre presente que usted es la primera línea de España contra esa escoria roja que quiso entorpecer el engrandecimiento del solar patrio. Tenga fe en la Providencia y en el Caudillo, pero que sea una fe inteligente y esforzada, no se arriesgue innecesariamente. Confío en que nos veamos de nuevo en Madrid.

Maciá le dio la mano. La última frase fue lo único de su discurso que no había sonado impostado. Ambos percibieron el tacto rígido y frío de sus pieles. Arturo se dio la vuelta y buscó a Silke, que aguardaba sentada en el sidecar. Apuntaba con una Tokarev al conductor de la motocicleta.

—Me dijiste que la utilizara para defenderme —le espetó dirigiendo el cañón

hacia él.

—Cuándo...

—Siempre la llevo encima desde entonces —le cortó.

Arturo extendió las manos como un peticionario.

—Tienes que coger ese avión, Silke. Por lo que más quieras. Los rusos no tendrán piedad de nadie.

—Mi marido me necesita.

—Yo me haré cargo de tu marido, te lo prometo.

—No... —Silke titubeó—, no puedo, Arturo.

Arturo se quitó el casco, se descolgó el fusil ametrallador, exhausto.

—No sé en qué he fallado, sólo te amo...

—No insistas, Arturo, por favor, yo también te quiero, pero ahora ya no depende de nosotros.

—¿Cómo puedes pedirme que acepte esto? —alzó la voz, alterado—. Sabes que no puedo, y menos con nuestro hijo. No puedes decidir por los dos.

—Ya lo he hecho, Arturo.

—Arturo —era la voz estricta de Maciá, al pie ya del Junker—, no sé qué se trae con esa mujer, pero no voy a llevar a nadie que no quiera venir...

—Por favor, señor secretario, aguarde...

—Nos vamos, señor Andrade —le cortó con brusquedad—, le deseo suerte.

Francisco Maciá se giró y subió por la escalerilla, introduciéndose en el avión. Arturo supo que no valía la pena decir nada más, porque aquello no tenía nada que ver con la lógica, sino con los deseos de Silke. Observándola, mientras bajaba lentamente la pistola, le parecía ya remota, inalcanzable. La ira inicial se convirtió en resentimiento y a continuación mutó en un sentimiento de pérdida y deriva. El avión se empezó a elevar con esfuerzo y la puerta para huir de aquella pesadilla se cerró definitivamente.

—Llévela a su casa —ordenó al motorista—. Ahora.

—Gracias, Arturo —le agradeció Silke—. Es lo único que podemos hacer.

—¡No, espera! —se corrigió Arturo a voz en grito.

Sacó la *Dienstaltersliste* del interior de su guerrera y se la entregó, explicándole el trato que podría hacer con los rusos en una urgencia. Luego se quedó en medio de la pista mientras la moto maniobraba dando media vuelta, siempre con sus ojos enganchados en Silke, hasta que su espalda fue un mínimo punto en la lejanía. Todavía aguardó hasta perderla de vista y añadió el tiempo suficiente para que se convirtiera en un recuerdo. No importaba, no importaba la edad ni la experiencia acumulada, el aprendizaje de la decepción era interminable, imposible, porque siempre quedaba un rincón en el alma dispuesto a ser herido. Allí, mientras alrededor la guerra seguía su curso y de la placa gris y negra del cielo caía una llovizna

congelada, sentía su ser hecho pedazos, gemebundo, pero nadie, ni Silke, ni mucho menos su marido, tenía la culpa, nadie tiene la culpa de las ilusiones de los demás, y de que toda ilusión esté abocada al fracaso. Repentinamente, sintió un agudo dolor físico y se dobló en dos, preso de arcadas. Unas náuseas que apenas le hicieron expulsar hilos de saliva, porque su estómago estaba vacío. Poco a poco, con respiraciones irregulares, dejó que el aire volviese a entrar en sus pulmones. Luego inspiró hondo y espiró. Recuperó el control infligiéndose una violencia extrema. Y dejó que su sangre volviese a entonar una canción oscura, un principio destructor vivo que se unía al dolor de la ciudad, magnífico, intenso, imponente, haciéndole desear que el desastre fuese mayor, más sobrecogedor, más arrasador. Eran las voces conocidas de los demonios, que hablaban de matar y devorar; una canción negra que le llenaba y le alimentaba y le mantenía en pie. A él, un Orfeo recién despedazado.

Y la lluvia que caía con una sucia grisura.

Y el agua que chorreaba por su rostro.

Y su figura, que se iba difuminando.

Para regresar a Berlín, Arturo se montó en uno de los blindados que arrastraban un lanzacohetes Nebelwerfer que, junto con otros vehículos acorazados y tanques, se habían dirigido a Tempelhof para repostar combustible antes de preparar un contraataque en el sureste de la ciudad. Una vez en el casco urbano Arturo pudo incautarse de otro vehículo con su conductor y ordenarle que se dirigiese hasta la Embajada española. Enfiló la entrada porticada y golpeó la puerta duramente con su arma. Un rubísimo Matías armado hasta los dientes le franqueó el paso. El suministro de electricidad y agua se había interrumpido definitivamente, y la radio, según le informó el mecanógrafo, era ya un recuerdo. Por lo tanto, infirió Arturo, ya había comenzado el círculo vicioso en que la conciencia primitiva se impondría a los valores, una pérdida sistemática de la civilización que conduciría al derrumbamiento de la vida hasta ese momento conocida y en la que habría una lucha salvaje por el agua, la comida y el fuego.

—Quiero hablar con Ramiro —impuso.

—Le espera. Sígame, por favor.

Subieron por la escalera de honor hasta la planta administrativa del edificio. Entraron en el despacho de Francisco Maciá, donde les recibió la figura longilínea de Ramiro.

—Arturo, me alegro de verte.

Arturo no saludó y se quitó el casco dejándolo caer junto con su arma sobre la mesa, sin atender a las abolladuras que produjo en la madera. Se pasó la mano por los cabellos; Ramiro se sorprendió de su aire implacable, del vacío a su alrededor. Arturo habló a borbotones.

—Acabo de despedir a Francisco Maciá en el aeródromo. Creo que os ha dejado al tanto de todo y que os ha ordenado que estéis a lo que mande, ¿me equivoco?

—No, es así.

—Pues si es así lo primero que vas a hacer es ir a esta dirección en Schöneberg —cogió una pluma y una hoja de papel y la anotó— y encargarte de poner a seguro a una mujer llamada Silke y a su marido, ¿estamos? Les decís que vais de mi parte, y si es necesario los traéis a punta de pistola. Los retendréis aquí hasta que pase todo. En el piso está la radio que me dejó Maciá para ponerme en contacto con la Embajada y allí se va a quedar de momento para utilizarla en caso de apuro. Después os vais a esta otra dirección en el bulevar Kurfürstendamm —escribió de nuevo— y buscáis a una vieja con una cría llamada Loremarie, deben de estar escondidas en algún doble fondo de las buhardillas —les explicó sus peligrosas excursiones durante los bombardeos—. También os las vais a traer aquí y hasta nueva orden. ¿Algún problema?

—Como dispongas —respondió Ramiro, comprendiendo que no le iba a dar más explicaciones.

—¿Tenéis algo con ruedas?

—Queda un coche oficial.

—¿Funciona?

—Siempre lo tengo a punto —intervino Matías con un matiz de orgullo.

—Muy bien. Después me llevarás a donde te diga. ¿Tenéis algo de beber?

—Un quitapenas estupendo —ofreció solícito Ramiro.

—¿Y a qué esperas para traerlo entonces? ¿A que sea Navidad?

Tras el tono vejatorio de la frase hubo en la mirada de Ramiro una compleja y simultánea mezcla de miedo, odio, desprecio, respeto y lealtad. No obstante, se movió lentamente hasta la gaveta de un archivador y sacó una botella de Johnny Walker, llena hasta la etiqueta, que desenroscó con parsimonia y colocó sobre la mesa, frente a Arturo. Éste cogió su cuello, pero Ramiro no soltó la botella, produciéndose un leve forcejeo.

—¿Me permites un consejo, Arturo?

—¿Un consejo? Valen tan poco que los dan gratis...

—De todas formas te lo daré. Ya ha empezado el diluvio, y me temo que los presentes no estamos invitados a ningún arca. Pero que nos vayan a matar no quiere decir que les hagamos el trabajo.

Arturo apuntó sus frases como uno de esos goles que hay que admirar al oponente. A partir de ahí, cualquier palabra de más hubiera sido una herida, y por ello todos se quedaron callados, pasándose la botella en una ceremonia de unificación de espíritus. Cada trago que echaban y les abrasaba la boca les unía con hilos más

tensos, invisibles.

—¿Y algo para ranchar tenéis? —contemporizó Arturo—. Tengo tanta hambre que mi culo anda dando mordiscos al suelo.

—Claro, Arturo, claro —respondió Ramiro.

Las risas se barajaron al tiempo que los alimentos, su sentido ritual, estrecharon los lazos de intimidad, una sociedad para enfrentarse al cortejo de miedo y violencia que les depararía el nuevo día. Tras calmar el apetito Arturo se interesó por Alfredo Fanjul y, por ende, las posiciones de los rusos.

—Alfredo Fanjul tiene hombres por toda la ciudad para informarle, pero creo que todavía no han pasado de los canales. Es un encaje delicado, porque necesita que estén lo suficientemente cerca como para que puedan asaltar el banco sin que las SS o el Ejército intervengan, pero lo suficientemente lejos como para no encontrarse a los soviets.

—¿Y cómo piensa escapar?

—Tiene sus planes.

—Ya.

—¿Seguro que no te lo quieres pensar mejor, Arturo? Habrá mucho para escoger.

—Sí, pero primero le tocará escoger a la muerte.

Aquella evidencia provocó que tanto Ramiro como Matías se tensasen. Arturo intentó arreglarlo.

—Aunque puedes arriesgar lo que sea si al final te ves capaz de enfrentarte a las consecuencias.

Después le deseó suerte a Ramiro, recordándole que dejase la radio en la casa de Silke, y le pidió a Matías que le acercase con la mayor rapidez posible al hotel Adlon, como había quedado con Bauer. Un último vistazo a través de una ventana le mostró el perfil mellado de Berlín; el mal tiempo había devenido en una tormenta grave y majestuosa, cruzada por las raíces luminosas e incandescentes de los relámpagos que respondían con sus truenos a los cañones rusos. Un clima que imitaba el estado de su alma, cuya herida, aunque pulsante, había dejado de sangrar: el golpe había sido tan brutal que su misma violencia la había cauterizado.

El hotel Adlon, en Unter den Linden, había sido acondicionado como hospital, y su antiguo ambiente cosmopolita y plagado de botones que servían en diferentes idiomas estaba abarrotado con camas y camastros entre los cuales los médicos se movían con paso cansino. Los elegantes oficiales de la Wehrmacht y las SS que en el pasado se hospedaban en las habitaciones ahora yacían despedazados por toda su planta, y Arturo percibió los olores de la guerra, el miasma amargo y dulzón de la carne herida y muerta mezclado con el yodo y el fenol. Las explosiones cercanas provocaban que las lámparas oscilasen como si se hallaran en un navío en alta mar y

que el yeso de los techos nevase sobre ellos. Mientras cruzaba el vestíbulo Arturo tuvo otra de sus terroríficas visiones. La muerte, la misma muerte, ataviada como un médico de la peste, con una lona alquitranada, un enorme sombrero y una máscara similar al pico de un pájaro gigantesco, marchaba entre los cuerpos temblorosos levantando aquí y allá las mantas con un bastón. Arturo pensó que escaleras arriba huiría de aquel horror, pero todo se reveló inútil, ya que en la habitación 105 le aguardaba de nuevo el resplandor seco de la impiedad, algo cobarde, sucio, maligno, amargo. Cuando traspasó la puerta eran aproximadamente las dos de la mañana; la suite era espaciosa, con salón y un dormitorio, y a juzgar por los cigarrillos aplastados en los ceniceros sus ocupantes llevaban alrededor de dos paquetes enzarzados en el cuerpo de aquel hombre. Era un Obersturmbannführer de las SS a quien habían desnudado y atado a una silla; su pecho abombado y su cabeza pelada de buitre estaban cubiertos de sangre. Sin embargo, lo que realmente ponía los nervios de punta era el descorchador de botellas que salía de su rótula, en ángulo recto, manteniendo vivas las mejores y más deshumanizadas tradiciones de la Gestapo. Le habían detenido en la misma habitación del hotel que tenía alquilada, y las manos cuadradas y fuertes de dos soldados le habían martirizado a conciencia entre preguntas reiterativas, como si estuvieran más interesados en darle tormento que en la verdad. Un interrogatorio en el que habían repetido las mismas preguntas, exigido los mismos detalles sin atender a sus juramentos de que no conocía a nadie, no espiaba a nadie, no conspiraba para nadie. El mayor Eckhart Bauer y el capitán Friedrich Möbius habían sido testigos del suplicio, el primero sumido en un ensimismamiento impenetrable, y el segundo con unos ojos indiferentes y opacos.

—Mordieron el anzuelo con fuerza, señor Andrade —le recibió Bauer.

Arturo hizo el saludo nazi con especial firmeza.

—¿Qué anzuelo, mayor?

—Simulamos un transporte de técnicos en un camión entoldado. En realidad eran prisioneros de un campo, y los aparcamos frente a la Virus Haus. Ni siquiera tuvimos que, lo mordieron a la primera. Alguien disparó un Panzerfaust desde una de las calles adyacentes. La sangre salpicó las paredes a una altura de dos metros, estuvieron una hora recogiendo trozos de carne de la calle. Sólo el teniente coronel Egon Sperath estaba al tanto del asunto, ¿verdad, mein Obersturmbannführer?

La pregunta le arrancó un lamento sofocado y gutural.

—Y ahora tenemos un gran problema, Herr Andrade. Un problema en el que usted tendrá que ayudarnos.

—A sus órdenes, mayor.

Bauer se acercó a la ventana. Su perfil efébrico aparentaba desconcierto ante un cielo al que alguien parecía haber prendido fuego.

—Lo ha negado todo, y nadie puede aguantar este castigo sin confesar, nadie —

recalcó sin apartar la vista del cristal, milagrosamente intacto—. Pero, aunque no haya tenido que ver, es la única persona que estaba al tanto de la operación. Como dice Churchill, tenemos un acertijo encerrado en un enigma envuelto en un misterio. ¿Se le ocurre algo, Herr Andrade?

—¿Puedo saber algo más sobre este hombre?

—Encima de la mesa tiene una carpeta con más datos —señaló hacia atrás sin despegar los ojos de la noche.

Arturo se acercó y cogió un portafolios del que se escapaban algunas hojas e incluso un diagrama de Pert, una representación gráfica de trabajo temporalizado con transparencias y calendarios en el que se indicaban las personas y lugares implicados. Se mordió con fuerza la parte interior de las mejillas y leyó con urgencia los informes sobre el teniente coronel Egon Sperath. El cansancio hizo que algunos datos se le amontonasen, pero sacó en conclusión una esposa y dos hijos en Hamburgo y una respetable carrera que incluía Francia, Yugoslavia y la Italia de Karl Wolff. Apenas había un dictamen moral de algún chupatintas acerca de su comportamiento licencioso y su querencia por los lupanares, por otra parte peccata minuta entre los mandos de las SS. Cerró el portafolios y lo colocó con pulcritud sobre la mesa, acercándose a continuación al oficial. Se puso en cuclillas, a la altura de su rostro lleno de hematomas y heridas, evitando mirar el descorchador; una ligera babilla sangrienta caía de sus labios y de su nariz, y su mirada desenfocada apenas podía convocar el mundo. La previsibilidad de los acontecimientos que le esperaban resultaba aterradora: sencillamente, aquel hombre estaba muerto. El olor a traición era penetrante, evidente, pero Arturo no tenía referencias concretas, no había una procedencia exacta. Por eso dejó que la información asimilada fluyese. Tanto Bauer como Möbius fueron testigos de su concentración, de su lucha tras una verdad que le rehuía, hacía fintas; como en un tema de jazz, las sutiles variaciones combatían, cortejaban, provocaban o desfiguraban el tema principal de su pensamiento, hasta que finalmente una gota de ácido conocimiento terminó por iluminar el gesto de Arturo. Era eso. Podía ser eso. La mayor demostración de poder es aquella que se ejerce sin que la víctima se dé cuenta, el control sin la manifestación de ese poder; era el mismo procedimiento empleado por Alfredo Fanjul en la tela de araña tejida de burdel en burdel, siempre atento a las vibraciones producidas por las piezas que se quedaban atrapadas. Y aquella insinuación en el informe, un mínimo pero elocuente dictamen moral acerca de las costumbres licenciosas de un oficial, bien podía indicar que Pippermint utilizaba el mismo método, que podía incluso regentar uno de esos locales. Era su única opción.

—Teniente coronel Egon Sperath, soy el teniente Arturo Andrade, uno de los encargados de la investigación —le dijo con calma—. Usted va a morir, Egon, lo sabe, no tengo por qué mentirle, pero de usted depende si lo hará en medio de este

sufrimiento inútil o con rapidez. Sé que usted no es un traidor. No, usted no ha vendido a su patria, en ese sentido puede estar tranquilo. Pero ha cometido algún error, en algún momento puede que haya hablado más de la cuenta, debido al alcohol, o al orgullo, o a la confianza, o a la soledad, o a lo que sea, no entro en eso. Y sus actos han tenido consecuencias, consecuencias extremadamente graves para la guerra, por eso apelo a su honor, a que cumpla una última obligación para con Alemania, y le garantizo que su familia no sabrá nunca esto y que recibirá la carta en la que se les informará de que ha caído luchando valientemente y en cumplimiento del deber, por el Führer, por el pueblo y por la patria...

Arturo sabía que estaba mintiendo, pero no podía dar tiempo ni a que la sangre se secase.

—¿Qué me dice? —añadió.

—No sé qué quieren —respondió con dificultad; su lengua lijosa apenas le obedecía ya.

—Piense, Egon, piense... ¿Ha estado en los días previos al traslado de los técnicos en algún burdel?

Todos los rostros reaccionaron con sorpresa. Bauer optó por no comentar nada, pero se notó que estuvo a punto de hacerlo.

—¿Ha estado con putas, Egon? —precisó Arturo.

—Sí...

—¿Dónde, Egon?

—Suelo ir a la Casa Volkova.

—¿Y tiene alguna chica fija?

—Acostumbro a estar con una, pero no siempre.

—¿Cómo se llama?

—Sonia.

—¿Y recuerda si estando con ella comentó algo sobre la operación?

El oficial escudriñó entre las sombras chinescas de su deteriorada memoria. Cuando intentó responder, el esfuerzo fue tan penoso y mortificante que no pudo más que balbucear.

—Déle agua —ordenó Arturo a uno de los soldados.

Bauer dio su consentimiento y el teniente coronel se bebió el vaso que le ofrecieron con la sed de un hombre que se tragaría su propia orina.

—No... no puedo recordar —articuló—, pero siempre bebo mucho, y había tomado drogas...

—Pero cabe la posibilidad de que se le escapase algo... —le incitó Arturo.

—No lo puedo asegurar, no puedo...

Egon Sperath intentó frenar las lágrimas con todos los músculos de la cara, pero terminó por estallar en un llanto que no había podido arrancarle el suplicio aplicado

por sus verdugos. Sus pupilas ardían por la vergüenza, el espanto y la compasión por sí mismo.

—Lo siento, lo siento... No quiero morir, he servido al Führer, siempre he servido bien al Führer...

—Entre un inepto y un traidor, prefiero al traidor, son menos dañinos —le cortó Bauer con desprecio y una claridad despiadada en sus ojos—. Usted y el capitán Möbius cojan un retén y vayan a esa dirección. Es lo único que tenemos. Si Pippermint se encuentra allí, den con él y tráiganlo. Si no, este oficial todavía estará aquí cuando vuelvan.

—¿Mayor, puedo sugerir algo? —objetó Arturo.

—Dígame, Herr Andrade.

—Todos somos conscientes de que esto es una apuesta, una mera especulación. Cabe la posibilidad de que esa Sonia sea una informante, pero sinceramente sería muy poca cosa para todo el esfuerzo que requiere que unos comandos hayan podido aterrizar en la ciudad. Me inclino más bien a que, de haber alguna posibilidad, ésta implicaría a la madame, porque jugaría con mayor cantidad de información, con más variables a la hora de proponer objetivos. También debemos recordar que apenas hay tiempo, y no acabo de imaginar que sus métodos —señaló al desgraciado Egon— funcionen igual de bien con Pippermint. Si éste ha logrado sobrevivir es porque ha controlado todas las entradas de su vida, así que también tendrá a ojo las salidas.

—Resuma, Herr Andrade.

—Pues que si Pippermint está en Casa Volkova, y es quien creemos, la única manera de que podamos cogerle con vida será por sorpresa. Por eso quiero que antes de presentarnos allí, el capitán Möbius se encargue de radiografiar a todas las personas que pueda de ese burdel, especialmente a la madame. Seguro que hay un montón de informes, y de primera mano —añadió con ironía—. Luego veremos cómo se puede apretar el lazo.

Bauer abrió y cerró su nariz y terminó asintiendo.

—Dense prisa.

Möbius y Arturo dieron un fuerte taconazo y saludaron. Salieron con rapidez de la habitación y bajaron hasta el vestíbulo; en la entrada del hotel, al borde de la tormenta, contemplaron cómo los trazos luminosos y enérgicos de los rayos quedaban enmarcados por las miles y miles de ventanas vacías de los edificios en ruinas. Una vez establecido cierto orden en toda aquella muerte, Arturo sintió un espesor en su conciencia, algo desangelado e inhóspito, y un cansancio que se cerraba como un círculo de hierro alrededor de su cabeza. Consideró la posibilidad de ir a descansar a la Embajada, pero la sola idea de enfrentarse otra vez con Silke se le antojaba insoportable.

—Capitán, si me da su permiso, creo que me iré a dormir algo a la Cancillería —

decidió.

Möbius, inexpresivo, midió la profundidad de su cansancio.

—Sí, creo que lo necesita. Duerma todo lo que pueda, Herr Andrade, quizás en los próximos días no tengamos tiempo para hacerlo.

Un vehículo de las SS salió de la noche y aparcó frente a ellos.

—Ordenaré que le lleven —propuso Möbius—. Yo aún tengo trabajo aquí. Buenas noches, Herr Andrade.

El capitán le hizo un par de indicaciones al soldado que conducía y regresó al vestíbulo con la calma y la naturalidad de un anfitrión que hubiese llamado un taxi para un invitado. Arturo se introdujo en el coche y se hundió en el asiento; el cansancio se iba transformando poco a poco en una desesperanza peligrosa. Echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo, era importante permanecer así, sin moverse; si lograba mantenerse así el tiempo suficiente todo se arreglaría. Y mañana por la mañana estaría de nuevo dispuesto para resistir, para sobrevivir a costa de todo. Y de todos.

10. Ángulos muertos

—Es la hora del desayuno, Herr Andrade.

Tras unos ligeros zarandeos, la primera visión que tuvo Arturo fue la del bigotazo del Kommissar Hans Krappe, para a continuación contemplar la línea de dientes amarillentos de una sonrisa apenas perceptible. El orondo Kommissar se enderezó, se quitó el sombrero, los guantes —con tironcitos un dedo tras otro—, que se metió en el bolsillo de su abrigo gastado aunque cuidadosamente cepillado, se quitó algo invisible de los hombros con minuciosidad y sacó una petaca que desenroscó con parsimonia.

—No se quejará del servicio de habitaciones —añadió con cierta sorna, dando un pequeño trago.

La confusión, el desorden, la incertidumbre de los primeros segundos fue borrada por el odio que, como una sustancia tóxica, recorrió su sangre. Los recuerdos obsesivos de Silke, los demonios que alumbraban en él se mezclaban con la culpa del deseo, con los sueños nocturnos de sus estrechas caderas, su vientre plano, sus pechos pequeños. De hecho, la severa erección que ostentaba le obligó a erguirse con rapidez del catre que había encontrado en el bunker de los chóferes, a fin de buscar una posición más digna. El frío y la humedad hicieron que se colocase las manos en las axilas, a pesar de haber dormido con el capote puesto.

—Buenos días, Herr Kommissar, le veo de muy buen humor —contestó.

—Tome, eche un trago —le acercó la petaca—. ¿Ve esto? —se señaló la solapa.

Arturo le miró con extrañeza: enganchada en el ojal tenía una lila fresca.

—¿Y eso? —Krappe extrajo el tallo con cuidado.

—Acaba de llegar la primavera, Herr Andrade —acarició sus tiernas hojas—. ¿Ve cuánta belleza?

Volvió a colocarla con delicadeza. Arturo bebió y recibió una descarga de ánimo en el cerebro.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Sobre las siete.

—¿Y los rusos?

—Ahora mismo están machacando Teltow, no tardarán en cruzar el canal.

Arturo sufrió un ligero abatimiento.

—Todo esto es como tomar sopa con un tenedor —murmuró para sí en español.

—¿Cómo dice?

—¿De verdad quiere usted seguir con esta farsa? —le tradujo.

Hans Krappe perfiló media sonrisa y confirmó definitivamente que era un individuo lleno de recovecos.

—Hace mucho, cuando empecé en la policía, me encargaron el caso de un tipo

que era sospechoso de haber matado a su mujer. Pasé mucho tiempo investigando, Herr Andrade, yo creo que llegué a obsesionarme, y al final llegué a la conclusión, aunque no tuviera pruebas, de que había sido él. La había asesinado y luego había hecho desaparecer el cadáver. Y ya sabe que si no hay cuerpo, no hay delito. Aun así, logré llevarlo a juicio. Y aunque lo declararon inocente, fue durante el proceso cuando confirmé realmente que yo tenía razón.

Guardó silencio, esperando haber despertado la curiosidad de Arturo.

—Continúe, por favor.

Krappe carraspeó.

—Pues bien, estábamos en la sala, y yo entendía que todo el mundo podía tener dudas racionales, sobre todo el jurado, porque tenía en su mano condenar a un hombre. Lo que hice entonces fue proponerle al fiscal una argucia: que fingiese llamar a declarar en medio de la causa a la mujer desaparecida, y que lo hiciera por sorpresa. Le expliqué el motivo y éste dio su consentimiento, y cuando lo hizo, la exclamación en la sala fue unánime, todo el mundo se giró para observar la gran puerta de la sala, todo el mundo miraba, porque ya le he dicho que siempre se tienen dudas, dudas racionales sobre si la mujer estaba realmente muerta. Todo el mundo se dio la vuelta, todos menos él, Herr Andrade. ¿Sabe por qué?

—¿Por qué, Herr Krappe?

—Porque él era el único que estaba seguro de que no aparecería.

El silencio siguiente fue roto por la sacudida de un proyectil. Krappe ladeó su rostro mofletudo y aspiró con placer el aroma de la lila.

—Puedo entender lo que me quiere decir, pero no basta con tener razón, hay que tenerla a tiempo —refutó Arturo.

—No, no es así, Herr Andrade, tú tienes razón y ellos no. Es suficiente. No caeré nunca más en la trampa de que hay un sufrimiento plural, aquí hay víctimas y hay verdugos, sin más, y son los verdugos los que matan. El hecho es que Von Kleist está muerto y algún bastardo lo ha matado, es lo único cierto. Y también es por algo personal, queda el trabajo bien hecho, ya sea por la justicia, por la verdad o por lo que quiera. Porque lo que nos define es lo que elegimos y nuestra manera de hacerlo. Lo cómodo es ser un jodido nihilista, lo fácil es decir que nada importa, lo otro, lo duro, es separar lo justo de lo injusto, Herr Andrade. Aquel canalla era culpable, y yo lo supe con certeza. Sí, eso es suficiente.

La voluntad, como una espada, resucitó en el interior de Arturo.

—Y ya que vamos a morir, qué mejor que hacerlo en primavera, ¿verdad, Herr Kommissar?

—Así se habla. Pero nosotros sobreviviremos, Herr Andrade, debemos sobrevivir: hay gente que nos espera.

Una mueca de dolor crispó a Arturo.

—A usted, Herr Kommissar. Yo ya no tengo a nadie.

—¿No tiene novia?

—No.

—¿Familia? ¿Amigos? —insistió incrédulo.

—No.

—Ah, entonces podría pasar usted por un buen alemán. Usted, como los alemanes, está empeñado en comenzar de cero —ironizó.

Sus sonrisas no tenían humor, pero se sintieron reconfortados.

—Entonces, ¿qué me dice, Herr Andrade? Ahí fuera quedan unos cuantos lobos por cazar y unas cuantas preguntas por responder. No va a dejar que los rusos nos estropeen el final de fiesta...

—Por supuesto que no, Herr Kommissar.

—Muy bien. Entonces comamos algo, le veo muy flaco, y tampoco tiene buena cara. Después le reservo una sorpresa especial...

—¿Qué sorpresa?

—Le diré dónde está el hermano de Ewald von Kleist.

El desaliento de Arturo se trocó en un soplo de impaciencia, pero supo contenerlo. Mientras la jornada avanzaba hacia ese instante mestizo entre la noche y el día en que las cosas recuperan su definición, siempre con el constante bramido de fondo de las baterías, Hans Krappe y Arturo dieron cuenta de un seco *Kommissbrot* del ejército untado con margarina a base de carbón y miel sintética hecha con resina de pino, acompañado todo por un «abreojos», un cóctel con dos tercios de vodka y uno de sucedáneo de café —Arturo, al contrario que Krappe, comía sin placer, como una máquina que necesitaba rellenarse de combustible—, mientras el Kommissar peroraba acerca de montañas de carne picada guarnecidas con aros de cebolla y pimienta molida, sal gorda y alcaparras, acompañadas de panes de centeno y cerveza negra. Seguidamente, Hans Krappe se aplicó en trazar línea tras línea un sendero por el que continuar.

—Hemos tenido suerte. Albert von Kleist estaba preso en Plötzensee y lo tenían que haber condenado en febrero, pero se hallaba en la sala el mismo día en que los Aliados bombardearon Berlín y reventaron la cabeza de Roland Freisler, el juez encargado de llevar los juicios populares. Una curiosa justicia poética, Herr Andrade —lo acuñó con una expresión extrañamente decidida—, porque nadie más salió herido de aquel tribunal. Desde entonces sus juicios se han aplazado una y otra vez y todavía está en la celda.

—Pero Plötzensee ahora se encuentra en zona de Iván.

—Por eso he dicho «estaba preso», mein Herr. En esa previsión lo trasladaron a la prisión de Lehrter Strasse.

—¿Tenemos acceso a él?

—Lo tenemos.

—Buen trabajo, Herr Kommissar. Yo también he trabajado un poco...

Desgranó su visita a Jonastal, la apocalíptica visión de *Hagen*, el inesperado peso de Möbius en todo el proyecto atómico, la atropellada entrevista con Bruno Wassermann y su alarmante interpretación de la cartulina de Von Kleist, la confirmación de que Hitler quería arder con Berlín, la captura de Egon Sperath y la posibilidad de atrapar a Pippermint. No había detalle anodino ni elemento insignificante que no cotejase ante Krappe, porque era la acumulación de todos ellos y su relación lo que debía construir y darle sentido al mosaico que debían descifrar. El Kommissar asimiló la información y concluyó que no había que perder tiempo; se pusieron en marcha, Krappe con aquel bamboleo característico asegurando que el BMW les esperaba a buen recaudo. En la entrada de la Cancillería descubrieron un cielo hermoso, tranquilo, azul, extenso. La primavera era una intrusa, y en ella un pájaro cantaba con fuerza, como si intentase acallar los cañonazos con su música. Krappe señaló el vehículo al abrigo de un grueso muro, cerca del Ministerio de Transportes. Todavía tenía su brazo levantado cuando uno de los obuses cayó con un silbido larguísimo e hizo estallar el BMW en mil pedazos, dejando en su lugar un amasijo metálico del que salía un humo oscuro y espeso. Krappe bajó el brazo con calma, aunque su educación prusiana fue incapaz de evitar que, entre un par de frases incoherentes, se le escapasen algunos denuestos e insultos. Luego se arregló la corbata de punto algo despeluchada y se recompuso el traje de *tweed* bajo el abrigo.

—Me temo, Herr Andrade, que el enemigo carece de educación. Habrá que hacer un poco de ejercicio.

—No se preocupe, Herr Kommissar, nos vendrá bien para cuando tengamos que empezar a correr de verdad.

La guerra les mostró de nuevo que las medidas convencionales no servían mientras la artillería soviética escupiera sus formidables rayos de fuego contra Berlín. En el trayecto hasta la cárcel de Lehrter Strasse, un minuto podía equivaler a un año, y diez metros, que podía ser la distancia entre una calle batida y una barricada, se convertían en ocasiones en un trayecto inabarcable. Los rusos avanzaban en todos los sectores, y no había comida, ni combustible, ni electricidad, ni munición; por todas partes encontraban cadáveres andantes con las emociones paralizadas y el ser enmudecido: columnas de soldados y civiles con andar cansino, derrotados y exhaustos, que se desplazaban como cintas grises; y grupos del estofado, como se llamaba al Volkssturm, por la mezcla de la carne vieja y dura de los viejos con las hortalizas jóvenes de los adolescentes. En el trayecto el Kommissar puso en antecedentes a Arturo acerca del drama que se había desarrollado en aquel teatro de horrores que había sido la cárcel de Plötzensee, durante la purga de la Operación

Valkiria. Un edificio cubierto de grandes cruces gamadas que no había sido únicamente una mazmorra, sino una de las lindes más obscenas de la delirante y perversa *Weltanschauung* nazi. Después del fracaso del plan de Stauffenberg para liquidar a Hitler, en aquella cárcel se habían realizado las ejecuciones de los implicados en la conspiración tras semanas de torturas espantosas. Hans Krappe le refirió cómo se había acondicionado una cámara de ejecución con una horca colgada de un gancho, iluminada por un foco, donde hacían entrar a los condenados de uno en uno. Allí, un cámara se había encargado de registrar cada uno de sus gestos previos a la subida al patíbulo, ante algunos oficiales, el verdugo, el alcaide de la prisión y un grupo de periodistas invitados. Las cuerdas que utilizaban eran cuerdas de piano en vez de sogas, para que su muerte se lentificase por estrangulación y no por fractura. Cuando el verdugo corría el lazo alrededor de su cuello y les obligaba a dar un paso en el vacío, la cámara captaba con cuidado cada convulsión, cada gota de sangre y sudor, cada segundo de una agonía que se prolongaba hasta veinte minutos entre las burlas y los chistes soeces del verdugo. Y todas esas películas de violencia casi pornográfica eran degustadas cada noche por el mismísimo Hitler, en la sala de proyección de su bunker, la venganza de un hombre enfermo que memorizaba cada encuadre, cada escena, cada secuencia. Tras aquellas revelaciones, para Arturo la Historia iba adquiriendo un espesor cada vez más extraño y perturbador, proveyéndole del gesto de estupor con que llegó ante los soldados de largos abrigos de cuero color acero que custodiaban la entrada de la prisión de Lehrter Strasse. Cuando se materializó su planta en forma de estrella, tanto Krappe como Arturo se hallaban medio asfixiados por la gran cantidad de polvo de ladrillo que chirriaba en los dientes, y el humo y las mariposas de hollín que habían respirado. Saludaron, se identificaron y accedieron a un interior en el que el frío era casi un organismo vivo que se extendía y filtraba por doquier. Albert von Kleist se hallaba en el ala B, preso con otros doscientos cautivos de todo género, comunistas, sacerdotes, escritores, políticos, militares..., la mayoría juzgados, condenados y a la espera de ser ejecutados. Le encontraron en la celda 244, sentado en un catre sin colchón con la espalda apoyada en la pared y las rodillas sobre el pecho. Su figura esquelética hacía que la ropa le colgara como si fuera la de un hermano mayor o un padre muerto. Aún era guapo, con un aire a los rasgos cincelados de su hermano, tenía un abundante pelo negro, encrespado, unos ojos grises de perro siberiano, luminosos, y un toque de histeria en la cara que les hizo temer que la memoria de atrocidades indecibles o la incertidumbre de una ejecución le hubieran trastornado. En la celda flotaba un hedor a suciedad y diarrea. Cuando les consiguió enfocar con su mirada, permaneció así, en silencio, durante mucho rato.

—¿Pueden darme un cigarrillo antes? —acabó por preguntar.

Su voz había sonado apagada, pero juiciosa. Krappe miró de reojo a Arturo.

—¿Antes de qué? —preguntó.

—Antes de fusilarme.

Una expresión de disgusto se dibujó en la cara de Arturo, que se quitó el casco con cansancio y lo dejó, junto con su arma, en el catre. Después le preguntó a Krappe si llevaba cigarrillos, y ante la negativa de éste, buscó en los bolsillos de su guerrera y encontró lo que buscaba: chocolate. Ni siquiera cuando le ofreció aquel manjar ni cuando Von Kleist lo devoró los ojos de éste dejaron de estar vacíos, drenados de energía por el agotamiento nervioso y las infames condiciones de vida. Krappe le ofreció también su petaca, y un trago fue lo único que pareció resucitar su ánimo, aunque el licor le entró por otro lado y se atragantó, tosiendo con fuerza.

—Sólo queremos hacerle unas preguntas, Herr Von Kleist.

Albert von Kleist permaneció sumido en su mutismo.

—Conozco todo el calvario por el que han pasado usted y su familia, Herr Von Kleist. Créame, estoy informado. Pero quiero que tenga claro que yo no formo parte de las SS ni de la Gestapo, no tengo nada que ver con todo esto, sólo soy un soldado con la misión de encontrar algo. Me llamo Arturo Andrade, y éste es el Kommissar Hans Krappe, de la Kripo, a quien ayudo. Mientras venía hacia aquí pensé en cómo plantearle todo esto, de hecho tenía preparadas unas cuantas mentiras, pero al final llegué a la conclusión de que no se las merece. Usted seguro que prefiere la verdad cruda a una mentira sesgada. Por eso se unió a Stauffenberg, y por eso no le faltaré al respeto. Estamos aquí porque han matado a su hermano.

Albert von Kleist hizo honor al abolengo de su sangre y mantuvo un rictus gélido.

—Ahora soy el último de mi estirpe —se limitó a comentar.

Arturo admiró aquel acto insensato de conservar la cordura, como una llama en medio de la tempestad, trasunto de la voluntad humana de sobrevivir y perdurar. A continuación hizo una selección lenitiva de las palabras para describirle las circunstancias en las que había fallecido su hermano, y en un trayecto riguroso y perfecto, como si fuera una demostración matemática, eliminó cualquier casualidad de sus conclusiones.

—Por todo esto, si quiere justicia para su hermano debe recordar, Herr Von Kleist, debe recordar...

Albert se mantuvo lejano, con un gesto duro. Decidió hablar.

—Hacía meses que no le veía... meses... hacía meses que no le veía... que no le veía... meses...

Repitió aquel mantra con la tensión de ciertos enfermos mentales, hasta que Krappe cortó el ritornelo.

—Herr Von Kleist, quizás quiera un cigarrillo. Ahora mismo se lo traigo.

Una tos brusca cortó su voz de disco rayado y le agradeció el favor con un tono titilante. Después sonrió con desdén, sin razón aparente, y permaneció ausente unos

minutos. Sin llegar a la pérdida de la razón, algo no andaba bien en su cabeza.

—Herr Von Kleist... —le apremió Arturo—, mientras esperamos al Kommissar, podemos empezar a charlar...

Albert se pasó la lengua por los labios reseco, tarareó una breve melodía mecánica y comenzó a hablar; al principio Arturo no lograba seguir la lógica de su relato, sólo eran unas frases colocadas en un orden arbitrario, regidas por una lógica misteriosa, para más adelante ir adquiriendo sentido poco a poco hasta confirmar que su hermano nunca traicionaría a su país.

—... no, Ewald nunca traicionaría a Alemania —aseveró concordando con el juicio de Otto Dege y Bruno Wassermann—, nunca. Ewald quería construir una Alemania mayor y más poderosa, como todos nosotros, por eso se constituyó la Sociedad Thule. Sebottendorf... —aquel nombre repetido por Otto Dege afinó la atención de Arturo.

—¿Quién ha dicho?

—Adam Alfred Rudolf Glauer von Sebottendorf... Cuando él fundó la Sociedad lo hizo sabiendo que los alemanes adoran el espectáculo fanático, la furia auténtica o fingida, la calculada rabia, la espuma por la boca, el patriotismo. Si creen que sus gobernantes dudan lo interpretan como debilidad, y si se es débil se es víctima. Y Alemania no podía ser una víctima; Alemania debía, como los espartanos, arrojar a los débiles a la fosa de Kaiada. Pero para lograrlo la élite alemana necesitaba a Hitler, a alguien del pueblo para unir al pueblo, un polo magnético que atrajese a una sociedad dividida, porque las masas sólo siguen a quien esté dispuesto y no vacile. Y todo marchaba según nuestros planes hasta que empezó a torcerse. Algo se nos escapó, no lo supimos ver, algo en el nazismo que subestimamos, un nihilismo, un absoluto que no alcanzamos a comprender, esa exigencia de perfección a la realidad estaba condenada al fracaso desde el principio y con ella toda Alemania —su expresión se afligió.

—*Götterdämmerung* —recordó Arturo.

—*Götterdämmerung* —confirmó Von Kleist iracundo y desvalido.

En ese momento regresó Krappe con un cigarrillo obtenido de un oficial. Era un cigarrillo de lujo, con el filtro dorado, y Albert lo recibió con la apatía con que el hambre y el dolor embotan el cuerpo. Inhaló y exhaló un olor sabroso y delicado.

—Mi hermano lo intuyó —prosiguió—. Mucho antes de que nosotros nos percatáramos de que aquellas aspiraciones imposibles nos llevarían a un suicidio colectivo, mucho antes de que Stauffenberg decidiese cortar por lo sano. Sospeché que había algo subterráneo, algo mucho más oscuro, más complejo de lo que imaginábamos, que iba incluso más allá de Hitler.

—¿Más allá de Hitler? —le interrumpió un suspicaz Kommissar.

—Sí, un plan bajo los planes de Hitler, mucho más profundo, más clandestino, y

lo que es más chocante, que provenía de la Thule...

—¿No fue más concreto?

—En los últimos tiempos nos veíamos muy poco, ya estaba inmerso en su trabajo científico. Y cada vez estaba más protegido, más aislado, más... vigilado. En las pocas ocasiones que pudimos vernos a solas se le notaba más inquieto, ero sobre todo más hermético, como si tuviese miedo de iniciarme en algo que podría ser una amenaza para mí.

—Pero ustedes formaban parte de la Thule, es más, si no he entendido mal se hallaban en su cúpula. ¿Qué podían ustedes desconocer?

Von Kleist se mostró por primera vez alerta, cuidadoso.

—Supongo que la realidad era mucho más compleja de lo que imaginábamos. Incluso para nosotros, en la Sociedad, a ciertos... niveles —elegía las palabras con extrema precaución— se producían esos fenómenos que estudiaba Ewald...

—¿Qué fenómenos?

Albert parecía congestionado, como si las palabras fuesen un obstáculo en vez de un puente.

—Sí, en la física cuántica, a nivel subatómico, el principio de indeterminación. En la Thule, como en la física, llegó un momento en que no funcionaban los principios clásicos, todo era elusivo, vago, sombras de sombras. Medias verdades, mentiras a medias, cualquier intento de predecir, de calcular, de medir, cambiaba la realidad, el orden; había huecos, vacíos inexplicables, rumores huidizos... La Thule se nos había escapado de las manos incluso a sus miembros más veteranos, al igual que el nacionalsocialismo, como si el patrón por el que se regían ambos fuese gemelo e indecible. La organización se había convertido en una construcción misteriosa a la que no había acceso alguno, o sólo una estrecha puerta por la que ya no cabíamos, y quienes estaban dentro ya no podían hacerse entender por los demás...

Albert intentó buscar ejemplos y contraejemplos en su cabeza para que todo resultara más visible, más tangible, y que no pareciera sólo un montón de palabras, sin éxito. Dio una nueva calada al cigarrillo.

—Ewald se sentía tan amenazado —prosiguió— que incluso me comentó que había tomado ciertas medidas para protegerse, un seguro para los tiempos difíciles que nos esperaban y bajo cuyo paraguas pondría también a la familia.

—¿Podría ser algún tipo de película? —intervino Arturo—, ¿quizás en el Berghof?

—Puede ser, pero nunca fue explícito, ya se lo he dicho antes. Quería protegerme de algo, no sé de qué. Insistía mucho en que no me fiase de nadie dentro de la Sociedad, ni siquiera de él mismo, porque siempre se puede sacar la información a la gente.

—Pero no logró protegerles de nada —afirmó con crudeza Krappe.

—No, no lo logró —dijo cariacontecido.

Arturo miró con indignación a Krappe, que se disculpó con su expresión.

—Pero ¿cómo pudo ser posible, Herr Von Kleist? Su hermano pudo salvarse, ¿por qué cree que no funcionó ese talismán con su familia?

—No lo sé con certeza, pero me temo que fue todo demasiado rápido, incluso para Ewald. Él se hallaba al tanto del *coup d'Etat* de Stauffenberg, y lo apoyaba, y asistió a alguna reunión cuando pudo. Aseguraba que era vital acabar con Hitler si Alemania quería tener alguna posibilidad de sobrevivir.

—Explíqueme ese plan al completo, por favor, quizás me ayude a verlo todo con más claridad.

—El Plan Valkiria era un procedimiento del OKH que consistía en tomar las medidas militares necesarias en caso de desorden nacional o sabotajes, dada la gran cantidad de extranjeros que trabajaban en el Reich. La responsabilidad recaía en el Ersatzheer y en las unidades acuarteladas en las ciudades. Obviamente, si los leales a la conspiración ocupaban los puestos adecuados en el OKH, también se podían utilizar esos batallones de la reserva para derrocar al régimen, aunque primero había que eliminar al Führer para liberar a los soldados del juramento de lealtad. Pero se cometieron demasiados errores, y después de que la bomba no matase al Führer no supimos reaccionar con rapidez, cada minuto perdido fue algo irrecuperable para el complot, no se controlaron bien las comunicaciones en Rastenburg, hubo retrasos en dar las órdenes... Cuando Hitler pronunció al día siguiente un discurso para demostrar a la nación que seguía vivo, supimos que todos nosotros estábamos muertos. Las SS sí que reaccionaron con presteza, no tuvieron misericordia, y fueron tan expeditivos que a las pocas horas se presentaron en mi casa, y mi caída arrastró a toda la familia. Estoy seguro de que cuando Ewald quiso sacar su as de la manga ya habían enviado a las mujeres y los hombres a campos de concentración, a los niños a orfanatos donde fueron rebautizados, y los bienes de los Von Kleist habían sido incautados o destruidos...

Dio una calada y echó el humo por la nariz en una extraña variedad del estoicismo. Silabeó bajo, incomprensible.

—No obstante, hubo algo que... —dijo repentinamente en voz alta.

—¿Que qué?

—Hubo algo referido a ese extraño cambio en la Thule. Cuando fui arrestado, en los primeros momentos pude compartir celdas con otros miembros de la conspiración y hablar con ellos. Todos coincidieron en la falta de coordinación, en los errores funestos que se habían cometido, y en ese intercambio descubrí algo que en su momento no supe interpretar. En el intervalo en que nadie tenía la certeza de si Hitler continuaba vivo, muchos oficiales de alto rango de distintos puestos recibieron llamadas anónimas advirtiéndoles de que el Führer había salido ileso del atentado y que

Valkiria debía suspenderse inmediatamente. En un principio no pensé mucho sobre ello, pero más tarde, en la soledad de la celda, le di muchas vueltas. Entre las cuatro de la tarde aproximadamente, cuando Stauffenberg aterrizó en Berlín, tras poner la bomba y escapar de Rastenburg, y las seis y pico, cuando la radio alemana emitió la primera noticia del atentado y su fracaso, nadie, ¿me entiende?, nadie pudo saber con certeza qué le había sucedido a Hitler, y menos a qué teléfonos llamar para detener Valkiria, a no ser que...

Se detuvo y rebuscó violentamente en su ropa hasta que sacó un piojo de un tamaño inverosímil y lo reventó entre los dedos.

—A no ser que lo hubiera hecho alguien que estuviera dentro, no necesariamente en el centro de la conspiración pero sí alguien alrededor. Y entonces recordé la prevención de Ewald acerca de los miembros de la Thule, su miedo, y ese plan bajo los planes del Führer...

Arturo y Krappe intercambiaron miradas de circunstancia y desconcierto.

—¿Qué motivos tendrían un miembro o miembros de la Thule para salvar el culo a Hitler, Herr Von Kleist? —discernió Krappe—. Si la conspiración fue impulsada básicamente por la Sociedad en aras de salvar a Alemania, ¿por qué entorpecerla? —entrelazó las manos sobre su barriga—. Tampoco tiene sentido que si hubiera habido un traidor en la Thule, éste hubiera esperado a que pusieran la bomba, por fuerza habría tenido que denunciar antes el complot.

Ninguno de los tres formuló una pregunta ni albergó suficientes certidumbres para responder. Se limitaron a contemplar los fragmentos, el torbellino de motivos y posibilidades, de porqués y porqué nos, hasta que Arturo sacó con una decisión casi brusca la cartulina de Ewald von Kleist.

—Esto lo tenía su hermano en el bolsillo el día en que murió. Échele un vistazo.

Albert dio una última y apuradísima calada, tiró la colilla y recogió la cartulina que le ofrecía Arturo. Descifró las runas, pero las fórmulas matemáticas y los círculos concéntricos que partían de la península le dejaron frío, a pesar de las explicaciones de Arturo acerca de los espeluznantes efectos que tendría *Hagen*.

—No —respondió ante una pregunta directa de Arturo—, no sé nada acerca de su trabajo, era muy reservado sobre sus investigaciones, pero de lo que estoy seguro es de que no iban como hubiese querido. Tenían algún problema, pero no concretó.

Arturo lo enlazó directamente con el nerviosismo de Möbius en la Virus Haus.

—¿Podría ser algo relacionado con una masa crítica?

—No sé nada, de veras.

—Está bien, hágame un favor, Albert, fíjese en las letras y la cifra que hay en la parte superior derecha, RB153. Según nuestras averiguaciones, podría no tener que ver con las ecuaciones. A lo mejor a usted le suena de algo.

Albert von Kleist mantenía la mirada fija en la cartulina, pero aparentaba no

haberle oído.

—Albert, la cifra en la parte superior derecha, ¿me escucha?...

En ese instante, una contracción en su rostro denunció algún tipo de dolor, una herida abierta que sangraba hacia dentro. Hizo caso omiso a los requerimientos tanto de Arturo como de Krappe, hasta que de improviso las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. Les mostró la cartulina. Habló con rabia, con tristeza, pero también con un extraño orgullo.

—¿Saben qué es esto?

Krappe y Arturo intercambiaron una mirada perpleja.

—Esto es mi memoria... —un llanto sordo le impidió continuar.

Arturo recogió la cartulina y volvió a repasarla. No comprendió su frase, qué podía desatar tal tristeza en aquel hombre soberbio, hasta el punto de permitirles presenciarla. Hasta que recordó la función original de la cartulina. Leyó por completo la letra impresa en negro bajo el mosaico de anotaciones.

Lunes, 31 de agosto de 1941 —DÍA DEL ENLACE

8.15 Sagrada comunión en la capilla del castillo.

8.30 Desayuno en el Salón de los Antepasados y en la Sala del Rey.

10.00 Los invitados se reunirán en los Salones Verde y Negro.

10.15 Procesión a la iglesia de la ciudad.

10.30 Ceremonia de matrimonio y misa mayor en la iglesia de la ciudad.

Después de la ceremonia: —FELICITACIONES.

1. Personal — Sala del Rey

2. Funcionarios — Salón de los Antepasados

3. Invitados (no huéspedes) — Salón Francés

4. Familiares y huéspedes — Salones Verde y Negro

13.30 Banquete de boda en la Galería Portuguesa.

Los invitados se reunirán en los Salones Verde y Negro.

Atuendo: Caballeros —pajarita blanca o uniforme de gala con condecoraciones y galones; damas — vestido corto con sombrero, con condecoraciones, sin galones.

16.30 Té en el Salón del Viejo Alemán.

17.30 Los recién casados parten en coche.

Al fin, Arturo entendió. Por su cabeza comenzaron a desfilar fragmentos de belleza irrecuperables, el mundo de bienestar, seguridad y confort del que procedían los Von Kleist, un universo *gemütlich* de beluga y vinos increíbles y sombreros de plumas y uniformes y herederos y obligaciones dinásticas, de tíos y primos que se llamaban Willy, Fritz, Bobby... Un recuerdo que lo había mantenido a salvo de un modo indeterminado. Pero los nazis habían comprendido que aquel tipo de hombres no temían a la muerte, sino al olvido, creían firmemente en pervivir en su fama, en superar la corrupción del cuerpo mediante la obsesiva rememoración de sus árboles genealógicos. Y por ello, junto con su eliminación física, habían aplicado lo que los romanos denominaban *damnatio memoriae*, una condena formal sobre los patricios

que consistía en arruinar sus lápidas y efigies, prohibir su apellido a los descendientes, destruir sus objetos, borrar su sentido trascendente, la pena más grande que podían imaginar, el único infierno de aquellos virtuosos ciudadanos. A cambio, los habían sustituido por hombres como el mayor Eckhart Bauer, el hombre nuevo programado para obedecer y dominar mediante el terror, y para quien la memoria era superflua.

—Es el número de una caja secreta del Reichsbank —dijo de pronto Albert.

La frase cogió de improviso a Arturo.

—¿Cómo dice?

—Ese número que me ha indicado, es una caja del Reichsbank. Ese RB lo indica. Yo también tengo una, y posiblemente mi hermano tuviera otra.

—Mmm... Si eso es cierto, quizás haya algo que nos pueda interesar en esa caja —apuntó Krappe—. Aunque va a ser complicado llegar hasta ella, porque tendríamos que justificarlo ante Möbius y para ello habría que mostrarle el programa y explicar por qué lo hemos ocultado hasta ahora, aparte de que incluso las SS tendrían problemas para que el Reichsbank les permitiese violar sus cajas. En eso somos muy alemanes.

—Pues de momento habrá que descartar esa opción, Herr Kommissar —se fajó con rapidez Arturo, pensando en los planes de Alfredo Fanjul—. Seguiremos buscando por otro lado.

Krappe frunció los labios de la manera especial en que lo hacía cuando algo no acababa de gustarle, pero encogió los hombros, se puso el sombrero y reacomodó la barriga.

—Entonces me temo que nuestra labor aquí ha terminado.

Arturo dobló cuidadosamente la cartulina y se la guardó en un bolsillo de la guerrera, rozando con sus dedos otra cuartilla doblada: el dibujo de Loremarie. Consideró que no siempre lo más racional era lo más racional, que a veces lo más razonable era la intuición, y tomó una decisión fulgurante: simuló estar de acuerdo con Krappe y ejecutaron un ritual de despedida. No obstante, Arturo dejó a posta su casco en la celda, una excusa tan buena como cualquier otra para detenerse a la salida de la cárcel y regresar a recuperarlo. Cuando Albert lo vio entrar de nuevo, permaneció tranquilo.

—Disculpe, mein Herr, me olvidé el casco —le informó señalándolo—, y también de preguntarle una cosa más.

—Algo que no quiere que sepa el Kommissar —sugirió Albert.

Su perspicacia descolocó transitoriamente a Arturo, que se limitó a sacar el dibujo de Loremarie y entregárselo. Albert dejó de abrazarse las piernas y las estiró, estudiando el gigante coloreado en negro, con su cabeza pálida y sin cejas.

—Lo siento, es la única imagen que tengo del hombre que busco —comenzó

Arturo—. Es alto, con la piel del rostro como quemada, tendrá alrededor de unos cincuenta, aunque la manera de reconocerle es que carece de cejas. Estaba encargado de la seguridad del equipo científico. Sinceramente, no podría decirle por qué le pregunto por él, no puedo demostrar que tenga que ver con todo este asunto, sólo sé que se mueve en paralelo a mí, aunque en una zona mucho, muchísimo más oscura. Únicamente puedo asegurarle que si supiera quién es demostraría algo, no sé el qué, pero algo.

La expresión de Albert von Kleist se endureció.

—Bach —respondió.

—¿Bach? ¿Se llama Bach?

—No, yo hablo de Johann Sebastian Bach. Todas las noches ponía a Bach, antes de acostarme. En Bach no hay oscuridad, todo es transparente, Herr Andrade.

—Sí, sí, pero ¿qué tiene que ver Bach con todo esto?

—Cuando acabe todo, escuche a Bach. Escúchelo, Herr Andrade.

Sus ojos indicaron que su mente iba y venía de nuevo por la línea divisoria entre la realidad y el delirio. Arturo buscó en él al hombre que había sido, pero era como buscar carne en un esqueleto. Recuperó el dibujo y lo guardó; también se colocó el casco. Se despidió con una fórmula estereotipada, abrió la puerta de la celda.

—Hace mucho...

La frase repentina de Albert hizo que Arturo se demorase en salir, aunque se mantuvo dándole la espalda.

—Hace mucho, en las primeras reuniones de la Thule, Sebottendorf iba acompañado de un individuo que respondía a esa descripción. Nunca supimos quién era, sólo era una sombra, algo que Sebottendorf proyectaba. Recuerdo que su rostro estaba parcialmente quemado, creo que fue por una bomba en alguna de las algaradas de Munich. Nunca más lo vi después de aquello. Desapareció, como el mismo Sebottendorf.

Arturo cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos.

—Gracias por su colaboración, mein Herr —dijo sin darse la vuelta.

—Y escuche a Bach —reiteró Albert—, le salvará la vida.

Arturo asintió y salió de la celda. En el momento en que se unió a Krappe, aspiró y espiró con fuerza un aire que, a pesar de estar saturado de partículas en suspensión, seguía siendo un trago de agua fresca en comparación con el infierno estrecho, sucio y maloliente de Albert von Kleist. Todo continuaba siendo irregular, ambiguo, confuso, equívoco, pero Arturo sintió cierta sensación reconfortante, la tranquilidad de que el trabajo estaba hecho, de que tendían hacia el orden.

—¿Ha encontrado lo que buscaba? —le preguntó el Kommissar con una ironía indescifrable.

Arturo no adivinó si el retintín de Krappe se burlaba o no de él.

—He encontrado lo que no buscaba —contestó—. Y también he pensado que deberíamos centrarnos un poco más en los ángulos muertos de la investigación.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Exactamente a Adam Alfred Rudolf Glauer von Sebottendorf.

Krappe no le contradijo en el momento, pero parpadeó sin acabar de creerlo. Se rascó la nuca y se metió la mano en un bolsillo, haciendo sonar algunas monedas.

—Ésa es una pista que hace mucho que está fría —constató—. Nadie sabe de él desde hace años.

—Seguramente porque nadie lo ha buscado.

—¿Y por qué le ha dado por ahí, si puede saberse?

—Digamos que apuesto por mi intuición.

—No creo que sirva de mucho.

—Como usted decía, servirá para no rendirnos antes de tiempo, Herr Kommissar.

A medida que cruzaba Berlín en dirección a Prinz-Albrecht-Strasse, Arturo tenía en la cabeza esos patos metálicos de las atracciones de feria en su peligroso paso de izquierda a derecha, y con cada uno de ellos una interrogante realizaba al mismo tiempo su comprometido periplo. ¿Había llegado Von Kleist a ponerse en contacto con los Aliados, y más tarde con un comando? ¿Cuánto había de cierto acerca de las películas rodadas en el Berghof y qué solidez habían tenido a la hora de amparar a Ewald von Kleist? ¿Existía realmente un plan bajo el plan de Hitler auspiciado por la Thule? Si así fuese, ¿qué relación tenía con las llamadas para obstaculizar Valkiria, y qué papel podían tener en él el hombre sin cejas y, por ende, un espectro como Sebottendorf? ¿Podía el programa atómico estar sufriendo problemas graves? ¿Acaso algo relacionado con la masa crítica?

Arturo dejó que el tiovivo siguiera girando, una segunda, una tercera, una cuarta vuelta hasta que descubriese algo que no se hubiera visto en la primera. Lo único que podría aportar una certidumbre acerca de la muerte de Ewald von Kleist sería encontrar a su asesino, ya fuese un comando o un miembro de la Thule, y acaso lo que contuviese aquella caja secreta del Reichsbank. Para lo primero, ante la imposibilidad de acceder al hombre sin cejas, sólo cabía esperar que su hermoso trabajo de elaboración teórica para dar con Pippermint fuese verdad, San Cucufato mediante, o que Hans Krappe lograra dar con una solución al enigma Sebottendorf; para lo segundo no podría contar con el santo y tendría que llegar a un pacto con Alfredo Fanjul. No obstante, las piezas iban colocándose poco a poco de una manera sombría, silenciosa, precisa, y daban a entender que todas las teorías quedarían con la lengua fuera en cuanto chocasen con la realidad.

Llegó a la sede de la RSHA con el día ya bien amanecido, muy frío pero

despejado. Apenas había controles en las garitas rojas y blancas y se introdujo directamente en la cáscara vacía y casi sin techo en que la despiadada acción de la artillería soviética había convertido el elegante y primoroso *palazzo*. Restaban ya pocos oficiales trabajando allí, la mayoría de sus funciones se habían trasladado a la Kurfürstenstrasse, y sólo quedaban algunos mohicanos que acababan de limpiar los rastros comprometedores y algunos presos engrilletados que habían metido en un búnker antiaéreo construido en su pulverizado jardín. Allí, entre los tiestos de gres destrozados, los parterres de tierra removida, los árboles quebrados y los estanques secos encontró al macizo capitán Friedrich Möbius, con sus piernas arqueadas, inmerso en su habitual lasitud. Se presentó con un saludo marcial. La voz del capitán sonó átona y sin prolegómenos.

—Me ha pillado aquí de casualidad, teniente Andrade. Tengo todo lo que necesita sobre la Casa Volkova en un maletín que he dejado en mi coche, unas cuantas carpetas de la Staatspolizei que puede consultar. Tómese su tiempo, ha sido extremadamente difícil conseguirlas, la Gestapo ha puesto muchas trabas y he tenido que recurrir a una orden especial de Kaltenbrunner. No tiene mucho sentido tratándose de una puta... —se tomó unos segundos para considerar qué oscuras pugnas entre departamentos se habrían entremetido en esta ocasión—. En fin —prosiguió—, lo mejor será que me acompañe, le buscaremos un sitio tranquilo para que las revise. Esta noche tenemos una cita concertada con Frau Volkova. Hemos pedido unos servicios especiales para ser atendidos por la madame en persona. El edificio estará rodeado, y al margen de que encontremos o no a Pippermint, se ha tomado la decisión de eliminar a todos sus inquilinos. El mayor Bauer ha decidido hacer una limpieza en serio, y si yo fuese usted ni se me ocurriría poner una objeción. ¿Vamos?

Arturo no dijo esta boca es mía, pero le reconcomió ser consciente de que un simple razonamiento suyo fuera a ser responsable de la muerte de un número indeterminado pero indudablemente elevado de personas. Siguió a Möbius hasta el vehículo oficial resguardado en la gigantesca estructura de hormigón del Ministerio del Aire. El coche enfiló hacia la Potsdamer Platz y después cruzó Berlín serpenteando entre los lienzos de paredes desplomadas, las carcacas quemadas y los *Sperrkommandos* empeñados en sus juicios sumarísimos, con sus amortiguadores soportando tremendos golpetazos por los hoyos de los proyectiles rusos. Eventualmente algún Sturmovik cortaba el cielo con el brillo de una navaja. Llegaron a la Kurfürstenstrasse, a una de las pocas oficinas de la RSHA que quedaban en pie. En su interior el caos era indescriptible, las SS, el SD y la Gestapo se disputaban los estrechos pasillos, pero Arturo pudo comprobar que ya no era el caos organizado de una colmena, sino ese otro errabundo y sin meta de hombres asustados que intentan aparentar normalidad. Incluso se había acondicionado una oficina que proporcionaba

documentación falsa de la Wehrmacht para miembros comprometidos de las SS y la Gestapo. Möbius había tenido una intuición certera al ofrecerle un lugar tranquilo, necesitaba estar solo para ser tan frío como exigía la verdad, y cuando le dejó en su departamento, sintió el secreto y profundo alivio de quien se pone ropa nueva. Un cabo le trajo un sucedáneo de café, y allí, en un cuarto entre archivadores y montones de portafolios y cuartillas apiladas en torres inestables, comenzó a empaparse de aquellos informes. Casa Volkova estaba abierta desde 1934, en el barrio de Schöneberg, en concreto en el 65 de la Leberstrasse, y Arturo creía que podía haber funcionado como una especie de Salón Kitty, el célebre burdel para funcionarios, diplomáticos extranjeros y empresarios que las SS habían transformado en un centro de espionaje mediante la instalación de micrófonos ocultos y el adiestramiento de personal femenino. Sólo que en este caso probablemente no habría micrófonos y la información había tomado un camino equivocado. Era regentado por Yulia Olegovna Volkova, una letona de ascendencia rusa que había huido de Riga cuando llegaron los comunistas. En principio Frau Volkova, aunque no había dado muestras de una especial adhesión al Partido, se había mostrado siempre dispuesta a colaborar con los organismos de seguridad del Reich, quizás como reacción de su acérrimo anticomunismo. Arturo revisó los expedientes tanto de ella como de alguna de sus meretrices, incluida la favorita de Egon Sperath, así como de varios clientes, buscando una equis que marcara el lugar del tesoro. Después de algunas horas concluyó, como Hindenburg, que en la guerra sólo prometía el éxito lo sencillo, y lo más simple era que el único colector al que iba a parar todo el torrente de comentarios de las prostitutas, es decir, Frau Volkova, fuese Pippermint. Por esa misma regla no le interesaba demasiado el modo de captación ni sus motivaciones ni el proceso de instrucción, seguramente coordinado con el MI6, y tampoco tenía tiempo para ello, eso se lo dejaría a los verdugos de Bauer; asimismo, no podía imaginarse a Pippermint como un todopoderoso maestro de títeres que organizase un *master plan* infalible, sino que en una labor de ensayo y error debería haber un rastro de claves y apartados postales a través de los cuales comunicarse con sus amos de Londres y con los comandos, y, si había mucha suerte, una lista con las direcciones de las casas utilizadas como refugio. Pero para acceder a los secretos —en el caso de que todo aquello no fuese uno de esos razonamientos lógicos que no son verdad— tenía que hallar una manera de interrogarla severa pero perspicaz, una manera de coaccionar en la que no cabría la violencia. Necesitaba algo más, y para ello debía seguir buceando en el expediente de Yulia Olegovna Volkova. Aunque Arturo lo ignorase en un primer momento, la respuesta llegó en unas notas que había pasado por alto, unidas con un clip al grueso de su expediente. Yulia Olegovna Volkova tenía un hijo, Sasha, que se hallaba en Alemania, un excelente punto de palanca si quería presionarla, rumió. Sin embargo, lo que en un principio parecía sólo un elemento de

coacción, a medida que leía fue cargándose de capas de significado y sutileza. Sasha era un adolescente especial, un muchacho con síndrome de Down que había sido internado en la sección de psiquiatría y trastornos mentales de la Charité, y luego en una clínica de Grunewald. Hasta ahí todo encajaba, pero Arturo recordó algunas de las frases de la charla que había tenido en el coche con el Kommissar Hans Krappe, en Wannsee, y entonces todo comenzó a adquirir sentido. Hizo una apresurada llamada de teléfono y una consulta; el telefonazo fue a la clínica Bewilogua, en Grunewald, y la consulta la realizó con un abogado de las SS a través de Friedrich Möbius. Después, aunque estremecido por la información que acababa de recabar, ya no pudo evitar pensar en Frau Volkova como en un cetáceo arponeado: ahora podrás nadar, pensó, pero jamás escaparte.

El ambiente en el elegante piso donde se ubicaba Casa Volkova era tan diferente del que se había encontrado en la lúbrica catacumba de Alfredo Fanjul que, sencillamente, parecía pertenecer a otra vida. Allí residía la esencia del Berlín de entreguerras, la ciudad que Stefan Zweig había definido como la Nueva Babel, una mezcla de elegancia, inteligencia y depravación. Miembros del cuerpo diplomático y oficiales de todas las armas, civiles pudientes y aristócratas se emborrachaban codo a codo con bonitas aspirantes a actrices de la UFA y selectas prostitutas de risa extraviada que hacían pensar más en una recepción en el Bristol que en un prostíbulo; la música que sonaba era el prohibidísimo *swing*; y el humor negro servía para engrasar de continuo las conversaciones y ocultar perfectamente la angustia. Arturo lo contemplaba todo con el gesto escéptico del comprador al que no le acaba de gustar el género, hasta que, inesperadamente, sufrió un ataque de pánico que le hizo bajar varios peldaños en el control de sí mismo. Ante sus ojos se desplegó una escena de pesadilla a la manera de *El triunfo de la muerte*, un baile de esqueletos con trazas de piel purulenta o ulcerada que departían, bebían y reían explorando todos los pecados capitales, sin conciencia alguna de su estado. Muertos que follaban muertos, pensó, y más contando con los camiones que minutos antes habían vomitado uniformes grises, cascos con rayos y gorras con calaveras acordonando la zona a la espera de una orden de Möbius. Notó la piel hipersensible y el vello se le puso de punta, comenzó a sudar; el capitán advirtió con sorpresa el pánico fracturado en sus ojos y le cogió por el codo, en un aparte.

—¿Le ocurre algo, Herr Andrade? Recuerde para qué estamos aquí...

—No, no, disculpe, mi capitán —reaccionó con rapidez—, ha sido sólo un ligero mareo.

—A lo mejor necesita comer algo.

—No, pero una copa me vendrá bien.

El capitán Möbius llamó la atención de un camarero con un gesto imperativo,

encargando dos copas de vino. Les sirvieron un Burdeos aterciopelado que provocó un admirado comentario de Möbius. Arturo se mostró de acuerdo y lo apuró rogando que le rellenaran la copa. El segundo trago pareció poner las cosas en su sitio. Se lamió los labios y se dedicó junto con el capitán a mirar el escaparate, pero sin pegar demasiado la nariz al cristal. Mientras hacían antesala en espera de la madame, se entretuvieron en una de las mesas, donde un grupo se hallaba inmerso en un típico juego alemán. Se trataba de colocar un pedazo de plomo en una pequeña sartén que habían puesto sobre un hornillo, y cuando éste se fundía formando una tela gris, cualquiera de los jugadores recogía un poco con una cuchara de estaño y lo vertía en una jarra llena de agua. La forma con que se enfriaba el plomo con un chirrido agudo predecía, según la tradición, el futuro de quien lo había bañado. Entre grititos de las damas y consejos de los invitados ya habían sacado de la jarra tres figuras barrocas que habían provocado los aplausos y los parabienes del grupo. Möbius y Arturo observaban cómo burbujeaba otro montoncito de plomo sobre la negra superficie de hierro sabiendo perfectamente las formas que adoptaría, cuando se les unió la dueña de la casa.

—Vaya, parece que mis invitados ya se han instalado.

La voz aguda, de acento hanseático, hizo que tanto el capitán Möbius como Arturo se cuadrasen primero con un ligero taconazo y el brazo levantado, le diesen la mano y, dando un paso atrás, volviesen a repetir el saludo nazi.

—Herr Andrade —intervino Möbius—, le presento a Frau Volkova.

En el tiempo en que se estrecharon las manos, Arturo pudo examinar a la madame. Era una mujer no muy alta, gruesa, con un rostro alegre que envejecía sin brusquedad, y las formas socarronas y extrovertidas de quien lleva media vida dedicada a esconder la suciedad moral debajo de las alfombras. A pesar de la confianza que inspiraba, Arturo pudo entrever la innata crueldad abstracta que posee toda inteligencia.

—Encantado de conocerla, Frau Volkova.

—Igualmente, Herr Andrade. Por lo que veo es usted español...

—Efectivamente.

—A mi casa han venido algunos españoles, son todos muy simpáticos y muy creyentes, aunque con un sentido de la culpa muy... singular. Solían repetirme una frase... cómo era... ah, sí: quien peca y reza, empata.

Arturo sonrió con sinceridad.

—Muy español, Frau Volkova.

—¿Y usted es creyente? —le preguntó con chispas de ironía en los ojos.

—A veces, cuando estoy en peligro de muerte.

Frau Volkova le devolvió la sonrisa.

—Ahora todos estamos en peligro de muerte, aunque para eso estamos aquí, para

olvidarlo —se dirigió a Möbius—. ¿Para quién es nuestro juego?

—Para los dos.

—Perfecto, la señorita estará disponible en unos minutos. A propósito, ¿quién se la recomendó?

—Un amigo. Me aseguró que es una de las mejores.

—Es la mejor, capitán, la mejor. Muy bien, les ruego que me acompañen.

Frau Volkova se movió con esa seguridad de quien sabe que siempre será seguida, y les introdujo en una habitación que no desmerecía en nada de una suite cara, a no ser por el potro y los instrumentos de espejeante cuero negro y metal colocados en medio. Alrededor, espejos ovalados con marcos de querubines dorados multiplicaban ad infinitum sus ominosas connotaciones. Arturo observó de reojo a Möbius, que no abandonó su lasitud, y disimuló el estupor producido porque el capitán no le hubiese completado el catálogo completo de pecados de Egon Sperath. Asimismo encubrió una curiosidad perversa: ¿para quién se suponía que eran aquel metal y aquel cuero? ¿Para Möbius? ¿Para él mismo? ¿Para la chica? ¿O para una función en grupo? Tuvo la esperanza de que no llegasen a comprobarlo.

—Con juguetes nuevos todos los niños hacen amistades —comentó Arturo.

Frau Volkova aplaudió la broma, pero el capitán le miró con una expresión que Arturo no supo interpretar. La madame les señaló unos enormes sofás de piel.

—Siéntense, por favor, ¿qué quieren beber?

—Un escocés para mí —se animó Möbius.

—Otro para mí —le secundó Arturo.

Yulia Olegovna Volkova se acercó a una enorme bandeja llena de botellas y les preparó las bebidas. Cuando se las entregó, ella misma se sirvió otra copa y se sentó en un pequeño sofá, cruzando sus piernas con un roce sibilante de medias y colocándose el cabello con una mano. No tardó en sacar un Gitanes y encenderlo para acompañar al alcohol, echando humo en un rápido *staccato*. Arturo, al no haber concertado nada con el capitán para su pequeña *aktion*, concluyó que terminaría cada frase o movimiento con puntos suspensivos, esperando que le señalaran la dirección.

—Es curioso, nuestros heroicos hombres de las SS tienen cierta preferencia por estos... juegos —dijo Frau Volkova mirando de reojo los instrumentos con un matiz no adivinaron si curioso o salaz—. Y para mí es un honor hacer todo lo posible para que se olviden de su terrible lucha contra esas bestias rusas.

—Cada uno tenemos nuestro puesto de combate —apreció Möbius.

—No lo dude, capitán. Los buenos alemanes nos mantendremos leales a nuestro Führer.

—Estoy seguro de ello. Y también estoy seguro de que usted es de las personas que saben que para el Führer los únicos alemanes leales son los que proyectan el suicidio.

Los movimientos de desenvuelta alegría de Frau Volkova se contradijeron con sus ojos, repentinamente atentos al horizonte de acontecimientos. Arturo aventuró entonces que la retorcida estrategia de Möbius era la de una araña agazapada que, una vez que tiene a su víctima enredada en sus pegajosas redes, se limita a pincharla hasta comprobar que ha bajado sus defensas por completo.

—¿El suicidio? —reaccionó, poniendo los ojos redondos para fingir susto—. Eso sólo se daría en caso de perder la guerra. Y no vamos a hacerlo.

—Claro, claro... —la expresión de Möbius fue casi melancólica; giró su whisky entre las manos—. Por lo que me han contado su negocio tiene mucho éxito.

—Siempre lo ha tenido, capitán. ¿Y sabe por qué?

—No.

—Porque nuestro lema es el mismo que el del ejército alemán: ser, no parecer. Y eso nuestros clientes lo saben, en mi casa pueden ser lo que realmente son. De ahí nuestra... popularidad.

—Entonces hay pocas cosas que puedan ocultarle, Frau Volkova.

—Siempre se tiene algo que ocultar, capitán. ¿No lo tenemos todos?

—¿Incluso usted, Frau Volkova?

—Incluso yo, capitán.

Frau Volkova mantenía una calma admirable, pero Arturo sabía que, fuese o no culpable, había comenzado a funcionar en ella la arcana relojería de la inquietud.

—Yo también tengo algo que ocultar —intervino Arturo para aliviar el ambiente.

Frau Volkova y Möbius se concentraron en él.

—De pequeño quería ser santo —descubrió.

La estruendosa carcajada de Frau Volkova sonó desagradable, la convirtió en una mujer más vieja.

—Entonces no va por mal camino, Herr Andrade: el pecado es la vía más rápida hacia la santidad.

Arturo disponía su réplica cuando entró en la habitación una chica desnuda, joven y alta, de pómulos prominentes y rasgos armónicos tan ajustados al nuevo ideal germánico que parecía salida directamente de las teorías raciales de Rosenberg y Sorel. No obstante, su belleza tenía un aire cansado, como si no durmiera lo suficiente o tomase algún tipo de droga. Permaneció en el centro de la habitación, con sus largas piernas ligeramente separadas y la tranquilidad indiferente de quien está acostumbrada a las miradas lascivas e insolentes de los machos. Frau Volkova le sugirió que se diese una vuelta para que pudiesen admirar los finos trazos de sus huesos a lo largo de la espalda, su perfecto trasero, y a continuación la chica misma cogió una silla y colocándola delante de Arturo se sentó a horcajadas, ofreciendo una vista perfecta de su cono.

—Les presento a Sonia —anunció la madame, satisfecha por el efecto que había

producido su aparición—. Pueden tocarla si quieren, no muerde... todavía...

—Vaya —dijo Möbius carraspeando—, el teniente coronel Sperath no exageró nada cuando nos la recomendó.

—¿Egon Sperath? ¿Ha sido él quien le ha recomendado? —se interesó la madame.

—En efecto.

—El teniente coronel es un viejo amigo de la casa.

—Entonces no podrá haber ocultado demasiado, ¿verdad? —apuntó Möbius mirando alternativamente a Sonia y a la madame, para dejar luego su bebida en el suelo.

—Recuerde que la gente también viene aquí para ocultarse de sí misma, capitán —la madame intentó alejar balones.

—Bien, entonces no podemos perder más tiempo en descubrir lo que todo el mundo esconde —terció Arturo antes de que el capitán mostrase sus colmillos—. Creo, Frau Volkova, que a estas alturas ya se habrá dado cuenta de que buscamos algo más que una hora con su hermosa Sonia.

Vigiló las señales en su cara, pero Frau Volkova lo tomó sorprendentemente bien; estaba acostumbrada a descubrir en cualquier momento que sólo sabía la mitad de la verdad. Sonrió, echó una lenta calada a su Gitanes e hizo un gesto a Sonia para que se fuera, como si se tratase de su mascota favorita. Cuando ésta se levantaba disciplinadamente, Arturo la detuvo.

—No, por favor, que se quede. También la necesitaremos a ella.

—Entonces déjela que se vista.

Arturo asintió y terminó su copa saboreando la leve quemazón del whisky, mientras esperaban a que la chica volviese envuelta en una bata. Sonia le dio la vuelta a la silla y se sentó de frente. Parecía más nerviosa que cuando estaba desnuda. Arturo aplicó su voz más autoritaria, ese par de decibelios extras que sustentan el orden y la jerarquía.

—Necesitamos encontrar a dos hombres, dos enemigos —interpeló a la madame.

—¿Cómo puedo ayudarle?

—Verá, tenemos una teoría... —le explicó todo el entramado de hechos y sucesos acerca de Pippermint acabados en su memoria—. Como usted comprenderá, el teniente coronel Egon Sperath cometió un error y responderá por ello, aunque eso es contingente, quien nos interesa de verdad, es decir, Pippermint, posiblemente se halle en esta casa.

—Demostrar eso será difícil.

—¿Demostrarlo? ¿Se refiere a la culpabilidad? —Arturo adoptó un tono liviano, casi juguetón—. No, no, se equivoca, Frau Volkova, la situación es demasiado seria, en realidad la carga es al contrario, son ustedes quienes tienen que demostrar que son

inocentes. Y una vez concluido que hay demasiados detalles que apuntan en esta dirección como para ser una casualidad, al final del todo se encuentra esta señorita.

Las miradas de Möbius y Arturo convergieron en Sonia. Entre ella y Frau Volkova había una cadena de secretos que las unía como las raíces de los árboles a la tierra, pero en toda cadena existe un eslabón débil, y ése era el que Arturo debía encontrar. Hizo una rogativa mental a San Cucufato y eligió a Sonia. Aprovechó la leve delantera que habían tomado para sacar una libreta que había cogido prestada del departamento de Möbius, e hizo el teatro de tomar nota de algo; eso siempre intimidaba, dejar constancia de las cosas, registrar, explotar el antiguo temor a ser culpado. Al tiempo, Möbius actuó como un lobo que cazase en grupo y se levantó, colocándose a la espalda de Sonia y apoyando sus manos en la silla para hacer sentir la violencia oscura y soterrada bajo su laconismo. La mirada huidiza de Sonia indicó que el miedo comenzaba a invadirla inexorablemente. Arturo levantó la vista de la libreta.

—¿Desde cuándo pasa información al enemigo, Fräulein? —comenzó.

—Yo sólo soy una puta, mein Herr. Arturo arrugó la nariz.

—Veamos, empecemos otra vez... ¿Cómo la contactaron?

—A mí no me ha contactado nadie.

—Usted es la favorita de Egon Sperath, y le aseguro que nuestro oficial resulta ser un devoto nacionalsocialista, lo que únicamente hace posible que esa información que habíamos puesto como carnaza saliese a la luz por circunstancias excepcionales. En este caso, una borrachera o lo que fuese. Es comprensible, somos reos de nuestros vicios.

—El teniente coronel Sperath también frecuentaba a otras chicas.

—Pero usted era su favorita, y teniendo en cuenta las fechas, usted fue la última persona con la que estuvo. ¿Me puede contar qué ocurrió esa noche?

—En ese sentido somos como abogados, Herr Andrade —arguyo la madame en su defensa—, hay un secreto profesional.

—Frau Volkova —intervino Möbius apretando ligeramente el cuello de Sonia—, los buenos nacionalsocialistas le deben a Alemania el sacrificio de sus dudas tanto como el de sus secretos. Y más en las actuales circunstancias.

La madame observó a los dos hombres, Escila y Caribdis en aquella coyuntura, y haciendo una mueca por una hebra de humo que se le había metido en un ojo, se encogió de hombros y asintió mirando a Sonia.

—El teniente coronel Sperath solía venir un día a la semana y se quedaba un par de horas, habitualmente conmigo —explicó Sonia—. Teníamos una sesión —señaló el potro y los instrumentos—, y pedía champaña y cocaína.

—¿Solían hablar? Aparte de la sesión, me refiero.

—Algunas veces.

—¿Qué le contaba?

—Lo que todos, mein Herr.

—¿Qué es lo que todos?

—Hablaba de su familia, de su vida, de sus problemas...

—Y también de su trabajo, ¿verdad? ¿Qué contaba?

—¿De su trabajo? Nada, mein Herr, lo único que sabía era su rango.

Arturo levantó la mano no para callarla, sino como si le hiriese lo que acababa de oír.

—Sonia, Sonia, Sonia... —la miró como si le diese pena—, no nos mienta, por favor. ¿Qué le contó durante su embriaguez? ¿No habló nunca de armas secretas?

Los ojos de Sonia se iluminaron, como si hubiera encontrado una coartada.

—Sí, mein Herr, el teniente coronel siempre aseguraba que el Führer tenía una sorpresa para Iván, una *Wunderwaffe* que haría que los rusos cayeran en una inmensa trampa y sufriesen la derrota más sangrienta de su historia.

—Pero eso es lo que ya ha contado el ministro Goebbels a todo el que quiera haberlo oído, Sonia. No, dígame la verdad, dígame lo que le contó Egon Sperath.

—No me contó nada más, se lo aseguro.

—Herr Andrade, es cierto que Egon Sperath es un buen nacionalsocialista —la defendió Frau Volkova—, pero también bebía mucho y abusaba de las drogas. Por eso mismo pudo hablar en cualquier sitio.

—Sólo borracho o sólo drogado seguramente se acordaría de su desliz, pero ambas cosas a la vez... En fin, las dos sólo las hacía aquí.

—Creo que eso es mucho aventurar —afirmó la madame.

Arturo la miró desapasionado. Fingió tomar nota en la libreta y decidió cambiar el ángulo de su embestida apuntando a la madame.

—¿Le pasa la información a usted o es ella directamente quien se encarga de contactar con los Aliados?

—No sé de qué me habla.

—¿Quién le proporcionó la información acerca de la llegada de Ewald von Kleist a la Cancillería?

—No tengo ni idea, mein Herr.

—¿Cuál de los comandos fue el encargado de liquidarlo?

—Sabe bien que lo ignoro.

—Y las casas, ¿dónde se esconden? ¿Cómo se comunica con ellos? ¿Cuáles son sus objetivos? ¿Desde cuándo traicionan a Alemania?...

Arturo presionó a ambas mujeres acelerando adrede su batería de preguntas, y cuanto más urgencia imprimía a sus inquisiciones, más seguro estaba de que eran culpables. Ellas respondían rápido, contundentes en su inocencia, parecían tener las

respuestas y la manera como proporcionarlas preparadas de antemano, pero no era eso lo que le había persuadido, sino la certeza de que si fueran inocentes se enfurecerían, se agitarían, y lo más significativo, que sus coartadas eran repetidas invariablemente igual: un inocente se defiende siempre de distinta manera. Era lo primero que había aprendido en aquella guerra: que las mentiras son estables, mientras que las verdades son contradictorias. Sin embargo, también se percataba de que el miedo había abierto más puertas en Sonia que en Frau Volkova —esta última mantenía su admirable sangre fría—, quizás franqueadas por la llave del ligero masaje que el capitán Möbius había comenzado a aplicar a su cuello, con unos dedos como tenazas. Eso hizo que orientase de nuevo toda su artillería dialéctica hacia ella, describiéndole los castigos que Möbius le tenía reservados si no confesaba, idénticos a los que venía sufriendo Sperath, porque el castigo más terrible siempre es el que pasa por la imaginación de los hombres: un martirio masoquista que llena la cabeza de imágenes mucho más terribles que las que podría sufrir en realidad.

—Es suficiente, Herr Andrade —le interrumpió Möbius, deteniendo su masaje—, Sonia vendrá conmigo y responderá a algunas preguntas. Y no nos juzgue duramente, Frau Volkova —añadió con inesperada cortesía—, éstos son tiempos difíciles, hay escasez de todo, si tuviéramos pentotal sódico se lo administraríamos, pero por desgracia no es posible. Levántese, Sonia.

Sonia se mantuvo inmóvil como una cariátide; su expresión era un grito mudo. Hubo un momento de tensión en el que pareció boquear con los ojos, y que Arturo analizó con ojo clínico espionando la relación que pudiese tener Frau Volkova con los escrúpulos y la vergüenza, hasta dónde llegaba su capacidad para sacrificar a sus acólitos. Y definitivamente Pippermint —si realmente era ella— no le defraudó. Frau Volkova estuvo contenida, circunspecta, concentrada en su cigarrillo, mientras que a Sonia parecían haberle robado todo el oxígeno, de manera que Arturo incluso dudó de no haber estado utilizando una llave falsa en la puerta equivocada. El rostro desfigurado por el miedo y la voz atiplada por los balbuceos que preceden al llanto marcaron el inicio de la claudicación de la chica.

—Señora, dígaselo, por favor, dígales que no somos traidoras... dígaselo... —ante la impasibilidad de la madame, se dirigió a Arturo—: Mein Herr, ella me dijo que era por el bien de Alemania, me obligó a...

—Está bien, Sonia... —dijo Frau Volkova con parsimonia—. Suéltela, capitán, ella no tiene nada que ver con esto. Yo les diré lo que quieren saber.

Cuando escuchó aquellas palabras, Arturo debería haber experimentado algún sentimiento de triunfo, pero no se lo permitió porque eso implicaría pensar en los porcentajes de suerte que habían jugado a su favor. Guardó la libreta y miró significativamente a Möbius, que soltó a Sonia, huyendo ésta con el brío con que Lázaro habría salido de su tumba.

—Bien, Frau Volkova —comenzó Arturo—, tiene prisa por contestar, eso es bueno. Recapitulemos entonces... ¿qué papel tiene Sonia en toda esta función?

—Sonia es una chica más del negocio, Herr Andrade. Lo único que la hace especial es que fue ella quien estuvo con Sperath. Todas tienen órdenes de contarme lo que oigan de cualquier cliente. No tengo que recordarle que la información, en cualquier profesión, es poder.

—¿Y qué le contó Egon Sperath?

—El teniente coronel Sperath estaba esa noche especialmente borracho, y en su delirio patriótico habló de sus armas secretas, de su existencia real. Estaba muy orgulloso de que le hubiesen encargado a él la responsabilidad de uno de los transportes de técnicos hasta la Virus Haus. La vanidad siempre ha sido uno de mis mejores informantes.

—¿Les habló también de la reunión que tuvo el Führer en su bunker con responsables del proyecto científico?

—En efecto, en esa ocasión también habló de que una delegación iría a ponerle al corriente de su trabajo.

—¿Qué más les contó?

La madame echó una calada a su Gitanes y soltó el humo en arabescos.

—Nada más, sólo habló del día.

—¿No les dio nombres? ¿No comentó nada acerca de Ewald von Kleist?

—No, no recuerdo para nada ese nombre.

—No obstante, usted disponía de toda esa información. ¿No le parece demasiada casualidad que en ambos casos se hayan producido atentados?

—Considerándolo bien, no.

—¿Se da cuenta de las consecuencias que pueden tener sus palabras?

—Perfectamente.

—La veo muy tranquila, y más teniendo todas las papeletas para ser Pippermint o trabajar para él.

—Lo estoy, Herr Andrade.

Estaban jugando al ajedrez. Arturo comprendió que mantenían una batalla en la que por algún motivo no era el único que disponía de dos reinas.

—Muy bien, entonces dígame ahora para quién trabaja, a quién le cuenta todo esto.

Frau Volkova le miró con ironía no exenta de respeto.

—¿Sabe usted montar en bicicleta, Herr Andrade? —inquirió.

Entre la impaciencia y la curiosidad de Arturo, se entreveró la perplejidad.

—¿Cómo dice?

—Si ha montado alguna vez en bicicleta.

—No creo que su situación admita bromas, Frau Volkova.

—Por supuesto, pero le aseguro que hablo totalmente en serio. Respóndame.

—Sí, sé montar.

—Entonces recordará cómo se localizan los pinchazos en las llantas.

—Con un poco de saliva...

—Efectivamente, y las burbujas nos indican dónde está situada la ínfima perforación. Pero me temo que no habrá saliva suficiente para lo que tendrá que hacer después de que le diga lo que usted desea.

—No entiendo nada, Frau Volkova.

—Hable con el general Müller.

—¿Heinrich Müller? Qué pinta aquí...

—Trabajo para la Gestapo.

Arturo esperaba algo por el estilo, pero el violento respingo que sufrió Friedrich Möbius hizo que comprendiese por vía express por qué habían encontrado tantos obstáculos a la hora de conseguir su dossier. Así que ésa era su reina extra, pensó Arturo. El Gruppenführer Heinrich Müller, alias Gestapo Müller, era el jefe de la policía del Estado, y no hacía falta ser muy listo para deducir que en el manido marco de las competencias entre departamentos, tanto la Gestapo de Müller como las SS de Himmler y Kaltenbrunner tendrían juguetes que no querían compartir. La información es poder. El razonamiento explícito que Frau Volkova desplegaba ante ellos era que si las palabras de Egon Sperath habían recorrido los escalafones de la Gestapo, los pinchazos de la llanta por los que se habrían podido filtrar eran infinitos. De ahí su calma, su cuidadosa puesta en escena. Arturo vaciló por segunda vez, pero su emoción advertía incesantemente a su razón de que Pippermint, para sobrevivir, hacía mucho que estaba en la cabeza de todos ellos, y para cazar a un lobo tenía que ser un lobo. Admiró a su oponente: sólo hay dos maneras de esconderse, utilizando el disimulo o mostrándose descaradamente, y ella había optado por la más arriesgada, situarse tan cerca de su enemigo que la sombra que proyectaba éste la hacía invisible. Era el momento de mover su segunda reina.

—Efectivamente, no habrá saliva que valga, Frau Volkova. No obstante, hay una cosa que me llama la atención... ¿Por qué la Gestapo y no las SS?

—¿Y por qué no? Fueron los primeros que me contactaron, y yo no podía negarme a ayudar al país que me había acogido. Sólo tenía que hablar poco, prestar atención y escuchar mucho.

—En realidad, no fueron los primeros que la contactaron, sino los primeros que se percataron de su talón de Aquiles, ¿no es cierto?

—Ahora soy yo quien no le entiende, mein Herr.

—Es muy fácil, todo se reduce a un nombre: Sasha.

La mención de su hijo provocó un silencio que fue colmado por una música arrebatada y las risas y carcajadas de los festejantes.

—¿Cómo sabe usted eso? —su tono fue tenso.

—Mejor diga cómo ha permitido la Gestapo que yo supiese eso, ¿no, Frau Volkova?

La madame no respondió inmediatamente. Nada más lejano que aquello que ponemos al otro lado de nuestro miedo, pensó Arturo.

—También a nosotros nos extrañó que la Gestapo pusiese tantos obstáculos para acceder a su dossier, Frau Volkova —prosiguió—, pero lo más llamativo no fue eso, lo realmente estridente fue encontrarnos en esas cuartillas con que su hijo, Sasha, era un muchacho especial que había estado en la Charité y ahora se halla internado en la clínica Bewilogua, en Grunewald. Sin embargo, lo más increíble de todo era que seguía... —se inclinó hacia delante y apoyó la barbilla en su mano—... vivo.

Yulia Olegovna Volkova terminó su Gitanes con nerviosismo.

—¿Adonde quiere llegar, mein Herr?

Arturo sonrió.

—¿Recuerda la ley de esterilización, Frau Volkova? Seguro, seguro que la recuerda, y también el programa de eutanasia, Aktion T4, creo que lo llamaban. Yo lo desconocía todo, pero un amigo de la Kripo me habló de ella por casualidad, y luego alguien de las SS completó el panorama. Es algo sanguinario, desde luego, pero necesario, ineludible para convertir a Alemania en una nación sana. Por eso resulta cuando menos anómalo que su hijo, cumpliendo todos los requisitos para ser, digamos, desinfectado, y estando internado en la clínica Bewilogua, un establecimiento especializado precisamente en ese tipo de tratamientos, siga vivo. Hice un par de llamadas para confirmarlo y terminé hablando con un tal doctor Max Bewilogua, un prestigioso psiquiatra y neurólogo, ¿le conoce, Frau Volkova?

La madame, comprendiendo que ya no cabía negar lo evidente, asintió.

—Tuve que presionarle un poco —rehiló—, pero al final me contó algunas cosas interesantes. Resulta que su hijo, Sasha, tiene un estatus especial. De momento es intocable, y cuando le recordé la ley me remitió a un oficial de la Gestapo, supongo que algún acólito de Müller. ¿Qué tiene que decir a todo esto, Frau Volkova?

—¿Qué quiere que le diga, Herr Andrade? Parece que usted ya lo sabe todo. Hace años la Gestapo me hizo una visita y me informó de mi situación. El trato fue que les informase de todo lo que yo considerara de interés para el Estado a cambio de un aplazamiento de la ley para mi hijo. ¿Cree usted que no hice lo correcto? ¿De qué me va a acusar ahora, de ser una madre que ha protegido a su hijo?

Arturo no la miró, la escudriñó. Era consciente de a quién tenía delante, lo había leído en el dossier, una persona que había escapado por los pelos de los bolcheviques y que había sobrevivido con su hijo ejerciendo todo tipo de trabajos, algunos incluso honrados. Yulia Olegovna Volkova era la madre, ancestral y soberana, capaz de amamantar niños y de matar hombres. Y ése había sido el error de los esbirros de la

Gestapo: no ver que no era sólo una puta, sino también una madre. Intuyó que había llegado a los contrafuertes de su defensa, era el momento de rematar su jaque.

—Aplazamiento, sí, creo que ésa es la palabra clave, la que lo resume todo. Creo que fue eso lo que me proporcionó la causa por la cual usted se ofreció al enemigo o se dejó captar por él: aplazamiento. Todo el mundo sabe que esas leyes son una orden personal del Führer, o así me lo explicó el abogado de las SS. Se basan en el *Führerprinzip*, trabajar en la misma dirección del Führer, según su línea y hacia su meta, anticiparse incluso a su voluntad, por lo que nunca se reprochará a nadie un exceso de celo o incluso errores. Eso implica que son de obligado cumplimiento, no admiten exenciones, sólo... aplazamientos. Y eso usted lo sabía, Frau Volkova, los hombres al servicio de esas leyes son bulldogs y usted sólo tenía tiempo extra. Obviamente, usted quiere a su hijo y eso no la hacía demasiado feliz, ¿me equivoco?

La madame mantenía la calma, y lo más importante, la apariencia de calma, pero todo en su silencio hablaba.

—Todo lo que existe es justo e injusto —prosiguió Arturo ante su mutismo—, es necesario pactar con lo terrible, es comprensible. Y como usted no estaba dispuesta a dejar morir a su hijo, la única forma que tenía de enfrentarse a ese aplazamiento era pactando también con los Aliados, con la esperanza de que derrotasen a esos monstruos del Aktion T4. Sí, San Agustín habla mucho de eso, de la esperanza, y de que ésta, como usted, Frau Volkova, tiene hijos maravillosos, dos en concreto, la ira y el valor, uno por cómo están las cosas y el otro para cambiarlas. La esperanza de que mientras Sasha sobrevivía entre los intersticios de la ley, su traición acelerase la derrota y los Aliados le rescatasen aprovechando el desbarajuste del final. Un Reich a cambio de su hijo, no es mal trato. ¿Me aclarará ahora cómo sucedió?

Yulia Olegovna Volkova sonrió sin alegría y se levantó despacio, aunque algo rígida. Arturo apreció en ella el coraje, algo más denso que la valentía, porque ésta era ciega, y el coraje se enfrentaba a su miedo con los ojos abiertos.

—Se le da bien imaginar cosas, Herr Andrade, pero también la Gestapo tiene mucha fantasía a la hora de defender lo que es suyo, porque yo no dejo de ser una propiedad. Soy leal al Partido y a Alemania, no tengo nada de que avergonzarme, por lo tanto hagan lo que tengan que hacer conmigo, mein Herr, pero abonarán la factura. El tiempo ha pasado, y mi tiempo es mi negocio.

Möbius, en un gesto explosivo y largamente reprimido, no dudó en adelantarse y hacer estallar una bofetada en el rostro de la madame, que cayó deshilvanada en el suelo. Arturo reaccionó con premura interponiéndose entre ambos: Möbius también estaba cometiendo el error de no ver a la madre.

—No, capitán, esto no lo resolveremos así. Déjeme hacer.

Mantuvieron un pulso con la mirada. Finalmente, la voz de Möbius chirrió, salpicando su rostro con algún perdigón de saliva.

—Tiene cinco minutos, ni uno más.

Arturo le agradeció el margen con un cabeceo militar y un taconazo. Se dirigió a la madame con sincero abatimiento.

—Usted es testigo de que no hay nada más que yo pueda hacer, Frau Volkova. En cuanto yo salga por esa puerta nada se interpondrá entre las SS y usted, ¿me comprende? Sería una desgracia persistir en su actitud, porque no existe manera de convencerme de que no tiene que ver con Pippermint, y si la hubiera, daría igual, porque ellos —señaló con la barbilla a Möbius— no tienen ni mi prudencia ni mi paciencia. Porque ¿adivina lo que han hecho, Frau Volkova? Al darse cuenta del error que se había cometido con Sasha, han enviado a uno de sus hombres a esa clínica. En estos momentos ya debe de haber llegado allí. Tiene órdenes de quedarse con su hijo y esperar una llamada que... —consultó su reloj— el capitán Möbius debería hacer en más o menos una hora. Si no, Sasha dejará de disfrutar de ese aplazamiento. Claro que la Gestapo protestará —alargó algunas vocales escenificando lo inevitable—, pero todos conocemos las apuradas circunstancias y el enfrentamiento entre organizaciones. Y en toda esta confusión pueden cometerse errores irreparables, actos sin marcha atrás, y a la postre, ¿qué se les puede reprochar a las SS? ¿Cumplir la voluntad del Führer?

—Eso no es más que un farol.

—Usted sabrá...

Arturo dejó de bailar sobre el hilo de su hipótesis y fue testigo de la batalla que Frau Volkova libraba consigo misma. Una lucha cruenta que provocó que su rostro pareciera el de una marioneta pintada con torpeza, hasta que terminó por ganar la parte que quería hablar.

—Se lo contaré todo, pero a Sasha no debe pasarle nada.

Su voz había pretendido sonar implorante, pero ésta la había traicionado, porque la madame no estaba acostumbrada a suplicar. Arturo intercambió una mirada triunfal con Möbius, que se limitó a asentir.

—Empiece —la alentó.

—Antes quiero una garantía.

—¿Garantías?... Esto no es Suiza, señora.

—Quiero su palabra.

—¿La palabra del capitán?

—No, la suya.

Arturo confirmó que para mantenerse vivo había que mantener un poso de ingenuidad que permitiese desear finales felices.

—Tiene mi palabra —mintió—. Dígame.

—Primero que el capitán haga esa llamada.

Arturo consultó su reloj.

—Le quedan unos cuarenta minutos, señora —le advirtió haciendo caso omiso de su demanda.

—Sólo hablaré si llama primero.

Arturo continuó mirando la esfera, en silencio, esperando que el miedo amaestrara de una vez sus esperanzas.

—Treinta y nueve minutos... Un segundo, dos segundos, tres segundos menos...

La madame se apresuró a colocar un teléfono al alcance del capitán Möbius y luego se abrazó a sí misma, como protegiéndose de la inclemente radiación de su fracaso.

—¿Sabe lo que ese prestigioso psiquiatra y neurólogo, ese Maximilian Bewilogua les hace a sus pacientes, Herr Andrade? Mujeres, viejos, niños... —inspiró con tuerza —, niños pequeños que eran metidos en camiones cerrados cuyo interior conectaban al tubo de escape. Les introducían dentro con la excusa de dar un paseo y al cabo de una hora los descargaban asfixiados en una fosa de un bosque cercano. ¿Ha visto cómo quedan los cuerpos después del gas, Herr Andrade? ¿Sus muecas crispadas, agónicas? —Arturo lo negó—. Yo no iba a permitir que mi Sasha terminara así, por eso entré en contacto con uno de los diplomáticos de la Embajada inglesa y le puse al tanto de mi plan. Se hicieron cargo de inmediato de la importancia de lo que les ofrecía y el MI6 se ocupó de adiestrarme y proveerme de los medios necesarios para que pudiera comunicarme con ellos.

—¿Cómo lo hacía? —inquirió un ávido Möbius.

—En un principio me reunía directamente con miembros de la Embajada, pero a partir del cierre de la legación de Gran Bretaña cambiaron los métodos. Me proveyeron de una radio, me enseñaron qué frecuencias utilizar y los códigos que me mantendrían en contacto con Londres, y desde ese año hasta hoy he sido Peppermint.

—¿Cómo es que su radio no fue localizada por los vehículos goniométricos?

—La tenía instalada en un coche y siempre que había que transmitir salía a dar un paseo. Me mantenía en movimiento para que no nos descubrieran.

—¿Cuándo le comunicaron el inicio de la operación?

—Fue a principios del 44. De repente lo cambiaron todo, frecuencias y códigos; creo que sospechaban algún tipo de interceptación por parte del Abwehr o el SD. Lo que es indudable es que no querían riesgos. Me informaron de la llegada de los cuatro comandos y de sus objetivos, y me indicaron una serie de buzones donde depositaría cualquier confidencia relacionada con el personal científico. Había cuatro repartidos por todo Berlín, con otros cuatro de reserva en caso de que les sucediera algo a los convenidos originalmente. Se hallaban distribuidos por áreas, que yo debía utilizar según en qué zona estuviese localizado el objetivo. Cuando depositase las notas yo debía avisar a Londres, y supongo que ellos harían lo mismo con sus hombres.

—Le dieron referencias en especial sobre Ewald von Kleist.

—Me proporcionaron algunos nombres, y sí, ése era uno de los especiales.

Aquello significaba que el científico había querido contactar con los Aliados, y que la Thule adquiriría más peso en su muerte.

—Por lo tanto —insistió Arturo—, deduzco que actuaban a ciegas, no había objetivos concretos.

—Actuaban por tanteo.

—¿Y qué áreas eran ésas? —preguntó Möbius.

—Wilmersdorf, Lichtenberg, Prenzlauer Berg y Dahlem.

—Es decir, que por lo tanto usted no conoce la situación de las casas.

—En principio, no debería.

—¿No debería?

—El MI6 sólo me informó de la situación de los buzones, supongo que para compartimentar en lo posible la operación y eliminar así el riesgo de que si yo caía, los comandos lo hiciesen conmigo.

—Pero usted ha dicho «no debería»... —reseñó Arturo.

—Utilicé personas de confianza para depositar los sobres con los objetivos. Sin embargo, también les pagué para que intentasen descubrir quién recogía los sobres y adonde los llevaban.

—¿Por qué?

—Para poder negociar cuando ustedes diesen conmigo —afirmó con aquella autoridad fácil de quien lo ha visto todo.

Arturo admiró su práctico fatalismo.

—¿Y descubrió algo?

—Evidentemente, esos hombres estaban bien entrenados, y o bien no acudieron a la cita por razones que desconozco o también utilizaron personas interpuestas para recoger la información y otras técnicas de desorientación. A algunos les proporcioné información falsa para poder situarlos, como al comando de Lichtenberg, aunque no pude encontrarle, ni a ése ni al de la Virus Haus.

—El comando de Lichtenberg posiblemente sea el que se llevó el fuego —sugirió Möbius—, y el lobo de la Virus Haus, es decir Dahlem, todavía ronda por ahí fuera.

—Pero quedan dos lobos —le señaló Arturo, animándola a seguir.

—Sí, al de Wilmersdorf también le suministré informaciones falsas, pero tampoco apareció...

—Fue el sargento Stratton, tenía una casa en el bulevar Kurfurstendamm, le capturamos antes de que pudiera actuar —aclaró Arturo.

—... Sin embargo, el de Prenzlauer Berg, quien debería haber estado teóricamente en la Cancillería, cometió el error de ir él mismo al buzón, no me pregunten por qué.

—Entonces pudo dar con su refugio.

—Sí, pero me temo que hay un problema.

—¿Cuál?

—La casa está en la Brunnenstrasse.

—Es decir, que ahora mismo eso está en zona rusa —comprendió Möbius con rapidez—. Así que de momento tendremos que conformarnos con buscar al lobo de la Virus Haus. ¿Dónde está su buzón?

La madame miró con urgencia el reloj de Arturo.

—Por favor, haga antes esa llamada, capitán. Quizás las líneas estén cortadas, no puede saber...

—¿Dónde está el buzón, Frau Volkova? —insistió el capitán sin piedad.

—El primer buzón estaba cerca de la Virus Haus, pero ahora está destruido, el segundo se halla en el zoo del Tiergarten, en la Puerta de los Elefantes. Ahora llame, por favor.

—Bien, lo que haremos será esto —ordenó haciendo caso omiso—. Inventaremos un traslado de equipo y material científico a la Cancillería y usted dará el pertinente aviso a Londres. El resto es cosa nuestra.

—Lo que usted mande, capitán, pero haga esa llamada...

En la obediencia de Frau Volkova seguía sin haber sumisión, pero Möbius apreció que había una nueva nota en su voz: miedo. Se limitó a mirar a Arturo; éste experimentó un cóctel de tristeza y mala conciencia, pero se sobrepuso.

—En realidad le he mentado, no hará falta un teléfono.

En el rostro de la Volkova se mezclaron la esperanza, la alegría y el odio.

—Era un farol...

—No, no era un farol, pero tenemos una radio en el coche para comunicarnos con él. No se preocupe, Frau Volkova, le he dado mi palabra, nos pondremos en contacto ahora mismo.

—¿Lo hará? —su gesto fue de perro apaleado.

—Se lo prometo.

La fe, esa fe que mueve montañas y encuentra agua en el desierto, el único puente sobre la desesperación. Möbius abandonó la habitación sin paños calientes; Arturo todavía se quedó lo justo para despedirse sin emoción. La madame le retuvo con un gesto.

—Herr Andrade...

Se miraron de hito en hito.

—¿Sí, señora?

—Usted no sabe todo lo que he hecho por mi hijo.

—No, no lo sé, señora.

Frau Volkova asintió, como si se quedara satisfecha por aquella necesaria acotación. Señaló su capote.

—Abríguese, mein Herr, fuera hará frío.

Desde el exterior del chalé, la música sonaba como debía de sonar la del *Titanic* la noche que se encontró con su destino. El cielo era un cristal oscuro; Berlín, una ciudad incandescente. En algunos puntos las llamas eran del tamaño de colosos. Möbius y Arturo contemplaron la dentadura mellada de los edificios recortados contra la luz, oyeron el rugido sordo y profundo de los cañones.

—Le felicito, Herr Andrade —dijo Möbius—, sus mentiras nos han facilitado mucho las cosas. Aunque usted sabe perfectamente que no hemos enviado a nadie a esa clínica. ¿Qué pasará cuando la madame llame?

—Le expliqué la situación al tal Maximilian e hice un trato. Nos cubrirá, qué remedio le queda, y el amor ciega a nuestra madame, no le da opciones, mi capitán. Además no mentí, sólo es una verdad postergada.

El capitán enarcó las cejas.

—Se le dan bien los juegos de palabras —buscó a los oficiales encargados de iniciar la operación de limpieza—. Ahora nos toca acabar con este nido de ratas.

—Mi capitán, quería hablarle de eso.

—No creo que haya nada de que hablar. Es una orden directa del mayor Bauer.

—Verá, mi capitán, si cumplimos esa orden nuestros esfuerzos serán tiempo perdido. Los Aliados seguro que tienen a más de un informador en Berlín, ¿qué pasaría con toda nuestra operación si se enterasen de que hemos reducido a cenizas esta casa? Sospecharían que Frau Volkova ha caído, sus mensajes no servirían de nada, y el comando no se presentaría.

Möbius reflexionó acerca de aquel sensato dictamen. Un destacamento de las Waffen-SS esperaba una señal para poner en movimiento sus plateadas guadañas.

—¿Por qué está usted empeñado en que todo acabe bien, Herr Andrade? —inquirió Möbius con reserva.

—Siempre me han gustado los cuentos de hadas, mi capitán —respondió con humor para esquivar la resbaladiza pregunta.

—Puede incluso que crea que ese niño vaya a sobrevivir, que los buenos llegarán antes de que lo liquiden —aseveró serio, sinuoso.

—Le aseguro que eso no entra dentro de mis prioridades, capitán.

—Mmm, ya veo. En fin, lo consultaré con el mayor, pero lo que dice tiene sentido. Por hoy lo dejaremos estar —hizo a sus hombres una rápida señal de retirada—. En cuanto a nuestro lobo, le dejaremos un mensaje en ese buzón y si hay suerte bastará con que Frau Volkova levante la liebre, luego ya correrá ella sola.

A continuación clavó sus ojos en Berlín, que imantaba toda la violencia y locura del mundo, irradiando todo el dolor.

—¿Sabe una cosa? —se confesó críptico—. Usted no lo creerá, pero en cierta

manera somos afortunados de poder contemplar todo esto. Muy, muy afortunados...

11. Caída con el ángel

—¿Sabe cómo se meten seiscientos asturianos en un dedal, mi capitán?

—Ni idea, Manolete.

—Pues diciéndoles dos cosas: una que no caben, y otra que no tienen cojones para hacerlo, jua, jua...

Manolete se mondó de risa ante la mirada perpleja del retén de las SS que acechaba el cebo para lobos, especialmente del huraño SS-Unterscharführer que Möbius había enviado para sustituirlo en la *aktion*. ¿Qué podía haber en ese momento más cardinal que atrapar a aquel comando, se preguntaba Arturo mientras contemplaba la risa desencajada de Manolete, a no ser algo relacionado con *Hagen*?

—¿Y sabe qué es la frase: el pez grande siempre se come al chico? —continuó Manolete.

—No, pero seguro que me lo vas a contar igual —contestó Arturo con entereza.

—El primer chiste que les cuentan a las pirañas cuando nacen, jua, jua...

Arturo miró al cielo, pero el cupo de favores que se podían pedir a San Cucufato ya estaba cumplido, y sabía que para que Manolete dejase de contar aquellos horrendos chistes habría que partirle los brazos. Era su manera de conjurar el miedo.

—Manolete, que estás dando el cante...

El soldado observó a los SS con indolencia.

—Mi capitán, es mejor así, como nos huelan el acojone lo llevamos claro...

Eso era algo incontestable. Miró al guripa Francisco Ramírez, alias Manolete. Había adelgazado más, si tal cosa era posible para una raspa, y seguía siendo más feo que pegarle a una madre, pero con él se sentía extrañamente seguro, pero no sólo porque pelease como un león y fuese leal, sino porque sus ojos todavía se entristecían no por lo visto, sino por lo que iban a ver. Por eso le había reclamado con insistencia a pesar de estar destinado a los batallones ministeriales: no hacía ni una hora que le habían firmado el permiso.

—Además —añadió engallando la cabeza hacia el sargento de las SS—, ese tío no me gusta un pelo.

—No sabes cómo te entiendo...

El rugido agónico de alguna fiera les recordó dónde se encontraban y cuál era su cometido. Ya no había visitantes en las devastadas instalaciones del zoo; el día anterior lo habían peinado a fondo, y ahora hacían una nueva ronda. La mayoría de las jaulas y la pequeña construcción de ladrillo rojo cubierta de hiedra del aviario estaban reventadas, y los ciervos, los monos, las cebras, los pájaros habían quedado en libertad o carbonizados o asfixiados tras los barrotes. El edificio ornamental del acuario, de tres pisos, con su paisaje de selva artificial, se hallaba derrumbado entre trozos de cemento, fragmentos de cristal, palmeras rotas y reproducciones de

animales antediluvianos de tamaño natural, con los cocodrilos reptando en los escasos centímetros de agua que restaban. Los cadáveres de los elefantes yacían en sus barracones, enormes montañas de carne parcialmente destazada por los habitantes de la ciudad; de vez en cuando aún encontraban a algún berlinés en el interior de las cajas torácicas, hurgando en sus entrañas. Los rugidos provenían de la jaula de los leones que, subalimentados, permanecían quietos en sus jaulas, tan escuálidos que la piel hacía pliegues sobre sus huesos. El lugar había sido ideal para intercambios y encuentros subrepticios cuando estaba repleto de visitantes, pero ahora, el mero hecho de una presencia en semejante desolación levantaría sospechas. Era una de las preocupaciones de Arturo, que la excesiva exposición actual del zoo desalentase al lobo a salir de su madriguera. La otra era que la misma intemperie implicaba una dificultad para acotar entradas y salidas, facilitando la huida. En esa previsión habían dispuesto dos discretos retenes a ambos lados de la Puerta de los Elefantes, un enorme arco acotado por las pesadas estatuas de dos paquidermos yacentes. En el de la derecha había una grieta casi invisible donde habían colocado la cuña de una hoja con la falsa información de Pippermint. Terminaron por encarar la jaula del gorila; los rugidos de aquel gigante ya no podrían asustar más a Manolete, su cadáver estaba acostado de lado, con una extraña mueca de melancolía en su rostro que difuminaba la animalidad.

—Vaya, no lo sabía —se lamentó Manolete.

—Ayer por la tarde lo encontré así —le informó Arturo.

—Que Chita la haya espichado no es bueno... —se persignó y recitó una rápida oración—. ¿No reza conmigo, teniente?

—Ya rezas tú por todos, Manolete.

—Hay que hacerlo un poquito para que Chita se vaya al cielo de los monos, mi teniente —afirmó con sincera ingenuidad—. Y para que nos ayude contra los *ruskis*, es la única protección que nos queda ya.

—Si no tenemos más protección que la divina, es que ya estamos jodidos...

Manolete compuso un gesto de preocupación, pero no hizo ningún reproche.

Siguieron caminando.

—¿Qué se sabe de lo del Reichsbank? —se interesó Arturo.

—Hum... Ramiro dice que todavía no hay fecha, hasta que no se les vea el mandil a los rusos no puede hacer nada. Pero ya no tardarán mucho, un par de días o así.

—Ya he avisado a Ramiro para que le comunique a Fanjul que me apunto a la fiesta.

Manolete hizo una O de sorpresa con los labios.

—Vaya, ¿y cuándo cambió de opinión?

—Hace nada, me lo pensé mejor.

—Pues me alegro de que esté con nosotros, porque me da que hay alguno que va a aguantar menos que un *helao* en el desierto.

—Ya. Oye, respecto al asalto hay una cosa que no hago más que preguntarme... A lo mejor tú sabes algo...

—Dispare.

—Si logran llevarse algo del banco, ¿cómo escaparán con ello?

—Alfredo Fanjul tiene preparado un plan, pero lo suelta con cuentagotas, no quiere que ningún listillo se le adelante. Aunque quería advertirle...

—Verá, usted sabe que ese Fanjul no es precisamente la Virgen del Carmen...

—Ya...

—Pues eso, que se ande con pies de plomo, que me cuentan que se la tiene jurada —Manolete se echó una mano al cuello estrangulándose para enfatizar su aviso.

—Me lo imagino, por eso la única persona que tendré detrás durante el asalto serás tú.

—Con usted a pan y cebolla, mi teniente —medio gritó cuadrándose—. Y antes de que se me olvide, Ramiro me comentó que si le veía le dijese que no se preocupara, esa Silke y su amigo ya están seguros en la Embajada, y también se han encargado de la vieja y de la niña.

—Estupendo. ¿Y qué hay de Ninfo y Saladino?

—Pues ya sabe, como perros, si ven algo se lo quieren tirar, y sino se lo quieren comer, y si no pueden hacer ninguna de las dos cosas, se le mean encima.

Arturo soltó una carcajada limpia que volvió a llamar la atención del retén interior. Inesperadamente, el rostro risueño de Manolete se crispó. Arturo, alarmado, colocó su fusil ametrallador a la altura de la cadera, pero Manolete le apaciguó con un gesto y estuvo un rato hurgando en el interior de su guerrera. Con una expresión de triunfo, mostró lo que había cazado.

—¿Lo ve? —mostró un piojo de un tamaño imposible—. Como elefantes, como putos elefantes. En Rusia al menos podíamos hacer carreras con ellos y se ganaba alguna perra, pero aquí están tan bien alimentados que ni escapan.

—Eres un agonías, Manolete —rebuscó bajo su pantalón y sacó otro piojo, comparando los tamaños—. Mira los míos.

—Son más pequeños.

—Mi sangre será de peor añada —se encogió de hombros—. Se han vuelto bastante gourmets.

Lo hizo estallar con un desagradable chasquido; Manolete copió su gesto y estuvo un rato entretenido en rascarse todas las partes accesibles de su cuerpo, haciendo explotar los piojos que se saldaban de su búsqueda. Cuando se cansó del despioje volvieron a donde se encontraba el retén. Un Kübel y un par de motos con sidecar con un acompañamiento de tres soldados y el sargento en el interior, y otros cuatro

fuera del zoo. El sargento les aguardaba fumando; era delgado, tenía el pelo ralo y un rostro caballuno con unas gafas en las cuales jugaba el reflejo de la luz.

—Éste debe de ser maricón —comentó Manolete en un aparte.

—¿Por qué? —preguntó Arturo.

—Fuma rubio —sentenció con absoluto convencimiento.

—Parece que se lo pasan bien —les reconvino con la mirada fulgurante de los fanáticos.

—Nunca se sabe cuándo será la última vez, mi sargento —respondió Arturo.

El sargento iba a contestar cuando escucharon el repentino petardeo de una motocicleta que se acercaba por el oeste. De inmediato, ambos retenes se erizaron de armas ocupando sus posiciones. Una Zündapp militar se iba acercando en largas eses mientras rodeaba amasijos de chatarra y socavones, con su conductor botando ligeramente sobre el sillín. El sargento hizo unas señas a sus hombres y se acuclilló detrás de un montón de cascotes, con la mano en la cartuchera. Mientras espían cómo el motorista se aproximaba, Arturo consideró que en una ciudad donde la gasolina era más importante que la sangre, que un motorista, aunque fuese un enlace, anduviese tan alejado del centro no resultaba muy probable. El enlace detuvo su máquina en un punto intermedio entre ellos y la Puerta de los Elefantes, y mantuvo el motor encendido en un petardeo sincopado. Llevaba efectivamente uno de los abrigos de caucho verde característicos, e irguiéndose sobre el manillar, muy recto, giró el torso unos grados a izquierda y derecha, avizorando la zona. Su rostro se hallaba totalmente tiznado de hollín, protegido por unas gafas y un casco. Cuando comprobó lo que tuviese que comprobar, tiró del elástico de las gafas y las encajó sobre el casco, dejando al descubierto una franja de piel palidísima en forma de ocho, donde unos ojos oscuros seguían vigilantes. Luego sacó un mapa de un bolso de la guerrera y lo abrió sobre el manillar, contrastando su orden ideal con la caótica y fosilizada realidad. Arturo, al igual que el retén, se mantuvo expectante ante sus evoluciones, pero en ningún momento hizo ademán de dirigirse a la Puerta de los Elefantes. Cuando de improviso el motor de la Zündapp tembló y se paró, los cerrojos se corrieron lentamente sobre las armas y la adrenalina comenzó a vaciar las cabezas de emociones. Fueron unos segundos de incertidumbre, hasta que media docena de pedaladas lograron arrancar de nuevo la máquina, indicando que el motor se había calado. El conductor dio un par de acelerones, se ajustó de nuevo las gafas y soltó gas, partiendo raudo entre correcciones del manillar. El sargento confirmó la falsa alarma con un par de órdenes secas, y se disponía a retomar la querrela con Arturo cuando un silbido y una explosión cercana abrieron la lluvia de morteros que comenzó a acribillarles. Los soldados se arrojaron de bruces en el suelo entre surtidores de tierra, con los oídos perforados por los cuchillazos de las explosiones. Carreras, gritos, tropezones; el sudor, el miedo, pero sobre todo el asombro por la

cercanía de los rusos. Comprobaron que estaban barriendo la zona aleatoriamente, que ellos no eran el blanco; debían limitarse a aguantar hasta que escampase el chaparrón. Un par de proyectiles cayeron tan cerca de Arturo que su estampido le provocó un silbido constante durante unos minutos.

—Cómo cascan estos tíos —gritó Manolete mientras se sujetaba el casco con una mano.

—Ni las piedras podrían aguantar esto —contestó Arturo.

—No, sólo nosotros —dijo el guripa con una sonrisa.

Los morteros iban arruinando poco a poco la posición; era una atrocidad diaria, sangrienta pero rutinaria, nada que justificase los gritos horribles que comenzaron a oírse a sus espaldas. Alarmados, tanto Manolete como Arturo arriesgaron su relativa seguridad para investigar su causa. Avanzaron encorvados con los índices en los gatillos, mientras los gritos se iban diluyendo en estertores ahogados. Cuando doblaron una de las jaulas cayeron presa del vértigo de lo inimaginable. Una escuálida leona hundía sus fauces ensangrentadas en el estómago de un SS mientras otra lo tenía inmovilizado por la garganta; pequeños surtidores de sangre trazaban parábolas entre los colmillos de la que ejercía la presa, al tiempo que su compañera de caza arrancaba trozos de carne sanguinolenta de una víctima ya en estado de coma. Paralizados por la visión, fueron testigos de cómo el animal que le estaba devorando enganchó el intestino y comenzó a tirar de él, una extraña serpiente escurridiza y humeante que fue saliendo de su propietario hasta separarse un par de metros. Manolete y Arturo reaccionaron con presteza y con un par de ráfagas detuvieron aquel horror. Las piernas del desdichado no dejaban de temblar con violencia, así que Manolete aún tuvo que disparar otra andanada contra su cabeza. No obstante, a juzgar por los gritos y los disparos mezclados entre los estallidos de los morteros, había más bestias sueltas por la posición. Algún proyectil había impactado en las jaulas o cerca de ellas y reventado las puertas. Rugidos, detonaciones, alaridos, los silbidos de los proyectiles, órdenes secas, explosiones..., un pandemonio de sonidos que se fundían en la cabeza de Arturo y entre los cuales se confundió uno más, leve al principio, indeterminado, hasta que fue adquiriendo un perfil preciso: el petardeo de una motocicleta. Otra imagen surgió al mismo tiempo en su cabeza: la Puerta de los Elefantes.

—Olvídate de los bichos y sígueme —le gritó a Manolete.

Corrieron hacia la entrada, Arturo temiéndose lo peor. Tuvieron la puerta a la vista justo cuando el motorista se guardaba la nota de Frau Volkova; al parecer, habían tenido suerte y no se había apercibido del retén de vigilancia, su anterior representación había sido una añagaza para verificar el terreno. Pero los cántaros no podían ir dos veces a la misma fuente, y la súbita aparición de un SS disparando a diestro y siniestro contra algo que le perseguía le hizo desenfundar la pistola que

llevaba por fuera del abrigo, al tiempo que revolucionaba su Zündapp. Arturo le gritó algo incomprensible entre el ruido, provocando una respuesta automática: varios disparos a bocajarro. Tras devolver el fuego como pudieron, vieron cómo la máquina se alejaba a escape, y Arturo, saltándose toda cadena de mando, conminó a Manolete a que se sentase al volante del Kübel. Brincaron dentro del vehículo y le ordenó al guripa que hundiese el pie en el acelerador, saliendo disparados en una diagonal por el pelado Tiergarten sin perder de vista la figura del comando, que buscaba a toda velocidad la protección de Berlín.

—Que no se te escape, Manolete —vociferó Arturo.

—Tranquilo, jefe, éste a mí no me trasquila...

Mientras a sus espaldas el retén se repartía el resto de vehículos, su persecución les llevó al interior de la ciudad por la Puerta de Brandeburgo. De inmediato se vieron rodeados por edificios destripados e incendiados, obligándose a reducir la velocidad para serpentear entre los socavones y los amasijos de chatarra y árboles caídos, a veces apartados de forma apresurada para que pudiesen circular los vehículos. En aquella maraña la motocicleta tenía ventaja, pero la habilidad de Manolete no permitió que dejaran de ver el culo del motorista más que algunos segundos. Cuando el traqueteo se lo permitía, Arturo apuntaba y disparaba algunos tiros extraviados. Las calles, desfiguradas debido a las fortísimas deflagraciones, dibujaban una geografía desconocida, un perverso gemelo de los laberintos subterráneos por los que había perseguido al anterior comando, provocando en Arturo un angustioso *deja vu*. Con el ritmo obstinado y primitivo de las cacerías, el centro de gravedad de la persecución fue desplazándose hacia el sur de la ciudad, llegando incluso a rebasar una de las últimas posiciones del Volkssturm en el barrio de Hasenheide, una barricada de coches volcados y sacos de arena, ante los ojos atónitos de sus defensores. No habían recorrido más que unos pocos cientos de metros cuando la moto desapareció en una revuelta para, casi de inmediato, volver a surgir dirigiéndose hacia ellos sin aminorar la velocidad. Durante unos segundos la colisión pareció inminente, pero el brusco frenazo de Manolete y el ligero desvío del motorista conjuraron el accidente. Manolete maniobraba para dar media vuelta cuando sus brazos se paralizaron en un giro de volante, con la boca y los ojos llenos de asombro. El rugido furioso de un potente motor precedió al tanque Sherman que se plantó frente a ellos con la contundencia de un animal prehistórico, explicando el súbito retroceso del motorista.

—¿Americanos? —gritó—. Han llegado los americanos...

—Son rusos, capullo, tanques prestados. Acelera cagando leches.

Manolete siguió con la maniobra al tiempo que las orugas del blindado chirriaban mientras se colocaba en posición, exhalando el humo negro de una respiración ardiente, y la torreta, con colchones atados en los laterales a fin de que los

Panzerfaust rebotasen o explotasen antes de tiempo, giraba a izquierda y derecha husmeando la calle. No tardaron en aparecer *varios frontoviki* que se situaron a unos veinte metros por detrás y a sus costados. En ese mismo instante, las dos motocicletas con sidecar del retén aparecieron en el extremo contrario de la calle con el sargento a la cabeza, cortando la ruta de escape del comando, lo que provocó una dura frenada que marcó el suelo con un arco de su rueda trasera. Todo el cuadro quedó suspendido una nebulosa fracción de tiempo, en la que al igual que en una partida de ajedrez físico y letal todos sus jugadores comenzaron a anticipar intuitivamente los movimientos del adversario, previendo las posibles respuestas y casi pronosticando el éxito o el fracaso de las mismas. A partir de ahí, todo comenzó a adquirir la velocidad de un torbellino líquido escurriéndose por un desagüe.

La ametralladora del carro comenzó a relampaguear, acompañada por el fuego de cobertura de los infantes, mientras el cañón fijaba el blanco.

Manolete aceleró al tiempo que Arturo esparcía ráfagas de fuego hasta alcanzar a un ruso, que tembló por los repetidos impactos y se desplomó.

Los SS cruzaron las motos en la calle en una maniobra suicida y devolvieron desesperadamente el fuego.

El motorista abandonó su máquina y buscó refugio en uno de los portales adyacentes.

El violento tiroteo se intensificó.

El aire apestaba a gasolina quemada.

El ulular de fiera de los rusos.

La explosión de una granada.

El sonido áspero y profundo de los motores.

El tintineo de las orugas.

La guerra.

Destrozando.

Manchando.

Mutilando.

Desmembrando.

Aplastando.

Cuando finalmente de la boca del cañón brotó una llamarada de un metro de longitud, y una de las motos del retén voló por los aires entre llamas y el chisporroteo de la carne quemada, el pánico se adueñó de los alemanes, que huyeron en estampida. Arturo había tenido los reflejos para disparar con un ojo y con el otro vigilar el portal por el cual se había escabullido el comando, por lo que ordenó a Manolete que se colara por el hueco que les había abierto la granada rusa. Cuando el coche pudo enfilarse un puente de plata por el que escapar, resbalando sobre una pasta gris rojiza de restos humanos, Arturo saltó de él y disparando sin descanso contra los rusos se

introdujo en el mismo portal que el motorista, cerrando y atrancando la puerta justo en el momento en que las culatas de los *frontoviki* empezaban a aporrearla sin piedad. Manolete aún tuvo que pagar un precio por la posibilidad de hundir su bota en el acelerador: un golpe mordiente y luego entumecedor que dejó su brazo izquierdo inútil. Mientras se alejaba, rodeado por una lluvia de balas, una mancha oscura comenzó a crecer en la manga de su capote.

En el portal, los Ivanos abrieron un fuego continuo contra la sólida puerta hasta transformarla en una masa amorfa y astillada que acabaron de derribar a base de patadas.

La oscura e imponente mole del Sherman reanudó su marcha con torpeza de mastodonte, pasando por encima de los restos de la motocicleta. La ronquera de sus carburadores no tardó en ser escuchada por los pálidos defensores del Volkssturm de la barricada que, segundos antes, habían sido testigos de cómo Manolete les superaba a toda velocidad como perseguido por el mismísimo Belcebú.

A punto estuvo de aplastar una flor, única entre el adoquinado, suicida, azul en medio de todo aquel gris.

Arturo se detuvo unos segundos en las escaleras para recuperar el aliento; escuchó la formidable concentración de disparos a que los rusos sometían el portalón. Tenía la boca seca y las piernas un poco temblorosas por la adrenalina, pero ya era demasiado tarde para tener miedo. Al poco las botas de los rusos empezaron a ascender por las escaleras en el inicio de su particular *Rattenkrieg*, la guerra de ratas que se había desarrollado casa por casa en Stalingrado y que acababan de exportar a Berlín. ¿Qué dirección habría tomado el comando? El enorme edificio por el que se movía era un caos arruinado y abandonado que recibía cada poco el impacto directo de algún proyectil de artillería, haciendo vibrar su estructura. Arturo se puso otra vez en movimiento y cruzó viviendas con jirones de cortinas quemadas, anduvo bajo techos horadados, ennegrecidos, con los empapelados de las paredes enrollados como pergaminos en el suelo, entre esqueletos metálicos de camas, sofás destripados, muebles de madera alabeada, montones de libros tirados en el suelo, hinchados por la humedad. Cada poco se podía ver el atardecer de un cielo color estaño a través de enormes boquetes en las paredes o la *Siegessaule*, la figura femenina sobre la Columna de la Victoria, o se topaba con un cadáver medio podrido estorbando el paso entre habitaciones. Avanzaba encogido, con el arma dispuesta y los sentidos afilados.

Caminó arriba y abajo, a izquierda y a derecha, hasta ir perdiendo poco a poco la noción del tiempo y el espacio. No tardó en escuchar las botas rusas a la distancia de un aliento, buscándole en aquel azar de ruinas, todos moviéndose como hombres lobo, acechándole con movimientos precisos, cautos, silenciosos, en un juego que excluiría rápidamente a los débiles. De repente, en uno de los pasillos brotó el sonido

de una respiración ahogada y pies arrastrados, como si sostuvieran un peso enorme; Arturo se asomó con tiento y al fondo de un larguísimo corredor de madera, recortado a contraluz, comprobó espeluznado que no estaban solos. Un rey de los espantos, otra semideidad oriental viscosa y harapienta, se había unido a sus juegos de hecatombe y les buscaba para cubrirse con sus pieles. Arturo sintió el vértigo de lo inexplicable y optó por agazaparse como una araña en una habitación. Se descolgó el arma y desenvainó su cuchillo de combate a la espera de una víctima con la sensación alucinógena que producían los torrentes de adrenalina en su sangre. No sabía cuántos rusos se habían destacado en su persecución, calculaba que podía haber entre dos y cuatro, aparte del comando. Notaba el uniforme pegado a su cuerpo por el sudor, y su corazón latía con tal fuerza que temía que le delatase, cuando le percibió. Notó su presencia, sigilosa, pero también su olor, una mezcla de sudor, bosta de caballo, orina y alcohol que lo anunció segundos antes de verle. Era un uzbeko hirsuto y mugriento de cuerpo pequeño pero compacto, tocado con un gorro de piel de cordero, que se iba abriendo paso con un Mosin-Nagant. Pasó tan cerca de él que pudo observar incluso el detalle de una oreja a la que faltaba el lóbulo. Arturo le inició entonces en el horror del arma blanca: saltó de su agujero con una rapidez mortífera y le abrió la garganta, la sangre manando torrencialmente de sus venas cortadas. El uzbeko se desplomó con lentitud, sostenido por Arturo; cuando lo dejó en el suelo todavía alcanzó a soltar un breve grito que cortó aplastando su cabeza con su bota claveteada. El olor. El olor a sangre caliente. Repitió la operación en otra habitación, esta vez hundiendo el cuchillo en la ingle de un siberiano y haciéndolo resbalar hacia arriba hasta que sus intestinos estuvieron desparramados por el suelo. En su feroz merodeo no tardó en encontrar a otro ruso; se hallaba en un salón, tendido en el suelo en medio de un revoltijo de vísceras con una expresión de terror en los ojos, lo que significaba que el comando tampoco perdía el tiempo. Aquello no era más que la lucha por la vida, una ley agotadora e incesante que no establecía otro juicio de valor que la fuerza y la adaptación al medio. De repente, un disparo seco hizo que su sangre se llenase de electricidad y le guiase hacia la zona oriental del edificio, una especie de almacén de alguna tienda en la segunda planta lleno de maniqués sin brazos. En aquella atmósfera neurótica, un olor intenso a pólvora y otro Iván en el suelo con su cerebro vertido como un vómito de su cráneo roto. Arturo guardó el cuchillo y aprestó el fusil ametrallador, pestañeando con fuerza. Esperaba, aguardaba a la muerte liviana y negra que repartía su némesis. Y ésta no tardó. Le vio llegar de reojo, un maniquí que de repente cobró vida desde la esquina más oscura del cuarto. Apuntó el fusil ametrallador en su dirección pero una patada en molinete le arrebató el arma, seguida de otra brutal y recta que le alcanzó en el abdomen, haciéndole trastabillar unos metros y caer al suelo entre un estrépito de maniqués. Arturo se levantó con rapidez a pesar del intenso dolor que medio le había cortado la respiración, se quitó el casco y

desenfundó su cuchillo. Esta vez no estaba dispuesto a pagar ninguna prenda de sangre. El comando también tenía el cuchillo en su mano, y durante un tiempo infinitesimal hubo entre ellos una terrible quietud mientras se estudiaban encogidos, en posición de combate. El acero tenía bien aprendida la lección y comenzó a tejer una madeja de intenciones que buscaban la carne del adversario. Gruñidos, bufidos, imprecaciones, maniqués que caían derribados en el choque, los chispazos del acero chocando esporádicamente. Era una lucha asfixiante, encarnizada, sin honor; si cualquiera de ellos pudiese meter los pulgares en los ojos de su contrincante, lo haría sin dudar. La falta de expresividad del comando desconcertaba a Arturo, porque le negaba la posibilidad de provocar respuestas espontáneas para engañarle, pero no estaba dispuesto a correr la suerte de su primer encuentro por muy formidables que fuesen aquellos enemigos. El juego se mantuvo en tablas hasta que la fatiga empezó a horadar las fuerzas, un vacío muscular que Arturo llenó con una agresividad irracional que provenía directamente del pozo de almas de sus demonios. Inició un ataque salvaje, un torbellino de cuchilladas hasta que una de ellas se hundió en el brazo del comando, haciéndole tambalearse. Enceguecido por la sangre, Arturo redobló sus acometidas, hiriéndole dos veces más y obligándolo a buscar refugio en las zonas más umbrías de la habitación. A su alrededor, montones de pálidos maniqués abatidos, troncos, piernas, cabezas en cuyos vacíos ojos de vidrio se reflejaba su lucha. No quedaba mucho. El comando, con el brazo empapado de sangre, tenía los ojos clavados en Arturo, un lobo al borde del agotamiento dando ya dentelladas desesperadas al tiempo que su oponente preparaba la puntilla. Arturo se encogió más, cambió el cuchillo de mano repetidas veces para marear a su adversario. Ya había decidido que su última acometida sería con la izquierda cuando un tabique cercano explotó, tirándoles al suelo y provocando una lluvia de yeso y trozos de madera que les cubrió por completo. Se quedaron sordos. A través del boquete abierto contemplaron cómo un par de T-34 se habían unido al Sherman tomando la avenida, acompañados por grupos de asalto soviéticos que avanzaban cautelosamente pegados a los edificios. El carro blindado que había volado la pared movió su torreta reajustando el ángulo de tiro; un soldado iba agarrado a la escotilla abierta y apuntaba hacia arriba con su brazo mientras gritaba algo al interior. Arturo rechinó los dientes, se figuró que podía tratarse de uno de sus perseguidores. Tenía que salir de allí cagando leches. Lo mismo pensó el comando, que ya se había levantado y se escabullía pasillo adelante. Arturo recuperó su fusil ametrallador y reinició la persecución; a sus espaldas otra explosión acabó de hundir el almacén. De nuevo un ajedrez físico entre geografías que desaparecían y se reformulaban; cruzaron pequeños focos de incendios, el humo y el polvo adensando el aire, mientras soltaban rafagazos cortos de piso en piso, de habitación en habitación, de esquina en esquina. La vida dependía de dar un paso más o de agacharse un segundo antes. Al cabo de un

frenético acoso, el comando quedó cercado en un apartamento del quinto piso. Sin embargo, Arturo no había salido ileso. En el último y furioso intercambio de disparos, las balas habían reventado la puerta de un armario despidiendo una lluvia de astillas, parte de las cuales se habían clavado en su hombro izquierdo. Arturo inspiró con fuerza, se apoyó de espaldas contra una pared y extrajo los fragmentos uno a uno. En el exterior se escuchaba el rugido de los carburadores y los chirridos y el tintinear de las orugas de los tanques, el trepidar de las granadas, el tiroteo de las armas. Él cercaba al comando mientras los rusos les cercaban a ambos, caviló Arturo con ironía. Debía intentar un pacto entre lobos si querían tener alguna posibilidad de salir de allí. Colocó su perfil en el borde de la esquina que le protegía; a la vuelta había un pasillo, y un poco más allá, otra habitación donde el comando pegaba su respectivo perfil a otra esquina. Arturo le hizo una propuesta a voz en grito, le conminó a rendirse a cambio de no entregarle a la Gestapo ni a las SS. Él mismo se comprometía a protegerlo en la legación española a cambio de información sobre Ewald von Kleist. Durante unos minutos sólo se escuchó el fragor de la batalla; seguidamente, unas botas que entraban en el pasillo y empezaban a retroceder por él. Arturo se arriesgó a echar un rápido vistazo; el primer contacto visual con el comando fue acompañado de una brusca ráfaga que cosió toda una pared y que sus reflejos lograron esquivar por la mínima. Hubo dos, tres descargas más de la metralleta y luego forcejeos y patadas. Arturo volvió a asomarse y descubrió al comando intentando forzar una puerta atrancada, con el arma en silencio. La posibilidad de que se le hubiese encasquillado le hizo entrar en el pasillo y encañonarle.

—Se acabó, tira el arma.

El comando hizo oídos sordos a la amenaza de Arturo y continuó luchando con la puerta; ni siquiera los disparos secos que efectuó a sus pies y a la altura de su rostro lograron que dejase de forcejear. Arturo comenzó a avanzar por el pasillo lentamente, con el arma en la cintura, amenazando a un comando sordo y obstinado con segar sus piernas si no le obedecía. No les separaban ni tres metros cuando logró forzar la puerta y cruzarla. Cuando años después Arturo recordaba lo que sucedió a continuación, no podía dejar de experimentar una sensación de irrealidad. Al otro lado de la puerta no había nada, un vacío, el abismo de un edificio cortado a tajo por las bombas. El comando había quedado en un precario equilibrio sobre él, asido únicamente con la punta de sus dedos a los marcos, recortado sobre la lisa y grisácea luz del cielo y una amplia perspectiva de la avenida. Arturo corrió para agarrarle, pero a centímetros de su cuerpo, con los pies todavía tocando el borde del pasillo, el marco de la puerta cedió y arrastró consigo al comando en una caída a plomo. Arturo fue testigo de la inacabable, desesperante caída que a todo hombre aterra y todo niño teme, esa caída de los sueños con las manos tanteando en vano donde agarrarse, que se expande un segundo infinito y en la que la fragilidad, la indefensión, la mortalidad,

el sometimiento del cuerpo humano a causas que le son por absoluto ajenas se muestran en toda su crudeza. Un mecanismo implacable que terminó con un sonido opaco revelando toda la enemistad de la materia. Arturo permaneció con los ojos fijos en aquel cuerpo cuyos miembros habían quedado articulados en ángulos imposibles, cuando su instinto ardió como una joya en el centro de su mente. Al levantar sus ojos hacia la avenida, contempló el cañón de un T-34 enfilado directamente hacia él. Sus músculos funcionaron antes que su cerebro y le hicieron correr al tiempo que oía el cañonazo y contaba mentalmente uno, dos, tres... La explosión le levantó en el aire, cayendo con pesadez de bruces unos metros más allá, salpicado por una lluvia de fragmentos de ladrillo, madera y yeso. Arturo, aturdido pero vivo, se levantó con los oídos zumbando por el estallido y corrió escaleras arriba pensando en huir por los tejados. Los siguientes estampidos zarandearon techos y paredes, desmigajando la planta. Al poner el pie en la azotea se dio de bruces con varios soldados rusos que peinaban los tejados en paralelo a sus camaradas. Un par de rafagazos y una posición insostenible le convencieron para volver a bajar a saltos las escaleras. Era consciente de que intentar escapar por el portal era un suicidio; los rusos estaban limpiando la calle minuciosamente, y jugar al escondite con tres tanques era arriesgado aunque factible, pero hacerlo con todos los Ivanes que arrastraban detrás... Estaba jodido, pensó, pero mientras lo estuviera quería decir que seguía vivo. Se acercó hasta una de las agujereadas hojas del portal y huroneó a través de una brecha astillada. Dos de los tanques se habían adelantado, pero un T-34 continuaba en la misma posición, lo que le dejaba a él en medio, junto con los *frontoviki* que hormigueaban aquí y allá ejecutando a todo bicho viviente. Disparos y explosiones aisladas. Gritos, órdenes, imprecaciones. De repente, escuchó las botas apresuradas de los Ivanes que bajaban del tejado. No podía permanecer emboscado mucho más. Si corría y tenía suerte, quizás pudiese alcanzar una de las calles transversales, perderse entre las ruinas. Era su única oportunidad, y no podía dejar de cumplir la promesa que le había hecho a Silke. Se ajustó el correa, cambió el cargador de su fusil ametrallador, lo amartilló y comenzó una carrera desesperada; ya en las primeras zancadas el tableteo de las ametralladoras soviéticas buscó su alma. Un abanico infernal de balas que silbaban desde todos los rincones y rebotaban contra los adoquines y en las fachadas de los edificios. Lo esquivó como pudo de portal en portal, devolviendo el fuego a bocajarro. Sus posibilidades se fueron estrechando a medida que los soldados se iban avisando unos a otros. Sin aliento, cubierto de sudor, no tardaron en acorralarlo contra la carcasa de un camión quemado. Arturo había vaciado un peine entero y volvió a recargar el arma, sus últimas balas. Su rostro palidísimo indicaba que conocía su destino; el mundo iba a acabarse para él de un momento a otro, y la intensidad de las impresiones se había duplicado, como si todo estuviera perfilado. Escuchaba a los rusos, por todas partes, cercándole con su estrategia de gran felino.

Una bala, una granada, un cañonazo, no había mucho donde elegir; morir o no morir no tenía demasiada importancia, lo único esencial era no hacerlo de rodillas. Lo que más le dolía era no poder cumplir el juramento que le había hecho a Silke. Silke, Silke, debía recordar sus ojos cuando se apagase el mundo. Estaba preparado para afrontar su suerte cuando, inesperadamente, de entre el humo y el polvo salió una lanza luminosa que recorrió toda la calle y alcanzó a uno de los T-34, haciéndolo arder. Los ocupantes que tuvieron tiempo de salir fueron segados instantáneamente por las ráfagas de una ametralladora pesada. La sorpresa se elevó al cuadrado cuando Arturo oyó voces y órdenes en... francés. Inexplicablemente, la calle fue tomada por SS con uniformes de camuflaje, que disparaban los nuevos fusiles de asalto Sturmgewehr, con sus característicos cargadores curvos, y que combatían de forma experimentada, muchos de ellos sólo con su gorra de montaña y el casco en la cintura. Algunos tenían cananas repletas de proyectiles en bandolera, y todos llevaban un montón de bombas de mango incrustadas en sus cinturones. Arturo se preguntó si los refuerzos prometidos una y otra vez por la propaganda nazi eran algo más que espectros en la mente de Goebbels. Pero ¿socorro francés? Los SS pusieron en jaque a los rusos, que no acababan de reponerse del asombro. Dos fogonazos más de los mortíferos Panzerfaust, la temible arma anticarro alemana, hicieron saltar el depósito de municiones de los tanques restantes, transformándolos en carcasas que ardían en medio de una enorme y espesa humareda. El pesado tableteo de la MG mezclado con el fuego cruzado de los Sturmgewehr y las granadas se encargaron de despejar temporalmente la calle de Ivanés. Arturo se aprovechó del respiro y, haciéndose notar, se apresuró en unirse a los SS. Pidió que le llevaran ante el oficial de mayor graduación. Le acompañaron hasta una panadería vacía desde la que se dirigía la *aktion*. El sargento que mandaba aquella patrulla, Jean Marie Gracq, alias Fifí, era un bórdeles, antiguo miembro del LVR; un gigante con un costurón que le cruzaba toda la mejilla, un enorme hoyuelo en el mentón, un coqueto pañuelo blanco anudado al cuello y una actitud insolente. Llevaba un abrigo de cuero entre verde y gris lleno de rasguños. Arturo le mostró el salvoconducto firmado por Eckhart Bauer y le dio unas nociones sesgadas de su presencia allí.

—Por los pelos, ¿eh, torero? —le espetó con media sonrisa.

—Si no llega a ser por vosotros me dejan cuajado —se agachó un segundo para atarse una bota; se levantó—. Así que Berlín tiene posibilidades de salvarse —indicó a los franchutes que vivían la lucha con la naturalidad de ciertas bacterias en el fuego.

—¿Y quién la va a salvar? —preguntó con ironía.

—¿No habéis venido con refuerzos? ¿Y esos uniformes, y las armas?... —los comparó con su desteñida guerrera y su vieja Schmeisser.

Gracq sonrió con fiereza.

—Son los últimos uniformes y las últimas armas, torero. Formábamos parte de la

División Carlomagno, somos voluntarios franceses, y nos ordenaron dirigirnos a Berlín a toda velocidad desde el Reichssportfeld. Pero ni siquiera somos ya un batallón. Sólo estamos nosotros, lo que queda de la Nordland y los viejos y críos del Volkssturm, que ni siquiera tienen fusiles.

El rostro de Arturo fue un poema.

—¿Quién está ahora al mando de la defensa de Berlín? —preguntó.

—El general Weidling.

—¿Y vuestro puesto de mando?

—Aquí cerca. Nos manda el general Krukenberg.

—¿Y dónde está la línea de frente?

Gracq soltó una carcajada demente, abriendo sus enormes brazos y abarcando todo aquel escenario de sangre. Sus ojos brillaban como si hubiera tomado algún tipo de droga.

—En todas partes, torerito, en todas partes. Ya no se puede salir de Berlín. Los Popofs han cerrado el cerco por completo. Berlín ya es Stalingrado, un *Kessel*, un gigantesco caldero, ja, ja, ja...

Arturo meneó la cabeza en gesto de incomprensión.

—Habéis puesto la polla en un yunque y os limitáis a esperar... ¿Para qué habéis venido?

Gracq tuvo un amago de cólera, pero optó por darle un punto de virtud ofendida. Señaló la hebilla de su cinturón.

—¿Qué dice aquí?

—*Meine ehre heisst treue*, «mi honor se llama fidelidad», la divisa de las SS.

—Pues eso, torerito, cuando todo se derrumba las SS deben ser las últimas en caer. Además, si nos rajáramos, encima del odio de los Popofs tendríamos su desprecio, y eso no lo vamos a permitir. El diablo cabalga con nosotros, ¿verdad, *mes amis*? —gritó a sus hombres.

Un rugido triunfal respondió a su fiereza. Como si también quisieran responder, el cielo se llenó de aviones rusos que descargaron oleadas de bombas sobre la zona. Al tiempo los rusos volvieron a la carga, intensificando el fuego con ametralladoras Maxim sobre ruedas y morteros. El choque fue durísimo. Un SS con los intestinos al aire fue evacuado en una camilla improvisada con una puerta arrancada, y otro, con la pierna casi cortada por un trozo de metralla, obligó a sus compañeros a terminar la amputación con un cuchillo. Un cabo se cuadró con urgencia ante Gracq.

—No vamos a aguantar, mi sargento. Habría que retirarse.

Gracq estudió las continuas rupturas y rectificaciones de la escaramuza. Luego hizo un gesto que indicaba cualquier punto del vasto futuro.

—Nos vamos, aquí ya no podemos hacer más. Que curen a mis hombres y que retrocedan con orden. ¿Vienes con nosotros? —se dirigió a Arturo.

—Por supuesto.

El repliegue se empezó a ejecutar escalonadamente, con un orden que provenía de los muchos combates con las unidades soviéticas y los partisanos. Incluso unos cuantos comenzaron a cantar a voz en grito, con chulería:

*Monika, chère Campagne
Le pays est en campagne
Pour faire, les temps nouveaux
Nous metrons les russes en fuite,
Bien loin jusqu'à l'Oural!*

Arturo, mientras se retiraban por una ciudad en coma, alucinaba con aquella gavilla de soldados dispuestos para un último combate suicida y demencial. Machacados y sangrados en Rusia, con sus rostros pálidos y arenosos, deseaban una muerte que ni siquiera soñaba con la resurrección por una sencilla cuestión de orgullo personal. Casa por casa, desde los pisos interiores hasta el tejado, en patios, a través del último agujero que hubiera en los muros, aquellos franceses extraviados, junto con un puñado de locos escandinavos, belgas, eslavos, holandeses, italianos, españoles..., eran los últimos defensores del Reich en una paradoja cuya soberbia carcajada recorrería las páginas de la Historia. Si la bomba del general Kammler no era más que humo de pajas, allí se acababa todo, pensó Arturo mientras avanzaba al trote junto a aquellos valientes. Pero ya no quiso pensar más, sólo sentir, la energía, la fuerza, la carrera, el aire vibrando por la metralla incandescente, las explosiones, los disparos, los cantos, aquel último reverso atlético y glorioso antes de la matanza.

Era hermoso.

Era irreal.

Y una sonrisa brotó de sus labios.

Franca.

Amplia.

Sin culpa.

Al igual que las familias felices, todos los ejércitos derrotados se parecen. Ésa fue la conclusión a la que llegó Arturo esa tarde noche cuando entraron en el acantonamiento de los franceses al norte de Hasenheide, entre la Hermannplatz y la iglesia de la Gardepionier Platz. Aquellos Fifís y Cocos que cumplían a rajatabla la divisa de los antiguos soldados de Napoleón en Rusia —refunfuñamos pero andamos— eran definitivamente el último contrafuerte defensivo del Reich. Instalados en cafeterías, restaurantes y bajos abandonados, dormitaban o rancheaban con las armas colgadas de banquetas y perchas en medio de una hedentina de sudor, a la espera de su traslado al amanecer al sector de Neukolln, donde harían frente a las avanzadillas

de los rusos. El comandante del batallón se había ocupado de enviar patrullas de reconocimiento por toda la zona —una de ellas era la que le había salvado la vida— para dibujar un mínimo mapa de un frente fraccionado como pequeñas y dispersas partículas de mercurio. La confusión era permanente y enorme; Arturo husmeó aquí y allá como un sabueso buscando información que le confirmó el tamaño del pantano que les estaba tragando de una forma cada vez más profunda. Hizo que le curasen la herida del hombro y acabó por buscar algo de comida; un tal Benavides, un SS de una procedencia tan asombrosa como Uruguay, le proporcionó unas latas de espárragos y una barra de turrón provenientes del saqueo de un almacén en una calle adyacente, de las que dio cuenta con la aplicación de quien sabe que podría ser su última cena. Lo acompañó con unos tragos de un carísimo coñac del cual circulaban varias botellas. También se proveyó de una cantimplora de Chocolate Dopping, una bebida a base de cacao y anfetaminas reservada exclusivamente para los aviadores, pero que ahora también regaba con abundancia las *aktionen* de los franchutes; estaba al tanto de que los siguientes días serían agitados y necesitaría toda la energía posible. A su vez pudo conseguir uno de los nuevos fusiles de asalto Sturmgewehr y munición, así como algunas granadas.

A renglón seguido decidió dirigirse a la Cancillería en busca de Bauer o Möbius y ponerles al tanto de los últimos acontecimientos. Andando por calles semidesiertas, con el ruido aplastado de los cristales que tapizaban el suelo, entre paredes de casas en ruinas, vagos obstáculos en forma de sacos de arena o amontonamientos de adoquines o tranvías volcados, defendidos por esporádicos soldados de capotes sucios, y viejos y niños harapientos que llevaban las cintas amarillas del Volkssturm, no halló ni un solo atisbo de unidades sólidas o defensas estables que pudieran hacer frente a Iván. No sabía si reírse, llorar o cagarse de miedo. Lo único que parecía funcionar con orden y meticulosidad germánica eran los controles de la Feldgendarmarie, que seguían ejecutando su labor como si el frente estuviera a varios centenares de kilómetros. Fue uno de ellos quien le puso en apuros cuando, rígidos y silenciosos, con sus guantes de lana verde y sus placas de metal en el pecho, le detuvieron para que justificase su solitario deambular. Arturo tardó unos segundos eternos en encontrar el salvoconducto de Bauer, a tal punto que creyó que lo había extraviado. Un nervioso intervalo que fue salvado finalmente con un gruñido de asentimiento y un saludo seco.

La Cancillería acabó por elevarse confusa e imponente, mientras la luz se iba modificando y el cielo se oscurecía en dirección a Europa. Arturo recorrió el edificio en busca de Bauer o Möbius, sin resultado. Terminó por dirigirse al Führerbunker. Allí comprobó una vez más que el poder se medía por la capacidad para aislarse. Todavía disponían de agua y luz, y las cocinas seguían funcionando, aunque la guardia se había relajado escandalosamente, y en un ambiente irreal sus ocupantes se

pasaban las horas bebiendo o discutiendo sobre cuál sería la mejor manera de suicidarse. Preguntó aquí y allá a soldados y oficiales acerca del mayor y el capitán —sus miradas sonámbulas se quedaban fijas en su uniforme lleno de sangre—, sin resultado; tampoco había noticias del Kommissar Krappe. Finalmente, un oficial de enlace le aclaró que habían mantenido una urgente entrevista con el Führer ese mediodía y habían abandonado el bunker con una misión secreta, *geheim*, especificó, y que no, no le habían dejado a un tal Arturo Andrade ninguna instrucción concreta. Aquella información provocó en Arturo un aluvión de interrogantes, ¿serían los indicios de que la *Wunderwaffe* iba por fin a ser utilizada? Y si así era, ¿no debería Arturo marcharse de Berlín a toda velocidad? Sin saber con exactitud si su misión continuaba activa, optó por encaminarse a la Embajada española para dormir unas horas y aclarar las ideas. Salió del Führerbunker y bajaba las escaleras de la Cancillería, ensimismado, cuando escuchó una voz que le llamaba por su nombre. En un principio no alcanzó a distinguir quién era, hasta que reconoció al Kommissar Krappe dirigiéndose hacia él desde la estación del U-Bahn de Kaiserhof. Por fin un rostro amigo entre toda aquella brutalidad, un rastro de simetría en el caos. Arturo alzó su mano para saludar; Krappe imitó su gesto mientras su figura en forma de ánfora anadeaba con gracia hacia él. Quizás ya no importaba si había conseguido algo o no sobre Sebottendorf, pensó Arturo mientras se encaminaba hacia el Kommissar, a lo mejor podrían dejar de lado aquella locura y sobrevivir. Qué le podía importar a Dios que dos pecadores se salvaran, su libro estaba lleno de ellos, y sus corazones ya se habían purificado por el fuego. Después de aquello la fe, la lealtad, el amor, todas las viejas palabras que les permitían seguir vivos habrían de lavarse antes de volver a ser utilizadas, y todos deberían olvidar para volver a empezar. Ellos sólo eran hombres, hombres que habían hecho lo posible en aquel mundo. Y aunque Arturo no había nacido para tener amigos íntimos, no le importaría intentarlo con aquel Hans Krappe. Incluso podía imaginárselo en Extremadura; irían juntos a pescar, sí, podían pasar las tardes rodeados de ranas gruñendo, de libélulas a ras de río, con las cañas plantadas y un cascabel atado a ellas, compartiendo una botella de vino. Un lugar ideal para aislarse de la historia e intentar recuperarla. Volvió a saludar. Krappe también levantó su mano. Sonrió. Inesperadamente, un silbido cortó el aire y el obús hizo explosión unos cuantos metros a la izquierda del Kommissar. Éste no se agachó, no lo hizo ni siquiera cuando el sonido nítido y aterrador de la metralla barrenó el aire y cortó su cabeza limpiamente, dejando un cuerpo decapitado en pie, que aún tardó unos segundos en desplomarse.

—El bien. El bien nos parece lógico. Sin embargo, cosa absurda, para el mal no encontramos justificación.

La frase de Ramiro quedó flotando en el aire, tan nebulosa como las volutas de

humo de su cigarro. Sus evoluciones eran seguidas por Matías, sentado frente a una mesa llena de restos de la cena y licores. Arturo se hallaba de pie, junto a una de las ventanas de la Embajada con vistas a las destrozadas instalaciones del Zoo. Berlín parecía un enorme tablero de ajedrez, con unas casillas iluminadas por el fuego y otras a oscuras. El cielo nocturno estaba despejado, lleno de estrellas. La temperatura era fresca, casi fría a pesar de la primavera. Una misteriosa calma reinaba sobre la ciudad. Era el tiempo que precede a la subida del telón, la última vela antes de entablar la batalla de Berlín.

—No hay que buscarla —respondió Arturo—. Sencillamente no la hay.

—Lo que le ha sucedido a ese Kommissar ocurre cada segundo, Arturo, no hay que darle más vueltas. Es una pena porque hubiera podido continuar siéndonos de gran ayuda, pero es lo que hay —colocó su mano sobre la copia de la cartulina de Von Kleist—. Después de todo lo que me has contado, ahora mismo lo que más nos importa es *Hagen*. ¿Y dices que el mayor Bauer y el capitán Möbius han desaparecido?

—No hay ni rastro.

—Y tenían una misión... ¿Qué puede significar eso, Arturo?

—No tengo ni la más remota idea. A estas alturas todo puede suceder, que haya bomba, que no haya bomba, que la vayan a utilizar, que no la vayan a utilizar...

—Da igual, debemos seguir haciendo de canario en esta mina, a ver por dónde sale el grisú. No obstante, aunque tuviesen la bomba y la hiciesen explotar, las cosas no cambiarían mucho. Los Aliados no van a perder ya esta guerra por muchas bombas atómicas que les tiren.

—Había tres.

—Como si había veinte, no lo creo, con sinceridad...

—Además tenían un avión en algún sitio, lo que implica una lotería de ciudades...

—Mientras no la tiren en Madrid, la cosa va bien.

—¿Y si la tiran en Berlín? Harían un *Götterdämmerung* estupendo.

—Pues ya sabes, los bienaventurados verán el cielo, ¿no es eso lo que dicen?

—Yo me conformo con no perder de vista la tierra —respondió Arturo.

Ramiro hizo una mueca de circunstancia.

—Resumiendo —concluyó jugando con un pedazo de pan—, lo que sacamos en claro es que Ewald von Kleist fue oficialmente asesinado por un comando, pero que resulta raro que hayan sido los americanos porque, como confirmaron el Ranger, ese hermano, Albert, y Frau Volkova, había tenido contactos con los Aliados. Que esa Pippermint al final no aclaró gran cosa. Que tampoco nos pueden ayudar los comandos restantes porque uno ha ejecutado el salto del ángel y el que queda, el de Prenzlauer Berg, está desaparecido. Que puede haber una película comprometedora

para el Reich, aunque no me explico qué puede ser más comprometedor que los miles de rusos de ahí fuera, y que quizás era eso y no los secretos nucleares lo que quería entregar Von Kleist. Que al final Hitler se queda para ver el último acto...

Arturo obvió añadir la parte oculta de aquel inmenso iceberg, la nebulosa *Niflheim*, el mundo de las tinieblas de las mitologías nórdicas donde se movía la Sociedad Thule Bund, el plan bajo el plan, y que paradójicamente las respuestas a todo podían hallarse en una sencilla caja alquilada en el Reichsbank.

—... Así que la cosa está vista para sentencia —resumió Ramiro—. Se lo comunicaremos a Santa Cruz y entonces ya no dependerá de nosotros.

Arturo se separó de la ventana y se sentó con ellos a la mesa. Matías, que mantenía su silencio, le acercó un vaso y se lo llenó de licor. Arturo dio un sorbo.

—Entonces sólo nos queda el banco —dijo—. ¿Qué ha decidido Alfredo Fanjul?

—Ah, es verdad, Fanjul nos ha convocado a todos mañana al amanecer en un almacén al lado del Reichsbank.

—Así que mañana es el día.

—Los rusos ya están a las puertas, esperar más significaría arriesgarnos a encontrárnoslos en la cocina.

—Lo que no acabo de ver claro es cómo va a entrar en el banco y luego se va a escapar de este caldero, y encima con todo ese botín.

—Fanjul lo tiene todo dispuesto. Tiene hombres dentro del banco y le han dado el chivatazo de que se prepara un traslado de oro a un escondite dentro del mismo Berlín. Aprovecharán la apertura de las cámaras para evitar tener que volarlas. Esos mismos hombres le facilitarán la entrada y nosotros sólo tenemos que limpiar el piso. También han estudiado el trazado de los túneles del metro y las alcantarillas, y el plan consiste en hacer un itinerario eludiendo las patrullas hasta la isla de Pfauen, en el río Havel. Allí hay dos hidroaviones que nos recogerán con destino a Suiza.

—Será muy arriesgado.

—No hay gloria sin sangre.

—Supongo que tendréis más datos acerca del interior del banco.

Sacaron unos planos de la planta del edificio y durante un rato estuvieron familiarizándole con la misma. Cuando dieron por buenas las explicaciones, Arturo se acabó de un trago la copa y observó a Matías. A la luz de las palabras de Maciá descubrió en él la mirada glacial de los tipos que se fajan.

—¿Se sabe algo de Manolete? —le preguntó.

—Lo hemos localizado en el Thomaskeller Lazarett. Nada grave, un tiro de sedal.

—Estupendo. Y otra cosa —decidió—, ¿podría pedirnos un favor? Especialmente a ti, Matías.

La incertidumbre no dejó de leerse en su rostro.

—Dígame, señor Andrade.

—Ya te habrá contado Ramiro que ahora mismo no soy santo de la devoción de Alfredo Fanjul —Matías y el aludido se miraron, confirmándolo—. Para el tinglado del Reichsbank había quedado en que Manolete me cubriría las espaldas, por si acaso, pero ahora que está en dique seco no querría que algún arma se descargara por casualidad en mi chepa, así que te pediría que estuvieras atento a ella, ¿está claro?

—Como el agua, no se preocupe.

—Muchas gracias, Matías —se giró hacia Ramiro—. Cambiando de tercio, ¿cómo están Loremarie y su abuela?

El gesto de Ramiro se entenebreció.

—Supongo que todavía tienen el susto en el cuerpo, de cuando las fuimos a buscar, pero ahora se encuentran bien. Han comido y estarán durmiendo. No nos contaron demasiado, pero llevaban al menos un par de años escondidas en un doble fondo de la buhardilla, así que imagina lo que han tenido que pasar. Fue una buena idea que las sacáramos de allí.

—Eso me pareció —Arturo titubeó—. ¿Y qué hay de Silke?

Ramiro y Matías volvieron a intercambiar una mirada; su silencio se convirtió en una forma eficaz de comunicación. Las palabras de Ramiro encubrieron diplomáticamente cualquier emoción.

—Frau Silke nos ha contado parte de lo sucedido. En fin, Arturo, dice mucho de ti que te hayas preocupado por... ellos.

Un torrente turbulento de emociones, amor, decepción, celos, esperanza y culpa impidió una respuesta inmediata. A pesar de la negrura y profundidad de sus sentimientos, aún consideró cómo podría utilizar las vías de escape de Fanjul para sacar a Silke de la ciudad.

—Es lo que hay —sentenció—. ¿Han cenado?

—Más bien devoraron la cena. Ahora supongo que duermen en el bunker.

—Ella... —dudó—, ¿ella ha preguntado por mí?

—No recuerdo... aunque tengo mala memoria —Ramiro intentó arreglarlo.

La melancolía de Arturo se hizo más honda, se convirtió en añoranza. Se levantó y estiró los brazos, desentumeciéndose. Su voz sonó fría, monocorde.

—Mañana será un día movido. Me voy a dormir. Gracias por todo. Ramiro, Matías...

Realizó un breve saludo de despedida y abandonó el despacho para dirigirse a la ínfima habitación que le habían reservado en el bunker. Mientras bajaba las escaleras recordó vividamente la decapitación de Krappe. Había participado en muchos combates, experimentado toda clase de terrores y visto morir a tantos hombres que nunca se había hecho ilusiones sobre la invulnerabilidad de la carne, y mucho menos de la de él. Por eso se había forjado una coraza contra esa certidumbre, y aceptaba la muerte como lo que era, algo atroz, un insondable sinsentido, afrontándola con cierto

hastío y una fría conformidad. Pero la desaparición de Krappe había removido en él miedos secretos, una idea de la muerte nueva y aterradora. Estaba al borde del agotamiento nervioso, era consciente. Para sobrevivir, debía definir otra vez todo aquel absurdo en su beneficio. Decidió enfrentarse a aquella violencia milenarista con un reino de lo íntimo y pequeño: se acercó hasta la habitación de Loremarie y su abuela. La puerta estaba medio entornada y en su interior, dormida en el catre militar, la niña se enroscaba en los sarmentosos brazos de la vieja con el sueño profundo y tranquilo de un bebé. Era un cariño suave y primordial entre toda aquella tristeza colectiva. Arturo experimentó el placer de sentir que protegía a alguien; eran los rituales paganos de su alma, su manera de limpiarse. En aquella ciudad llena de dioses, Hitler era un nuevo Moloch, la deidad cananea que exigía el sacrificio de niños, pero él no iba a permitir que se los llevara. Cerró la puerta con cuidado y se adentró en el bunker, iluminado pálidamente por bombillas enrejadas. Encontró una puerta cerrada; pegó el oído a ella y escuchó ciertos rumores, la voz callada de una mujer y las respuestas de un hombre, con alguna risa corta intercalada. Supuso que al otro lado estaba Silke, y sus demonios le susurraron que aquello eran los ecos de un orgasmo todavía caliente. Sus ojos ardieron. Aquello era peor que triste, era irremediable, porque algo había terminado y el dolor ante él no había hecho más que comenzar. Colocó su mano sobre la puerta. Inició un monólogo mental en que intentaba convencer otra vez a Silke y ella volvía a rogarle que tenía que dejarla marchar.

—¿Se encuentra bien?

Matías salió de las sombras, tan silencioso que Arturo no se apercibió de su presencia hasta tenerlo a un paso.

—Me ha asustado.

—¿Usted se asusta, señor Andrade? —preguntó con sincera sorpresa.

—¿Y quién no, Matías? —carraspeó—. ¿Te envía Ramiro? ¿Teme que pueda hacer algún estropicio?

—Usted me dijo que le guardase la espalda...

—Dile a Ramiro que no se preocupe, no haré nada que tú no harías.

—Ya, por eso estoy aquí, señor Andrade...

Arturo esbozó media sonrisa. Aún mantenía su mano haciendo presión sobre la puerta y la separó.

—Estas cosas son duras, ¿sabes? —se confesó.

—Lo sé, señor Andrade. Pero hay que aprender a abandonar.

—Abandonar, empezar de nuevo, sino no podríamos crecer. Sufrir para crecer, para perder la inocencia y convertirnos en seres razonablemente perversos, en hombres, ¿vale la pena tanto dolor?

—No sé, sólo hay que hacerlo.

—Tienes razón: hay que hacerlo.

—De todas formas, señor... —dudó un segundo, pero acabó por hablar—, el amor, aunque sólo lo sienta usted, para algo debe de servir...

Arturo no supo qué responder. Permanecieron así un rato.

Con todo su cuerpo sintiendo el paso del tiempo. Filtrándose como arena a través de todo. Corriendo hacia el alba.

12. Casquillos y cráneos

El amanecer de aquel viernes 20 de abril se hallaba en ese brevísimo intervalo entre el resplandor del crepúsculo y la luz cenital de la mañana. Una tormenta había estallado de madrugada y se había calmado con igual violencia, pero la lluvia no había hecho más que aumentar el olor a quemado en vez de disminuirlo. Berlín era una fruta negra y arrugada que estaba volviendo a ser peinada lentamente por los cañones rusos; se divisaban grandes columnas de humo en la frontera oriental de la ciudad. En ese momento, tal como había pronosticado un general alemán, se podía ir del frente del este al del oeste en S-Bahn. Arturo, acompañado por Ramiro y Matías, caminaban hacia un pequeño almacén cercano al edificio del Reichsbank, al final de la Mohrenstrasse. Todos tenían esa mala sensación de que algo infinitamente nefando había sucedido esa noche, conscientes de las miles de violaciones de mujeres alemanas que se habrían perpetrado y que sus hombres eran ya incapaces de impedir. No obstante, como si quisieran purificarse de toda aquella inmundicia moral, los tres se habían lavado a conciencia antes de abandonar la Embajada, afeitado con tiento, peinado y vestido como si fuesen a su propia boda. Ramiro se había encargado de advertir a Loremarie y a su abuela, así como a Silke y su marido, de que se ausentarían durante la mañana, proveyendo a este último de un arma y munición para poder enfrentarse a indeseables imprevistos. Arturo había intentado hablar con Silke, pero al cabo había desistido persuadido por Ramiro, que le trasladó su negativa a entrevistarse con él. A través de una conversación interpuesta, Arturo se había escandalizado de que ella hubiese dejado olvidada en su apartamento la *Dienstaltersliste* que, en última instancia, podía ser el último baluarte entre ella y la fijación del Ejército Rojo por convertirla en un botín sexual. Se propuso ir él mismo a recuperarla en cuanto solventaran aquel negocio.

Habían quedado con Ninfo y Saladino en una confluencia con la Friedrichstrasse, y allí les aguardaban a cubierto y armados como erizos, uno con su sonrisa siempre a punto para conquistar doncellas y el otro con su rostro barnizado. A Saladino se le había infectado una muela y tenía un flemón en la mejilla derecha que aliviaba cada poco con una petaca llena de gasolina. Se saludaron con vigor.

—Ya se te acabó el fumeque, Saladino —le increpó Arturo—, lo que no pudieron los pulmones lo va a hacer una muela...

Las carcajadas —sufrientes las del interfecto— llenaron la calle desierta y devastada.

—No sé yo —adujo Ninfo—, éste siempre ha tenido más cuento que Calleja, y con tal de escaquearse de los tiros es capaz de cualquier cosa...

—Va a hablar aquí el once viejas —disparó Saladino con un gesto dolorido—. Y hablando de escaquearse, el cabrito de Manolete sí que ha tenido suerte, a costa de un

tiro de sedal ahora estará meciéndose en las tetas de alguna *froilan*.

—Me temo que fue más complicado —apuntó Arturo.

—En fin —dispuso Ramiro—, hay que darse prisa, llegamos justos.

—¿Queda lejos? —preguntó Ninfa.

—Sólo hay que seguir a los gusanos —bromeó Ramiro.

De nuevo las risas, desafiantes, faroles robados a un arsenal de formas de ocultarse a la muerte mientras en su interior algo iba tensándose como un arco. Reanudaron el camino y fueron intercambiando las últimas noticias, un rosario de desastres y tragedias en las que las mujeres llevaban la peor parte y todos los barrios periféricos en un radio de dos kilómetros eran ya territorio ruso. Ni Busse ni Wenck ni ningún general del Reich podía asumir ya el papel de caballero de impoluta armadura sobre un caballo blanco que salvaría Berlín. Vislumbraron el almacén al poco rato; un solitario soldado custodiaba la entrada, suficiente para no llamar la atención. En un interior desvencijado y espectral les aguardaba Alfredo Fanjul, escoltado por dos pretorianos. Tenía las manos a la espalda, y su rostro licencioso y amarillento estaba adornado con una sonrisa caediza. Les saludó, miró a Arturo sin alterarse y dejó que Ramiro llevase la voz cantante, sin dar a entender en ningún momento que recordaba el sangriento rifirrafe de días atrás. Tras un par de comentarios, tomó la iniciativa; su mal aliento era reconocible a distancia.

—La máquina de salchichas ya está en marcha, señores. Los rusos han entrado en la ciudad y tenemos que trabajarnos el Reichsbank antes que ellos. Las SS están demasiado ocupadas perdiendo la Victoria Final, pero no dispondremos de mucho tiempo. A una hora convenida nos abrirán las puertas, llenaremos de gas el edificio y entraremos por grupos para acabar con el retén.

—¿Cuánto calculas que puede haber? —preguntó Ramiro.

—Las SS han estado haciendo unos cuantos traslados y se han llevado bastante, aunque calculo que puede haber tranquilamente unos dos mil kilos de oro.

El silbido de admiración de Ninfa y Saladino fue unánime. Ramiro no se dejó impresionar y esgrimió una objeción razonable.

—¿Seremos sólo nosotros? —inquirió con un punto de suspicacia.

Alfredo Fanjul no tuvo que responder a su pregunta. En ese mismo instante una cuña de oro macizo, la primera del amanecer, iluminó a su espalda un par de docenas de hombres, de pie, en absoluto silencio, con las armas al hombro y la mirada perdida. Fanjul prosiguió como si no le hubiese oído.

—Cuando estemos dentro de la cámara sólo nos llevaremos lo que cada uno pueda cargar en su macuto, nada de cajas o tan grande como para limitar nuestra movilidad. Luego nos escurriremos por las alcantarillas hasta los hidroaviones del Havel. Ahora vamos a repartir unas máscaras de gas. Y hay que darse prisa... —su gesto se oscureció—, porque en cuanto lleguen los *ruskis* querrán beber cerveza en

nuestros cráneos.

Fanjul no pudo evitar una mirada a Arturo que le rozó como un tentáculo viscoso. Confirmó que aquel ser artero únicamente estaba esperando su momento, y la visión de aquellos peligrosos mercenarios, con su mezcla de valor, ambición, desesperación y salvajismo, tampoco le había tranquilizado: cualquiera de ellos iba a tener a tiro su espalda. La partida comenzó a prepararse con movimientos vigilantes y decididos, organizándose los grupos de asalto. Arturo consultó su reloj, eran cerca de las siete de la mañana. Durante unos segundos febriles, angustiosos, rogó que una personificación de un principio superior se le apareciera despojada de toda su majestad, una Atenea —en aquella ciudad llena de dioses— que bajase como en los campos de la muerte de Troya para guiar a sus favoritos en la batalla. Cerró un círculo con Ninfo, Saladino, Ramiro y Matías, que adoptaron distintas posturas entre el cansancio, el aburrimiento y la resignación.

—¿Cómo lo veis? —preguntó.

—Hombre —comenzó Ninfo colocándose el pene dentro del pantalón—, podemos pedir una tregua a los rusos, o rendirnos y esperar que nos traten bien. También puede que ellos se rindan, aunque eso no creo, pero nunca hay que perder la esperanza...

—Qué huevos tienes, Ninfito... —dijo Saladino meneando la cabeza.

—Lo que tenemos que hacer es mantenernos juntos —dijo Arturo—, pase lo que pase.

—Sí —apoyó Ramiro—, hay que mirar por las espaldas de todos, especialmente por la de Arturo.

—Gracias, aunque no perderé de vista a ese Fanjul.

—Cuando nos entreguen las máscaras procura comprobar la tuya, no sea que te den gato por liebre —le advirtió Matías.

—Lo haré.

—Venga, y que Dios reparta suerte, porque como reparta justicia... —bromeó Saladino.

Repentinamente, Ninfo sacó una moneda de la guerrera.

—Venga, si sale cara salimos todos sin un rasguño...

La tiró al aire con la mano derecha y la recogió con destreza, poniéndola con un golpe seco sobre el dorso de su mano izquierda. Mantuvo la expectación unos segundos antes de levantar la mano. Los rostros parecieron entonces tan asustados como amenazantes.

—Anda, tira otra vez... —le aconsejó Saladino con desgana.

En el siguiente lanzamiento la moneda cayó de cara y todos recuperaron la sonrisa. Con aquel gesto ya no eran yo, sino nosotros, una identidad imprecisa pero reconocible para enfrentarse al peligro. Arturo les observó con un afecto en el que iba

incluida la posibilidad de que todo saliera mal. Uno de los mercenarios les hizo entrega de sus respectivas máscaras, que todos comprobaron minuciosamente. Se hallaban preparados, y la espada hundida en la piedra les aguardaba en el interior del Reichsbank, esperando a ser separada. Liderados por Fanjul, se encaminaron hacia su objetivo pegados a las paredes. Hileras de bloques agujereados, solares lunares, fuegos encendidos en barriles metálicos... el Reichsbank, el corazón económico del Reich, se hallaba en medio de una plaza desmochada, un monumental edificio que en sus momentos álgidos había albergado a más de cinco mil empleados. Los grupos de asalto se organizaron con rapidez y ocuparon posiciones. Cuando estuvieron a punto, hicieron una seña silenciosa a Alfredo Fanjul, que tardó alrededor de media hora en confirmar la vía franca. Un brillo de ámbar viejo iba iluminando la plaza al tiempo que se ponían en marcha avanzando y sorteando los cráteres y diversos obstáculos que entorpecían su paso. Cuando se hallaron a pocos metros de la entrada, Fanjul consultó su reloj y ordenó ponerse las máscaras: tenían que esperar la señal del interior. No tardó en aparecer un soldado que les dejó vía libre para cargar con decisión; el primer grupo comenzó a lanzar granadas de humo al interior. Aguardaron a que se les uniese el resto e iniciaron el asalto. A partir de ahí toda organización devino en ilusión. El humo, la angustia, las explosiones, los disparos, la soledad, los gritos de ira y de terror. La capacidad de percepción se limitaba a dos círculos en una máscara y al sonido ahogado de la propia respiración; la magnitud de la tragedia se fragmentaba en imágenes laterales, en cuerpos entrevistos, en aullidos atroces, todo desvinculado del horror que estaba aconteciendo. Lo único evidente era que la resistencia era más dura de lo previsto, y que el crepitar de la fusilería arreciaba. Desde casi el principio Arturo perdió el contacto con sus compañeros y se movió entre el olor acre de la pólvora y los caprichos del humo, que le permitían ver imágenes tan sangrientas como hipnóticas y fugaces. Sin puntos de referencia, las llamas iluminaban el humo con un aliento extraño y terrible. Olía la sangre, percibía el vacío. Dio rafagazos sueltos al azar, a todo lo que se movía, siempre buscando nortes por los que guiarse hacia la cámara acorazada. A veces se sentía vinculado a lo que estaba pasando, un sentimiento de la propia fuerza unida a la de los compañeros, incluso de alegría, y al minuto siguiente experimentaba debilidad, angustia, soledad. Sólo cuando la ciega atmósfera empezó a aclararse pudo distinguir que había calculado mal su posición y se había alejado de sus compañeros por un pasillo extraviado. Mientras regresaba a la sala central pudo apreciar que el fragor de las detonaciones iba amainando, con disparos aislados aquí y allá, siendo sustituido por un antediluviano estallido de vítores, los gritos de triunfo del cazador ante su presa desplomada, una mera exigencia de la naturaleza. Nunca se haría el menor comentario acerca de que muchos de los soldados que yacían muertos habían sido canibalizados por sus propios camaradas, tanto de uno como de otro bando. La

mayoría todavía llevaban las máscaras, y Arturo se aplicó en buscar primero a Alfredo Fanjul y después a sus amigos. A medida que el humo permitió respirar, fueron brotando los rostros; Alfredo Fanjul apareció con el fusil ametrallador apuntado al suelo y enjugándose el sudor con la misma mano que sostenía la máscara. Algunos de sus hombres, en un círculo alrededor, todavía tenían las caras deformadas por muecas de odio, con los dientes a la vista como si quisieran arrancar jirones de carne a los muertos. Otros vomitaban debido a su sangre intoxicada o por los estómagos soliviantados debido a la violencia. Incluso uno de los soldados, aquejado por el vértigo del frente, permanecía sentado en una escalera temblando y pronunciando frases incoherentes, hasta que se vieron obligados a pegarle patadas y puñetazos para que volviese en sí. Todos estaban llenos de terror y resentimiento. Arturo pensó que la victoria era suya, era justa, pero también ambigua y llena de sombras. Calmado por el momento, halló a sus amigos lamiéndose las heridas junto a una caja de ingresos.

—¿Cómo ha ido? —preguntó cuando llegó a su lado.

—Habría que volver a pintar el piso —ironizó un sudoroso Ninfo.

—Para no estar esperándonos, nos han hecho bastante pupa... —señaló Saladino, pasándose la mano por el flemón.

—*Krieg ist Krieg...*

Matías había aplicado aquella última brocha gorda al análisis palpándose un diente roto y mirando en dirección a Alfredo Fanjul, concitando el encono de todo el corrillo. Fanjul se apercibió de sus expresiones y les vigiló de una manera concentrada y hostil.

—¿Y Ramiro?

La pregunta formulada repentinamente por Arturo rompió el maleficio y se pusieron a buscarlo frenéticamente. Al cabo le encontraron sentado en una escalera, con la mirada perdida. Arturo torció la nariz, no se atrevió a denunciar lo evidente.

—Ramiro...

El aludido habló lento, como si lo hiciera en otro idioma.

—Lo siento..., esto no es lo mío...

No es lo criminal lo que cuesta confesar, sino lo ridículo. Los cuatro sabían que cualquier palabra que pronunciasen bombardearía su interior dejando socavones de por vida. Porque toda la prestancia de Ramiro se había escurrido pierna abajo en un chorro caliente y húmedo que en un primer momento le hizo creer que estaba herido, y que luego le hizo comprender, entre el asco y la humillación, que se había cagado.

—Tienes mala cara, Ramiro, pareces la Momia haciendo de Frankenstein —bufoneó Ninfo—. En fin, mierda que no ahoga, engorda, y a todos nos ha pasado alguna vez. Lo que tienes que hacer es buscarte otro pantalón y que no te vean estos maricones.

—Matías, haz el favor de quitarle el pantalón a algún fiambre y llévate a Ramiro a algún lado, que se cambie —ordenó Arturo.

Este asintió, y Ramiro, buscando tripas de las que poder hacer corazón, acompañó a Matías. Arturo mandó al resto que le siguieran y se unieron al grupo de Alfredo Fanjul. Todo estaba inundado por la muerte y una inminencia fatal. Algunos heridos se revolcaban y se retorcían, soltando gemidos de dolor; entre ellos iban y venían algunos hombres disparando un tiro de gracia tras otro, sin importarles a qué bando pertenecieran. En el exterior nadie parecía estar todavía sobre aviso, ocupados en las oleadas de emboscadas y escaramuzas que empezaban a puntear toda la ciudad. Tras el recuento, las bajas totales ascendían a un tercio, pero nadie le pidió explicaciones a Fanjul, sencillamente no disponían de tiempo más que para obedecer estricta y puntualmente. Este dio las órdenes pertinentes para distribuir a los hombres entre la vigilancia de la entrada principal, el peinado de bolsas de resistencia en las oficinas y los sótanos del Reichsbank. Arturo maldijo su transitorio despiste cuando Alfredo Fanjul le aisló de sus hombres con limpieza, asignándoles al retén de la puerta principal. Tragó el sapo y siguió al resto hasta las bóvedas, cargando con las mochilas de los supervivientes a fin de colmarlas. Tal y como habían previsto, las cámaras estaban abiertas en previsión del transporte, ahorrándoles muchos problemas. Penetraron en el corazón económico del Reich: allí se habían depositado durante seis años el botín del saqueo de once bancos centrales europeos y los bienes particulares de todos los países sometidos por la Wehrmacht. Sin el comercio, el intercambio de mercancías, los flujos de capital que habían nacido de esta fuente madre, la locura desencadenada a su alrededor no hubiera sido posible, una guerra económica paralela que pagaba el petróleo de Rumania para los Panzers, el manganeso de España para el acero de los fusiles o el cromo de Turquía para los obuses, y que había sido más decisiva que la guerra aérea sobre Inglaterra, la batalla de Stalingrado o el desembarco de Normandía. Con un chasquido se encendieron las luces alimentadas por un generador diesel, iluminando los pasillos de la bóveda central. Arturo penetró en aquel santuario con un estremecimiento que se tornó en maravilla cuando descubrió, con la misma boca abierta que el resto, las pirámides de brillante y amarillento metal que se apilaban allí. Contados, clasificados, registrados, los lingotes resplandecían con la misma luz con que se tejían los sueños o la locura. Arturo comprendió entonces la demencia que había gobernado la voluntad de sus ancestros españoles, los conquistadores que soñaban con ciudades de oro y lagunas repletas de tesoros inagotables, un hechizo que les dotó de crueldad y perversión, que les empujó a sacrificios inútiles y difuminó los contornos de la realidad. Los hechos no pueden penetrar en este mundo de mitos, pensó Arturo. De inmediato, como si fueran proyecciones de los antiguos soldados de Cortés o Pizarro, los mercenarios comenzaron a llenar sus mochilas entre interjecciones de placer y asombro. «Sólo el

peso que os permita fajaros», advertía Alfredo Fanjul mientras abría su macuto. Arturo también metió las manos hasta los codos en aquel tesoro de nibelungos, acariciando los lingotes con un águila perchada sobre una esvástica aureolada por hojas de laurel, la leyenda DEUTSCHE REICHSBANK, 1 KILO, FEINGOLD, 999.9 y el número de serie grabados en el metal. Sin embargo no se dejó arrastrar por aquella fiebre y únicamente medió los macutos asignados, para concentrarse a continuación en buscar la caja 153. Aunque la avaricia no había roto su saco, la carga le entorpecía el paso, por lo que no pudo imaginar cómo alcanzarían a moverse aquellos compañeros que habían llenado hasta los bordes cada una de las mochilas. Recorrió los pasillos paralelos a la sala central con asombro y cautela; aquellos sótanos parecían una cueva de *Las mil y una noches*, repletos de cajones llenos de oro, joyas y diferentes monedas, liras, marcos, libras... provenientes del saco de Europa, además de muestras de aquel arte degenerado que tanto habían despreciado y cuya venta tan buenos réditos había proporcionado a los nazis. En las paredes, cientos de rectángulos metálicos albergaban los depósitos privados, cada uno con una cerradura y un número que paulatinamente iba acercándose a la centena. Arturo iba contando y cambiando de corredor, acercándose con rapidez a las respuestas. En el penúltimo pasillo se iniciaba la serie de los ciento cincuenta, pero la emoción quedó borrada súbitamente por el agua fangosa que anegó su mente. Apilados aquí y allá, había cajones llenos de fundas dentales de oro, miles de ellas, algunas todavía con sangre seca o dientes pegados. Las cajas le arrojaban a un laberinto de vanas especulaciones sobre aquella frase de Bauer, «Los judíos nunca han tenido un infierno. Nosotros les hemos proporcionado uno».

No obstante, apretó los labios y se concentró en buscar el número 153. Cuando estuvo frente a él le embargó una emoción violenta: en aquel depósito podía hallarse la simetría que tanto había buscado, una lucecita de razón en medio de toda aquella violencia. Posó en el suelo la metralleta, desenvainó su cuchillo de combate e introdujo la punta en la juntura, haciendo palanca. No le llevó mucho reventar la cerradura; extrajo el rectángulo metálico encajado en su interior y, arrodillándose, lo colocó frente a él. Abrió la tapa con un movimiento seco. Sus ojos casi se salieron de las órbitas. Se sintió gastado, abatido, incluso hastiado: en aquella caja no había nada. No estaba vacía exactamente, sino que contenía lo que debía contener, contratos, títulos, dinero... pero ni rastro de película alguna. Siguió rebuscando, comprobando, registrando. ¿Qué esperaba?, se dijo, ¿una gran señal de guía? ¿Una admonición? Se disponía a abandonar la caja cuando bajo un fajo de billetes vislumbró un brillo esquinado. Apartó el dinero y descubrió los bordes dentados de una llave. La cogió y la examinó. Era una llave ordinaria, que podría encajar en cualquier cerradura no ya de Berlín, sino del mundo. Aunque se devanó los sesos no se le ocurrió qué hacer con ella, pero si se hallaba allí era por algo. Se la guardó en un bolsillo como se guardan

esas cosas que no tienen utilidad pero no te decides a tirar. Recogió su arma y se irguió. Justo cuando se daba la vuelta apareció al fondo del corredor uno de los mercenarios. Era un individuo corpulento, con el pelo color zanahoria y el rostro grave, con el arco de la nariz un poco ganchudo. Arturo se tensó y se encajó en sí mismo, pero su mirada no fue desafiante, sino curiosa, indagatoria. Su contrincante mantenía los dientes apretados y tenía una leve película de sudor en la frente; estaba claro que aquél era el hombre que Alfredo Fanjul había enviado para matarle. Permanecieron callados, vigilándose y procurando no hacer movimientos en falso. Los dos sabían que en aquel estado de cosas ninguno tenía muchas posibilidades de salir vivo.

—Yo diría que lo has intentado.

Arturo verbalizó la situación en un intento de componenda, pero con un punto de vehemencia que indicaba su disposición a continuar el enfrentamiento. Fueron suficientes unos ambivalentes segundos para que el soldado supiese reconocer unas tablas y asintiese, retrocediendo sin dejar de observarle. En el ínterin, comenzaron a sonar órdenes secas, gritos y el inconfundible rugido de la guerra. Arturo se apresuró hacia el corazón de la cámara acorazada. Fanjul le recibió con idénticos ojos de extrañeza con que había acogido la acongojada expresión de su asesino. Sin embargo no permitió que aquel traspie enturbiara su condición de líder; su voz sonó enérgica e impersonal sintetizándoles que alguno de los defensores había alcanzado a dar la alarma y una sección de la Feldgendarmerie junto con efectivos de las SS habían tomado la plaza y les tenían cercados. Ordenó que repartieran las mochilas y le siguieran; Arturo procuró situarse de los últimos, siempre ojo avizor, y consideró que aquellas jorobas de oro que les habían crecido iban a resultar extremadamente peligrosas en el fragor del combate. En la planta superior el aire estaba emponzoñado, un humo acre y denso lo oscurecía todo, y el pasillo central del Reichsbank era impracticable, barrido por una MG-42 que, con su infernal cadencia de 1200 balas por minuto, no les permitía moverse ni un milímetro. Su servidor la manejaba con ráfagas rápidas y entrecortadas, con tal eficacia que cualquier intento de cruzarlo se había saldado con muertos o heridos. Cada ventana del Reichsbank vomitaba también fuego, y en un momento dado el infierno era de tal magnitud que no se distinguían la llegada y la salida de las balas. Arturo intentó establecer un contacto visual con sus amigos, pero sólo localizó a Ninfo y a Saladino. A Alfredo Fanjul lo tenía bien ubicado, pero ahora era el menor de sus problemas. En aquella situación podrían aguantar hasta que el hambre o las bajas o los mismos rusos les dieran la puntilla, en cualquier caso irían poco a poco siendo aniquilados, la única forma de enderezar la situación era intentar zafarse del cerco. Y había que hacerlo antes de que rodeasen por completo el edificio —si no lo habían hecho ya—, o que a alguien se le ocurriese posicionar un cañón de asalto. La voz ordenancista de un Fanjul que había pensado lo

mismo se aplicó en coordinar una estrategia de cerrojo y carnicería. Lo primero era eliminar aquella ametralladora. No tardó en aparecer un Panzerfaust; aguardarían a que el cañón de la MG se recalentase y la liquidarían cuando se lo cambiaran. Luego algunos hombres mantendrían un fuego de diversión mientras el resto procurarían seguir uno de los planes alternativos: escabullirse por una de las calles adyacentes, en la que podrían utilizar una boca de alcantarilla que comunicaba con el metro. Para acelerar la acción, Fanjul optó por medidas inhumanas: ordenó traer a los prisioneros, la mayoría funcionarios y algún que otro soldado, y los utilizó como blancos obligándolos a cruzar cada tanto el pasillo para que la ametralladora no dejase de apurar sus cintas. Dicho y hecho, el grueso del grupo se adentró en el edificio; en el trayecto se les unieron Ramiro y Matías, que habían estado devolviendo el fuego desde uno de los pisos superiores. Fanjul parecía conocer bien la planta del Reichsbank y les guió sin titubear hasta un despacho desordenado con carpetas que vomitaban papeles en cada esquina. Desde sus ventanas se podía ver directamente la alcantarilla. Se acomodaron las mochilas y comprobaron sus armas; en el intervalo, Arturo ordenó a sus amigos que aligerasen sus macutos por el bien de su pellejo. Únicamente la cerril negativa de Saladino, que aseguró poder de sobra con su respectiva parte de cielo, enfrió por unos instantes su hermandad, pero Arturo terminó por ocultar su honda irritación, encogerse de hombros y murmurar un «allá tú». La tropa se mantuvo atenta al sonido angustioso y discordante de la MG, mientras escudriñaban la tierra de nadie que les separaba de la boca de la alcantarilla. Aquel flanco se hallaba totalmente desprotegido, pero contaban con la sorpresa para ganar algunos metros. Las cintas seguían culebreando ávidamente absorbidas por la máquina, transformando los movimientos inesperados y difusos en el interior del Reichsbank en carne sanguinolenta, hasta que por fin el escalofriante tableteo se detuvo. Uno de los mercenarios se hizo una señal de la cruz en la frente con unos dedos ensangrentados, preparó el tiro con mucha celeridad y disparó. El impacto dio en un blanco por encima de las cabezas de los servidores de la MG, suficiente para que una detonación seca y violenta les hiciera saltar por los aires. Fanjul inició entonces la salida con un gesto seco. Encorvados por el peso de los lingotes, saltaron a la calle y avanzaron con rapidez hacia la boca de la alcantarilla, pero su aparición fue acogida con inesperadas ráfagas, inmovilizándoles. Los sitiadores habían hecho sus deberes y las balas silbaban a su alrededor, se incrustaban en los cuerpos; eran hechos desnudos, de ferocidad intrínseca, que provocaban que los hombres cayeran como muñecos de trapo, contorsionándose a veces con la belleza de un friso antiguo en medio de abanicos de lingotes de oro que se desparramaban desde las mochilas rotas o abiertas. Entre aquellas imágenes terribles Arturo pudo aislar a Ninfa desplomándose con una última sonrisa desesperada y valiente, a Ramiro convulsionándose por sucesivos impactos hasta que el último le desolló la cara. El

mismo fue de los primeros en llegar a la boca de la alcantarilla; uno de los mercenarios había desenchajado la tapa con una pala y se introducía presuroso abandonando incluso su tesoro. Arturo aún se mantuvo unos momentos defendiéndose como gato panza arriba hasta que se le agotó el cargador y tuvo que imitarle. Los acosados supervivientes utilizaban las mochilas como parapeto y comenzaron a desaparecer por el agujero. Algunos no caían por las balas, sino por su codicia: al no querer deshacerse de unos macutos cuyo volumen no pasaba por el estrecho agujero, sus cuerpos quedaban allí, exangües, atorando la vía de escape; otros se empeñaban en meterlas a presión por aquel imposible ojo de aguja, siendo abatidos sin piedad. Mientras, al pie de la escalerilla se recogía la lluvia de oro y cadáveres y, ocasionalmente, algún agraciado en aquel orden arbitrario de la muerte. Uno de ellos fue Saladino que, ronco y jadeante, muy castigado, tuvo que apoyarse sobre sus rodillas para recuperar el resuello. Matías también se había salvado de la chacinería humana, aunque tenía una rótula destrozada. Estaba loco de dolor y le hicieron un improvisado vendaje que inmediatamente se empapó de sangre. Por desgracia, ni Alfredo Fanjul ni su esbirro sufrieron ningún rasguño. El grupo inicial había quedado muy mermado, y todos desenchajaban sus mandíbulas a medida que eran recibidos al pie de la escalerilla por el cañón del Sturmgewehr de Arturo. Éste ordenó a Saladino que fuese incautando las armas; aún sin comprender el sentido de su acción, encañonó sin preguntas a los mercenarios.

—Que alguien vuele esa entrada —le ordenó Arturo a Fanjul cuando consideró que ya era imposible que bajasen más compañeros—. Tú conoces esto, así que lo primero es perderse y luego te cuento el resto —observó a Matías con preocupación—. Y tú —apuntó a uno de los falangistas—, ayuda a Matías.

Los supervivientes todavía recordaban el charco de sangre en que había quedado tendido su compañero en la casa de putas y ninguno se encaró. Arturo distribuyó entre ellos el mayor número posible de mochilas, cuidándose especialmente de que Fanjul y su sicario fuesen los más cargados, colocándoles como lazarillos del grupo. Encendieron las linternas y se alejaron del perímetro de la explosión mientras uno de los mercenarios se encargaba de colocar un explosivo plástico. Saladino y Arturo se miraban con preocupación al oír los gemidos de dolor de Matías, que con un brazo alrededor del cuello de un falangista, avanzaba entre enormes sufrimientos. La explosión les pilló agazapados unos cientos de metros más adelante, una deflagración que les dejó sordos y sopló un polvo de ladrillo seco y denso que cegaba los ojos y convulsionaba las gargantas. Cuando el aire se aclaró un poco, Arturo forzó el ritmo temiendo escuchar en cualquier momento el sonido de botas y los trallazos de las órdenes de sus perseguidores. El plan era dirigirse hacia el Tiergarten, un propósito que comunicó a Fanjul sin más concreción con la advertencia de que no se le ocurriese extraviar la brújula porque él no repetía las cosas dos veces. Las cuchilladas

de luz de las linternas iluminaban nítida y glacialmente los rostros ariscos, contraídos, de los hombres en marcha. Avanzaban en fila india, con el sudor impregnando sus ropas, agachados en muchos trechos e incluso arrastrándose. A veces resbalaban bajo el peso de los lingotes, caían, juraban y volvían a levantarse, con las correas llastándoles la piel. En algunos tramos las tuberías reventadas inundaban de unas aguas fangosas y nauseabundas los corredores; varios cadáveres hinchados flotaban y giraban cuando les apartaban mientras chapoteaban en aquella laguna Estigia. En el exterior se oía el retumbar sordo de los cañones. Un dolor denso y prieto nublaba los ojos de Matías, que a pesar de ir dejando un reguero de sangre por el subsuelo de Berlín no decía esta boca es mía. A Arturo le asustaba aquella sangre, quería volver a meterla dentro del cuerpo herido. El tiempo avanzaba penosamente, se deformaba, perdía su uniformidad y se encogía y contraía, se dilataba y aplastaba. Llegaron a un sótano de hormigón amplio, nervado de grandes tubos por los que pasaba la conducción de cables eléctricos, una especie de nudo en el cual se detuvieron a descansar y donde Alfredo Fanjul les comunicó categórico que habían salido del estrecho anillo de los sitiadores y no se hallaban lejos del Tiergarten. Las luces ictéricas de las linternas trastornaban los volúmenes y delineaban rostros demacrados, expectantes. Arturo no dijo nada y se limitó a escuchar los ruidos del combate procedentes del exterior, clasificándolos. Tenía la impresión de haber caminado durante horas por aquel reino de sombras, como si hubiera ido en busca de su Eurídice berlinesa. Y eso era precisamente lo que se disponía a hacer, enfrentarse al *diktat* de Eckhart Bauer y Maciá, abandonar en aquel instante la misión e ir en busca de Silke. Lo había decidido súbitamente cuando vio caer a Ninfo y a Ramiro, aquello le había hecho comprender algo que ya había esbozado en su mente la desaparición de Krappe: la bendición de existir por encima del drama de la vida. Llevaba demasiado tiempo cortejando a la muerte, su vida ya había adquirido la suficiente consistencia, tenía peso, era un estado de triste comprensión en que creyó aprehenderlo todo. Cogería su oro, rescataría a Silke, Loremarie y su abuela, e incluso a aquel malhadado Ernst, y obligaría a Alfredo a guiarles por el infierno. El resto podía irse al infierno. Tuvo una mezcla de alegría y estupor, como si no discerniera si aquella decisión era un espectáculo o una tragedia. Estudió a los supervivientes uno a uno. Si fuera consecuente debería matarlos a todos, pero sabía que con ellos iba a hacer borrón y cuenta nueva, como también entendía que al igual que la mayoría de las soluciones intermedias no iba a ser interpretada como prudencia, sino como debilidad. No obstante, era el riesgo a correr si, como había resuelto, ya no quería luchar por ocupar los sitios estratégicos del mapa de su vida, sino que quería cambiar el mapa. Se enfrentó a todos aquellos ojos que sólo reflejaban fatiga, sospecha y malhumor.

—Hasta aquí hemos llegado. Con vosotros no tengo nada, tomáis lo vuestro y os

largáis. Supongo que no sólo Fanjul sabe salir de Berlín. El se queda conmigo, todavía tengo que resolver algunas cosas y le necesito para que me saque. Os doy mi palabra de que no le haré nada, yo también quiero salir vivo de aquí.

Guardó silencio y miró a Fanjul. Malencarado, despreciativo y macilento, tenía la última palabra sobre la vida y la muerte de todos. No tardó en decidirse.

—Está bien, llévatelos al Havel —se dirigió escueto a su sicario—, me esperas donde acordamos.

Ninguno comprendió demasiado lo que sucedía, pero se hallaban demasiado agotados para protestar, y no dejaban de respetar ese algo sagrado que había en la confianza de Arturo en su propia fuerza, esa profundidad que a veces hay en cierta demencia. Repartieron el oro equitativamente y se fueron alejando rodeados por las sombras que apartaban las linternas. Arturo mandó entonces a Saladino que se deshiciera de las armas tirándolas a un canal. Luego titubeó un instante.

—Saladino, tú no tienes por qué venir conmigo. Lo que tengo que hacer es demasiado peligroso y ya has cumplido.

Saladino le miró con indignación.

—Sin faltar, Arturo. Aquí follamos todos o matamos a la puta.

Aquello era la amistad, algo sobreentendido, fuera de toda retribución y todo derecho, un don que se recibía con el mismo mérito que el color de los ojos. Arturo asintió agradecido. Después se acercó a Matías, cuyo dolor seguía subiendo como un agua ciega, fría y despiadada.

—¿Podrás aguantar hasta un puesto de socorro? —le preguntó Arturo.

—Haré lo que pueda —respondió febril.

Arturo asintió, le indicó a Saladino que le sostuviera y cargó de nuevo a Fanjul con suficiente oro como para partirle el espino. Comprobó el cargador de su arma, y decidió que irían más rápido por las calles.

Subieron por la primera escalerilla que encontraron, yendo a dar muy cerca de la Potsdamer Platz. En comparación con la hedentina de las alcantarillas, el aire viciado de pólvora, hierro y descomposición de cuerpos se les antojó puro, casi reluciente. Hacia el barrio de Neukölln se oían fortísimas deflagraciones, silbidos estridentes y el tableteo continuo de las ametralladoras que indicaba la formidable lucha que mantenían los voluntarios de las SS, hombres a los que, una vez perdido su país y su causa, ya sólo les restaba perder la vida.

—Esto es un manicomio —comentó Saladino.

Arturo desveló que primero debían ir a recuperar una cosa del piso de Silke, sin concretar que se trataba de la *Dienstaltersliste*. A continuación irían hasta la Embajada española para rescatar a sus ocupantes y después se esfumarían de Berlín. Echaron un trago de las cantimploras y caminaron entre los irreconocibles montones de escombros guiándose por los restos de las chapas que indicaban las calles o

cualquier punto entre las fachadas ennegrecidas que les resultara todavía reconocible. En una plaza lograron amedrentar a un civil que montaba una bicicleta y obligarle a trasladar al herido en el cuadro a la enfermería más próxima. Se despidieron con una melancolía extraña y distante y le aseguraron entre risas que le guardarían su parte. Sin perder tiempo siguieron avanzando con gestos nerviosos y furtivos por aquel vasto fragmento lunar; un aire cargado de humo, polvo y hollín les secaba la boca y apretaba las gargantas. En algunos muros se leían frases, DISFRUTAD DE LA GUERRA, LA PAZ SERÁ TERRIBLE, o GROFAZ NOS SALVARÁ, en alusión al apodo que le habían adjudicado a Hitler, *Grösster Feldherr aller Zeiten*, el general más grande de todos los tiempos. De un edificio con sus secciones al aire, a Arturo se le quedó grabada una imagen delirante: una habitación perfectamente amueblada, una especie de reducto musical para melómanos, con un piano, bustos de músicos egregios, las paredes forradas de discos, y un enorme gramófono sobre una mesita, todo allí, intacto, colgado en medio de un *horror vacui* de escaques verticales destrozados. Al cabo de un rato Arturo se detuvo con el ceño fruncido frente a una pirámide irregular de escombros. Alfredo Fanjul, quebrado por el peso de los lingotes, se dejó caer en el suelo; Saladino echó otro trago a su frasquito de gasolina para aplacar el dolor y a continuación, considerando que se habían tomado un respiro, encendió un cigarrillo suicida que colgó de la comisura de la boca, con un ojo cerrado para que no le entrase el humo. Con un golpe seco de su muñeca consiguió que asomase una boquilla que ofreció a Fanjul. Este estiró la mano y cogió uno. Fumaron en silencio, hasta que Arturo se dio cuenta de las lágrimas silenciosas que hacían churretes en las sucias mejillas de Saladino; lágrimas dolientes pero orgullosas, por Ninfo, por Ramiro, por Matías, por todo lo perdido en aquella guerra. Arturo le dejó desahogarse sin un comentario.

—¿Queda mucho para ese edificio? —preguntó Saladino cuando se recuperó.

—El edificio era eso...

Señaló la enorme pila de escombros que quedaba mimetizada en el paisaje fósil. El olfato aseguraba que allí debajo había enterrado algo más que un ejemplar de la *Dienstaltersliste*.

—Espero que lo que viniéramos a buscar no tuviera mucho valor sentimental —apuntó Saladino, afilando la ceniza contra la boca de su fusil ametrallador.

Para su sorpresa, Arturo no pensaba demasiado en el libro, sino en aquel apartamento alrededor del cual había girado su vida, un punto que ya no existiría más que en su recuerdo. Sintió entonces a los demonios retorciéndose en su interior, tantas aspiraciones y tanto fracaso, tanto resentimiento. Clavó sus ojos en Alfredo Fanjul, una mirada dura, carente de consideraciones, que inquietó a Saladino igual que si se hubiera contagiado de una parte de sus obsesivos recuerdos.

—Arriba —ordenó Arturo al falangista.

Su rostro bilioso y agrietado se le encaró.

—¿Sabes cuánto pesa esto? Necesito descansar.

—¡Arriba!... —gritó.

—No me levantaré hasta que haya descansado.

Las mandíbulas tensas indicaron un pulso, dos lobos trenzados por sus colmillos, la cólera y el odio fermentando en los cuerpos. Posiblemente Arturo le hubiese matado y Alfredo Fanjul se hubiera dejado matar si un repentino ataque de cohetes Katyusha no hubiera comenzado a barrer el área. Minutos antes había fracasado un asalto con carros de combate y un oficial ruso había decidido vengarse matando las moscas a cañonazos. Las rápidas secuencias de los proyectiles, súbitas y fulminantes, lo calcinaban, lo destripaban, lo derrumbaban todo. Comenzaron a correr para salir cuanto antes del sector, tan apurados que incluso Saladino cargó con alguna de las mochilas de Alfredo Fanjul. Los cuarenta minutos que normalmente les habría llevado llegar hasta la Embajada se convirtieron en hora y media debido a los culebreos obligados entre los despojos. La situación en el barrio diplomático del Tiergarten era de una dureza particular; las explosiones de los obuses removían los antiguos terrenos de caza de los reyes prusianos, hasta el punto de que resultaba difícil imaginar el parque como el lugar de asueto que había sido. Se aproximaban ya a las inmediaciones del edificio cuando Arturo se quedó mudo de asombro y angustia: dos rusos con abrigos de pieles de señora sobre sus uniformes estaban sentados en la entrada del inmueble, con sus PPSH de cargadores redondos sobre las rodillas, pasándose una botella de alcohol. Parecían muy borrachos; reían, daban lingotazos a la botella y comparaban las hileras de relojes robados que les llegaban hasta la mitad del antebrazo. ¿Qué hacían allí los Ivanes?, fue la primera interrogante que se le vino a la cabeza.

—No puede ser —Saladino verbalizó sus pensamientos con igual asombro—, los *ruskis* no pueden haber llegado todavía a Charlottenburg. ¿Qué cojones hacen aquí?

Avanzadillas, secciones extraviadas, grupos especiales del ejército... Arturo evaluó la situación con rapidez. En realidad daba igual, estaban allí. No podía quitarse de la cabeza a las mujeres, la humillación a que estaban siendo sometidas en Berlín. Miró furtivamente a Saladino, que reflejó sus pensamientos; se descolgó la mochila, comprobó su Sturmgewehr, introdujo algunos cargadores en su cinturón y desabrochó el botón que aseguraba su cuchillo. Saladino calcó sus gestos, con la diferencia de que su cuchillo de combate había sido sustituido por un enorme machete siberiano de dos filos. Ambos se quitaron también los cascos. La única interrogante que quedaba ahora por despejar era Alfredo Fanjul. Éste aguardaba rodeado de mochilas, y los tres sabían que no podría acompañarles en su asalto. Tampoco iban a dejarle allí con los lingotes. Así que las únicas opciones eran dejarle marchar, con la consiguiente pérdida de su brújula, o... Alfredo Fanjul aguantaba

entero, con los ojos en un punto indiferente.

—Abre la boca —dijo Arturo de improviso.

Fanjul hizo caso omiso de su orden, lo que elevó el ánima del fusil ametrallador de Arturo a la altura de su vientre.

—¿Sabes cuánto tardarías en palmarla si te pego un tiro en los riñones? —le comentó displicente—. La sangre sale negra...

—Dijiste que no lo ibas a matar —se interpuso Saladino—. Además, nos podrían oír hasta en Moscú...

—Abre la boca —repitió Arturo con desprecio.

Alfredo Fanjul abrió los labios lentamente.

—Me estás haciendo perder tiempo. Abre más —insistió.

Cuando el falangista abrió del todo la boca, introdujo el cañón en su interior. Saladino era testigo de la escena con un silencio crítico.

—Chupa —dijo Arturo.

Las cejas de Alfredo Fanjul se enarcaron de sorpresa.

—Que chupes, te digo. Hazle una mamada al arma.

—Arturo —intervino Saladino—, rájalo ya, pero no hagas esto...

—Que chupes, hostia...

Fanjul dudó, pero al cabo inició un movimiento lento a lo largo del ánima, adelante y atrás, adelante y atrás, saboreando el aceitoso y amargo metal. En el punto más profundo de su garganta, Arturo tiró con fuerza del Sturmgewehr, quebrándole la dentadura y dejando el suelo cubierto de pedazos amarillentos. Fanjul se encorvó con los ojos cerrados, entre gemidos, llevándose las manos a una boca de la que se escurría una babilla sanguinolenta.

—Joder, Arturo, ¿a qué viene esto? —preguntó Saladino indignado.

—Me va a odiar lo mismo... —explicó lacónico—. Y ahora lárgate cagando leches antes de que me dé un aire... —le susurró a Fanjul.

Éste le miró asustado, colérico, con una mueca de dolor. Cubría su boca hinchada con una mano ensangrentada.

—Tú y yo nos veremos en Madrid —acertó a articular.

—Pues allí nos veremos.

Alfredo Fanjul se dio la vuelta y se escurrió por la grieta que era Berlín.

—Ahora hay que esconder todo esto —dictó Arturo.

Recogieron las pesadas mochilas y las escondieron bajo las losas cascadas de unas ruinas. Acto seguido se colgaron las armas en bandolera y concibieron un rápido plan de acción. Luego desenvainaron los cuchillos; estaban tensos, pero no era algo desagradable.

—Vale —susurró Arturo—. Ahora vayamos a darles la bienvenida a los *tovaritsch*...

Al principio de la campaña del este, los rusos habían sido superiores en el combate cuerpo a cuerpo porque los alemanes llevaban toda la guerra montados en blindados, pero a medida que había empezado la desbandada, la Wehrmacht había ido igualando los duelos. Saladino y Arturo se movieron en zigzag, ocultándose en los puntos ciegos de los rusos, de todas formas demasiado ocupados en emborracharse. Les degollaron de una manera virtuosa, instintiva, y sólo la mirada despavorida cuando sintieron abrirse sus gargantas indicó una muda conciencia de su muerte. Limpiaron las hojas en los abrigos de piel y penetraron como un gas en la legación. Recorrieron las habitaciones guiados por los sonidos guturales del idioma ruso; en Arturo hervía la lenta combustión de los malos presagios. En uno de los salones tres soldados jugaban con Loremarie, a quien sus escasos años la habían salvado de ser violada; los soldados reían y le regalaban comida, y no acabaron de creerse la muerte súbita que les vino encima. El choque fue violento y desordenado, tanto que Arturo incluso cayó al suelo con un cadáver abrazado a él. Fue Saladino quien se encargó de liquidar al Iván impar, que preso del pánico ni siquiera había usado su arma y había levantado las manos implorante, aunque no sin antes sacarle cuántos *tovaritsch* más había en la Embajada.

—Cinco —desveló lívido. Sin perder más tiempo, conminaron a la chiquilla a mantener silencio y a esconderse hasta que volviesen.

—Ahora hay que tocar la guitarra —susurró Arturo.

Envainaron sus cuchillos y apercibieron los fusiles ametralladores. Registraron cada habitación; a la vieja la encontraron en un despacho, tirada en el suelo con las piernas abiertas, sin ropa interior y con las faldas remangadas hasta la cintura tapándole el rostro, casi flotando en un charco viscoso y oscuro. Ernst se hallaba en medio de un pasillo, con una enorme brecha en la frente. Arturo se alegró de que pareciera muerto, y a punto estuvo de rematarlo si no hubieran escuchado risotadas y la jerga de alguna república soviética mezcladas con los gritos y sollozos de Silke.

Saladino y Arturo se prepararon para la acometida con una resolución fría; Arturo sufría un odio indecible que le enturbiaba un tanto el entendimiento. No habían dado dos pasos cuando un soldado ruso salió de la habitación abrochándose el pantalón, quedándose petrificado al verles. Sin pensárselo Arturo descargó el *Sturmgewehr* en su rostro, transformándolo en un cuenco de carne picada, y se lanzaron presos de un arrebatado enajenado del que brotó una tromba de descargas cerradas. Inmersos en aquel rugiente paroxismo, lo primero de lo que se apercibieron fue de que el ruso les había mentado: había muchos más soldados en aquella habitación y su fuego les había delatado, proveyéndoles de unos segundos preciosos; lo segundo, de que se habían tomado su tiempo con Silke, un número indeterminado de ellos la habían violado, y ella estaba allí, en el suelo, con la ropa en jirones, víctima de un colapso nervioso. Había náusea y miedo bajo la ira de Arturo mientras trazaba semicírculos de fuego

azulado, cambiando continuamente de posición mientras el cañón chato y el largo cargador de la Schmeisser de Saladino efectuaba guadañazos similares. Los rusos, algunos semidesnudos, se desplomaban entre convulsiones; otros devolvían el fuego haciendo estallar porcelanas, rompiendo cristales, astillando muebles. Arturo quería matar, se sentía dichoso de matar, lo hacía con desprendimiento, con amor incluso; su cuerpo se había plegado a la anatomía de la muerte, había asumido sus normas y sentía que cada proyectil era guiado por su voluntad y que cada ruso que caía era el resultado de una simple razón geométrica, algo que su arma despejaba por su cuenta. Pero siempre es peligroso creerse seguro. En un segundo a Saladino se le encasquilló el fusil ametrallador, y mientras intentaba tirar del cartucho una pesada Nagant de once milímetros le abrió un espeluznante boquete en el pecho. Arturo mismo no tardó mucho en apretar el gatillo y oír cómo el percutor sonaba hueco; corría hacia la puerta dándose tiempo para cambiar el cargador cuando un enorme kazajo con un parche en el ojo le golpeó brutalmente con una pala plegable, con tanta suene que lo hizo de plano, derribándole en medio de una nube rojiza y con una oreja pendiendo medio arrancada. Por instinto, medio inconsciente, se levantó más de prisa de lo que el cerebro del tuerto pudo registrar y le clavó su cuchillo una y otra vez entre horribles estertores, salpicándole de sangre caliente, al tiempo que hundía su dedo gordo en su ojo sano hasta el nudillo, convirtiéndolo en una masa blancuzca y sanguinolenta. Extrajo la hoja girándose a ciegas para buscar otro cuerpo, cuando un culatazo le aplastó la cara y lo tumbó. No lo mataron en ese instante, le rodearon locos de rabia y comenzaron a propinarle una histérica lluvia de patadas, insultos y gargajos, que le obligó a doblarse sobre sí mismo cubriéndose la cabeza con las manos, haciéndole escupir sangre. Una orden detuvo todo aquel torbellino. El oficial que la dio se acercó a él, desabrochó su pantalón y le orinó encima, una parábola que desprendía vapor, un chorro que oscureció su uniforme hasta que el ruso volvió a cerrar el pantalón y, con una mano cuadrada y fuerte, le asió por la guerrera metiéndole el cañón de una automática en la oreja. El rostro típicamente eslavo que le observaba expresó con una ancha sonrisa todo su odio, toda su indignación.

—*Hitler kaputt* —gruñó—. *Berlín kaputt. Du kaputt.*

Arturo no sintió miedo, la muerte no era algo pavoroso, sino que le acompañaba, eran ya viejos conocidos. Lo único que sentía era la culpa en su garganta; culpa por no haber logrado salvar a Silke, por toda esa belleza y amor que le eran irremediabilmente ajenos e inalcanzables. Notó algo caliente y pegajoso bajo la guerrera, y una fiebre que disgregaba su voluntad, un vértigo provocado por la atroz paliza se llevaba inexorablemente su conciencia. De fondo, cada vez más lejano, oía el plañido difuso de Silke, como una Eurídice que se fuese quedando atrás en el sendero empinado que debiera haberles conducido fuera de aquel reino de sombras. En los últimos trazos de conciencia vislumbró el cinturón de lona impermeabilizada

que apretaba la guerrera de su asesino, y en ella, algo que la diferenciaba del resto, algo de lo que no se había apercibido hasta aquel momento: el color verde distintivo del Narodni Kommissariat Vnútrennij Del, el NKVD, la policía secreta soviética. Una luz en su cerebro, tenue como una marca de agua, una última y descabellada esperanza. Aquella jauría no eran *frontoviki* normales, sino fusileros del NKVD, y cabía la posibilidad de que uno de sus oficiales supiera a qué se iba a referir Arturo. Hizo un gesto blando, impreciso, y levantó la mano lo justo para no parecer implorante.

—*Wunderwaffen* —alcanzó a silabear.

El dedo del ruso aflojó imperceptiblemente el gatillo de su Nagant.

—¿Qué dices, perro?

—*Wunderwaffen*, yo sé dónde están las bombas atómicas, sé dónde están los científicos... —se atragantó y tosió, escupiendo sangre y algún pedazo de diente—, mira en mis bolsillos...

En el instante siguiente hubo un estremecimiento en la luz y la habitación y los rusos se esfumaron.

Vio a su madre, de niño, en Extremadura, cosiendo con cuidado, la mirada atenta a la fina precisión de la aguja en cada puntada.

Vio a su padre, dejando algunos trocitos en el canasto de la comida que le preparaba su madre para que él lo registrara a su vuelta y los encontrase emocionado.

Vio el río, con sus ranas gruñendo y las libélulas volando al ras y los árboles que lo respuntaban estremeciéndose por el viento, y a Hans Krappe sentado a su vera, sujetando con fuerza la parábola de una caña.

Vio a Saladino y Ninfo, ruidosos y jaraneros, haciendo un pulso no muy lejos, cansados de vigilar el sedal, mientras Ramiro, Matías y Manolete les jaleaban alternativamente.

Vio a Silke, sentada junto a él en una noche espléndidamente clara, bajo un inventario de estrellas y constelaciones, al tiempo que le iba descifrando con un dedo el colosal espectáculo de todo aquel fuego no encendido por manos humanas.

Vio a su hijo, recién nacido, bañado por la luz de la eternidad, todavía no temporal, sagrado. Y tuvo la sensación de que le haría comprender algo de sí mismo, una insondable perspectiva.

Y a continuación una oscuridad.

Originaria.

Ancestral.

Que aniquilaba el pensamiento.

La palabra.

Los sentimientos.

El deseo.

La vida.

13. Los reyes marioneta

Dos soldados rusos, uno llevándole los pies y otro cogiéndole por los sobacos, bajaron a Arturo de un vehículo oruga y lo trasladaron aún sin conocimiento hasta el canal de Landwehr. Sus miembros exangües, su cabeza colgando, ensangrentada e hinchada, daban forma a la verdad mortal de los cuerpos. Llegaron hasta el talud, bajaron con precaución por su pendiente y alcanzaron el borde del agua; en aquella zona estaba cubierta por una capa helada, aunque había un ancho boquete abierto sin duda por algún obús. El agua corría con velocidad bajo el hielo, e imprimiéndole un ligero vaivén, soltaron a Arturo, que se hundió con un estallido de espuma. La súbita impresión helada hizo que se despertase abruptamente, con los ojos como platos y la boca anegada de agua. Los torbellinos le arrastraban bajo aquella placa luminosa que no le permitía coger aire. Avanzaba pegado a ella en horizontal, golpeándola históricamente con sus puños en un intento de quebrarla, con la exigua cantidad de oxígeno que restaba en sus pulmones consumiéndose en medio de una angustia incontable. Un abismo de negrura a sus espaldas, cada vez más embriagado y aturdido por aquella segunda muerte a escasos centímetros del aire fresco, puro, liberador...

—Despierta, camarada Andrade.

Un violento estallido de agua le resucitó de nuevo a una luz pulsátil, un finísimo filamento incandescente que le penetró por los ojos hasta la nuca y le incendió el cerebro. A continuación una sensación de desprendimiento del cuerpo, la ingravidez de los miembros y la insensibilidad de las extremidades dieron paso gradualmente a formas borrosas, desvaídas, que se fueron ensamblando hasta concretarse en ventanas, bombillas, puertas..., una habitación en la que destacaba una mesa con un juego de té de porcelana casi transparente, levemente azulada, con su tetera, azucarero de plata y samovar, al lado de unos grandes mapas desplegados. Arturo se hallaba sentado enfrente, ligeramente ladeado, con las manos esposadas; le dolía hasta el cabello, sentía una tonelada de piedras en el pecho, pero poco a poco, si se concentraba, su cuerpo empezaba a obedecer órdenes, reacio al principio, luego con mayor docilidad, hasta ir poniéndose recto y recuperar la sensibilidad en las extremidades. Ya no llevaba su mugriento uniforme, sino uno reglamentario del Ejército Rojo que le quedaba una talla pequeña, aunque se hallaba perfectamente limpio. También él se sentía limpio, y con razón, ya que alguien se había encargado no sólo de vestirle sino de lavarle con una esponja, e incluso le habían cosido la oreja. Pestañeó con fuerza, balbuceó algo ininteligible.

—Despierta, camarada Andrade.

De nuevo aquella voz en un alemán con fuerte acento, un poco afónica. Un ligero mareo y sus ojos pudieron descubrir, tras la delicadeza del juego de té, a Stalin.

Estaba en una elevación de terreno sobre un fondo de carros blindados y bajo un cielo lleno de aviones; a su derecha, cubriendo una enorme nube rosada, se erguía una inmensa fábrica metalúrgica entre un hacinamiento de grúas, puentes de acero y altos hornos, y en la parte inferior, impresa en grandes caracteres cirílicos, la leyenda LA INDUSTRIA PESADA DE LA URSS PREPARA LAS ARMAS PARA EL EJÉRCITO ROJO. Pero no había sido el Stalin del cartel de propaganda quien se había dirigido a él, sino la contundente figura a su izquierda, gruesa y con un aire levemente melancólico. Era un coronel soviético de unos cincuenta años, con esa gordura de quien ha sido fuerte, que le observaba con las manos a la espalda, unas lentes metálicas redondas bajo cejas espesas, y cuyo cabello rizado empezaba a clarear. El brillo de la jerarquía de medallas prendidas de su pecho decía todo lo que había que saber militarmente de él. A su lado había un suboficial en funciones de ayudante. Arturo adivinó que aquel oficial sería su interrogador, el hombre que le daría la vida o la muerte, y se preguntó automáticamente de qué tácticas habituales se serviría: poli bueno poli malo, fingir que conocía la verdad, las sucesiones rápidas de preguntas para provocar contradicciones, alimentar su ego a fin de generar vínculos, atacar su sensibilidad punitiva, el antiguo temor a ser culpado...

—Despierta, camarada —repitió.

—Disculpe —logró articular Arturo con un tono pastoso.

Al oír sus palabras en ruso, en el rostro del coronel hubo más incredulidad que sorpresa.

—Así que es cierto que hablas nuestra lengua. Mejor, mucho mejor. Por suerte no te han roto nada, camarada. Me he permitido ordenar que te aseasen un poco, te hicieran unas curas y te cambiasen la ropa. Por lo que me han contado tienes arrestos, entereza, aunque eso nos ha costado algunos hombres, y te aseguro que ha sido muy laborioso evitar tu ejecución. El teniente que esta mañana estuvo a punto de hacerte un agujero de ventilación en la cabeza estaba informado de lo que buscábamos y no dudó en traerte a costa de su propia vida. No has hecho muchos amigos entre el pueblo soviético, camarada Andrade.

Arturo torció el gesto con dolor y desdén. Se palpó con cuidado la cara llena de magulladuras; el corazón le latía en ella. A lo lejos se oía el tronar sofocado de la artillería, como a través de una lámina de corcho.

—¿Dónde estamos?

—En las afueras de Berlín, y hoy es 26 de abril por la tarde, por si todavía andas desorientado. Yo soy el coronel Mikhail Lelyushenko, y desde esta base el general Avraami Zavenyagin coordina una comisión especial del NKVD. Soy su ayudante, y estamos encargados de incautar para el pueblo soviético todos los laboratorios y el material relacionado con el proyecto atómico alemán. También estamos interesados en encontrar a todo el personal científico que haya tenido que ver con el mismo y que

puedan procesar dicho material —Arturo pensó en los comandos y en la inevitable simetría que regía la dialéctica del poder; a renglón seguido, el coronel se acercó a la mesa y sus ojillos astutos volvieron a estudiar unas arrugadas hojas—. Por tus palabras y por estas notas que hemos hallado entre tus ropas, parece que algo has tenido que ver con este asunto —pellizcó la hoja de Von Kleist y el salvoconducto firmado por Eckhart Bauer, al lado del dibujo de Loremarie y el *Ausweis* de Arturo—. Hablaremos sobre todo esto y...

—¿Dónde están la mujer y la niña que se hallaban en la Embajada española? —le cortó Arturo.

Las estrechas ranuras de sus ojos le miraron descarnadamente, demostrándole que sus modales podían ser tan impecables como implacable su violencia.

—¿Te das cuenta de con quién estás hablando, camarada?

—Si no tengo noticias de esa mujer y de la niña no hablaré más —dijo obstinado.

Lelyushenko reaccionó con más estupefacción que agresividad, y terminó por elegir entre las diversas capas de realismo, cinismo y pragmatismo que le envolvían. Sonrió con reservas. Habló sin enfatizar nada.

—Esta ciudad está llena de locos... —frunció los labios—. ¿Son acaso tu familia?

—Como si lo fueran.

—Bien, creo que a esa mujer la habrán juntado con todas las que mañana quieren llevar a Tempelhof para limpiarlo, y por lógica la niña debería estar con ella.

—¿Han tomado ya el aeropuerto? —preguntó Arturo con un sobresalto.

—Sí, no hace mucho.

Arturo consideró de qué fino cable pendía todo, y aunque sabía que no podía confiar en aquel ruski, tenía que hallar la manera de ganar tiempo. Se decidió a colocar al coronel ante los hechos consumados para imponerle una ley de acción.

—Yo podría ayudarles a encontrar a alguno de los encargados del proyecto atómico y también las bombas —faroleó—. Se lo conseguiré todo a cambio de que las liberen y nos pongan en un tren para España. Eso no es negociable, pero considere lo que significaría para su carrera presentarse ante su Verjovny con tal tesoro, más teniendo en cuenta que los americanos y los ingleses andan detrás de lo mismo. Y ya no hay tiempo...

El oficial le miró con expresión serena, considerando la mejor manera de asesinarlo. No obstante, aquel impertinente le había calado bien: él también era un jugador.

—De acuerdo. Empieza a hablar.

—Antes una última cosa. ¿Qué ha sido del alemán que estaba tirado en los pasillos de la Embajada? ¿Está muerto?

Lelyushenko hizo memoria del informe que le habían presentado sobre el incidente de la Embajada española.

—Sólo estaba herido.

La fina percepción del coronel captó la vacilación de Arturo.

—¿Dónde puede estar ahora?

—En algún campo de prisioneros.

—¿Y qué hay del soldado que venía conmigo? —continuó sin ilusiones.

—Muerto, como la vieja.

—Ya.

Arturo decidió entonces encerrar herméticamente el dolor junto con la conciencia en algún sótano de su mente.

—Ese alemán se llama Ernst —disparó—, es un conductor de Panzers que ha tomado parte en la invasión de su patria y habrá causado mucho dolor y mucha muerte, por tanto es un enemigo del pueblo. Merece que se le encierre en algún agujero de Siberia, ¿no cree?

El orondo coronel sonrió con sarcasmo y miró a su ayudante pasándose la lengua por los dientes. No consideró esencial saber más.

—Eso no será difícil.

A continuación se sentó y ordenó a su ayudante que trajese una botella de Stolichnaya y dos vasos de cristal azul. Abrió la botella de vodka y sus manos rollizas sirvieron el alcohol, indicando que le quitasen las esposas a Arturo. Bebió su vaso con un golpe de cabeza.

—Ahora empieza a hablar —dijo.

Arturo se masajeó las muñecas durante unos doloridos segundos y liquidó su vaso con menos vehemencia para darse tiempo a recapitular sus últimos días. Bauer y Möbius, el enigma Von Kleist y ciertos acertijos de su programa de bodas, Pippermint, los comandos americanos, la Virus Haus, Jonastal y el general Kammler..., fue desgranándolo todo obviando las fantásticas hipótesis de la Sociedad Thule, con sus llaves, misteriosas películas y Sebottendorfs, la incógnita de la masa crítica, así como el asalto al Reichsbank, al tiempo que lo entretejía todo con un revoltijo de informaciones diversas y poco contrastadas que dejaban en el aire un material tenue como la niebla, oscilante al menor soplo. El coronel Mikhail Lelyushenko atendió a la mayor parte de su exposición impertérrito, mostrando sólo su interés en mantener una conversación con Pippermint, un signo que Arturo no supo valorar si era de buen agüero o de mal fario. Únicamente cuando Arturo se refirió a los tres artefactos atómicos, *Hagen*, *Wotan* y *Sigfrido*, se dibujaron extrañas arrugas de alarma y preocupación en su rostro.

—¿Había tres bombas? —le interrogó con desconcierto.

—Tres.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—Mmm... nosotros sólo encontramos dos.

—¿También han tomado Jonastal?

Esta vez el estupor pertenecía a Arturo, mezclado con la conciencia de que cada vez tenía menos ases con los que negociar.

—Sí, pero la mayor parte del equipamiento había sido trasladado, un submarino partió de la base de Kristiansand, en Noruega, a Kiel, y de ahí hacia Japón junto con aviones en piezas, componentes de cohetes, equipos electrónicos y un sinfín de planos de la última tecnología bélica alemana, según el general Kammler...

—¿Han capturado al general? —le interrumpió Arturo con un asombro cada vez mayor.

—Más bien se ha dejado capturar. El general es un hombre inteligente, y estoy seguro de que abrazará los ideales comunistas con la misma pasión con que abrazó el nacionalsocialismo, le aseguro que trabajará de mil amores para nosotros... —iba a contarle algo más, pero cambió de opinión—. Ahora bien, lo que no nos dijo era que había tres bombas, nosotros sólo encontramos a *Sigfrido* y *Wotan*.

—Falta *Hagen*.

—Bien, bien, tendremos que volver a hablar seriamente con el general —acotó con sincera consternación—, me temo que hay ciertos tics de las SS que no se podrán borrar de la noche a la mañana, la reeducación llevará un tiempo. Según Kammler ninguna de esas bombas era operativa, sería largo de explicar, pero tenían varios frentes abiertos. Aparte de la dificultad para conseguir uranio 235, los científicos tenían problemas para conseguir una masa crítica que iniciase una reacción en cadena —Arturo confirmó la mirada preocupada de Möbius y las reticencias de Albert—. Ayer también tomamos Dahlem y el Instituto Kaiser Wilhem, y aunque habían hecho bastante limpieza, pudimos sacar las mismas conclusiones. Por casualidad, ¿tú no sabrás algo de esa *Hagen*?

Arturo se encogió de hombros.

—Creo que después de lo que me ha dicho, podría tener una teoría.

—Adelante.

—Cuando fui en busca del mayor Bauer y del capitán Möbius, éstos habían desaparecido sin dejar rastro con una orden especial de Hitler. Por lo que pude ver, y es sólo una especulación, parecían tener cierta importancia en todo el programa nazi, tanto a la hora de trasladar científicos como en otros aspectos secundarios. Le repito que son sólo conjeturas...

—Sigue...

—Quizás hayan recibido una autorización para llevarse a *Hagen* a algún lugar secreto.

—¿Con qué propósito?

—Kammler habló de un avión preparado en un aeródromo secreto para lanzar la

bomba...

—Pero ésta no era operativa.

—Quizás logran resolver el problema de la masa crítica en alguna Virus Haus secundaria..., aunque...

Mikhail Lelyushenko apoyó sus puños sobre la mesa.

—No te guardes nada, camarada.

—Aunque teniendo en cuenta la obsesión del Führer por el *Götterdämmerung*, es decir, por hacerse una pira particular y desaparecer a lo grande, casaría con su carácter que una hipotética *Hagen* operativa no se alejase demasiado de Berlín.

—Pero ¿Hitler no se ha marchado de la ciudad?

—En absoluto, ni lo hará, está enterrado en vida en el bunker de la Cancillería.

—¿Un bunker? No sabíamos que había un bunker allí...

Esta última revelación provocó que el coronel se quedase demudado y perplejo. De inmediato agarró un teléfono e hizo una llamada que provocó que el viejo alfabeto de San Cirilo echase chispas. Cuando puso el dedo en la horquilla, se recolocó la guerrera y le observó con expresión conspiradora. Luego cogió la cartulina de Von Kleist y le mostró su cruz.

—Estamos preocupados, camarada, muy preocupados —le confesó.

—Tienen unos cuantos problemas, ¿a cuál se refiere?

—Tú sabes lo que es esto, ¿verdad? —señaló con un dedo la península de la cual salían los círculos concéntricos.

—Se lo expliqué antes, coronel, un mapa de distribución calórica de una bomba atómica, en particular de lo que podrían provocar los 18 kilotones de *Hagen*.

—Perfecto, y según nuestros expertos las cifras son exactas, pero lo que no sabes es sobre qué se ha calculado —perfiló la península con una uña.

—Eso no.

Lelyushenko ordenó a su ayudante que trajese un mapa por el número, y aguardaron unos minutos hasta que regresó con él. Se lo entregó al coronel, quien lo abrió y lo colocó sobre la mesa en dirección a Arturo. Éste leyó el título que enmarcaba el plano con asombro y, repentinamente, logró casar el contorno de aquella península con la silueta de los mapamundis.

—Cómo no me he...

—Porque a veces lo más difícil de ver es lo cotidiano, lo obvio: se está demasiado cerca para tener perspectiva —se adelantó el coronel—. En esta guerra se han cometido muchos errores por el estilo. Se ha calculado sobre Manhattan, camarada Andrade, Nueva York, Estados Unidos. Los nazis quieren tirar su bomba sobre Manhattan. Pero que los nazis tuvieran en mente bombardear Manhattan, quizás para forzar a los americanos a una paz con condiciones, no nos preocupa demasiado, lo que nos inquieta es que si los Fritz pueden llegar a Nueva York, también pueden

llegar a Moscú, ¿y quién nos asegura que Hitler no quiera freír al camarada Stalin para largarse de este mundo con una sonrisa?

—Definitivamente tendrán que charlar de nuevo con el general Kammler.

Lelyushenko comenzó a murmurar ensimismado.

—Sería lógico que ese avión estuviera en alguna base de Noruega o de Checoslovaquia, una zona que todavía se halle en su poder y no esté en la línea de frente... —de repente recordó que estaba delante de Arturo y que la ruleta seguía en movimiento—. En fin, camarada, Jonastal y el Instituto de Dahlem son nuestros, ¿qué más me puedes ofrecer?

Arturo supo que no le permitirían muchos disparos más; sin embargo, aguantó la mirada y experimentó cierto placer cuando el coronel la desvió. Era el momento de tirarse otro farol.

—Puedo ofrecerle las cabezas de Bauer y Möbius, mi coronel, con todo lo que haya en su interior. Yo soy el único que puede encontrarles.

—¿Y cómo tienes pensado hacerlo?

—Volveré a entrar en Berlín y les buscaré, sé dónde hacerlo. Sólo necesito otro uniforme, un arma, algunos apuntes de cómo va el asedio, y algo firmado por usted por si tengo algún encuentro con sus hombres. Y también sería muy educado por su parte devolverme mis objetos personales —esto último lo dijo con un tono casual, con la llave en mente—. A cambio sólo quiero lo pactado. Usted no se juega nada, y en cambio mire lo que puede ganar.

Esta vez Mikhail Lelyushenko no flaqueó y sostuvo su mirada con fiereza, obligando a Arturo a bajar los ojos. Le juzgó fríamente tras sus lentes, como si estuviera evaluando las virtudes y defectos de un caballo. Al cabo resopló y adoptó una mirada traviesa, sirviendo dos vodkas más que teatralizaron la pletórica hospitalidad rusa.

—Creo que me estás diciendo la verdad, por lo menos la que tú estás dispuesto a compartir, tal y como la crees...

Se tomó su vodka con un seco golpe de muñeca, y esperó hasta que Arturo liquidase el suyo, que hizo que le subiera un líquido agrio por la garganta debido a todas las horas que llevaba sin comer. Después dobló la cartulina de Von Kleist y se la guardó en el bolsillo; hizo lo mismo con el salvoconducto de Bauer, pero éste para devolvérselo. Titubeó con el dibujo de Loremarie, que también tenía desplegado sobre los mapas, pero acabó entregándoselo sin más preguntas. A continuación abrió un cajón de la mesa y extrajo una bolsita de lona, la desató y vertió su contenido sobre la mesa. Allí estaba lo guardado de sus bolsillos, todo salvo los dólares, que alguien le había sustraído, pero lo esencial, la llave, se hallaba sobre la madera.

—Espero que esté todo —fue lo único que comentó.

Dejó que un Arturo que escondía a duras penas unas emociones opuestas

recogiera sus enseres, trenzó sus manos, las destrenzó, se levantó e, inclinándose sobre el mapa, habló con una voz clara, precisa.

—*Das schöne Berlín* —ironizó—. Conozco bien tu Berlín, camarada, yo fui uno de los que entrenaron a los Hans y los Fritz en el 29 cuando venían a probar sus juguetitos nuevos a Rusia. Después yo les devolvía regularmente las visitas como enlace, porque había aprendido el idioma en un campo de prisioneros en la Gran Guerra. ¿Quién nos iba a decir que los entrenábamos para invadirnos?... —carraspeó y se concentró en un mapa donde todo tronaba, humeaba y respiraba muerte—. En estos momentos —ejecutó unos movimientos rapidísimos con su mano ocupando todos los puntos cardinales—, el Segundo Ejército Blindado y el Tercero de Choque tienen el norte, cerca ya del Tiergarten, el Quinto Ejército de Choque ha entrado en los distritos orientales, el Octavo de Guardias y el Primero Blindado han abierto una brecha en Landwehr y van directos hacia el Reichstag, y al sur el Tercer Ejército Blindado de Guardias está a punto de entrar en Charlottenburg —eructó, chasqueó la lengua y prosiguió—: Según la información de los prisioneros capturados, la ciudad está únicamente defendida por los restos del Cuerpo de Ejército de Weidling, y unidades sueltas de las SS mezcladas con las Hitlerjugend, policías, el Vollessturm y permisionarios de la Kriegsmarine y de la Luftwaffe. Por lo que me has contado, tu Führer está en el centro de toda esta telaraña aguardando a no se sabe qué. Y el camarada Stalin no quiere que Hitler entre en su *Valhalla* hasta que le haya metido su *Drang nach Osten* por el culo. ¿Vas haciéndote una idea del tablero?

—Sí.

—Bien, creo que no hay mucho más que añadir... —titubeó mientras se acariciaba el mentón—. No obstante, aunque consigas dar con ese mayor y su capitán, deberías replantearte lo del tren para Madrid, camarada. En la Rodina sabemos apreciar el talento de gente como tú, y en breve estar en el oeste será estar con los perdedores. Berlín no es más que el principio, nunca nos detendremos ya en nuestra marcha hacia el oeste. Acabaremos con todos esos burgueses podridos, los franceses, los ingleses, los americanos...

—Quizás puedan con los otros —le interrumpió Arturo—, pero ¿realmente cree que los americanos les dejarán?

Su tono fue de denuncia, de exigencia, de premonición.

—Los americanos... simplemente no se han acostumbrado aún a ser vencidos, se niegan a agachar la cabeza ante las limitaciones, todavía no hay nadie que se la haya hecho bajar, pero es cuestión de tiempo... Les libraremos de su infeliz democracia, a ellos y al resto, y les educaremos como buenos comunistas para llevar la felicidad universal a un mundo sin clases.

—¿Y forma parte de ese programa educativo violar a todas las mujeres? —replicó Arturo con animosidad.

El coronel negó con energía, enseñoreándose de la habitación con los brazos abiertos.

—Mmm... Ésta es sólo una fase de la guerra, camarada, las mujeres siempre han sido botín de guerra y nuestros soldados necesitan satisfacer sus necesidades después de tanto tiempo en el frente. Además, los alemanes precisan un poco de disciplina, que les quede claro quién manda a partir de ahora. Todo esto es una tormenta de verano...

Arturo tosió con fuerza y sintió alfilerazos en la espalda.

—Lo pensaré —respondió un hastiado Arturo.

—Así me gusta.

—¿Puedo irme?

—Sí, pero antes debe comer un poco de buena comida soviética. Para luchar bien hay que alimentarse bien. Nikolai —le ordenó a su ayudante—, que coma con abundancia, y después consíguele armas y un uniforme a nuestro nuevo camarada. Entrará otra vez en Berlín y nos traerá a *Hagen*.

A continuación, Mikhail Lelyushenko salió de detrás de la mesa con una expresión distendida, casi eufórica, como si acabase de cerrar un buen negocio. Se colocó a su lado, y lentamente se inclinó sobre su perfil al tiempo que pellizcaba el lóbulo de su recién cosida oreja y tiraba del mismo como haría un maestro con un alumno revoltoso. Algunos de los puntos se abrieron y una línea de sangre cruzó la piel.

—Y espero que tampoco tú olvides quién manda ahora, camarada —le dijo arrastrando las palabras.

Arturo no contestó, pero se sintió débil. El coronel adivinó que había logrado su objetivo, y adoptó de nuevo una máscara satisfecha para decirle que recogiese sus objetos, volviendo tras la mesa para redactar un salvoconducto, que mandó mecanografiar y firmó con contundencia. Le despidió con un brioso abrazo que le aplastó contra el balón de su barriga, e incluso le acompañó hasta la puerta con una leve reverencia. Nikolai le condujo a la cantina del edificio, donde le dieron de comer un inesperado e irreal pan de crujiente y dorada corteza, caliente y olorosa, acompañado de vodka, chocolate y lonchas de buey crudas, que le proporcionaron un placer sin retórica ni ideología. A renglón seguido el suboficial le consiguió un uniforme de un Grenadier de la Wehrmacht con un par de agujeros ensangrentados en los pantalones, botas, un PPSH de cargador circular con su munición y una mochila con provisiones. Cuando salieron, en el exterior de lo que era una inmensa casa de campo le aguardaba una visión fantástica: una profusión de jardines y huertos en flor con tulipanes, lilas, manzanos, ciruelos, cerezos, que impregnaban la brisa con un delicioso perfume. Los pájaros cantaban con fuerza en los intervalos de la artillería, la luz bruñía flores y follaje y unos brochazos de zafiro y lavanda coloreaban un

horizonte lleno de fardos de nubes parduscas. Tumbados aquí y allá en aquel decorado tonal, como manchas de petróleo, cientos de soldados fumando *mayorka* en grupos o tumbados en la hierba, comiendo en escudillas de hojalata, jugando a los naipes, escribiendo cartas, bebiendo, ataviados con uniformes marrones, caquis, gris verdosos, cascos de cuero o metálicos, *ushankas*, gorras con estrellitas verdes, augurando una nueva cascada de calamidades para la ciudad. Arturo fue incapaz de verlos individualmente, habían perdido ya su condición a favor de una categoría humana más general y abstracta. Sin apenas detenerse, Nikolai, con una expresión impenetrable, le embarcó en un vehículo Tempo donde le aguardaban un conductor y un miembro del NKVD que le guiarían a través de las líneas rusas, y se introdujeron en el poderoso torrente de la guerra que les arrastraba hacia Berlín. Ya estaba anocheciendo cuando entraron en un sector ruso de la ciudad, quedándose al borde de lo que los nazis denominaban Sector Z o Zitadelle, Ciudadela, un perímetro de un par de kilómetros alrededor de la Cancillería, donde se hallaban fuertemente acantonadas las últimas defensas alemanas. Arturo tenía los sentidos enervados, hipersensibles; la cara le ardía, agujoneándole la percepción. Durante el viaje había ido separando algunas ideas como una ardilla las nueces, y ahora las mordisqueaba con tiento para establecer un plan de acción. Todos los hilos extendidos en Berlín tenían su centro en el bunker de la Cancillería, así que cualquier vibración que se propagase por ellos tendría su reverberación última allí. Su primera estación sería aquella, y si en el bunker no tenían noticias de Bauer y Möbius, haría visitas al perímetro gubernamental, Prinz-Albrecht-Strasse, el Ministerio del Aire, el Ministerio del Interior, Auswärtiges Amt, Promi, Bendlerblock..., es decir, todos los puntos estratégicos donde pudiera conseguir información. Si aun así no lograra resultados, se acantonaría en el Führerbunker hasta que alguno de los hilos de seda temblase. En cuanto al oro, el sitio donde estaba escondido era tan bueno como cualquier otro, así que de momento lo dejaría allí. Comprobó el equipo, se despidió de sus guías y entró en Berlín.

Atravesó un paisaje demolido e iluminado por los fulgores fantásticos de las llamas de los blindados que ardían como enormes antorchas, explotando uno tras otro en un estruendo de municiones que saltaban chisporroteando en medio de humaredas negras. Una sensación sobrecogedora, casi religiosa, le embargaba mientras cruzaba aquella ciudad empecinada en sobrevivir, cubierta de sudor, de sangre, acorralada, muerta de miedo, sorda por los estruendos. Arturo sabía que las Furias que se recortaban contra la cruda luminosidad de la luna se estaban dando un banquete de emociones tanto con el asco de un pueblo acostumbrado a la higiene como con su perverso orgullo de que nadie en la historia había aguantado tanta destrucción. El país de los instintos depurados y el orden útil, de la administración, la planificación y la eficiencia, se hallaba ahora invadido por densas nubes de moscas de reflejos verdes y

azulados, ratas del tamaño de gatos pequeños, legiones de criaturas parasitarias, gusanos de un dedo de largo, y cosas más innombrables que se movían entre el hartazgo y los escombros. Tras perderse un par de veces, Arturo logró embocar la Vosstrasse, un trayecto inundado ahora por tuberías reventadas en el que flotaban cadáveres, y donde en algunos tramos se hundía hasta la rodilla. Traspasó los chamuscados muros de la Cancillería; en el interior, paredes agujereadas en las que se podían leer grafitis obscenos escritos por los mismos SS, el mobiliario volcado, periódicos tirados por el suelo, restos de alfombras, vasos, puntas de cigarrillos apagadas, platos sucios... Se fue derecho hacia las pesadas puertas blindadas del Führerbunker. Apenas había ya controles, y penetrar en él fue como hacerlo en un submarino bajo el mar de casas y ministerios; el aire se había vuelto húmedo, pesado, maloliente, se oía un persistente zumbido de los generadores diesel, y los lúgubres pasillos y las pequeñas habitaciones se hallaban atestados de oficiales de todas las armas y de uniformes pardos del Partido, aunque ya se empezaba a notar el vacío progresivo de los que huían de aquel sepulcro. Todos tenían los ojos enrojecidos y la faz terrosa de quien apenas ha dormido en días. La estructura vibraba intermitentemente y del exterior llegaban los ecos apagados de las explosiones. Arturo recorrió el antebúnker con el salvoconducto de Bauer en la mano. Nadie tenía noticias del mayor, ni de él ni del capitán Möbius. Ni siquiera un engominado y chulesco Obergruppenführer llamado Fegelein, el enlace de las SS en la Cancillería, tenía información al respecto. En cambio, Arturo se enteró de las luchas intestinas de los *Prominenten*, que habían empezado a enfrentarse unos con otros como diádocos para suceder al emperador: a causa de un telegrama enviado a destiempo, el mismísimo Göring se hallaba arrestado en el Berghof. También supo que habían intentado convencer a Hitler de que huyese de Berlín hacia el oeste, un plan que éste había rechazado; que circulaban imposibles rumores de negociaciones con los Aliados; que seguían sin tenerse noticias de los generales que debían salvarles del desastre; que una famosa piloto había realizado un espectacular y suicida aterrizaje para llevar al bunker a un general requerido por Hitler. Arturo decidió que allí no había más tela que cortar y optó por seguir investigando el resto del sistema nervioso del Reich. En el exterior respiró con auténtico placer aquel aire lleno de cordita, pólvora y humo, un perfume comparado con la atmósfera corrompida del bunker. Las siguientes horas las pasó esquivando ululantes órganos de Stalin, metralla incandescente, obuses, proyectiles, edificios derrumbándose... mientras rastreaba pistas en todo el Sector Z, pero en ningún sitio sabían nada. Por el contrario, la búsqueda sólo había servido para sembrar su mente de imágenes de vesania y dolor. Especialmente duro había sido encontrarse en un portal a cinco mujeres amontonadas, violadas y descuartizadas; no podía deshacerse de aquel olor a sangre, excrementos y vómitos, de la visión de sus cuerpos en posturas espantosas y

grotescas. Aquello no era horrible, ni siquiera obsceno, era un terror para el que ni siquiera había calificativo, habría que inventar palabras nuevas a fin de describir aquella violencia extrema. No obstante, dentro de su pánico y repulsión se enroscaba un placer oscuro, caliente y aterrador, la conciencia, brutal e inexplicable, de que en algún momento del futuro podría echar de menos aquellos días.

Volvió a encontrarse a los franceses cerca de la Hermannplatz; al este de aquella plaza todo era ya ruso. Su hostigamiento les había obligado a replegarse y trasladar su puesto de mando del Rathaus de Neukölln a los sótanos de Ópera, pero su fanatismo y unión parecían multiplicar su número, hacían más visible y formidable su esfuerzo. Combatían salvajemente en cada casa, defendían cada montón de ruinas, cada esquina, cada cruce, convirtiendo las calles en enormes cementerios de tanques retorcidos y cuerpos de rusos y SS. Arturo estuvo tentado de emplearse junto a ellos, pero la obligación de rescatar a Silke le detuvo. Bebió de una cantimplora de *schnapps* que le ofrecieron y regresó a la Cancillería. Antes de descansar en la sucia promiscuidad del bunker, optó por quedarse unos momentos en el despacho del Führer. Recorrió la sucesión de salas revestidas con una interminable variación de materiales y colores hasta el enorme despacho, y deambuló por sus cuatrocientos metros cuadrados. Los tenues hilos de seda de la luna iluminaban el vasto espacio revestido de mármol hasta el techo, y en un espejo milagrosamente intacto estudió su rostro con extrañeza. La contemplación fue detenida, pero no observando el conjunto, sino de esa forma en que sólo se ven fragmentos de mejilla o mandíbula. Ese era Arturo Andrade, lo que la gente podía ver; es decir, la parte que ellos sabían o creían saber de él. Ni siquiera se reconoció. Los hematomas e hinchazones no le permitían encontrar todos los vínculos con su anterior rostro: parecía un boxeador en el octavo asalto. Esbozó una mueca molesta, limpió un sofá lleno de madera y escayola y se derrengó; se sentía exhausto, febril, incapaz de soportar más realidad, a pesar de que a pocos metros estaba la mismísima piel cruda de la misma. El bunker era en ese momento el lugar más seguro y menos realista del Reich; de momento era el sitio en el que debía quedarse, luego iría para allá y buscaría una esquina donde echar una cabezada y esperar acontecimientos. Rebuscó en la mochila y mordisqueó un pedazo de tocino. De fondo, el ruido vehemente e incesante de la artillería, el aullido torturado del metal que estalla. A pesar del bocado, sentía la energía acabada, y se limitó a admirar fascinado los cientos de filamentos plateados con que la luna trabajaba el espacio. Su voluntad, su decisión, se iban desvaneciendo...

Se despertó varias horas después. Saboreó el ácido regusto de la fatiga en la boca, su cuerpo experimentaba una especie de resaca muscular. Se sorprendió de haberse quedado dormido. El miedo, la prudencia, se iban disipando ante el imperativo monótono y extenuante de la guerra. Aún era de noche; Berlín ardía como una pira.

Al levantarse, tuvo algunos espasmos de dolor. Se estaba palpando sus lastimadas costillas cuando tocó algo en uno de los bolsillos de la guerrera. Era la llave. La sacó. Estudió el metal como si en sus formas pudiese descubrir qué vínculos podían unirla a una virtual película de Von Kleist, siquiera si los tenía. Por último resolvió ir a la sala de Germania, tal vez regresar al lugar donde Ewald von Kleist había sufrido las intensísimas emociones terminales de la agonía le proporcionase un punto de sensibilidad a sus razonamientos que le ayudase a establecer nuevas relaciones. Recogió la impedimenta, se terció el arma y bajó a la sala de Germania. Alguien había vuelto a unir los tableros, y los generadores seguían falsificando un sol que cumplía sus ciclos con exactitud. Los edificios habían recibido una lluvia de fragmentos y pintura del techo provocada por las vibraciones del edificio, y sus calles estaban arruinadas por las botas de los SS, ensangrentadas, pero Welthauptstadt Germania seguía hundiendo sus raíces no en unos virtuales cimientos, sino abajo, mucho más abajo, en el subsuelo de la razón, en un desorden estético, antimaterial, porque la ciudad era la llamarada de grandeza con que se despedía un imperio vencido, con toda la locura que implica la grandeza. Estudió el arco de triunfo, la enorme avenida de la Victoria flanqueada por las armas conquistadas, el gigantesco cubo del Soldierhalle, el palacio de Hitler, que duplicaría el tamaño de la Domus Aurea de Nerón, la Volkshalle, rodeada de agua por tres de sus costados, y tan absurdamente grande que debido a la condensación se formarían nubes en su cúpula... Ahora todas aquellas aspiraciones no eran más que una acumulación de ruinas, calles sin nombre y monumentos demolidos, y Arturo se estremeció al considerar aquel impulso fáustico: Hitler había jugado fuerte, de hecho había sido el jugador y la apuesta, y se había colocado sobre el tapete no para jugarse la existencia, sino para algo más grave, la idea que se había hecho de ella, y por ello su imaginación había sido más verdadera que la realidad misma. *Está demostrado que las mayores injusticias parten de quienes persiguen la desmesura, y no de aquellos a quienes impulsa la necesidad.* Se concentró en la Volkshalle, la catedral de los germanos frente a la cual había encontrado el cadáver de Ewald von Kleist. Repasó a conciencia las preguntas y las pruebas, escrutó las formas visibles del pasado. ¿Había salido Von Kleist a fumar un pitillo por la claustrofobia o estaba intentando contactar con un comando? ¿Qué otro fantasma podría haberse encontrado en la sala de Germania? ¿Acaso un espectro de la Sociedad Thule, surgido de las tinieblas de aquel plan bajo el plan? ¿Por qué habían retirado el cadáver a la carrera? ¿Realmente la bomba atómica era operativa? ¿Qué peso tenía el tal Sebottendorf en aquel teatro? Pero, sobre todo, ¿qué pintaba la llave en toda aquella telaraña de mentiras, traiciones, hipocresías y engaños? Para ninguno de aquellos interrogantes tenía respuesta, así que siguió el rastro todavía visible de la sangre hasta el lugar donde se había derrumbado Ewald von Kleist. La cabeza del científico había quedado a la

altura de la entrada principal de la Volkshalle, entre las gigantescas esculturas de Atlas y Anteo que la flanqueaban. El rostro convulsionado por el hierro en su corazón, el brazo estirado, la mano crispada sobre uno de los edificios adyacentes, como si hubiera querido agarrarse a algo antes de caer definitivamente en el precipicio de la muerte. La incógnita de por qué había realizado aquel esfuerzo sobrehumano seguía raspando su cerebro como una lima.

Toda la habitación vibró por el impacto cercano de un obús, haciendo que cayese una nube de polvo blanquecino sobre Alemania.

Arturo se limpió el polvo y resolvió separar otra vez los tableros de la maqueta. Se abrió paso por la avenida de la Victoria hasta el frontal de la Volkshalle. El águila que se había desprendido de la cúpula seguía allí, desplomada frente a Atlas, en medio de los oscuros manchurroneos de sangre seca. Se inclinó hasta una perspectiva a ras de suelo; tenía que trabajar no con hechos, sino con un material más sensible, la naturaleza humana, sus hábitos, sus impulsos, sus necesidades, sus deseos. Se imaginó de nuevo frente al rostro de Ewald von Kleist, agonizante; aquel hombre no temía morir, sólo le apenaba el hecho físico, los segundos previos de conciencia y dolor. Pero había algo más, algo que Arturo no acababa de definir como necesidad de piedad; no, no era eso lo que deseaba Von Kleist, sino comprensión. Entre aquel dolor apretado, condensado, Ewald balbuceaba, intentaba transmitirle algo, sus palabras se deslizaban entre la verdad y la mentira, la apariencia, el deseo y la muerte. Pero Arturo no lograba interpretarlas, y Von Kleist estiró su brazo agarrándose a uno de los edificios de escayola, desarmándole con aquella mirada... ¿Qué quería decirle? Ya no pudo continuar, de un segundo a otro no quedó de Ewald von Kleist más que un desecho orgánico, un almacén residual del tiempo sin miedo ni vergüenza, porque eso era la muerte, no era más que eso. Arturo sintió un dolor muscular de mantener la posición, y numerosos alfilerazos en la base de la espalda, pero su cerebro ardía a fuego lento. Recordó la puntualización de Mikhail Lelyushenko acerca de lo difícil que era entender lo elemental, lo sencillo, porque estaba allí, era evidente, no necesitaba demostración o análisis. Fue entonces cuando se fijó de nuevo en el edificio sobre el cual se había crispado la mano del científico. Fue asaltado por una imagen mental, una especie de detonante nervioso. Eso era. Eso tenía que ser. Ewald von Kleist había hecho el sobrehumano esfuerzo de cruzar toda Alemania para realizar un último y asombroso acto de vida, y dejar una señal sólo visible para los ojos que quisieran ver, que tuvieran esa necesidad. Se irguió y sacó la llave; ¿y si aquella llave abriese una puerta concreta de aquel preciso edificio? Necesitaba con urgencia un mapa de Berlín. Salió con rapidez de la sala y buscó apresuradamente por todos los despachos de la Cancillería; encontró un gran mapa de la capital en la sección administrativa y regresó a Alemania. Lo abrió sobre la maqueta estudiando el eje imperial norte-sur que había diseñado Speer. La notable precisión y detalle con

que la escayola reproducía la ciudad le permitió localizar ese inmueble en la confluencia de Mittelstrasse con Friedrichstrasse. Ahora sólo hacía falta que las bombas lo hubiesen respetado y que su presunción fuese más que un deseo. En cualquier caso, el mayor riesgo en aquellos momentos era no arriesgar.

Una claridad lechosa iba llenando la ciudad de luz, y con ella iluminaba una historia de primera mano, pesada, sangrienta. Nada había cambiado, el mismo sudario de polvo, hollín y cenizas en suspensión; el mismo olor a podredumbre y a ladrillo recalentado; el mismo empeño de la artillería y los morteros soviéticos ahora redoblado contra Ópera y el castillo imperial; las mismas oleadas de soldados rusos como una plaga de langostas; los mismos centenares de escaramuzas desesperadas que sólo retrasaban despiadadamente el fin. Los edificios derrumbándose, las masas movedizas de ceniza, los habitantes conmocionados, sucios, hambrientos, y que aun así todavía mantenían en funcionamiento los mecanismos sociales con una sangre fría pasmosa. Arturo no supo interpretar su suerte al encontrarse frente al edificio que idealmente había estado en el puño de Von Kleist. Se hallaba en un lado de la calle donde los edificios permanecían razonablemente indemnes, mientras que el lado contrario estaba en su totalidad arrasado. Se apresuró a entrar, porque aquel escenario provisional y cambiante podría desaparecer en cualquier momento. Revisó los buzones con la conciencia de que Von Kleist no aparecería en ellos, y una vez que cumplió con aquel burdo trámite, no se le ocurrió otra solución que ir probando la llave cerradura tras cerradura hasta abrir alguna. Metódicamente, recorrió planta tras planta; en algunos pisos vacíos las puertas estaban descerrajadas, en otros, los mismos propietarios le abrían al oír el rascar del metal y debía perder algún tiempo inventando explicaciones, sobre todo en la tercera planta, donde uno de los propietarios le puso una pistola a pocos centímetros de su pecho, pensando que venía a robar. Cuando llegó al último piso, ninguna cerradura se había abierto. Experimentó cierta sensación de fracaso entreverada con el sosiego de haber encontrado un límite para sus anhelos. Ahora su única tarea sería aguardar noticias en el Führerbunker.

Bajó las escaleras hasta el portal; estaba a punto de salir cuando oyó un trasteo metálico y el gemido de unos goznes mal aceitados. De un oscuro hueco encastrado bajo la escalera salió una matrona recia y renqueante, de respiración entrecortada, portando una vela apagada, aunque todavía con una hilacha de humo naciendo de su pabito. Cuando descubrió a Arturo le saludó con miedo y curiosidad; éste sólo compartió su última emoción y la interrogó casi con violencia. Al principio la señora no acertó más que a soltar una perorata inconexa a la manera de la oruga de Alicia, pero terminó por describirle los sótanos del edificio, una sucesión de cuartos trasteros y carboneras. Arturo se sintió tan despierto como si hubiera metido la cabeza en agua helada. Sacó una linterna eléctrica de su macuto y apartó a la anciana. Mientras

bajaba las escaleras comenzó a sudar con profusión; allí la oscuridad era como de agua sucia, un agua que en cualquier momento podía llenarse de criaturas horribles. El pálido cono de luz iluminó un pasillo de unos pocos metros de longitud y se fue deslizado sobre ladrillos y puertas metálicas herrumbrosas, descascarilladas, ventiladas mediante pequeños paneles de agujeros. Avanzó con seguridad y sin ruido, como las patas de un felino, introduciendo la llave en cada puerta hasta que, de repente, una de ellas, especialmente lubricada pese a su apariencia, se abrió con facilidad. Tembló de emoción, y la tensión le presionó el pecho hasta que comenzó a sentir pinchazos: había aguantado la respiración sin darse cuenta. Entró en el cuarto; la humedad, el moho, el polvo inundaron sus fosas nasales y le hicieron estornudar. Tras romper con su linterna una densa tela de araña, un lacrado natural que resultaba el mejor indicio de que aquella cámara llevaba inviolada desde hacía tiempo, Arturo iluminó un heterogéneo apilamiento de objetos, aunque organizados en un orden estricto. Cajas de cartón alineadas en pulcras estanterías de madera, muebles, cuadros, alfombras enrolladas... Allí había un deseo de mantener un pasado ordenado, y ahora Arturo tenía que leer ese pasado como sobre un palimpsesto. Sin embargo, el repaso no duró demasiado: Ewald von Kleist quería ponérselo fácil a quienquiera que hubiese superado las pruebas iniciáticas y llegado hasta allí. Lo que venía a buscar se hallaba sobre una plataforma de madera apoyada en una estructura modernista de hierro colado, que servía de base a una Singer negra y niquelada. La película estaba justo bajo la aguja, como una última maldición protectora, un último ídolo vigilante. Alrededor de Arturo la soledad y las sombras parecieron animarse, oyó misteriosos crujidos, y creyó adivinar siluetas escurriéndose entre los bultos. Supo que se estaba sugestionando, pero eso no le bastó a su estómago para dejar de contraerse. Quizás aquello no le estuviera conduciendo sólo a las alcantarillas, sino al infierno. El deseo de someter todo aquel caos a su voluntad le hizo primero atornillar aquella película con su mirada y luego guardarla en su mochila. Salió de allí, y cuando volvió a ver la luz de la mañana ni siquiera se apercibió del rigor de la batalla, experimentando esa clase de alegría que a veces siente un hombre aun cuando sabe que sobrevendrá un desastre total.

En toda la nueva Cancillería del Reich no fue capaz de encontrar un proyector de cine. Se acordó en numerosas ocasiones del aparato que habían utilizado en la casa de Otto Dege, pero estaba claro que en aquellos momentos, y a pesar de las largas sesiones cinematográficas que allí había disfrutado el Führer, un proyector no entraba en la categoría de *kriegswichtig*, importante para la guerra. A media tarde, un cabo le encontró material de proyección en uno de los bunkeres que habían utilizado para tener a buen recaudo tapices, cuadros, alfombras y muebles valiosos de la Cancillería. Arturo se encerró entonces con el proyector, una pantalla y una pequeña batería

portátil en un despacho con las ventanas cegadas con contrachapado. Colocó el equipo sobre una mesa, frente a la pantalla desenrollada, prendió la linterna eléctrica y puso manos a la obra componiendo y retorciendo los fotogramas hasta que por fin pudo girar una manivela y poner en marcha el mecanismo. Aquella versión moderna del fuego de Prometeo volvió a dotar al pasado de una vida vicaria, una luz que hacía que clarease la habitación, y que lo único que significaba era que se hallaba en el corazón mismo de las tinieblas. La película de 16 milímetros abrió un pasadizo entre distintos niveles de existencia y comenzó a mostrar el Berghof; las imágenes eran en color, y algunas de ellas eran parecidas a las visionadas en casa de Otto Dege, tomas íntimas, familiares, hechas por amigos, secretarios o probablemente por aquella enigmática Eva Braun. De hecho, en la mayoría de las ocasiones era ella la protagonista, tomando el sol en tumbonas en el enorme mirador de la residencia, recogiendo flores, patinando sobre hielo, jugando con niños rubios como querubines, paseando con perros o hablando con sus invitados o con Hitler.

A veces se intercalaban cesuras bucólicas, puestas de sol, campos de flores, el maravilloso paisaje del valle del Obersalzberg o una gran ventana que daba al horizonte magnífico y asimétrico del Unterberg. En una toma el mismísimo Adolf Hitler ensayaba unos inverosímiles pasos de baile. Arturo reflexionó que cada una de aquellas imágenes era una bofetada para los futuros historiadores, hombres que en aquel mismo momento proponían sistemas demasiado completos de lo que estaba sucediendo, series de causas y efectos demasiado exactas y claras como para que fuesen verdaderas. Tras el primer desconcierto, aquella intimidad pequeñoburguesa llegó a aburrir a Arturo, que sólo la sobrellevaba por la incandescencia del misterio, por la esperanza de una iluminación acerca de qué le había costado la vida a Ewald von Kleist. ¿Acaso era suficiente crimen haber rodado al Führer bailando?, pensó con sarcasmo. El ronroneo forzado del proyector indicaba que la cinta se estaba acercando a su fin. Arturo se preparaba para abandonar definitivamente con una mueca mezcla de resignación, malhumor, impotencia y amargura por el tiempo malgastado y los amigos desaparecidos, cuando las imágenes que comenzaron a aparecer en la pantalla le pusieron rígido. Las contempló con algo parecido al sobrecogimiento, los labios descolgados, la respiración entrecortada. Y cuando la cinta terminó y la pantalla se tornó blanca, Arturo soltó una exclamación sofocada y rebobinó la película con una mezcla de asombro, desconcierto e incredulidad. La pantalla volvió a mostrarle una dimensión inaprensible que, poco a poco, con la repetición, fue haciéndole comprender un orden, aunque demasiado amplio, una lógica que se le escapaba de las manos aún, pero que le proveía de una ambición profunda de conocer más, de una manera ilimitada. Aquélla era, sin lugar a dudas, la lógica de la Sociedad Thule, donde todo era elusivo, vago, sombras de sombras, medias verdades y medias mentiras, pero en la cual, también sin ápice de duda, todos

ellos, reyes y vasallos, no eran más que meras marionetas.

14. *Führerdämmerung*

Arturo se sentía como un jugador de ajedrez a quien hubieran vendado los ojos a mitad de una partida; podía adivinar la siguiente jugada de su contrincante y responder, pero predecir la jugada posterior hubiera sido más difícil, y la siguiente más aún, hasta comenzar a dar respuestas inútiles y, por último, fatales. Por eso se limitó a esperar. Los siguientes tres días permaneció en el Führerbunker; se buscó un sitio donde no llamase demasiado la atención y se mantuvo a la espera de que las cosas amainasen, atento a las vibraciones de la tela de araña. Pero allí, a doce metros bajo tierra y hormigón, el lugar más seguro de Berlín era también el más aislado. Sólo los eventuales temblores que transmitía el suelo arenoso de la ciudad les recordaba que sobre ellos se había desatado un Armagedón. Y poco a poco, Arturo se fue contagiando de aquella atmósfera corrupta, abandonándose al alcohol en aquella irrealidad en la que los ocupantes, desahuciados ya, sólo contemplaban las sombras de la vida exterior en su particular caverna subterránea. Todo el *bunker* parecía estar lleno de espejos, multiplicando la imagen del autoengaño, alejándoles cada vez más de la realidad hacia una isla de los bienaventurados, un mundo quimérico sin burlas ni críticas ni miradas extrañas que sólo reflejaban la uniformidad de cien rostros siempre iguales y que siempre eran el suyo.

Y el tiempo.

El tiempo, sus arandelas, engranajes, piñones parecieron detenerse, deformarse, licuarse en el calor húmedo del bunker, donde no existía el día ni la noche en aquellos pasillos tétricamente iluminados. Los rostros pálidos, deprimidos, rondaban por las profundidades, dormitaban, se emborrachaban, discutían sobre la mejor manera de poner fin a sus vidas comparando venenos o con sus índices apoyados en la sien o en las barbillas. Entretanto, Hitler hacía jornadas de horarios excéntricos, neuróticos, y sin apenas dormir jugaba sobre mapas gastados por el sudor de las manos con ejércitos fantasmas, formulaba ataques, tácticas y estrategias, al tiempo que renegaba de la gigantesca traición de militares y civiles, de sus mentiras, cobardía y corrupción, colaborando activamente en su propia derrota. En un momento indeterminado los gritos horribles del Führer resonaron en las paredes de hormigón sobresaltando a sus habitantes, mientras clamaba contra Heinrich Himmler. Más tarde los rumores hablaban del fusilamiento del Gruppenführer que le hacía de enlace en el bunker.

A medida que aumentaba el himno universal de destrucción en un Berlín separado a su vez del mundo por una refulgente bóveda de bronce rosa, violeta y verduzca, y la resistencia en las calles era dislocada, rodeada, apresada, rechazada o aniquilada, crecían entre los sátrapas de Hitler los gestos tribunicios, las amenazas de venganza universal, las promesas, la exaltación y los celos entre ellos. El mismo Hitler estaba

más ansioso, se excitaba, los ojos se le salían de las órbitas cuando exigía más sangre de prisioneros, de militares, de rehenes, de servidores... Lo único que le calmaba era imaginar esos ríos de sangre humana, como si supiera que matar equivalía a prolongar su vida, a derrotar a la muerte a base de dar muerte al mundo. Y los muros que les protegían y aislaban se fueron volviendo cada vez más gruesos, Arturo erraba ebrio y drogado por los corredores, como un lotófago, sin recordar el oro, ni al coronel Lelyushenko, ni siquiera a Silke, guiándose muchas veces por las líneas fosforescentes en las paredes, que brillaban en los ocasionales apagones. Paulatinamente iba perdiendo el argumento de aquella historia, la hilazón, la trama, y las escenas acontecían dentro de sus ojos en fragmentos, la mayor parte ininteligibles. La boda de Hitler.

Arturo guarda imágenes sueltas del tirano en la sala de mapas, casándose con una Eva Braun vestida de tafetán negro, ante un insignificante funcionario, rodeado de su corte de maniacos.

Arturo recuerda niños corriendo por el bunker, críos rubios y alegres que pasaban entre sus piernas incitándole a jugar con ellos al escondite.

Arturo recuerda una orgía en la planta superior de la Cancillería, entre los mármoles y el pórvido que cubrían la podredumbre al igual que las tumbas de las catedrales; hombres y mujeres desnudos entre velas de largas e inmóviles llamas, champaña, música y cocaína; nalgas, codos, pechos, húmedos coños de vello rizado, calientes y acogedores, penes erectos, agresivos, irradiando calor. Animales que se apareaban sin pensar, y entre los rostros de los celebrantes distinguió el de Silke, siempre imposible de alcanzar, apareciendo y desapareciendo entre un oleaje de carne y cabello. Entre ellos también se mezclaban demonios, viscosas aberraciones que lamían y follaban hombres y mujeres, alimentándose de su carne ávida, impúdica, desesperada.

Arturo recuerda que uno de ellos le cogió de la mano y le llevó al hospital de la Cancillería, desnudo, para pasear con despiadada arrogancia entre los cuerpos lesionados, mutilados, hinchados, gimientes, que emanaban efluvios asquerosos que se burlaban clara e impiamente del concepto de dignidad humana. Le obligó a acercarse a un soldado amarillento, lisiado, con el abdomen hundido, anguloso bajo la sábana, para mostrarle lo que les esperaba tras la lujuria. Quería que compartiese su gran tarea de morir, que participase sin vergüenza. A continuación le hizo subir hasta los jardines destruidos para mostrarle con reverencia y admiración las catedrales de fuego, la gran grieta por la que se escurrían miles de vidas. Esa guerra que trastocaba el orden natural de la muerte, la esencia más pura de la rabia y el dolor, aislada de cualquier causa, ideal o principio moral. Fue entonces cuando Arturo tuvo uno de esos episodios de claridad infinita que hay en medio de las borracheras y creyó comprender lo que el demonio deseaba mostrarle, fue entonces cuando, en medio de

un inexplicable olor a ciruela, éste le habló en un latín ronco señalando la tortura del mundo: *quod erat demonstrandum*, que es lo que quería demostrarse.

Durante otra noche o mañana el globo que sujetaba la antena radiotelefónica fue derribado y los teletipos se interrumpieron. Pero había bastado para que llegase un último mensaje: el fusilamiento de Mussolini y su amante y cómo habían colgado sus cadáveres en una gasolinera. El aislamiento era ya completo. A partir de ahí las granadas rusas se intensificaron, y las noticias de eventuales oficiales que visitaban el bunker, con barba de días, cubiertos de una costra de polvo y sangre coagulada, advertían de que los rusos estaban en el Tiergarten y en el Reichstag, pero lo más urgente era que las orugas de sus tanques tintineaban ya por la Wilhemstrasse, a no más de quinientos metros de la Cancillería. Hitler aún soltaba alguna frase salvaje de desprecio universal, como un volcán todavía humeante, pero se dio cuenta de que, finalmente, la debacle se había consumado. *Weltmacht oder Niedergang*, el dominio del mundo o el aniquilamiento. Ya no le era posible seducir, aterrar, convertir o destruir más, no le sería permitido, por lo que había llegado el momento del *Führerdammerung*. Arturo, sentado en una silla del pasillo, en el nivel superior del bunker, fue testigo de cómo la corte se apretaba alrededor de Moloch para compartir su sacrificio. Aquel Hitler ya no era el hombre visionario y resuelto de las fotografías que adornaban todos los salones del país, la presencia real no casaba con el cargo mítico, no, no era sino otra cosa, un ser consumido por el odio, el trabajo incesante, la frustración de las esperanzas, el resentimiento y las drogas. El dios ario que había sometido Europa a su voluntad había devenido en un anciano ojeroso y senil, embotado, ronco, recorrido por temblores y tics. Hubo una primera despedida; Hitler convocó en el comedor del antebúnker a las mujeres, Magda, la esposa de Goebbels, enfermeras, secretarias, cocineras... y guiado por su secretario les fue estrechando las manos en silencio, entre frases ininteligibles, mortalmente cansado. Una de ellas sufrió un ataque de histeria y se lanzó a un trastornado discurso pronosticando la victoria. Cuando Hitler llegó a la altura de Magda Goebbels, se detuvo y se desenganchó de su chaqueta la insignia de oro del Partido, un distintivo que sólo el Führer podía llevar, regalándoselo en reconocimiento a todos sus años de fidelidad, y despertando un apasionado agradecimiento.

Arturo recuerda la estremecida caja de resonancia del terror común en que volvió a convertirse el bunker, la violencia, la prostitución, la corrupción, la opulencia, las borracheras, las risas y la música de las orgías que proseguían en los pisos superiores de la Cancillería, la curiosidad y la indiferencia general por lo que pudiera ocurrir, éxtasis y miedos, sobresaltos ante sí mismo, noticias de las calles infestadas de rusos y las últimas luchas encarnizadas, y por último una segunda y definitiva ceremonia de adioses entre los íntimos de Hitler, mujeres y hombres, en las profundidades del bunker. En el pasillo donde se celebraban las conferencias las luces amarillentas

iluminaban paredes de estuco beige; una alfombra oriental traída de alguna sala más grande de la Cancillería cubría el suelo doblada en sus bordes; algunos muebles y óleos de paisajes colgados. Eva Braun iba ataviada con un elegante vestido azul de lunares blancos, pero en esa ocasión no cruzó los ojos con Arturo. Fue Hitler quien lo hizo. Durante una milésima, el dictador sostuvo su mirada; los fascinantes ojos grises azulados en medio de la tosquedad de su rostro, que habían hechizado y sometido a miles, seguían siendo hipnóticos de tan inmóviles, y Arturo buscó desenmascarar al monstruo, intuir alguna revelación sobre la esencia del mal, un porqué trascendente a sus horripilantes actos, pero, para su confusión, sólo comprobó que era un hombre común, exactamente igual a él, un ser humano conteniendo esa nada, esa desesperación que todos albergamos y contra la cual sólo hay una única defensa: el autoengaño. La pareja se encerró en el despacho; todavía aparecería una desquiciada Magda Goebbels para rogarle que no se suicidara, pero sus súplicas no surtieron efecto. Cuando se cerró definitivamente la puerta, se abrió un abismo sin transición, a un lado la vida y al otro su contrario inimaginable. Se oyó el estampido de un disparo; al poco entraron y retiraron los dos cadáveres llevándoselos escaleras arriba hacia el jardín, el de Hitler envuelto en una manta. Arturo pudo entrar en el despacho y ver los restos del naufragio, un sofá con manchas de sangre, dos pistolas, una Walther del 7.65 en el suelo, al lado de más sangre, y otra del 6.63 en un pequeño velador, sin utilizar, junto a un jarrón con flores artificiales. No pudo evitar obsesionarse con el horrible tapizado del sofá, tan vulgar en comparación con el resto de muebles, escasos aunque de excelente calidad. Al cabo de un tiempo subió al jardín y halló los cuerpos en el embudo de una bomba, ardiendo, ennegrecidos. Quiso encontrar alguna frase memorable, una argumentación épica para definir aquel triste y humillante final de un imperio, alguna exequia fúnebre acorde con la magnitud del desastre, pero su mente estaba en blanco. Sin embargo, lo peor no había llegado. Los silencios más que los murmullos hablaban de la infamia, del absurdo, del ominoso pecado que se iba a cometer. Los niños.

Los hijos de Goebbels, que durante aquellos días habían jugado al escondite y cantado por todo el bunker, los niños que saltaban de alegría tomando como un juego cada vibración causada por las granadas, iban a ser sacrificados también en la pira de Moloch. Helda, Hilde, Helmut, Holde, Hedda, Heide, todos bautizados con nombres que empezasen por H en honor al tío Adolf. Incluso los más despreciables esclavos del Führer rechinaban sus dientes, se frotaban las manos nerviosos y le imploraban a Goebbels la gracia para sus hijos. Pero el matrimonio estaba decidido a no permitir ni un rastro de belleza a los rusos, a dejar a los habitantes de aquel bunker malditos hasta la décima generación. Magda se introdujo en la habitación de los niños con un médico, ellos ya estaban en sus camas, vestidos con sus camisones floreados, aunque seguían despiertos; les explicó que pronto cogerían un avión para escapar de Berlín y

que el doctor les pondría una inyección contra el mareo. Arturo sintió frío en la espalda y en las manos, le resultaba insoportable pensar en el asesinato de los niños, pero tampoco hizo nada por evitarlo, supo que sus fuerzas no estarían a la altura de su cólera, porque era como si aquella parte de la historia ya hubiese sido cumplida y él únicamente fuese testigo de una película que volvería a pasar una y otra vez en un eterno retorno. Cuando Magda salió de la habitación, se fue en busca de su marido para avisarle de que habían concluido la tarea. Se metieron en sus habitaciones y estuvieron jugando a las cartas hasta que decidieron que había llegado su turno. Abrieron la puerta, Goebbels se mostraba nervioso, atormentado, mientras que su mujer, a pesar de estar pálida y desencajada, se mantenía entera, decidida. Ella regresó a su habitación un momento y volvió con algo en su puño cerrado, subiendo entonces con su marido y un ayudante a los jardines de la Cancillería. Arturo los siguió, fue testigo de todo desde el cubo de hormigón de la salida de emergencia. Magda y Joseph Goebbels pasearon unos momentos entre los embudos de las bombas y las estatuas mutiladas, hasta que se detuvieron, uno al lado del otro, a pocos metros de donde habían quemado los cadáveres de Eva y Hitler. Magda abrió su puño y miró un instante lo que había guardado en él, luego volvió a cerrarlo. Sacaron sendas Walther y se colocaron ampollas de cianuro entre los dientes; hicieron crujir el vidrio al tiempo que se descerrajaban un disparo al unísono. Su ayudante les remató con rapidez en el suelo. A continuación los roció con gasolina y les prendió fuego. Aquella era la última pira funeraria del Reich. Cuando el jardín quedó vacío, Arturo salió y permaneció a unos pasos de aquella hoguera, indiferente al obscuro olor a carne quemada, hechizado por el baile antiguo de las llamas. Los cuerpos se iban ennegreciendo paulatinamente, cuarteándose, achicharrándose. Cuando estaba a punto de marcharse, algo brilló a poca distancia de sus botas. Se agachó; era la insignia de oro con la esvástica que le había regalado Hitler a Magda. Aquello era lo que había guardado en su puño, su última visión de este mundo. La recogió, la examinó unos segundos y se la guardó en un bolsillo. Finalmente, la línea divisoria entre la realidad y el delirio se había decantado por la primera; ahora debía marcharse de allí antes de que llegasen los rusos. Decidió mezclarse con los enfermos y heridos del hospital en los sótanos de la Cancillería, aunque primero debía buscar ropa de civil. Se introdujo en el bunker; una vez muerto el hechicero de la tribu, producido el desmoronamiento de la voluntad que mantenía congelado aquel reino subterráneo, se produjo un frenesí de escenas caóticas entre los suicidios, las borracheras y los preparativos de muchos de los ocupantes para abandonar también la Cancillería. En medio del desorden se hizo con una mochila donde metió la película, una cantimplora, provisiones, y aunque abandonó el fusil ametrallador, se quedó con su Little Tom. También se quitó el reloj para no ser presa de la atención de los rusos. Seguidamente registró distintas habitaciones hasta encontrar un armario lleno de ropa

de paisano; un pantalón, una chaqueta y un gabán bastaron para cambiar el uniforme. Salió del bunker por los pasadizos azulejados y buscó un lugar apartado en la enfermería a fin de esperar a Iván. De nuevo aquellas sensaciones culpables de desligamiento de la agonía: estar vivo y sano constituía una riqueza de sensaciones. Las noticias y rumores de ese día y esa noche seguían hablando de una resistencia salvaje, prolongando una agonía sin esperanza, pero la mañana del 2 de mayo se produjo un hecho comparable a la salida del arco iris, un acontecimiento repentino e inexplicable que inspiraba reverencia, éxtasis: la artillería rusa cesó. En todo Berlín se produjo un momento de silencio, absoluto y total, sin cambio alguno en el tono ni en la intensidad, como no disfrutaba la ciudad desde hacía más de una semana. Durante un soplo nadie se atrevió a moverse, temiendo que cualquier cambio o expresión pudiera ser motivo para que se reanudara. Al poco, el cañoneo volvió a comenzar, pero ya no constante ni cercano, sólo eran las últimas convulsiones de la resistencia nazi. Los rusos no tardaron en presentarse en el hospital buscando sobre todo miembros de las SS; recorrían las hileras de catres y heridos con las armas avisadas y amenazantes y preguntando «*Du SS?*». Todavía tardarían unas semanas en descubrir el tatuaje que les identificaba.

Una vez pasado el primer filtro fingiendo ser un prisionero español, Arturo pudo abandonar la Cancillería y salir a la Vosstrasse —tuvo suerte, no mucho más tarde un destacamento del SMERSH con la orden de encontrar a Hitler y a cualquiera que hubiese tenido contacto con él en los últimos días del asedio tomó la Cancillería y sometió a sus ocupantes a minuciosos interrogatorios—. En la calle, Arturo disfrutó de un día lluvioso, oscuro, ventoso; el general Weidling había hecho capitular Berlín a las seis de la mañana, y todo era fuego, humo y ruinas impregnadas de un hedor afilado y amargo. Miró el paisaje que sobrevivía con esa torpe pertinacia de las cosas que han sido testigos de grandes hechos y que volvían poco a poco a la insignificancia del día a día. A medida que cruzaba Berlín sus habitantes salían de los refugios, sótanos, metros..., como hombres del Neolítico decididos a sobrevivir un día más; algunas mujeres habían empezado a barrer las calles como si fueran habitaciones, las mismas calles tomadas por soldados andrajosos, mugrientos, rusos, bielorrusos, ucranianos, carelios, kazajos, moldavos, bashkires, cosacos..., acampados en cualquier esquina en medio de carros panjes enganchados a caballos y vacas flacas, tocando el acordeón o sacrificando aves de corral para el guiso. Su alegría contrastaba con las filas de Landsers prisioneros que apestaban a tierra y a sudor, a victorias y derrotas, a miedo, a agotamiento, a hastío...

Era consciente de que a Berlín todavía le quedaban por delante muchos días de saqueos y violaciones, la historia todavía no había amainado, era el precio indefectible por sus pecados, pero el horno que había sido la ciudad se iría apagando lentamente. Los mismos rusos que les robaban sus relojes y violaban a sus mujeres se

estaban encargando ya de darles de comer en sus cocinas de campaña y de organizar la administración para mantener los servicios esenciales, despertando ambivalentes sentimientos de agradecimiento y odio visceral. Los únicos planes que se le ocurrían ahora a Arturo eran recuperar los lingotes e intentar hacer un canje con Lelyushenko. No creía que el coronel fuese a rechazar todas aquellas barras de oro a cambio de una insignificante Hildegarda. Y si aquella estratagema no daba resultado, quizás la película sirviera, aunque ésta era algo que estaba tan relacionado con la indeterminación, hundía sus raíces tan profundamente en aquella incertidumbre que llenaba una vida aparentemente sólida y tangible de huecos, de vacíos inexplicables, sobrecogiendo lo poco que quedaba de superstición en Arturo, que prefería mantenerla como un comodín, sin utilidad concreta e inmediata. Se dirigía a la Embajada española a fin de recuperar su tesoro cuando un viejo con el rostro desfigurado por el hambre, vestido con un apolillado uniforme de la Primera Guerra y un oxidado mosquetón, le interrogó con urgencia acerca de dónde estaban las líneas alemanas. Arturo captó su desorientación física, la mirada borrosa causada por la tensión, el mismo cansancio que martilleaba sus sienes.

—La guerra ha terminado, mein Herr —le aseguró—. Debería tirar ese cachivache antes de que Iván piense que puede disparar. Váyase a casa.

El viejo dibujó una O con sus labios, y después hizo una declaración atropellada de su voluntad de no rendirse, pero ya no creía en sus palabras, ni Arturo tampoco. Sintió piedad ante la expresión de amargura de su rostro, como si se avergonzase de seguir vivo, mezclada con la humillación, con la tristeza, con la confusión, con el asombro, pero, sobre todo, con el miedo. Fue un acto de intimidad sofocante y terrible para el viejo, que finalmente le miró con ojos de perro extraviado y tiró el mosquetón. A partir de ese momento pareció más cetrino, más fatigado, más encorvado.

—Entonces ya puedo volver a Prenzlauer Berg —rezongó.

Al principio Arturo no reaccionó, pero después su columna se estremeció asaeteada por millares de alfileres, como si la frase del viejo hubiese catalizado una descarga eléctrica.

—Prenzlauer Berg —repitió.

—Mi casa quedó en zona rusa, mein Herr, ahora puedo volver.

En la mente de Arturo se iba dibujando la sombra de una idea, un último asidero que primero le creó la ligera perplejidad y la conmoción que produce un hecho esencial que ha escapado a nuestro control, y luego una sonrisa de gratitud y alivio. Si aquel pobre hombre no había podido entrar en el distrito de Prenzlauer Berg significaba que tampoco nadie había podido salir, lo que colocaba el barrio a la altura de una tumba faraónica sellada e inviolada todavía, igual que el piso del último comando, aquel que según la Volkova había picado su anzuelo, el mismo que podía

haber eliminado a Von Kleist en la sala de Germania, el mismo que seguía en libertad por Berlín. Si la incertidumbre seguía activa, cabía la posibilidad de que el hombre sin cejas tampoco hubiese registrado aún aquel santuario, y a tenor de lo que contenía la película, Arturo concluyó que, aunque el imán estuviese roto, sus fragmentos seguirían conservando su naturaleza. Y una de las pocas personas que podrían saber dónde se hallaban Bauer y su juguete maravilloso era precisamente él. En medio de aquel hundimiento, de aquella voluntad de ruina de los héroes germanos, Arturo sintió de nuevo la agradable ansia de realización y victoria de los héroes mediterráneos. Incluso el viejo percibió cómo Arturo acababa de apuntar sus esfuerzos a un solo fin, una certeza, una decisión que le volvía a crear la ilusión de control, de que nada sucedería fuera de su debido tiempo.

En Berlín la rutina de aquel fin del mundo continuaba por dondequiera que pasase. *Vae victis*, pensó Arturo, pero todo aquello resultaba perfectamente natural, era lo que los alemanes habían sembrado y se habían obstinado en predicar, la ley del más fuerte, la eterna guerra de todo contra todo que hace saltar la justicia, la ley, la moral, la ética, y en la cual quien sucumbe será tratado como una plaga. Los *doiches* tardarían mucho en romper aquel círculo vicioso de los perdedores en el que la comida, el agua y el fuego les rodearían en un atroz movimiento; aquellos cielos que antes eran de Goethe no dejarían de pertenecer a Pushkin por lustros, sin embargo, Arturo pudo cerciorarse de la proverbial capacidad de supervivencia de los berlineses no en las cadenas humanas que ya se habían organizado para despejar las calles o en el machaqueo de los martillos neumáticos sobre las ruinas, sino en los chistes que circulaban a pesar del calamitoso destino, ocurrencias como llamar al distrito de Steglitz *steht nichts*, «no queda nada en pie». Cerca ya de su objetivo, fue detenido por una soldado soviética con gorra y metralleta que controlaba el tráfico, que comprobó su identidad y le dejó marchar con un inmenso alivio interior. El número y la calle que le había confesado Frau Volkova era un edificio distintivo prusiano que había escapado a medias de la devastación, a juzgar por el acribillamiento que jaspeaba sus fachadas y el interior astillado y quemado, y el apartamento que correspondía al comando había sido saqueado a conciencia, apenas guardaba similitud alguna con el resto de pisos francos. Armas, uniformes, ropa, medicinas, incluso la documentación, todo había sido arramblado para formar parte del paquete de cinco kilos al que tenía derecho el soldado soviético para mandar a casa el fruto de su pillaje. No quedaba un vidrio sano en toda la casa y un viento helador la cruzaba de lado a lado, por lo que Arturo tuvo que utilizar restos de muebles desvencijados para fabricar algo parecido a contraventanas que pudiesen morigerar la temperatura. Colocó el macuto y el Little Tom encima de una mesa, sacó algo de comida, abrió la cantimplora y se sentó en una silla con la paciencia necesaria para cocinar una piedra.

A partir de ese momento todas las horas fueron la misma y sólo podían darles relieve detalles triviales, canciones silbadas, olores, pensamientos, sonidos concretos.

Un extraño sabor a chocolate en la boca, recuerdo del que había comido en la cantina rusa.

Un escozor en el cuello, que le obligaba a rascarse a intervalos.

Un duermevela gelatinoso, en el que soñó con un paisaje en el que había un único árbol, y la extraña conciencia de que si ese paisaje existiese, Dios existiría.

Cinco minutos en los que se le durmió la pierna.

Una oración improvisada a San Cucufato.

El recuerdo de los fantásticos reflejos de las barras de oro.

La aparente felicidad de Manolete, una felicidad que conocía sus propios límites.

Un cadáver con una vértebra asomándole de la carne desgarrada.

Un segundo de inconmensurable belleza alrededor de cierto gesto detenido en el rostro de Silke.

Arcos de luz hacia el distrito de Moabit, las últimas luchas de irreductibles de las SS.

El hombre sin cejas llegó hacia las doce del mediodía.

Las pequeñas irregularidades, los misteriosos crujidos que poblaban el aire, los dibujos, las estructuras sonoras adquirieron de repente sentido. Su presencia, el avance animal, silencioso de aquel hombre alertaron a Arturo, dueño de un miedo útil, sin terror, que multiplicó sus sentidos, su percepción, en medio de una confusión de alivio y congoja, de frío y calor. Arturo supo que no era el Ranger cuando escuchó cómo abrían cajones, asían objetos y los devolvían a su sitio, tanteaban, introducían los zapatos debajo de los muebles... Empuñó perezosamente la pistola, comprobó la correcta colocación de los proyectiles, montó el percutor apoyando el arma en la parte superior del muslo, haciendo coincidir la boca del ánima con su rodilla, y esperó. Cuando el hombre sin cejas estuvo bajo el marco de la entrada, su expresión se petrificó de asombro, de estupefacción. Sin embargo, evitando hacer ningún movimiento que le comprometiese, su enorme cabeza no tardó en ladearse ligeramente, entornándose y mostrando una afilada conciencia. Seguía de paisano, pero su atuendo estaba marcadamente más gastado, casi estrujado, fingiendo un sufrimiento que no había padecido, sino perpetrado. Acabó por observarle con inesperada ecuanimidad, dejando a Arturo estudiar su rostro lechoso, con manchas rosadas causadas por las quemaduras y otras zonas casi derretidas, su calvicie, con restos de pelo gris en la nuca y sobre las orejas, todo dominado por aquellos ojos negros, alegres como un sepelio. El silencio era tan profundo que se le ocurrió que podría oírse follar a un par de escarabajos. La imagen le hizo sonreír.

—¿Qué le hace gracia? —se interesó el hombre.

—No tiene nada que ver con esto, mein Herr —dejó que la sonrisa se difuminara, si bien lentamente; luego fue directo al grano—. Tengo esa película que tanto le interesa, pero me figuro que ni usted ni yo queremos perder el tiempo con explicaciones.

El hombre no reaccionó: su capacidad de asombro se había visto colmada con su presencia.

—Se figura bien —respondió—. ¿La ha visto?

—Sí.

El hombre asintió, sin más.

—Si me dice su nombre podremos negociar mejor —le sugirió Arturo.

—Kurt.

—Kurt qué...

—Sólo Kurt.

—Bien, Kurt, yo me llamo Arturo. A lo mejor le sueno de algo o a lo mejor no. Estaba con el mayor Bauer y el capitán Möbius.

—Lo sé.

—Bien, eso facilita las cosas. Lo que cuenta es que tengo esa película, y a cambio quiero algo. Es simple, no deseo complicaciones.

—Tampoco nosotros las deseamos, Herr Arturo.

Aquel plural confirmó tácitamente lo que Arturo conjeturaba: que Kurt, el hombre sin cejas, era otra marioneta en aquel teatrillo. Esta vez el silencio inspiraba la misma desconfianza y el mismo respeto que un bisturí.

—Bien, nos entendemos..., nos entendemos, Kurt. Ni siquiera le voy a pedir que deje su arma —desmontó el percutor y relajó su pistola—. Ya ve lo fácil que lo pongo. A cambio sólo quiero saber dónde están el mayor y el capitán, sólo eso. Sin preguntas ni porqués.

—Sabemos dónde están, se lo aseguro. Sin preguntas ni porqués —repitió.

Arturo se reclinó un poco en la silla y respiró hondo para disimular el lenitivo que representaba aquella afirmación. Pero no era el momento de detenerse, todavía no, porque ahora Arturo conocía su fuerza, la había corroborado en el autocontrol de aquella bestia.

—Estupendo, Kurt, fantástico... Aunque hay una cosa más, algo que se puede considerar una propina por el servicio...

Kurt se retrajo precavido y plantó su mirada más allá de Arturo, como si le hubiera pedido algo que no pudiera conceder. Arturo miró sus anchas manos, se las podía imaginar perfectamente tensando un hilo de acero antes de enroscar un cuello. Apretó la empuñadura del arma.

—Dar propinas es una sana costumbre, Herr Arturo —resolvió Kurt con calma—.

Y nosotros somos generosos. ¿Cuánto dinero necesita?

Arturo aflojó la pistola otra vez y le lanzó una estudiada mirada de tímida franqueza.

—No, no, Kurt, no hemos llegado hasta aquí sólo por unos cuantos marcos —replicó con una afabilidad indeciblemente falsa—. Esto tiene que ver con el peso de las cosas, con su espíritu. Tiene que ver con la verdad, con la muerte de Von Kleist, y con la voluntad de saber, con la imposición de... *cierto orden*.

—A veces hay una voluntad de saber lo que no puede saberse, de explicarse lo inexplicable.

Arturo sufrió un respingo, la impresión de que, mientras aquel hombre sin cejas formulaba su arcano, se habían abierto dos profundas arrugas en su mandíbula inferior: la mandíbula de una marioneta que se movía con cierta independencia de su cabeza poderosa. Fue sólo un segundo.

—Quiero conocer a su jefe —ordenó Arturo, tajante—, si no la película se volverá a extraviar, y esta vez no sabemos en qué manos podría caer.

Kurt negó, asintió, y dijo algo que Arturo no comprendió bien. A continuación aguardó el tiempo suficiente para que cualquier respuesta requiriese el doble de atención y el triple de expectación.

—Espere aquí. Volveré en una hora.

Kurt no le dejó responder y se dio la vuelta por donde había venido. A Arturo le sorprendió su energía, pero se limitó a levantarse y pasear por la habitación. Era innegable que los últimos *dramatis personae* acababan de irrumpir en escena, y que cualquier solución habría de enhebrarse a través de las agujas que ellos quisieran proporcionarle. Y él estaba dispuesto a correr el riesgo de encontrarse con ellos a pecho descubierto, a confiar por instinto, porque albergaba el convencimiento de que habría un hechizo que protegería su curiosidad debido a su nimiedad, a su tamaño de hormiga entre colosos. Se acercó a una ventana sin protección, bajó la barbilla hasta tocar el pecho. Las infinitas gradaciones que iba sufriendo Berlín le mantuvieron ocupado en aquella hora de espera en la que cabía más tiempo que en las horas comunes. Y todos aquellos rusos..., los *frontoviki* que hormigueaban por la ciudad devastada, salvajes, melancólicos e infantiles, saqueando y violando a placer mientras se creían vencedores, y que despertaban en Arturo cierta ternura a contrapelo, porque sabía que la derrota y la muerte ya se hallaban trabajando en su interior. El *kunt* que su amo Stalin había descargado sobre sus espaldas durante las purgas anteriores a la invasión sólo se hallaba transitoriamente detenido, transfigurado por el Pravda en la gran guerra patria y el nacionalismo y en los hurras a Kutuzov, a la espera de tomar Berlín y volver a clavar los galones dorados en los hombros de los oficiales, pero esta vez de nuevo con clavos, al igual que durante la revolución de Petrogrado.

Kurt cumplió su palabra con puntualidad y regresó pocos minutos antes de cumplirse la hora.

Con una familiaridad que no excluía autoridad, le invitó a acompañarle. Bajaron hasta el portal y allí Kurt sacó de detrás de la hoja milagrosamente intacta de la puerta un par de bicicletas que había escondido.

—Espero que sepa montar —le comentó.

Arturo sí sabía, y sin hacer más preguntas le siguió por un trayecto caprichoso hacia el noroeste, en paralelo al pelado Tiergarten y entre los edificios negros, mudos, y las fachadas desplomadas y los vehículos quemados y las formas metálicas retorcidas y las ráfagas de humo negro y los escombros y las avenidas vacías y los cadáveres de hombres y de animales, cuesta arriba, cuesta abajo, zigzagueando, en un diorama que le exigía rebañar los últimos restos de fuerzas y que paulatinamente fue convirtiéndose en una pista forestal bajo la bóveda de uno de los frondosos bosques que punteaban las afueras de Berlín. La atmósfera era densa y tranquila, el aire olía a musgo y barro. Una niebla baja se arrastraba entre la vegetación y la agudeza visual se perdía en el verde profundo, impenetrable que se hundía a ambos lados del camino. Kurt pedaleaba encerrado en su mutismo; Arturo le imitaba al ritmo de un obsesivo ritornelo que se había instalado en su cabeza, la canción de una película de moda:

*Vamos a ver al Mago
al maravilloso Mago de Oz
dicen que el Mago es un hacha
y que como él no hay dos.*

El contraste entre la pasmosa serenidad de la arboleda y la guerra de dientes podridos que habían dejado atrás le mantenía casi en trance. La senda no tardó en abrirse a un claro, una extensión despejada en la que se levantaba una granja lechera de construcción maciza. Había un edificio central alargado con techos de bálago, pegado a unos establos que bien podían albergar unas cincuenta vacas, aunque por la ausencia de mugidos o cencerros parecía estar vacía. La única forma de vida eran un par de civiles que fumaban al lado de un cobertizo para la madera, acompañados de dos perros dachshunds rojizos que fueron corriendo hacia ellos alegremente entre ladridos agitados. Parecían conocer a Kurt, pero tampoco se olvidaron de menear su cola delante de Arturo. Apoyaron las bicicletas en la entrada de piedra encastrada y Kurt se acercó unos momentos para hablar con los hombres; por sus movimientos secos y profesionales, su labor allí consistía en todo menos en ordeñar vacas. Kurt volvió con la exigencia de un registro previo a la entrada, a lo que Arturo se negó con

firmeza. Era el requisito a cambio de presentarse allí a las bravas. Kurt comprendió y regresó para darles su respuesta a los vigilantes; uno de ellos le escrutó amenazador y luego negó algo, pero terminó por entrar en la casa para volver a aparecer a los pocos minutos con una expresión de perplejidad que no casaba con un rostro habituado a la seguridad. Una respuesta afirmativa y un postrer ultimátum de sus ojos les dieron paso franco. Los perros, nerviosos, casi infelices por la marcha de los visitantes, ladraron con energía y caracolearon temblorosos. Un cuervo levantó pesadamente el vuelo y salió de entre los árboles, graznando.

Arturo siguió la espalda inacabable de Kurt con un escalofrío inexplicable, como si alguien hubiera abierto una puerta en el fondo de su alma. Le guió por la sencilla planta de la casa; sus respiraciones iban dejando hilachas de vapor en el aire y a Arturo le llamó la atención que el frío dentro de la casa fuese más intenso que en el exterior. Se arrebujó más en su gabán y se concentró en no ser reo de su lógica, en no hacer de ella una prisión para las contradicciones y compromisos a los que estaba seguro habría que enfrentarse. Entraron en una cocina, una estancia amplia y luminosa, dotada de grandes fogones de hierro colado, embaldosada con losas de pizarra, y con las paredes llenas de cacerolas e instrumentos de cocina metálicos con una infinita variedad de formas y tamaños. Al final de una enorme mesa de madera oscura y con manchas de mil líquidos, había un hombre sentado con un gran tazón de algo humeante entre las manos, que utilizaba para calentarlas. Era moreno e hirsuto, con toques cenicientos en las sienes, una barba bien recortada, pálido, y aunque estaba grueso parecía delicado, inofensivo. Llevaba un grueso abrigo con el cuello alzado, y al lado del tazón descansaba un sombrero Homburg. Semejaba estar allí sólo de paso. Sopló en la taza y a continuación levantó la vista. Ni siquiera su mirada era especialmente significativa, incluso parecía aguada. Tiene el aire de un tipo que necesitase un préstamo, pensó Arturo.

—Así que quiere usted saber —recibió a Arturo con una voz peculiar, en un tono bajo para llamar su atención.

—Para eso he venido.

Arturo sabía que debía añadir algún tratamiento de deferencia, pero no lo hizo. Por el contrario, se adelantó hasta la esquina redondeada de la mesa y dejó allí su mochila.

—¿Y por qué? ¿Por qué quiere saber? —se interesó, soplando de nuevo en el tazón.

—La costumbre, mein Herr —esta vez añadió una señal de educación.

El hombre sonrió y consultó con una mirada a Kurt, como confirmando que había oído lo mismo que él.

—La costumbre... se nos pega como el sarro... Ahí fuera hay soldados que

siguen luchando por la fuerza de la costumbre, que mueren por la fuerza de la costumbre... —sonrió de nuevo con una expresión casi dichosa, mostrando unos dientes equinos.

Arturo ni afirmó ni negó nada.

—Sin embargo, los regalos que uno hace a su curiosidad son caros, a veces incluso desesperados —le espetó el hombre—. *Qui addit scientiam addit laborem...* Pero veo que usted está dispuesto a pagar cualquier precio.

—Cualquiera, mein Herr —lo subrayó con un punto de vanidad.

—Eso está bien, y ha calculado que le salvará la vida aunque meta la cabeza en las mismísimas fauces de la bestia, como bien muestra su presencia aquí, porque a la bestia también le produce curiosidad ese ejemplo de valor, o de indiferencia o, sencillamente, porque ni siquiera le ve.

Arturo se sorprendió de que aquel hombre hubiese expresado de manera tan precisa sus razonamientos. Sintió tanto respeto como temor.

—Sí, ésa es la idea, mein Herr.

—Bien, pues permítame felicitarle, le comunico que si todo va como hemos acordado saldrá de aquí con vida.

Dio un largo sorbo al tazón y lo volvió a dejar.

—¿Sabe usted quién soy, Herr Arturo?

No quería instruirle, sino que preguntaba de una manera pedagógica, como un maestro de escuela que buscase el esfuerzo del alumno.

—Creo que podría ser Herr Sebottendorf.

—Adam Alfred Rudolf Glauer von Sebottendorf —pronunció remarcando las vocales con delectación—. Pero eso es únicamente un nombre, ¿sabe quién soy? —reiteró.

—El fundador de la Sociedad Thule.

—Eso es sólo rascar la superficie. ¿Sabe realmente quién soy?

—No.

—Yo soy el que trae la luz.

Sebottendorf sostuvo su mirada con una euforia irracional, como si realmente estuviese cualificado para acceder al corazón de la verdad, de cualquier verdad. Aquél no era el fanatismo cándido de Eckhart Bauer, sino algo mucho más antiguo, más deshonroso y criminal, que obligaba a Arturo a ser cuidadoso y hallar las respuestas adecuadas, aquellas que no destruyesen el verdadero tesoro: las preguntas.

—Ilumíneme entonces, mein Herr.

—¿Puedo ver primero la película? —inquirió.

Arturo asintió y, abriendo el macuto, sacó la película de 16 milímetros y la colocó sobre la mesa. Sebottendorf la observó con discreta repugnancia, como quien encuentra un pelo en la comida. A renglón seguido se levantó con firmeza,

adquiriendo un inesperado sentido de propiedad sobre el presente, y con un gesto ampuloso indicó a Kurt que la recogiese. Puso las manos a la espalda y salió de la cocina ligeramente encorvado. Kurt cogió la película, le indicó a Arturo que le siguiera y éste copió los pasos de Sebottendorf, quien se encaminó hacia una habitación de muebles recios en la que habían montado un proyector y una pantalla. Kurt se encargó de preparar la sesión y clausurar los postigos de las ventanas; apenas unas trazas de luz se colaban por las grietas de la madera, una de las cuales iluminó el pecho de Arturo como si su corazón brillase. El chorro de luz brotó de improviso, haciendo desfilar los fotogramas con esa fractura inicial de planos característica, hasta que la vida hizo un bucle y regresó en un eterno retorno de imágenes de colores suaves, amables y hogareños. Tras visionar de nuevo toda la película, la cámara de Eva Braun se movió finalmente por las habitaciones privadas del Berghof; se desplazaba nerviosa, furtiva, con la ansiedad de quien busca una presa. Su mano iba abriendo puertas, la lente husmeaba en las habitaciones, hasta que acabó por mostrar el arcano, el secreto, la causa de que Ewald von Kleist estuviese muerto y Arturo sintiese la helada presencia de esa sombra que hay dentro de nosotros, que no tiene explicación y a la que tememos hasta el punto de casi no respirar. Todos los ocupantes de aquella habitación sabían lo que iban a ver. Lo sabían. Y lo vieron, tan inevitable como su propia expectativa. Hitler. El Führer de Alemania, el fundador de un imperio de mil años, el dios ario, estaba cagando. Sentado en la taza del retrete, con una camiseta blanca bajo la que abultaba su barriga, con los pantalones bajados, arrugados contra los zapatos, sus codos apoyados en sus muslos gordezuelos y pálidos. La película terminaba ahí, una última escena que demolía mitos, dislocaba sublimaciones, anulaba infalibilidades y ensuciaba olímpicas grandezas. Arturo alcanzaba a comprender hasta qué punto aquella película podría ser peligrosa para un Reich que se había aplicado en deificar a Hitler, en convertirle en la representación viva de la nueva Alemania. Lo que no acababa de entender era el empeño en seguir resguardando aquella visión religiosa una vez que Hitler se había suicidado y el III Reich había pasado a ser una pesadilla más que arramblar en los sótanos de la historia.

—Kurt, recoge todo esto —ordenó Sebottendorf—. El señor Andrade y yo iremos a dar un paseo.

Salió de la habitación con seguridad; Arturo carecía ya de libre albedrío, estaba obligado a seguir los acordes o tonalidades que Sebottendorf quisiera adelantarle, sin ninguna iniciativa, aceptando su orden o desorden. En el exterior, cruzaron la explanada hacia los establos, seguidos por los ojos furtivos y desconfiados de los esbirros, y rodeados de inmediato por el baile elemental y la ansiosa inocencia de los dachshunds. Sebottendorf retozó un poco con los animales pero no les dejó pasar a los establos, cerrando la parte inferior de una puerta doble. De inmediato se

sumergieron en aquel intenso y cálido olor a estiércol, orines, leche y paja podrida. Los pesebres se hallaban vacíos, aunque Arturo podía imaginarse los pesados cuerpos astados que habitualmente los ocupaban, dejando escapar suaves gemidos, roncos y apagados. A cambio, los cajones y comederos, cada espacio aprovechable estaba lleno de cajas de cartón y de madera rebosantes de papeles y documentos, un fruto del universo burocrático nacionalsocialista donde la puntualidad rayaba en lo maniaco.

—¿Sabe usted lo que es todo esto? —enfaticó Sebottendorf en su línea pedagógica, dándole la espalda.

—No, mein Herr.

—Esto es la conciencia de Alemania. Lo que usted ve aquí es parte de los archivos de la Adjutantur de la Cancillería. Échele un vistazo.

Arturo se acercó a uno de los cajones: ingentes cantidades de invitaciones, participaciones, listas de comensales, folletos de atuendos y ceremonias, correspondencia de regalos o prebendas, justificantes de pagos, facturas...

—Los alemanes son un pueblo extraño, mein Herr —prosiguió—, y una de sus obsesiones más extrañas es la de dejar constancia de todo, tanto de sus virtudes como de sus pecados. Todo esto se evacuó de la Cancillería hace unos meses ante el riesgo de destrucción, y todo está como mínimo por duplicado, aunque de algunos documentos hay hasta cuarenta copias. Si por algo deberían juzgar a los alemanes no es por sus crímenes en la guerra, por los expolios y las liquidaciones de gitanos o judíos o polacos o rusos o checos, ni por la esterilización de discapacitados, ni por el encarcelamiento de opositores políticos y homosexuales, ni por las SS o la Gestapo, sino por esto, mein Herr, por las veces que han aceptado ponerse el frac para ir a una cena de gala, o a un concierto, o a una representación teatral, o por aceptar ventajas fiscales o un juego de té como regalo de Navidad, o una donación o un negocio amañado, es decir, por su connivencia, por su complicidad, por su escandaloso consenso, por su nepotismo, por interiorizar el color pardo y la cruz gamada a fin de poder recoger las migas que caían de la mesa de los poderosos —Sebottendorf se volvió hacia él; Arturo halló en sus palabras un eco del difunto Krappe en Wannsee—. En efecto —soltó una risa como un relincho—, esto es la memoria de Alemania, registrada y catalogada con una belleza fría, una pirámide de vasallaje que adquiere más intensidad cuanto más se la mira, mein Herr, y cuantos más regalos aceptaban, cuanto más salía su nombre en cualquiera de esas invitaciones, más formaban parte de la comunidad que aceptaba el antisemitismo, el racismo, el asesinato, el robo y a la Gran Alemania, la red se estrechaba más y por tanto eran más culpables, más se tensaban para ser disparados en cualquier dirección, ya fuera hacia el cielo o, en este caso, hacia el infierno.

Arturo cogió un sobre de uno de los cajones y sacó la carta de su interior: era una

declaración de amor a Hitler, una mujer que aseguraba que si no podía casarse con su Führer, se abriría las muñecas en un baño de agua tibia. Sebottendorf se apercibió de su contenido.

—Hay archivadas seis mil cartas de amor como ésa, mein Herr, y miles de dibujos infantiles felicitando al Führer por su cumpleaños, y otros miles de correos más asegurando su adhesión, respeto, apoyo y pleitesía. No es Dios quien es amor, sino Hitler...

Arturo devolvió el sobre a su montón con incomodidad.

—Un amor que les ha matado —objetó.

—¿Y qué amor no mata, mein Herr? —dijo con sorna y una mirada oblicua—. El amor no es luminoso y puro, sino violento, obsesivo, quiere anexionarse a la otra persona, y por tanto la odia tanto como la ama, quiere besarla tanto como castigarla, devorarla, tragarla...

Arturo no pudo replicar nada al pensar en Silke. Sebottendorf golpeó su mano izquierda con el filo de su mano derecha.

—Por eso —continuó—, porque todos debían implicarse, ser responsables del nacionalsocialismo, se dejaba constancia de todo, se anotaba por triplicado, se hacían estadísticas, se evaluaba, se filmaba...

—Incluso en el Berghof —apuntó Arturo.

—Sobre todo en el Berghof, en la esfera privada. En un universo de depredadores en el cual todos luchaban contra todos para medrar, era imprescindible cubrirse las espaldas.

—Y eso fue lo que hizo Ewald von Kleist, pero no pareció servirle de mucho, ni siquiera formar parte de la Thule...

—Ewald... —el gesto de Sebottendorf reflejó nostalgia y crueldad—. Era uno de los mejores, había comprendido los engranajes, los atributos del poder, todo el proceso de creación de nuestro pensamiento. El conocimiento completo de ese orden era difícil de lograr, por todas las tensiones que había que resistir y todo el azar que había que moldear, pero él lo consiguió. Y en verdad creí que aceptaría el alcance de lo que pretendíamos, pero cuando tuvo plena conciencia del verdadero objetivo se amedrentó, tuvo miedo porque no comprendió la misión que nos correspondía —por un momento pareció hechizado por su propio discurso, pero regresó a su tono sobrio—. Quiso abandonarnos, y no habría representado contratiempo alguno si no hubiera conseguido esa película y no se hubiese obstinado en enfrentarse a nosotros.

—Por eso no fue un comando quien le mató en la Cancillería.

—Primero Von Kleist se ocupó de protegerse, de hacernos saber que guardaba la película, pero nosotros ya le teníamos sometido a una vigilancia exhaustiva. Hizo copias que dejó a un abogado y a otro miembro de la Thule, pero les neutralizamos a ambos. El nos aseguró que había más copias, y nosotros no podíamos tener certeza de

lo contrario, así que nos mantuvimos en tablas, a la espera, ni él se podía mover ni nosotros acabar con el problema. Dentro de su cárcel se movió bien, incluso con cierto éxito, porque logró ponerse en contacto con la Embajada sueca. Suponemos que ellos filtraron la información a los Aliados, y por ellos a Pippermint y a ese comando...

—Stratton, Philip Stratton.

—Sí, ese Stratton tenía información al respecto. Lo que no podíamos concluir era cuántos más de los comandos estaban al tanto, así que estrechamos el cerco.

—Pero la red tenía descosidos, parece que estuvo solo en la sala de Germania.

Sebottendorf le miró implacable.

—Y demasiado tiempo... Todos estamos sometidos al error estúpido, al despiste —al azar, completó Arturo mentalmente—, pero ya se ha castigado a los responsables. De todas formas el mal estuvo hecho, y se había corrido el riesgo de que Ewald von Kleist hubiese revelado a un comando dónde se hallaba la película. Y si no, con los lobos rondando tan cerca decidimos no dar más oportunidades al azar.

—Liquidaron a Von Kleist.

—Lo hizo Kurt, después se encargó de que los miembros de la guardia acelerasen la retirada del cadáver para no dejar pistas a posibles investigaciones.

—¿Debo deducir de ello que el mayor Bauer y el capitán Möbius están bajo la influencia de la Thule? —aventuró Arturo.

—No, no lo están, pero Kurt tiene cierto poder. Después nos limitamos a esperar a que los comandos y Pippermint fuesen cayendo y a registrar las casas para no dejar cabos sueltos. Todo gracias a usted, por cierto. Aunque creo que se le ha escapado uno...

Arturo consideró con cierta ironía que después de todo aquel juego mortal que había durado años, a la postre, Ewald von Kleist había muerto por salir a tomar un poco de aire o fumarse un cigarrillo. De nuevo toda aquella coincidencia, toda aquella incoherencia, todo aquel azar. Vigiló a Sebottendorf; hasta ese momento se habían movido sincronizados como planetas, con una muda y recíproca conciencia gravitatoria. Los razonamientos todavía eran claros, coherentes, y aún le quedaban algunos antes de la pregunta principal, de aquel plan bajo el plan que le había referido Albert von Kleist.

—Bien, pero todavía le quedan algunas respuestas que darme a cambio de la película, mein Herr. Según he averiguado, Von Kleist estuvo mezclado en lo de Stauffenberg, que a su vez fue inspirado por la Thule. Pero no acabo de entender que ustedes, esa Thule bajo la Thule, ese núcleo duro, ese rumor secreto o como quieran llamarlo, no eliminasen a Von Kleist durante ese periodo en que permitieron que la conspiración se desarrollase y su película ya no poseía ningún valor, ¿qué peso podría tener la cagada de un futuro cadáver? Aunque lo más extraño es que durante la

reunión que tuve con Albert, éste me refirió que en el transcurso de la cadena de errores que se cometieron y durante el intervalo en que nadie sabía si Hitler había sobrevivido al atentado, muchos oficiales recibieron llamadas anónimas advirtiéndole de que Hitler había salido ileso y que Valkiria debía suspenderse. Es evidente que no pudieron ser otros que ustedes quienes hicieron las llamadas, por lo que conjeturo que durante el transcurso de los acontecimientos cambiaron rápidamente de opinión, y fue entonces cuando salvaron de la quema a Ewald. ¿A qué se debió? —Arturo levantó la mano interrumpiendo un inicio de respuesta de Sebottendorf—. Sin embargo... —moduló la voz más indiferente que la ansiedad le permitió fingir—, sin embargo, Herr Sebottendorf, todo esto no es más que el prólogo a mi verdadera curiosidad, a la clave de todo: ¿por qué es más importante para el Reich la película de un Hitler escatológico que una bomba atómica?

El silencio. El silencio no se produjo de una manera natural, sino que parecía un esfuerzo corporal de Sebottendorf. Hubo un leve rictus en su rostro, la excitación arremolinándose en sus rasgos, la mirada de un enviado de poderes superiores que tuviese que condescender a la obviedad. Adam Alfred Rudolf Glauer von Sebottendorf juntó las palmas de las manos en una oración laica.

—*Qui addit scientiam addit laborem* es del Eclesiastés. Quien añade saber añade dolor... —le advirtió por última vez.

—Eso no me importa.

—La tradición es la democracia de los muertos —enlazó entonces—. El nacionalsocialismo vino para acabar con toda la tradición del mundo, mein Herr, el nacionalsocialismo vino para despertar las conciencias, para abrir puertas que nunca más serán cerradas. Lo que está sucediendo en Berlín no es más que la crisis que se produce cuando lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer.

Arturo escenificó aún más su atención.

—Pero no se equivoque —prosiguió—, el nacionalsocialismo no es el Reich ni es Hitler. Es algo mucho más antiguo, llevamos años preparando su advenimiento. La Thule buscó y buscó un catalizador hasta encontrar a ese pobre diablo, ese Adolf Hitler. Cuando le encontramos en aquella cervecería de Munich no dábamos crédito a nuestra fortuna. Era la personalidad que se puede insertar en un tiempo determinado y en determinados acontecimientos y precipitar la historia, producirla. Una carambola, la carambola de un payaso, mein Herr, con sus teorías de darwinismo social mal digerido; un pobre hombre terco, engreído, incapaz de hacer luz en su pobre y trastornada cabeza —le despreció con un manotazo—. Pureza de sangre, narcisismo étnico, sociedades de castas, sublimación de la voluntad... Palabras de un necio..., de un necio que necesitaba evadirse de su mundo de pequeñoburgueses, asilos de mendigos y letrinas cuarteleras, pero ese necio se creía lo que decía, y era exactamente en lo mismo que necesitaba creer el pueblo alemán para despertar su

furia y vengarse de las humillaciones. Y sin embargo...

Sebottendorf se concentró en sus siguientes palabras, visualizándolas.

—Sin embargo, su misma naturaleza dogmática y arbitraria lo hacía inestable, impredecible, había que encauzar todo ese caudal de energía arrolladora y extraordinaria. Y nosotros nos ocupamos de ello. Yo desaparecí de la escena para que sólo hubiese un actor, y le educamos durante años, nos ocupamos de crear un mesías con el que la nación se identificase. Dietrich Eckart se ocupó de mejorar su autoconfianza, su oratoria, su lenguaje corporal y su capacidad de persuasión, Haushofer le alimentó ideológicamente, y a través de las SS otros miembros pulieron y acabaron a lo largo de los años lo que nosotros habíamos empezado. Y creció con fuerza, mein Herr, una fuerza incluso inesperada, colmó nuestras expectativas más ambiciosas. Se convirtió en un dios al que rezar, divino, intangible, al que el pueblo vitoreaba y ululaba y mediante el cual utilizamos la debilidad privada de cada alemán para inducirles al orgullo colectivo, a formar un grupo que fuese más que la verdad o la justicia, y para ello usamos de nuevo el amor. Al principio se utilizaron la necesidad y el terror, pero sólo al principio, después utilizamos el amor, la camaradería, la confianza, la lealtad, el apoyo, toda esa felicidad del grupo que utilizada de forma adecuada es el instrumento de deshumanización más terrible. Ejército, SS, SA, Lebensborn, KdF, el Frente de Trabajo, BDM, Juventudes Hitlerianas, NSDAP, campamentos, federaciones, asociaciones..., grupos, grupos y más grupos que no te permiten pensar ni ser yo, sino nosotros, grupos por los que sacrificar, grupos que te dan placer y te aturden y anulan tu responsabilidad individual y te absuelven de todos los pecados y te permiten ser absoluto y no estar solo ante la muerte, mein Herr. Una masa irreflexiva y despreocupada disuelta en Adolf Hitler, el nombre de un dios que encubre lo que encubren todos los dioses: la necesidad de sentido, porque todos eran él, y él era todos —su voz se volvió imperiosa—. Goebbels fue esencial en ese aspecto, la magia de sus palabras, el brumoso incienso que esparció a su alrededor. Tuvimos un éxito especial con los niños, mein Herr, una generación entera que vivió la Gran Guerra durante su infancia o adolescencia como un juego lejano, divertido, excitante, desarrollado sobre un tablero en el que mover ejércitos y conquistar sin sangre. Aquel juego vicioso, narcótico, sin saberlo ya les estaba preparando para repetirla, esta vez de una forma mortal. Y el alma colectiva y el alma infantil son iguales, reaccionan de forma muy parecida, y los conceptos con los que se las moviliza y se las convierte en fuerzas históricas han de ser simples para que queden grabados a fuego en las mentes. Y si a eso le unimos la obsesión alemana por hacer las cosas bien, el gusto por tener órdenes, la falta de disfrute de la libertad y la facilidad que tiene el país para las psicosis colectivas, todo nos conduce al autobombo nacional, a la mancha del país cada vez más grande en los mapas, al paladeo del temor que uno inspira, al

sentimiento de alemanidad... a una carta de amor...

Bauer. La primera imagen que acudió a Arturo fue Bauer, la primera e inocente víctima de todo aquel desatino. Consideró que aquel tipo estaba como una cabra, pero tenía un método, y por eso era realmente peligroso.

—¿Por qué? —le volvió a encauzar Arturo—. ¿Para qué crear tal monstruo, Herr Sebottendorf? ¿Y por qué sigue siendo más importante que una bomba atómica incluso ahora? —reiteró.

—Paciencia, Herr Arturo, debe entender todo el proceso. Una vez creados los grandes principios que iluminaban Alemania, había que utilizarlos para quemar el mundo. Hitler se lanzó a una carrera para extender el nacionalsocialismo con el resultado que usted ya conoce. Los dientes de acero de la Wehrmacht asolaron Europa, una fuerza de potencia arrolladora, un agente dinámico y corrosivo de una insólita capacidad destructiva. En un año Hitler tenía casi todo lo que hubiera podido desear, desde el Volga hasta el inmenso Atlántico, pero era necesario transformar todos esos frentes en patíbulos, convertir a todos esos héroes de la tierra, el mar y el aire en cadáveres. Y le susurramos al oído su olímpica grandeza, su infalibilidad; le separamos paulatinamente de la realidad para que ampliase la magnitud terrorífica de su deseo y con ella los frentes, para que se abandonase a su avidez, a ese nihilismo wagneriano, y derrochase los músculos y la sangre, para que destinase insensatos esfuerzos a eliminar a miles de judíos, esfuerzos que no se podían emplear contra los Aliados, para que sometiese las consideraciones estratégicas a las ideológicas, para que sustituyese las decisiones racionales por visiones mesiánicas, mein Herr. Le incitamos a apostar cada vez más arriesgadamente, a declarar la guerra a Estados Unidos, a que los campos de la muerte trabajasen a pleno rendimiento, a reclutar a niños y viejos, al despliegue sin escrúpulos de la barbarie y la impiedad, a la guerra total, a la vesania absoluta, y si Hitler se hundía en ella, el pueblo alemán se hundía también, hasta que todo se convirtió en una locomotora sin control, una fuerza motriz que ya no podía ser detenida. Sí —cogió aire—, bien lo pudieron comprobar los Aliados durante su avance; sus bombardeos, sus ejércitos y su propaganda para minar la moral alemana concentrada en la locura de Hitler y en la futilidad de resistirse a una derrota segura no impresionaban a las tropas. A pesar de que los desastres militares se multiplicaban en todos los frentes, su voluntad de combate seguía intacta, porque los Aliados no se daban cuenta de que ya no combatían por el nazismo o por el Führer, sino por patriotismo, por camaradería, por lealtad, por los pactos de sangre, por esa estrecha malla de símbolos y emociones en la que habían crecido. Por amor, Herr Andrade. Por amor.

Arturo se inquietó. Poco a poco, en el rostro inane de Sebottendorf se había ido dibujando algo viejo, muy viejo.

—¿Por qué? —se limitó a preguntar.

—¿Por qué? ¿Por qué? —remedó con un tono burlesco—. Para perder la guerra, Herr Andrade, para que el Führer ardiese en una pira, *Vernichtung*, la aniquilación, y con él, toda Alemania hasta el último hombre, la última mujer y el último niño. Luchamos para ser aniquilados.

Durante unos segundos Arturo careció de la capacidad verbal para responder a unos hechos que excedían su comprensión. La clara luz de la razón se había convertido en una llamita temblorosa, la justicia sólo era una máscara sobre un hirviente y oscuro borbotear de incertidumbre.

—*Götterdämmerung*... Pero eso es sólo una palabra, mein Herr, un mito absurdo...

—¿Para qué querrían perder?

Sebottendorf cerró los puños poniéndolos a la altura de su pecho.

—Precisamente para crear el mito, mein Herr, para que el nacionalsocialismo viva en verdad mil años. La única forma de que el Reich perdurase no hubiera sido ganando la guerra, eso sólo nos habría conducido a un imperio material, a un gobierno que con la rutina se habría ido domesticando. Pero perdiendo..., siendo derrotados creamos un mito de irreductibilidad, de grandeza, de desmesura, de absoluto, un mito que necesitó la unión de todos los países para acabar con nosotros y que contendrá a Europa, se implicará en la raíz del mundo, de todos sus actos, convirtiéndose en una conciencia que permanecerá enterrada como una semilla en las naciones que nos han puesto de rodillas. Porque los patricios siempre sueñan con los bárbaros, Herr Andrade, porque la civilización sólo triunfa a través de ellos. El nacionalsocialismo, el Reich es un impulso espiritual, una revolución, un germen, un impulso destructivo que fecunda la historia, y al igual que del surco de la podredumbre salen con fuerza las plantas allí arrojadas, sale la vida reforzada de la muerte. El Reich será una epidemia cíclica, inmortal, y Hitler, un mártir, un santo...

El instante, el sobrecogedor y terrible instante en que todo es descubierto, la lucidez insoportable, la cruda luminosidad. Arturo sintió un vacío de amargura en su pecho.

—Por eso era tan importante la película para ustedes —comprendió—. Por eso Ewald von Kleist quería que saliese a la luz, por eso deseaba la muerte de Hitler antes de la derrota final.

—Veo que lo entiende, mein Herr... Si el mundo hubiera tenido noticia de esa película, ¿cómo podíamos mantener el mito de un dios, de una encarnación del Partido y de la Nación, la liturgia necesaria para que toda Alemania tuviese la fe necesaria para ser Uno y hacer lo que ha hecho?

«Algo se nos escapó, no lo supimos ver, algo en el nazismo que subestimamos, un nihilismo, un absoluto que no alcanzamos a comprender», las palabras de Albert von Kleist volvieron a resonar en la mente de un incrédulo Arturo, que estudió a

Sebottendorf, su seriedad, su objetividad, la seguridad casi sobrenatural que mostraba en sí mismo, su falta de culpa.

—¿Y cómo permitieron que Stauffenberg pudiese llevar a cabo su atentado? ¿Cómo logró poner en peligro todo su plan? ¿Y a qué vinieron las llamadas de teléfono posteriores?

—De nuevo el azar, mein Herr, la incertidumbre. Nadie puede tenerlo todo bajo control, y aunque teníamos noticias de los planes de Stauffenberg, también ellos los llevaron con mucho sigilo, aparte de que los conjurados más importantes eran militares y aristócratas y no estaban bajo un total control de las SS. Lamento decir que el atentado nos pilló por sorpresa, pero el mismo y paradójico azar que había permitido a los conspiradores poner las bombas fue el que salvó la vida a Hitler. No íbamos a permitir dos errores seguidos, así que hicimos las llamadas necesarias para cortar Valkiria de raíz. También nos aplicamos en ayudar minuciosamente a las SS en los meses siguientes.

Miles de muertos, recordó Arturo. El círculo estaba casi cerrado alrededor de aquel extraño tumor palpitante en medio de la simetría. A pesar de su aversión, Arturo no podía negar cierta fascinación por todo aquel delirio, pero se impuso cubrirlo con una red de explicaciones para no rendirse a la intimidad que se estaba creando.

—Creo, Herr Sebottendorf, que está usted equivocado. No han implicado a toda Alemania, porque Alemania no es sólo Hitler. No lo han conseguido porque existe otra Alemania que se ha resistido a él y a sus secuaces, una Alemania liberal, que ha hecho música y poesía, una Alemania que no es mentira, crimen o pillaje, y que Stauffenberg y otros miles como él quisieron reivindicar. Además, el nazismo sin Hitler no sobrevivirá, las dictaduras nunca lo hacen. Y ni los rusos ni mucho menos los americanos se dejarán infectar por aquello contra lo que han luchado.

La luz fluctuó unos instantes, se volvió indecisa, sucia, y las pupilas de Sebottendorf se dilataron como platos, hasta que la luz recuperó su intensidad y se cerraron de nuevo haciéndose tan pequeñas como la punta de un lápiz.

—Pobre, pobre Arturo Andrade, no acaba de comprender... —se mantuvo abstraído, impenetrable; resolvió hablar—. Todos esos alemanes leales se engañan a sí mismos y respecto a sus objetivos, quieren que pierdan los nazis y que Alemania gane la guerra, son inseguros, se torturan. Pero nosotros siempre seremos superiores, siempre ganaremos porque sabemos lo que queremos, siempre lo hemos sabido. Y los rusos, los americanos... —se le escapó otro relincho, lo más parecido que entendía por risa—, ya es demasiado tarde para ellos, para todos ellos, especialmente para los americanos. ¿Cree que son mejores que nosotros? Ellos también han robado y violado, cuelgan nazis los jueves y viernes y los sábados los sueltan, amañando sus historiales para llevárselos a su país y que les ayuden en la futura guerra contra sus

aliados. Además, no hay nadie que se nos parezca tanto, su idealismo infantil es lo más semejante a nuestro idealismo romántico; el maniqueísmo, la búsqueda de absolutos es la misma, y siempre implican la destrucción del buscador. Los alemanes y los americanos son los dos pueblos más importantes, los mejores en la guerra, los ingleses tuvieron la necesidad de hacerlo y los rusos tienen el número, los franceses todavía no sé lo que han tenido, y los españoles tuvieron plata, pero los americanos... los honrados, decentes y valerosos americanos que se creen ungidos por el infinito tienen su maravilloso capitalismo, la única ideología que hunde sus raíces en el egoísmo, en la rapacidad, en ese principio destructor vivo que hay en todo corazón humano, ese impulso latente en las sombras que puede iniciarse en cualquier momento... ¿Sabe qué libro influyó más en los *Prominenten* nacionalsocialistas?

Arturo titubeó.

—Alguno de Nietzsche... el *Mein Kampf*...

—La biografía de Henry Ford.

Arturo lo miró como si proviniese de otro planeta.

—Me es indiferente lo que me cuente, los americanos ya se están sobreponiendo a su caos, señor, les juzgarán, les castigarán y a pesar de ciertas concesiones inevitables impondrán un nuevo orden, más humano, menos drástico.

Sebottendorf dio la impresión de irse calmando o decepcionando, como si hubiera esperado un rival más a la altura de su desafío.

—Seguro que es capaz de pensar mejor, Herr Andrade. Nosotros hemos despertado a Estados Unidos, les hemos obligado a ser como nosotros desde el mismo momento en que les hemos impuesto vencernos. Y la única forma de hacerlo era ser más violentos que nosotros, más nazis que nosotros. A medida que avanzaba la guerra y se vieron obligados a ser más primitivos en sus métodos, a quemar sus alas de inocencia, se abrieron las puertas de cosas que ya estaban en su interior. El gran triunfo del Reich fue manipular, adormecer, anular las conciencias y crear una desconfianza entre los seres humanos. Primero extirpamos a los alemanes el órgano emocional que da estabilidad, equilibrio, gravedad, conciencia, razón, lealtad, moral, y les mostramos el absoluto, *Entgrenzung*, donde nada importa y por tanto todo está permitido. Se anuló la solidaridad primigenia entre hombres para enfrentarse a la naturaleza, se dirigieron los instintos predadores contra la propia especie y se azuzó a setenta millones de alemanes contra el mundo, y los alemanes pudieron entonces en Lituania arrancar los hijos a sus madres y tirarlos a fosas, y ellas los siguieron, y luego los masacraron juntos, diez mil personas —chasqueó los dedos y sopló—, desaparecidas así, mein Herr. Y para detener esa fuerza los americanos tuvieron que despertar todo su poder latente, sus recursos, toda su energía potencial, esfuerzo, coordinación: todo su nazismo. Una fuerza liberada que ya no se puede detener, un impulso cinético que reduce ciudades a cenizas aunque hayan levantado la bandera

blanca porque detrás está el capitalismo que postula que las bombas son una mercancía costosa y hay que amortizarlas, no lanzarlas sobre campos o montañas, sino sobre hombres. Una coacción real, todo ese capital, inteligencia y fuerza empleados en la planificación de la destrucción, bajo toda esa presión tiene que producirse el horror, la irreversibilidad de los hechos.

Arturo se mantuvo en silencio, considerando que el mero acto de argumentar en contra no tenía sentido.

—Y le aseguro, le aseguro, Herr Andrade —prosiguió Sebottendorf—, que la semilla está sembrada en el campo adecuado, porque los Estados Unidos no son capaces de soportar la idea de un problema sin solución, de coexistir con lo indisoluble a su alrededor, con el fracaso que hay en sí mismos. Lo irremediable no entra en sus planes, y su carrera es desesperada, en todo su dinero, en sus récords estúpidos, en su ansiedad por el control. Y porque Estados Unidos, mein Herr, tiene más medios, más capacidad para desarrollar plenamente el nacionalsocialismo, y será más crudo que nosotros, menos hipócrita que nosotros, usará su poder mucho más desproporcionadamente, y con el tiempo caerá bajo el terrorismo de la técnica, la misma que nos permitió a nosotros dar órdenes, vigilar, mecanizar los actos de la gente... Porque ¿sabe lo mejor de todo esto, Herr Andrade?

—No, no lo sé, Herr Sebottendorf.

—Que a partir de ahora no serán necesarios hombres de grandes cualidades para acometer toda esa frialdad, esa determinación ciega, imparable y desaprensiva. Ni siquiera necesitaremos monstruos. Bastarán hombres corrientes, de hecho valdrá cualquiera que se limite a cumplir las órdenes que reciba a través de un teléfono, sin cuestionarlas ni discutir las. Recuerde, recuerde que el mismo Himmler era un criador de pollos. Ellos serán los siguientes protagonistas de la historia. Y entonces el poder descansará sobre hombres apacibles y burgueses de un rencor y crueldad infinita, mein Herr, un futuro en el que no habrá protagonista, sólo coros, y ellos no tendrán sólo teletipos o radios, sino botones..., botones que activarán cohetes que llevarán armas químicas o artefactos atómicos que en un segundo aniquilarán a un millón de seres humanos. Los raíles ya están colocados, y el recorrido de todo el tren está determinado por ellos...

Arturo no podía dejar de mirar a Sebottendorf con esa inefable atracción que provocan las catástrofes. Intentaba aislar rasgos de su personalidad, descubrir estigmas de la maldad en la furia de aquel remolino que giraba como un derviche, pero no daba señales de haberse vuelto loco ni de haber perdido la cabeza, lo único oscuro en su rostro era la barba, y una posible respuesta afloró a su conciencia, como una boya que hubiera estado sumergida demasiado tiempo bajo el agua. Recordó que Sebottendorf se había anunciado como el que trae la luz, y después había utilizado el latín para dirigirse a él, al igual que aquel demonio de la Cancillería. El que trae la

luz, Luxfero, el que conoce la verdad, Lucifer. Ése era el nombre antes de caer de aquel ángel rebelde cuya lucidez fue un don y un castigo. Y qué mejor lugar que Berlín, un territorio de dioses y demonios, para que apareciese uno de tan rancia tradición. Sin lugar a dudas, aquella guerra había sido la mayor obra de arte del Diablo, que no sólo quería ejercer su tiránico sometimiento sobre nuestras almas, no, también sobre nuestros cuerpos, nuestra energía, nuestra potencialidad. Un Mefisto sometido también a su vez al libre albedrío de los hombres, que no era más que otro de los nombres asignados al azar y la incertidumbre. Sin embargo, a medida que buceaba en su mirada perdida, no le inquietó su fe, porque reconocía que ésta no era más absurda que la razón, sino la duda, la ausencia de duda en sus ojos. Quizás aquel demonio era más antiguo, más abyecto, una forma que ni siquiera constituía parte de mito alguno, sino que era más viejo, mucho más, un extraño hijo del caos que no llegaba a ser consciente de lo que era el mal porque para él aquel horror no era nada fabuloso, sino lo natural, lo razonable, lo cierto. ¿Acaso el Armagedón no se trataba más que de la desaparición de la ambigüedad, de las dudas? Arturo tuvo una pequeña hemorragia nasal y una gota de sangre arrojó hasta sus labios haciéndole probar su sabor a hierro. Una sensación de vacío se le adhirió a la piel, flaqueó, porque se había preparado para enfrentarse a todo menos a un enemigo impermeable a la razón. Supo que aquel vértigo sólo lo llenaría el metal de su pistola. Pensó en sacar el Little Tom, sin propósito concreto, como una oración que buscase cobijo, ángulos rectos, vigas maestras de sentido bajo las cuales poder habitar. Pero no tardó en desechar la idea, consciente de que un disparo no podría alterar la combinación de acontecimientos, desviar la confluencia para que todos los muertos resucitasen. Adam Alfred Rudolf Glauer von Sebottendorf era un hombre, nada más que eso, era lo que prefería creer, un puente entre el bien y el mal, entre el amor y el odio; alguien inmerso en algún tipo de locura medieval, una víctima de las epidemias del espíritu que, al igual que las biológicas, asolaban periódicamente el mundo dando lugar a las peores regresiones de la honestidad y la inteligencia. Y eso fue precisamente lo que le aterró, que Sebottendorf no era diferente a él, ni él diferente a Hitler, cualquiera podría sucumbir a la enfermedad. Porque Arturo no sabía cómo era la conciencia de un criminal, pero sí cómo era la suya, y le aterraba: era suficiente con mirarse a un espejo. En eso sí había acertado aquel loco: bastaba un hombre corriente.

—¿Dónde están el mayor Eckhart Bauer y el capitán Friedrich Möbius, señor? — se sobrepuso.

Sebottendorf no dilató más su entrevista.

—Los americanos han capturado material y equipo en una iglesia de Haigerloch, en una gruta excavada, pero eso sólo es un señuelo. La verdadera presa se halla en un pueblo llamado Baruth. Allí hay unas cuevas habilitadas con el material necesario para recibir el material tratado y montar la bomba. Bauer y Möbius se han refugiado

allí junto con un importante grupo de científicos para la... escena final —miró más allá de él—. Kurt le indicará.

Arturo se giró y descubrió que Kurt estaba detrás de él; no sabía cuánto tiempo llevaba allí, supuso que lo suficiente para haberle volado la cabeza si hubiese sacado el Little Tom.

—Aquí se acaba nuestro trato —concluyó Sebottendorf—. Espero que no se defraude a sí mismo, sea lo que sea que tenga que demostrarse.

El silencio se hizo tan espeso que casi se podía tropezar con él.

—¿*Hagen* funciona realmente? —se aventuró Arturo por última vez.

El rostro de Sebottendorf se convirtió en máscara, perfectamente reconocible por fuera pero imposible de atisbar su contenido.

—Herr Andrade, sólo le puedo decir que recuerde... recuerde que la resolución de todo enigma es siempre inferior al enigma.

15. Esperando a los bárbaros

—Están ahí —certificó el coronel Mikhail Lelyushenko.

—También ellos saben que estamos aquí —respondió Arturo.

El coronel asintió con satisfacción mientras vigilaba las puertas camufladas en una gruta al final de una pista forestal, en las afueras de Baruth. Los troncos altos y rectos de los pinos tenían una distribución bien planificada, poco tupida y ventilada, y la luz de la tarde que caía rasante sobre ellos confería a la zona una apariencia mortecina. Tras su encuentro con Sebottendorf y su regreso a Berlín, Arturo no había tardado ni una hora en dar con un automóvil que le llevase ante el coronel, y éste, en un alarde de eficacia y coordinación, había dispuesto un equipo que se puso en camino en una operación ya organizada hacía tiempo. Tomaron la carretera del sur; los vehículos corrieron por campos ondulados, bosques y granjas aisladas hasta llegar a Baruth. Era un pueblecito de ladrillo rojo y tejados grises en una pendiente pronunciada, con una austera iglesia luterana, que parecía pasmosamente tranquilo a pesar de haber sufrido el paso del rodillo ruso, delatado por el esqueleto de alguna casa. Los interrogatorios a los vecinos habían confirmado la existencia de aquellas instalaciones y el trasiego unos días atrás de camiones y blindados camuflados. Les indicaron un camino que seguía un istmo abrupto entre árboles hasta una pared formada por macizos y desestructurados bloques de piedra, rodeada por un bosquecillo. Con presteza y discreción se habían desplegado los efectivos del NKVD, incluyendo algunos vehículos oruga y un T-34 que habían situado en la horizontal de la gruta. En ese momento esperaban a que se completase el cerco sobre aquel último reducto de la alucinante cosmovisión nazi.

—¿Qué posibilidades hay de que los boches tengan esa bomba? —le interrogó Lelyushenko en una pausa, con cierto nerviosismo.

—No hay nada imposible —respondió Arturo—. Sorprendente, absurdo, inexplicable, quizás, pero no imposible.

La respuesta no acabó de convencer al oficial, que se aplicó de nuevo al mando. Cuando todo estuvo dispuesto Lelyushenko ordenó que uno de los suboficiales, un pelirrojo que hablaba alemán, se situase cerca del portalón para parlamentar con un megáfono. Las condiciones que había establecido el coronel eran claras, *Woina kaputt*, la guerra había terminado, el Ejército Rojo había tomado Berlín, y seguir resistiendo sólo comportaría la pérdida inútil de más vidas humanas. Las SS debían deponer las armas y rendirse de inmediato e incondicionalmente, entregándose con todo el personal científico y el material. Si se cumplían esas premisas no habría ejecuciones y se proporcionaría alimento y ayuda sanitaria a todo ocupante que lo requiriese. Si se negaban a capitular, asaltarían las posiciones y no podrían mantener ninguna de las garantías. Tras una orden vigorosa, el voluntario se acercó hasta pocos

metros de la entrada mimetizada por una red de camuflaje, a cubierto tras una roca, aunque temblando a causa del nerviosismo. Aquella puerta mantenía a todo el mundo en tensión. No había voceado ni un tercio del ultimátum cuando un disparo seco impactó en su frente y le derribó sin más. Un coro de maldiciones, anatemas y fulminaciones; automáticamente, las armas rusas abrieron un fuego copioso acribillando las puertas metálicas. Hizo falta una vigorosa intervención del coronel Lelyushenko para que las descargas de la fusilería remitiesen paulatinamente, aún punteadas aquí y allá por tiros sueltos. El silencio se llenó de un sofocante y punzante olor a pólvora que se les metió hasta el tuétano. Aquellos héroes histéricos cumplían con despiadada disciplina las últimas órdenes de Hitler de morir antes que claudicar. Mikhail Lelyushenko miró ceñudo su reloj y le dio cuerda, fue su manera de someter el azar, de encadenarlo, de someterlo a una norma.

—Locos... Está claro lo que quieren.

Lo murmuró con una voz arrastrada, desviando su mirada hacia el T-34 y el conductor de chaqueta guateada que estaba asomado a la torreta. Tensó los tendones de su cuello, ensombreció el semblante.

—Pero no podemos dejar que maten al personal científico y que destruyan el material —rectificó—, así que vamos a intentar algo más —miró de reojo a Arturo—. Vas a hablar con ellos, camarada.

Arturo sintió cómo se reseca su garganta.

—Ya he cumplido con mi parte, coronel.

—Tu parte no se cumple hasta que no nos hayas entregado a esos Fritz.

—Permita que disienta, coronel...

—Prefieres que a lo mejor, sólo a lo mejor, te maten ellos —le cortó irascible— o que te mate yo seguro.

Arturo experimentó furia y miedo; dominó su ánimo.

—Está bien. Déjeme un megáfono.

Lelyushenko ordenó que le acercasen uno. Arturo se abotonó bien el gabán, como un oficial que adecentase la guerrera antes de un fusilamiento, y colocó el megáfono a la altura de los labios.

—Mayor Eckhart Bauer —voceó—, soy el teniente Arturo Andrade. Ya sabe cómo están las cosas. Quiero hablar con usted.

El silencio fue ocupado por el canto sordo de algunos pájaros. La nariz del coronel se alzó como si oliese otra posibilidad.

—Otra vez.

Arturo volvió a ofrendar su intermediación, esta vez añadiendo el suicidio del Führer, y una alusión a que todo heroísmo era ahora ridículo y toda causa, parodia. El silencio volvió a enseñorearse del paisaje, sólo perturbado de nuevo por los pájaros y el ruido de una tos que una y otra vez intentó desenraizar algo cuyas raíces estaban

demasiado profundas.

Arturo se notó analizado, acusado, compadecido por el coronel. El oficial estaba decidiendo imponer el ruido del hacha al del estilete cuando, para sobresalto, asombro y euforia de los rusos, la puerta metálica se abrió con un crujido. Mikhail Lelyushenko le recordó con una mirada la sobria reciprocidad del deber, y Arturo dejó el megáfono y cruzó mentalmente la línea que delimitaba el sacrificio táctico del suicidio. Se encaminó hacia la gruta sintiendo la camisa pesada por el sudor, y un pánico que provenía de la conciencia de que podía ser una trampa, o simplemente la antesala de su muerte, porque tanto Bauer como Möbius sabían que los rusos no podían haberles encontrado por casualidad. A cada paso se imaginaba el impacto en su cara o en su pecho, y la palidez le dio a su rostro un aire céreo. Odiaba estar asustado. Pero sólo había un camino que conducía hacia la impavidez, y era aquel que llevaba hacia el centro del terror. Llegó indemne hasta la puerta y la traspasó. Al otro lado le aguardaba un grupo de Waffen-SS enflaquecidos, sucios y sin afeitar; todos le apuntaban con sus armas —uno de ellos con un fusil de mira telescópica recién disparado—, mientras otro le registraba a conciencia quedándose con su Little Tom. A continuación le condujeron por una corta galería excavada en la piedra, iluminada mortecinamente por sucesivas lámparas enjauladas, hasta una amplia sala. Allí, esquinado en un ángulo de la roca, se alzaba otro altar de madera como el de Jonastal, donde se elevaba la silueta gris verdosa de *Hagen*, como si aquella fuera la ermita de un extraño culto a un dios hermético. Tuvo un sobrecogimiento casi religioso, el que experimenta cualquier ser ante una fuerza obstinada y elemental, que escapa a su control. El personal científico se hallaba encerrado en unas oficinas acristaladas, custodiado por más SS. Möbius le esperaba hacia el centro de la sala, con las piernas arqueadas y sus rasgos anchos y pesados diciendo como siempre que vivir o morir eran para él diversas formas del mismo engorro. Eckhart Bauer estaba a su lado. Arturo comprobó que el sobreesfuerzo, el aislamiento le había llevado a ese peculiar estado de petrificación y endurecimiento en el que la torturada vacilación y una permanente irritabilidad no le permitían razonar con claridad. Por su mirada, supo que el aura sagrada de los embajadores antiguos, en aquel caso el reflejo de sus amos rusos, no le protegería.

—Es usted un traidor —sentenció Bauer.

—Hablar de traición ya no tiene sentido cuando la guerra se ha terminado, mayor. Su deber como oficial ha llegado a su fin.

—Y también un mentiroso —atacó de nuevo.

—¿Mentiroso? El general Weidling ha capitulado a las seis de la mañana de ayer. La guerra ha terminado y Hitler se ha suicidado, su juramento de fidelidad ya no le ata.

El rostro de Bauer se ladeó como si hubiera recibido una bofetada.

—Miente. El Führer no puede morir, y mientras el Führer viva la guerra continuará. Las SS tenemos un pacto con la muerte y por tanto con la victoria.

Arturo buscó el semblante igual de fatigado pero más razonable de Möbius.

—¿No han oído la radio?

—Llevamos dos días incomunicados, la radio ha sufrido una avería —respondió el capitán.

De nuevo el mismo aislamiento que en el Führerbunker, la misma indeterminación en la escala, los mismos espejos reflejados unos en otros, excavando en sus vientres un infinito de copias. Les refirió las últimas horas en el bunker.

—... y tienen que creerme, la guerra ha terminado y el Führer está muerto, cualquier misión que cumpliesen ha quedado anulada.

Bauer le miró con desprecio. Sumido en su fanatismo, tenía el aspecto más romántico y hermoso que se pudiera imaginar.

—El Führer nos ordenó trasladar a *Hagen* aquí y esperar órdenes. El Führer nos garantizó que otro equipo transportaría el material tratado y nos ordenó que cuando pudiéramos armar a *Hagen* la hiciésemos detonar en Berlín. El Führer nos aseguró que detendríamos a los rusos y los devolveríamos a sus estepas...

Órdenes de un desquiciado a otro desquiciado, pensó Arturo. Recordó las miradas de Möbius en Jonastal, las dudas de Albert von Kleist sobre el programa atómico... ¿El mismo Sebottendorf había puesto también trabas a las *Wunderwaffen*? Se dirigió a Möbius.

—No vendrá nadie, ¿verdad?

Las palabras sonaron feroces, inclementes. Los vapores amnésicos del aislamiento todavía no habían borrado la razón de Möbius.

—Nunca ha habido bomba, Herr Andrade. Quizás si hubiéramos tenido un año más... No sólo había problemas con el tratamiento del uranio, tampoco se había conseguido forzar una masa crítica para provocar una reacción en cadena. Se intentaron diferentes experimentos y estábamos cerca, pero un bombardeo destruyó la Virus Haus de Bremen, que era la que más progresos había hecho, y tuvimos que empezar de nuevo. Nos faltó tiempo...

La resolución de todo enigma es siempre inferior al enigma, evocó Arturo. Aquélla había sido otra escenificación, de esas que tanto gustaban al III Reich.

—Entonces tienen que abandonar toda esta locura, capitán, tienen que entregarse.

—No podemos, Herr Andrade.

—¿Por qué?

—Porque el Führer también nos ordenó que si el plan se torcía por cualquier causa, debíamos evitar que tanto el personal como el equipo cayeran en manos rusas.

—Cómo...

—Destruir el equipo, liquidar a los científicos —le cortó—. Son las órdenes.

Arturo comprendió. Se fijó en Eckhart Bauer. Su extenuado cerebro apenas podía decidir nada. Seguía extraviado en su universo de matanzas feroces, orlado por la belleza paradójica de combates atléticos, llenos de fulgores sangrientos y héroes caídos. Continuaba odiándose por sus límites como hombre, porque necesitaba lo absoluto, y eso iba en contra de la vida misma, contra su misma condición humana. Aquel joven oficial era el verdadero éxito de Sebottendorf, el acrisolado producto de la dialéctica, el monstruo fruto de la eliminación de la duda, de la divergencia y el conflicto de la naturaleza humana. Pero Arturo se negaba a que el recorrido de los trenes estuviera determinado por sus raíles; en algunos puntos era posible tomar diversas direcciones, un tren podía ser dirigido mediante el insignificante esfuerzo que suponía el adecuado cambio de vías. Y él tenía un último cartucho.

—Pero Hitler está muerto, se ha suicidado, yo mismo vi la sangre y su cadáver quemándose en la Cancillería. Por tanto es él quien les ha traicionado, se comportó como un histérico, como un cobarde; eludió su responsabilidad como comandante supremo y se pegó un tiro. Nada les ata ya a su juramento. Pueden salir de aquí y rendirse con honor.

—El Führer vive —porfió Bauer categórico.

—Pero ¿y si estuviera muerto? Ya no le ataría su juramento, mayor.

Eckhart Bauer no supo qué responder.

—Si el Führer está muerto —arguyó en cambio Möbius con el tono de un hombre que intenta honestamente comprender una adivinanza—, ¿cómo podría demostrarlo?

Arturo miró los rostros atravesados por el espanto de los científicos, miró a los desencajados o fieros soldados de las SS dispersos entre la luz y la sombra, miró la oscura silueta de *Hagen*, la expresión ofensiva de Bauer, la curiosa necesidad de Möbius. Su corazón empezó a latir más deprisa. Fue entonces cuando, con un movimiento pausado, metió la mano en un bolsillo y sacó la insignia de oro del Partido Nazi que el Führer le había regalado a Magda Goebbels, la condecoración que únicamente Adolf Hitler tenía derecho a llevar. Se la entregó a Bauer, que la cogió con reverencia, incluso con temor. Aquello significaba que él, que trabajaba según el *Führerprinzip*, en la dirección del Führer; él, que portaba la ideología y la voluntad del Führer, que le servía con abnegación y sin objeciones, que no tenía más gustos ni propensiones ni pensamientos que los del Führer, acababa de perder la fuente de la que manaba toda la causa de su existencia. Arturo había calculado bien, porque Eckhart Bauer pareció inclinarse, como si la marea histórica inundase sus sentinas con el curso verdadero y fatídico de los acontecimientos. El mayor abrió los ojos y chocaba frontalmente contra la realidad, se producía el mismo fenómeno del bunker, cuando el tótem, el amuleto, el hechicero desaparece y los creyentes sólo pueden huir o suicidarse. Y la pregunta que Arturo se había hecho en anteriores ocasiones: ¿cómo reaccionaría ante el desenredo de su autoengaño, el hundimiento de

su mundo?, ¿sumergiéndose en esa corriente nihilista, en una inercia que le arrastraría a matarles a todos incluido él mismo?, ¿traicionándose y rindiéndose a los rusos?, tuvo finalmente una respuesta insospechada. El extenuado cerebro de Bauer reaccionó como lo haría el de cualquier huérfano: llorando. Era el llanto desconsolado y pueril del niño extraviado, del crío a quien la tierra entera ya no pertenece, que provocó que buscara un lugar apartado donde esconderse. Un silencio denso, rodeándoles como el oxígeno; nadie alcanzó a reaccionar. Möbius y Arturo se sostuvieron la mirada y un vínculo secreto brilló en sus inteligencias en discordia, aunque Arturo notó una finísima veta de incomodidad por obligarle a traspasar la delgada línea divisoria entre la flexibilidad y la falta de principios. Era evidente que el capitán no tenía esa avidez de gloria ni atracción por la fuerza motriz del nazismo, y ambos estaban al tanto de que de su reacción dependía la vida de todos. En su rostro hubo una trastornada mezcla de idealismo y pragmatismo, sentimentalismo y crueldad. Se miró en el espejo negro de la caña de sus botas, observó el convulsionado llanto de Bauer y pareció vacilar. Luego recuperó una actitud pragmática, la actitud de quien sabe cuál es su lugar en el mundo.

—Los rusos nos tienen rodeados —comenzó Möbius—, el Führer ha muerto y el general Weidling ha rendido Berlín. No tiene sentido seguir luchando. Han combatido con valentía, han servido a su patria y al Führer, no tienen nada que reprocharse. Yo soy el oficial al mando, y ordeno que no oponemos resistencia. Saldremos todos, incluido el personal científico, y nos entregaremos con las armas a los rusos. ¿Entendido?

Hay preguntas que sólo se responden con la vida.

—Yo no pienso romper mi juramento —contestó un joven cabo, que había desenfundado su Walther.

Möbius le atornilló con la mirada.

—¿Piensa seguir usted solo la guerra? —preguntó.

—Mi honor se llama fidelidad —contestó—. Nos quedaremos aquí y nos enfrentaremos a los rusos hasta que no tengamos munición, y luego nos pegaremos un tiro. Somos miembros de las SS. No podemos sobrevivir al Führer.

Möbius echó un vistazo general.

—¿Quiénes piensan como él?

A su alrededor se agruparon varios hombres. El fanatismo había dado a sus cuerpos el aspecto de filamentos.

—No puedo oponerme a su decisión, pero el resto nos vamos de aquí. Se quedarán solos.

El cabo aceptó su fallo y comenzó a coordinar la defensa. Möbius se aplicó a su vez en organizar la rendición, distribuyendo a los científicos y a los SS en filas, mientras se recogían y se entregaban sus armas y municiones a quienes se obstinaban

en resistir. Cuando todo estuvo dispuesto, Möbius se dirigió a Arturo.

—Vaya usted por delante, avíseles de que todo ha acabado. Espero que respeten sus condiciones.

—Las respetarán. Y una última cosa: cuando pasen entre los rusos, no les miren a los ojos.

Möbius dio su consentimiento, echó un postrer vistazo al mayor Eckhart Bauer y se despidió de aquellos últimos defensores. Todavía pronunció una arenga de despedida sobre el duro viaje que habían realizado juntos, y a despecho de aquella amarga derrota, todos gritaron un sonoro *Sieg Heil* acompañado de un firme saludo, que sonó como la caída de un telón.

Tanto el coronel Mikhail Lelyushenko como Arturo fueron testigos de cómo las filas de prisioneros avanzaban entre los soldados rusos con la mirada baja y algunos con las manos en alto. Los rusos se comportaron con caballerosidad, introduciéndolos a continuación en camiones. A los oficiales y científicos los separaron del grueso de las Waffen-SS e iniciaron casi en ese instante los interrogatorios. La expresión del ruso era de enorme satisfacción.

—Mi coronel, he cumplido —aprovechó para decirle Arturo.

Lelyushenko dio una palmada en el aire, acompañada de una gran sonrisa que achinó aún más sus ojos. Se quitó las lentes redondas, las examinó y volvió a colocárselas.

—De eso quería hablarte, camarada Andrade.

La inflexión de su voz le produjo a Arturo un apretón en la garganta, algo seco y anhelante.

—Tenemos un trato, ¿no es cierto? —se adelantó a cualquier interpretación.

—Efectivamente, y tú has hecho tu parte. Pero yo también he respetado la mía.

—Entonces, ¿dónde están Silke y la niña?

—A la niña no la hemos encontrado, ha desaparecido —Arturo no respondió, pero experimentó un dolor abstracto—. Y esa Silke... bien, ha resultado ser una persona... interesante.

—¿Interesante?

—Me explicó la relación que había entre vosotros, camarada. Después cerró un negocio conmigo.

—¿Qué negocio?

—Dos billetes para Viena. Uno para ella y otro para su amigo.

Arturo sintió que perdía pie.

—¿Se ha marchado con Ernst? —preguntó con asombro.

—Tú la liberaste, camarada, pero yo no puedo obligarla a estar contigo.

—Pero ¿a cambio de qué? ¿Qué tenía ella para negociar?

En el instante mismo en que formuló su pregunta, ésta sonó retórica. Una sorda desesperación se apoderó de Arturo cuando comprendió lo que el coronel fue a buscar al jeep, dejándole a solas con su herida. Sumido en una especie de pensamiento mágico mediante el cual el azar le reservaría el derecho a estar con Silke porque se lo había ganado la desmesura de su deseo, de su voluntad, no asimilaba que todo fuese a escapársele así. Mikhail Lelyushenko regresó con un libro en la mano derecha, se lo mostró.

—Creo que no hay nada que explicar —le dijo—. Al NKVD le interesa sobremanera tener una charla con los cabrones que aparecen aquí, y esto nos facilitará la búsqueda.

Arturo comprobó que se trataba de la *Dienstaltersliste*, el volumen secreto con las listas jerárquicas de los oficiales de las SS, el mismo que creía desaparecido bajo las ruinas de su antiguo apartamento. El coronel añadió algo más, pero Arturo veía sus labios moverse sin oír las palabras. Silke le había mentido. Silke le había abandonado. Sintió que su ofuscada y absurda lógica por fin asimilaba la derrota con esa claridad y profundidad que sólo alcanzan los niños y los filósofos, su voluntarismo pudo captar las respuestas que la naturaleza le oponía. Lo más difícil del mundo era saber cuándo retirarse, aceptar la nula esperanza de encontrar la felicidad, la pesadumbre de lo que no será. Había que amar. Y luego había que abandonar. En cierta manera se sintió libre, algo ridículo pero libre, no sujeto a las alarmas y terrores de la esperanza. Y aunque experimentó la fugaz exigencia de compensar la balanza con un coronel que no había jugado limpio, la necesidad de ser cruel, una crueldad que le permitiese respirar haciendo alguna referencia a esa lógica de Stalin por la cual cada militar se hallaba sentado sobre su propio ataúd, optó por concentrarse únicamente en el oro que le aguardaba.

—Está bien. Cogeré uno de los camiones que se dirigen a Berlín, coronel —le comunicó.

Lelyushenko le miró con unos ojos intensos y relucientes de interés impostado.

—Me parece correcto, camarada Andrade. No obstante, reflexione acerca de quedarse con nosotros. El mundo del futuro será comunista.

—Ojalá, mi coronel, ojalá... —respondió sin una razón aparente, quizás por cansancio, quizás por indiferencia.

Arturo le saludó, se arrebujo en el gabán y, tras una fuerte inspiración, se dirigió hacia uno de los camiones Studebaker que los americanos les habían suministrado durante toda la guerra. Mientras el camión vibraba en los instantes previos a arrancar, fue testigo de los preparativos del grupo de asalto para tomar la cueva, y en menos de diez minutos se oyó un estallido como si un gigante hubiese pegado un puñetazo sobre una chapa de zinc, que barrió el aire y lo saturó de un humazo negro. Cuando aquella humareda se aclaró, las puertas de la gruta estaban tiznadas y desencajadas, y

el T-34 se disponía a disparar una segunda vez. Un inesperado relámpago verdiazulado que salió de la entrada, unido a un tableteo agudo y persistente, defendía por última vez la quintaesencia del nacionalsocialismo, la pureza que conducía al vacío absoluto, el exceso fáustico de su vuelo. Pero ahora, el consiguiente desplome, su caída sin límites, eso ya no concernía a Arturo.

Porque estaban inmolados.

Porque estaban enterrados.

Eran ya ceniza.

El rugido de los Studebaker le dejó cerca del Adlon, mientras los camiones continuaban hacia un campo de concentración del NKVD. Caminó hacia la Embajada española sobre los cascajos de ladrillos y los cristales en mil pedazos que crujían y le hacían trastabillar; en algunos tramos el alquitrán caliente por el fuego le succionaba las botas. En aquel atardecer, el cielo tenía el aspecto de una pantalla de cine abandonada y una calma se había tendido como una gasa sobre Berlín al tiempo que los Anatoles, Petkas, Grischas y Vanias habían recibido órdenes de restañar heridas y procurar no abrir otras nuevas. Las violaciones y los abusos remitían un tanto, mientras los berlineses —como aquellos resignados y elegantes romanos que veían su ciudad pisoteada por las sandalias cubiertas de polvo de los bárbaros— iban asimilando un miedo que les garantizaría la supervivencia, algo no reprochable aunque les deparase perversiones, cinismo y cobardías. Los signos aquí y allá de que las Furias eran hermanas de Afrodita, ira y belleza que surgían de la misma fuente, se multiplicaban demostrando que las situaciones extremas eran reversibles, y con el tiempo todos volverían a charlar, a comer, a hacer el amor... gracias a una ley del olvido inmutable y eterna por la que el hombre nunca aprende nada del pasado mientras que su capacidad de adaptación y cambio vuelve siempre al punto de partida.

Cuando llegó a la Lichtensteinallee descubrió un remolino de policía militar y soldados enseñoreados por toda la zona que le impidieron seguir avanzando. Sin una causa concreta, Arturo intuyó un nuevo giro del azar, la reanudación de la ley del mundo. Preguntó a uno de los mirones al borde del cinturón de seguridad y éste le refirió el hallazgo realizado por unas patrullas, hacía un par de días, de unas mochilas escondidas bajo unos escombros llenas de lingotes de oro procedentes de un asalto al Reichsbank. Toda el área había sido sellada para continuar el rastreo, esta vez más a fondo. Arturo recibió la noticia sin asombro, con frialdad natural, casi con insipidez, como si lo hubiera sabido de antemano. Incluso soltó una risa leve, contenida, de quien comprueba que todo sale mal. Era de nuevo lo fatal contra lo voluntario, el azar en forma de un kazajo levantando una losa rota o el chivatazo de algún prisionero o del mismo Fanjul, si hacía al caso. Daba igual. Todo se había ido al carajo, el Reich,

el humanismo, el oro, Silke, Loremarie, Saladino, Ramiro, Matías... Caminó sin rumbo por calles vacías, entre las masas irregulares de cascotes que dibujaban laberintos y estrechos pasillos. Pestilencia, piedras rotas, mugre, sudor. En uno de los callejones encontró a unos chiquillos demacrados y mugrientos; por alguna razón parecían multiplicarse en mayor proporción allí donde había más peligro y dificultades. Jugaban a los soldados con palos y fundas de armas, gritando, brincando, apuñalándose unos a otros en aquel ritornelo macabro del que jamás se libraría la condición humana. La paz nunca existiría ni dentro ni fuera de la humanidad, sólo la muerte es la paz. Arturo tuvo la certeza del absurdo, de que no existían metas ni proyectos, de que la vida y la muerte no eran consecutivos, sino simultáneos, inseparables. Sintió compasión de sí mismo, remordimiento.

Y la desnuda y aplastante sensación de que nada importaba. De que si pegaba un tiro a un bebé, las flores y las montañas y los coches y los aviones, todo absolutamente continuaría igual, no cambiaría nada. Aquél era el nihilismo refrendado por Sebottendorf, la inercia de su lógica extrema, que se consumía en las mismas llamas que él había prendido. También Arturo se había contaminado de aquella derrota ambigua, un cáliz amargo que los vencidos apurarían para sublimar un estado de agravio justificado que les daría poder durante siglos, mientras que los vencedores dudarían, se plantearían sus acciones, debilitándose. Recordó que aún tenía en uno de sus bolsillos la cápsula de cianuro que le había regalado Möbius. La buscó, la sacó y contempló aquella ampolla en cuyo interior se hallaba la única verdad absoluta, el único rincón del universo donde la incertidumbre quedaba neutralizada. Aquélla era la única justicia sanadora, refundadora. No sería más que una ceremonia solitaria, una última paletada que borraría el mundo. Los ojos de las Furias, negros y crueles, le arponeaban perchadas en los edificios carriados. Intemperie. Su alma estaba a la intemperie. Sin embargo, algo le hizo no tirar la toalla, sino agarrarse a ella con fuerza. Echó un último vistazo a la cápsula y la dejó caer al suelo, aplastándola con su bota. Se encaminó hacia el distrito de Schöneberg con decisión, haciendo el mismo trayecto que había recorrido con Saladino y Alfredo Banjul cuando fueron en busca de la *Dienstaltersliste* al apartamento de Silke. En menos de una hora se plantó frente al edificio con las secciones al aire que se le había quedado grabado en su mente. La habitación con muebles y un piano y bustos de músicos y las paredes forradas de discos y el descomunal gramófono sobre la mesita continuaba allí, intacta. Penetró en el portal, subió las escaleras hasta el cuarto piso y dio con la puerta del apartamento, separada a medias de sus goznes por alguna explosión. Empujó con fuerza por el lado de las bisagras hasta que la madera astillada cedió y la puerta cayó con fuerza. Entró en el piso milagrosamente indemne aunque con el mobiliario volcado y cubierto por los desprendimientos del techo, y penetró hasta aquel santuario de diletantes musicales. La vista sobre la devastación de Berlín

era amplia y perfecta; la tarde se deshacía en una melancolía de rosas, grises y azules. Se acercó hasta las paredes colmadas de apretados discos y comenzó a examinar las fundas una por una. «Cuando acabe todo, escuche a Bach. Escúchelo, Herr Andrade». En su cabeza resonaban las palabras de Albert von Kleist en la sordidez de su celda. «Le salvará la vida». Terminó por encontrar una grabación del Concierto en Re menor BWV 1043 para dos violines. Extrajo con cuidado el disco y sopló su superficie. Se acercó hasta el gramófono, lo colocó en el plato y, tras darle unas vigorosas vueltas a una manivela, éste comenzó a girar, para levantar a continuación la aguja con delicadeza e insertarla en el surco correspondiente de su «Largo ma non tanto». La aguja comenzó a rasgar el silencio con un sonido granulado, y Arturo se sentó en el sillón de orejas que había al lado de la mesita. Berlín se extendía ante él hasta el borde del Tiergarten. «Todas las noches ponía a Bach», le repitió Albert. La música comenzó a sonar sin preámbulo, aviso o justificación. Las notas se contradecían y volvían a conciliarse, ensanchando la habitación. «En Bach no hay oscuridad, todo es transparente, Herr Andrade». Frente al *Götterdämmerung* wagneriano, frente a su música sin piedad, Bach se desplegaba diáfano, lógico, carente de contradicciones. Le recordaba, como le había dicho Hans Krappe, que lo cómodo era ser un jodido nihilista, lo fácil era decir que nada importaba, «lo otro, lo duro, es separar lo justo de lo injusto, Herr Andrade». Allí, entre aquella música, se dio cuenta de que había exagerado sus problemas, de que se podía aplacar el destino, cambiar la dirección de los trenes. Le quedaban los gestos, Frau Volkova protegiendo a su hijo, la valentía de Saladino, la devoción de Manolete, una caricia de Silke... Empezó a mover la mano entre aquel palpitante océano de música. Sentía la tierra que volvía a germinar, la maquinaria de la vida demostrando su fuerza, el aire suave, sosegante, íntimo. Poco a poco iba recuperando en su interior toda la belleza perdida, sentía cómo el infinito iba domesticándose, al tiempo que Berlín iba siendo tomado paulatinamente por seres luminosos, criaturas platónicas que iban expulsando a los demonios y que, curiosas, infantiles, puras, se deslizaban entre la pestilencia y la escabechina, recogiendo almas que flotaban sin rumbo, elásticas, como si fueran jabonosas y pesadas pompas.

Entonces Arturo se sintió perdonado, liberado, conmovido, abrazado.

Y Bach fue ya el único misterio.

Fin

Nota del autor

Hasta aquí hemos llegado con Arturo Andrade. Descansaremos un tiempo hasta su siguiente aventura. Habrá otra, lo aseguro, Arturo resistirá, insistirá, persistirá, y yo con él, ambos con la exigencia de fundamentar cada vez más nuestros pasos sobre la inocencia para dar una mayor hondura a las pesquisas, evocaremos con la fuerza del asombro lo que un niño siente cuando mira por primera vez el fascinante e incomprensible espectáculo del mundo. Los dos cuidaremos nuestra ingenuidad para mantenernos vivos hasta entonces. Y continuaremos pensando que todo es un disparate, excepto el honor, el amor y lo poco que conoce el corazón. Y espero con toda mi alma, amigo, que sigamos contando contigo.

Mayo 2010.



IGNACIO DEL VALLE. Ha publicado ocho libros: una recopilación de cuentos, *Caminando sobre las aguas* (Páginas de Espuma. 2013); y siete novelas, *Busca mi rostro* (Plaza & Janés. 2012), la serie de Arturo Andrade, conformada por *Los demonios de Berlín* (Alfaguara. 2009. Premio de la Crítica de Asturias 2010), *El tiempo de los emperadores extraños* (Alfaguara. 2006. Prix Violeta Negra del Toulouse Polars du Sud 2011, Premio de la Crítica de Asturias 2007, mención especial Premio Dashiell Hammett 2007, Premio Libros con Huella 2006), que ha sido llevada al cine por Gerardo Herrero como "Silencio en la nieve" (2012), y *El arte de matar dragones* (Algaida. 2003. Premio Felipe Trigo); *Cómo el amor no transformó el mundo* (Espasa. 2005), *El abrazo del boxeador* (KRK. 2001. Premio Asturias Joven), *De donde vienen las olas* (Aguaclara. 1999. Premio Salvador García Aguilar).

Además cuenta en su haber con numerosos premios de relato. Su obra ha sido traducida a varios idiomas. Mantiene una columna de opinión en el diario "El Comercio" de Gijón y colabora en diversos medios. Dirige la sección cultural "Afinando los sentidos" en Onda Cero Radio. En la actualidad es subdirector y coordinador para Europa de la Fundación Mare Australe.